

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

D. F. MAZA ZAVALA

134

LOS PROCESOS ECONOMICOS Y SU PERSPECTIVA



CARACAS / 1990

ESTUDIOS, MONOGRAFIAS Y ENSAYOS

*BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE LA HISTORIA*

Director de la Academia Nacional de la Historia
Guillermo Morón

Comisión Editora

Blas Bruni Celli
Mario Briceño Perozo
Oscar Beaujon
Ildefonso Leal

Director de Publicaciones
Guillermo Morón

LOS PROCESOS ECONOMICOS Y SU PERSPECTIVA

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

D. F. MAZA ZAVALA

134

LOS PROCESOS ECONOMICOS Y SU PERSPECTIVA



CARACAS / 1990

ESTUDIOS, MONOGRAFIAS Y ENSAYOS

© ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1990
Impreso en Venezuela por Italgráfica, S.R.L.
ISBN 980-222-521-5

A Alicia, esposa, compañera y amiga
A Domingo Felipe, mi hijo
A mis nietos.

PROLOGO

DOMINGO FELIPE MAZA ZAVALA

Uno de los recuerdos de su infancia que ha quedado para siempre grabado en la memoria de Domingo Felipe Maza Zavala, es el del tiempo lento, casi paralítico, en la vida de su Barcelona oriental.

Al evocar el escenario de la ciudad, lo sigue impresionando la eternidad de los personajes locales; el Doctor Hernández, el Doctor Rolando, Don Pedro, el Maestro Antonio, los Arreaza, los Chacín, los Guzmán, los Calatrava. La monotonía y la conformidad presidían la vida familiar. La relación entre parientes y vecinos era la repetición de referencias a la salud, a los viajes y a la muerte, apenas alterada por la presencia de algún viajero que llamaba la curiosidad del pueblo o por las cartas del pariente andariego que relataba sus aventuras en la ambientada Caracas.

Barcelona era el reino de lo artesanal. Recuerda Domingo Felipe, el hogar, como un gran centro de labores que multiplicado de casa en casa y de calle en calle, definía una forma de vida venezolana. Entre las cuatro paredes del hogar se elaboran las materias primas de la alimentación; se molía el café, el maíz, la yuca, el cacao, para fabricar alimentos y bebidas de la mesa diaria. Se cortaba y cosía la ropa de las mujeres y los niños. En el corral se criaban cerdos y gallinas y crecía un pequeño huerto.

Las aisladas provincias venezolanas vivían dentro de la autarquía de la pobreza. Los pueblos de Anzoátegui se unían

por picas y malos caminos y el único sendero para llegar a Caracas era el de los barcos de la navegación costera.

Entre los pueblos de Oriente, Barcelona siempre ha tenido fama de igualitario y abierto. Al llegar el tiempo de la República ostentaba la historia de sus héroes y de los episodios que señalaron su presencia en la guerra de la independencia. A lo largo del siglo XIX, Barcelona enarboló la bandera del liberalismo y alimentó la lucha contra el predominio de la Provincia de Caracas. FE liberal y ardorosa defensa de las autonomías regionales en medio de conflictos y tormentas guerrilleras. La protesta se personalizó a comienzos del siglo XX en figuras civiles y militares, que combatieron las dictaduras de Castro y Gómez. Nicolás Rolando y José Tadeo Arreaza Calatrava fueron señales de esa presencia.

Al periodista y tipógrafo Domingo Maza le tocó la muy difícil prueba de escribir y actuar en los años finales de la dictadura gomecista, cuando Venezuela parecía haberse conformado con su suerte y esperaba la muerte de Gómez como la gran solución. Maza fundó en Barcelona "Ecos de Oriente" y luego "El Día" y desempeñaba los papeles de tipógrafo, director, redactor y —en ocasiones— hasta el de repartidor. Los periódicos de provincia eran empresas solitarias, rodeadas por el temor y la indiferencia colectivas. El signo del tiempo era callar. Además, Maza, un creyente en la necesidad de estimular la empresa de la agremiación, fue promotor y dirigente de varias sociedades de artesanos, forma primaria de organización obrera, frente a la prohibición oficial de formar sindicatos que pudieran reclamar los derechos del trabajador.

Domingo Maza tendrá en Luisa Zavala no solamente su esposa, sino también la compañera ideal en esta singular empresa de tocar las campanas en un pueblo dormido. Luisa Zavala era maestra de escuela y su despierta inteligencia le permitía compartir los sueños del periodista y juntos pensar en una Venezuela distinta.

Los diálogos entre el periodista y la maestra, el ejemplo de su lucha diaria, los sueños que traducían sus diálogos, iban

a marcar el destino de Domingo Felipe Maza Zavala. Y así pudo entender, desde el principio, el significado de los grandes cambios que comenzaban a notarse en Venezuela, cuando en 1936 ingresa al Colegio Nacional de Barcelona.

Entre los Profesores del Colegio, se destacaba Antonio Leidenz. Un universitario que, además de catedrático, cumplía en Barcelona, la misión política de fundar en tierras de Anzoátegui el clandestino Partido Democrático Nacional (PDN). Leidenz logra atraer a su amistad, a numerosos estudiantes interesados en conocer los secretos de la lucha política. En la mayoría de la población venezolana se mantenía el viejo temor de participar en empresas políticas de oposición y la tarea de Leidenz está orientada, especialmente, a convencer a quienes eran los dueños del tiempo futuro. El Colegio se convertiría en un semillero de iniciados en esa masonería que es todo partido político.

Maza Zavala se cuenta en el grupo de los estudiantes que muestra sostenido interés por conocer los manifiestos y programas que bajo el signo de la revolución democrática les ofrecen los propagandistas que como Antonio Leidenz, andan en la recluta de nuevos creyentes. Pero en Maza Zavala despierta, al mismo tiempo, la vocación literaria y atraído por la lectura de "Los niños infortunados" que ha publicado el estudiante universitario Héctor Hurtado, también nativo de Barcelona, ensaya los capítulos de una novela que nunca quiso publicar.

Curioso por adentrarse en el conocimiento de las tesis políticas y sociales que los nuevos líderes políticos proponen a los venezolanos, como un nuevo modelo de sociedad y de gobierno, Maza Zavala descubre la vecindad entre las proposiciones del aprismo peruano y los programas pedenistas. Y como empieza a considerar que los planteamientos de Haya de La Torre tienen un basamento que revela originalidad y mayor conocimiento del tema, aplaza su adhesión al grupo pedenista.

En 1939, a Domingo Felipe, no le queda nada más que hacer en Barcelona, pues, desea ingresar en la Universidad y, en Venezuela no existe sino la meta de Caracas, porque la alter-

nativa de Mérida queda desde Barcelona a dos mil kilómetros de distancia.

Un mandato de sus compañeros del Colegio Nacional convierte a Domingo Felipe en Delegado de Barcelona, ante el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, que debía reunirse en Caracas. Era el retorno a la legalidad de la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV) clausurada en 1937 por el gobierno, a consecuencia de los acontecimientos de junio, octubre y diciembre de 1936. En 1941, comenzaba en Venezuela un nuevo tiempo que habrá de significar en el campo democrático la legalización de los partidos políticos que permanecían en la clandestinidad desde 1937.

Por los años cuarenta, Caracas tenía las dimensiones de una ciudad manejable, cuyos problemas estaban en consonancia con el tamaño de un país que comenzaba a despertar. Para el estudiante Maza Zavala los rieles de los tranvías fueron la mejor guía en el descubrimiento de la capital. Además, los estudiantes orientales que habían llegado adelante, hacían alarde de su veteranía, revelándole los secretos caraqueños.

Los sueños de Barcelona estaban convertidos en realidades inmediatas. Profesores, políticos, escritores y periodistas de consagrada fama, que para el estudiante de Barcelona eran cimas inaccesibles, los podía ver ahora convertidos en pasajeros de tranvía y concurrentes a las nuevas fuentes de soda, que derrotaban al viejo botiquín.

Siendo consecuente con las tareas en que gastaron sus vidas el periodista Domingo y la maestra Luisa, Domingo Felipe inició su etapa caraqueña como maestro de escuela y en las redacciones de los periódicos. Era el comienzo de un destino que se iba a cumplir a lo largo de toda su existencia. Al lado del economista estará siempre el maestro. Además del periodista que desde sus columnas hace inteligibles al resto de los mortales, los misterios de la ciencia económica.

Poder estudiar ciencias económicas constituía, en los años cuarenta, otra señal del cambio cultural y científico ocurrido

en el país. La de Caracas fue una de las pocas universidades latinoamericanas que, durante las primeras décadas del siglo XX, permanecía en un lamentable atraso. Y la Facultad de Economía se vino a crear por el empeño particular de un valioso grupo de profesores que asumieron el papel fundador ante la indiferencia del Estado frente a los reclamos de modernización de los estudios superiores. Y Maza Zavala será integrante de una de las primeras promociones de la nueva Facultad.

En esos mismos años, para los universitarios venezolanos los textos fundamentales del marxismo, eran tanto o más importantes que repasar las tesis de sus programas de estudios. Creían que el marxismo era la clave para resolver los profundos desajustes creados por las desigualdades económicas en el seno de las modernas sociedades. El marxismo les iba a explicar el revés de la trama de la historia y a desnudar a quienes se exhibían vestidos con el manto de las viejas promesas demagógicas. Entre los estudiantes que así pensaban se encontraba Domingo Felipe, quien, empezaba a mirar como uno de sus pecados de adolescente el haber creído que las proposiciones del aprismo eran la verdad y el camino.

Cuando Haya de La Torre, hace una de sus primeras visitas a Caracas, Domingo Felipe, era director de una revista caraqueña, posición que le permitió el diálogo con el caudillo peruano. En ese tiempo, Haya de La Torre predicaba su nueva teoría de espacio-tiempo político pues quería fabricar una nueva tesis en su propósito de figurar a la par de los grandes pensadores universales. El joven periodista advirtió los esfuerzos sobrehumanos e infructuosos de Haya de La Torre, por querer engranar los términos de sus proposiciones y entonces decidió descartar definitivamente su interés por esta clase de heterodoxias y adoptar el marxismo como camino para la interpretación del proceso nacional y contraseña de su acción política.

En 1943, el Presidente Medina Angarita propone al Congreso Nacional, una reforma constitucional que, entre otras novedades, plantea la legalización del partido comunista. Los venezolanos aspiraban a un avance de sus instituciones que

respondiera a los cambios que habían ocurrido en el país a partir de 1936. Se reclamaba la elección de los poderes públicos por el voto universal, directo y secreto. Al final, la reforma aprobada no tomó en cuenta estos reclamos, pero, de todas maneras se aprobó una nueva Constitución y en 1944 se legalizó el partido Comunista de Venezuela. Maza Zavala entraba a figurar en sus filas militantes.

A poco andar, la polémica estalla en el seno del nuevo Partido y un debate acerca la peligrosidad de las tesis browerdistas y sobre los compromisos creados por el grado de apoyo que el Comité directivo del P.C.V. brindaba al Presidente Medina Angarita divide la organización en "rojos" y "negros". Primera división registrada en el seno de nuestros modernos partidos. Uno de los sectores del enfrentamiento lo encabezaban Eduardo Machado y Luis Miquilena y el bando contrario lo califica de "machamiquis", tratando de negarle jerarquía partidista. La polémica se prolonga y, al final, vuelve a reinar la paz en el mundo del comunismo venezolano, a costa de la sanción de "los negros" y como Maza Zavala es "Machamiqui" sufre los rigores de todo derrotado.

La experiencia le ha sido rica en lecciones, pues una cosa es la teoría, el esquema ideal de las proposiciones para arreglar el mundo, y, otra muy distinta, la de participar en la muy humana empresa de conquistar el poder, así sea el poder revolucionario. Por lo pronto, Maza Zavala, que no abjura de su fe, reduce el afán de sus días, al mejor conocimiento de la filosofía marxista así como al devoto estudio de las ciencias económicas.

Cuando al andar del tiempo, en la década de los años sesenta intenta Maza Zavala retornar a la actividad partidista y entra a compartir tareas de fundación de "Vanguardia Popular Nacionalista", y luego del "Partido Revolucionario Institucional" (VPN y PRI), encuentra los mismos conflictos que años atrás se le plantearon en el seno del PCV. En las nuevas organizaciones también se multiplican y enfrentan las aspiraciones de jefatura que unidas al antagonismo de tácticas y estrategias paralizan una acción que apenas comienza. Estados Mayores sin

ejércitos, proposiciones que se quedan y mueren en el seno de grupos de intelectuales, sin lograr la menor influencia en el interior de las comunidades.

Definitivamente, para Maza Zavala, eran otros los escenarios y distinta la tribuna. La cátedra y el periodismo van a permitir que mantenga una influencia activa y creciente en la orientación de la opinión pública y en la formación profesional y cívica de sucesivas generaciones, pues sus enseñanzas, en uno y otros escenarios estarán encaminadas a explicar la interioridad del proceso económico en cuanto tienen relación con el destino venezolano. En esta tarea Maza Zavala lleva un buen trecho de su vida. Bien recuerdo cómo en el año 1953, su columna de temas económicos, que lograba burlar la censura, la leíamos con enorme interés los grupos de presos políticos en la Cárcel Modelo. "Las torres desprevenidas" denunciaba el comienzo de un proceso económico que ahora, en 1989, envuelve a Venezuela en los riesgos de la mayor crisis de este siglo. Análisis y advertencias que ha mantenido, incansable, a lo largo de los treinta años que cuenta de vigencia el régimen democrático.

Maza Zavala que conoció el oficio del periodista desde los días de su infancia, ha sido reportero de sucesos; entrevistador de políticos o científicos y artistas, cronista de originales enfoques, jefe de redacción y director de publicaciones de prestigio nacional; fue también uno de los primeros comentaristas o divulgadores del tema económico. Vale la pena recordar su paso por la dirección de "El Venezolano", diario de efímera existencia, aparecido en los años sesenta, en plena época de tumultos, conspiradores y guerrilleros; Maza Zavala era además de Director, editorialista y polémico cronista. Orlando Araujo, Héctor Mujica, Domingo Alberto Rangel y Jesús Sanoja Hernández escribieron en "El Venezolano" páginas maestras del moderno periodismo venezolano.

La materna herencia pedagógica ha estado presente en todas las etapas de la biografía de Maza Zavala. En sus días de estudiante fue maestro de escuela y catedrático en los liceos y su condición de profesor universitario jubilado no significó ningún alto en sus tareas magisteriales. Docente en todas las

universidades caraqueñas; doctor "Honoris Causa" de la mayoría de las universidades regionales; padrino de incontables promociones de universitarios, técnicos y bachilleres, director de institutos de investigación económica, tanto en la Universidad Central como en el Banco Central de Venezuela; es también Maza Zavala autor de una veintena de libros sobre teoría económica y de análisis del proceso histórico venezolano, que son fuente de consulta de casi todos los países latinoamericanos. La colección "América Latina en el siglo XX" (La Economía); la Editorial siglo XXI, de México, solicitó a Maza Zavala una monografía sobre el caso venezolano. Y nuestro economista redactó un texto que por sus méritos como historia y análisis merece la reedición —como texto separado— ojalá, con la relación de los grandes acontecimientos económicos y sociales ocurridos a partir de 1974.

En Maza Zavala la categoría de "Maestro" que le otorgan el aprecio de plurales generaciones de estudiantes, tiene el valor de lo permanente, sin añadiduras políticas. Ha demostrado que se pueden llevar con dignidad los títulos que otorga la admiración nacida en los jóvenes venezolanos, pues que ha sabido mantener, de por vida, leal consecuencia ética entre la palabra y la obra, difícil de encontrar en Venezuela donde florecen a cada rato tentaciones que proponen cambiar el rumbo de la existencia para utilizar el renombre alcanzado en limpio empeño en empresas de oscuro signo. Liviano anda de contradicciones rendidoras en ocultas cuentas bancarias quien así se dispuso a vivir. Que, por lo demás, grandes satisfacciones se logran cuando se utiliza la ciencia aprendida y la imaginación descubridora en seguir los pasos de un pueblo y en analizar su destino más allá de las anécdotas.

Dialogar con Maza Zavala es siempre un interesante ejercicio de ciencia e imaginación, de manera especial cuando el tema que se aborda es Venezuela. Una de las razones que lo asistió para escoger, entre otras tentaciones universitarias, la carrera de economista fue la de querer entender el país al localizar las razones reales de nuestras luchas sociales, así como de la verdadera trama de guerras y dictaduras. Penetrar con la luz

de la explicación científica la maraña de lo visible y llegar a determinar aquellas fuerzas sociales y económicas que determinan el rumbo nacional. En este constante ejercicio de desentrañar la verdad, Maza Zavala se empeña en conocer al lado de los aspectos fundamentales, matices aparentemente insignificantes y aparentemente ajenos al mundo económico, pues, es un convencido de que Venezuela es una unidad temática y que para llegar a conclusiones veraces y útiles no se pueden fabricar teorías cuyos enunciados ignoren la estructura social del país.

Pertenece Maza Zavala a una generación de economistas que parten de esta forma de análisis y tratamiento de la realidad venezolana. Casi todos forman parte de las primeras promociones de la Facultad de Economía de la Universidad Central y en su mayoría integran hoy, como Individuos de Número, la nueva Academia Venezolana de Ciencias Económicas y Sociales.

En Venezuela, ha llegado la hora de los economistas. La carrera universitaria que solamente vino a ofrecerse a los venezolanos en la década de los años cuarenta, constituye hoy, una de las profesiones a la que se otorga mayor categoría en todos los campos de la actividad nacional. Los partidos políticos que han gobernado en estas tres décadas (1959-1989) concedieron al principio escasa importancia a la formación de sus dirigentes en estas disciplinas, y los sucesivos gobiernos han tenido que apelar a expertos ajenos a su pensamiento y filiación políticos para dirigir la política económica y financiera, en otras ocasiones han resuelto el problema al integrar al Consejo de Ministros a hombres de negocios, o confían en la sabiduría de abogados que tienen algunos conocimientos en la rama administrativa o mercantil del Derecho.

Se ha multiplicado el número de los economistas venezolanos. En casi todas las universidades capitalinas y regionales existen Facultades o Escuelas de Economía; además funcionan institutos especializados en la materia y es creciente el número de profesionales que han seguido sus estudios en famosas universidades extranjeras, o que asisten a ellas para realizar cursos de actualización de los estudios concluidos en Venezuela. Todas las modernas teorías del proceso económico, tienen en

Venezuela, caracterizados expositores y partidarios; al igual que en el resto de los países latinoamericanos, las fórmulas que los economistas en función de ministros proponen y aplican, constituyen las decisiones más importantes en la vida nacional. En México, Argentina, en Chile o en Perú, el nombre de los Ministros de Finanzas, Silva Herzog, Salinas, Bucci, Sourville, Pugliese, etc., siempre economistas, ostentan el poder dictatorial que antes mantenían políticos o militares. Durante varios lustros se calificó de cepalista a la orientación que en la mayoría del área latinoamericana orientaba la acción gubernamental. Pero, al analizar el proceso cumplido en Venezuela a lo largo de esos periodos presidenciales, podría hablarse de un "venecephalismo" o de un cepalismo a medias, por la mezcla y contradicción de las medidas adoptadas, en donde privaban, al final, los intereses de la camarilla imperante en cada ocasión, mezclados siempre con los órdenes del partido de turno en el ejercicio del poder.

Desaciertos e improvisaciones unidos a la influencia determinante de poderosos intereses económicos nacionales y extranjeros llevaron al país a la crisis económica y social más grave del siglo. En busca de resolver esta situación que amenaza la estabilidad del sistema político, el Jefe de Estado ensayó, por primera vez en nuestra historia, llamar como asesores con el rango de ministros, a un grupo de economistas, haciendo exclusión visible de los políticos. Causó sorpresa la novedad de la solución, pero mayor aún, un hecho resaltante: estos economistas convertidos en ministros han proclamado desde su aparición como grupo, su adhesión a las tesis del neo-liberalismo y en las numerosas publicaciones que han realizado para dar a conocer su pensamiento (libros, conferencias, ponencias, cátedras, etc.), han planteado de manera clara y constante sus críticas a las tesis intervencionistas y populistas que han constituido el programa de los partidos políticos: social-demócrata y el social-cristiano, que han ejercido el poder.

Las medidas propuestas por el nuevo grupo ministerial tecnócrata son las mismas que con escasa suerte final se han venido aplicando en otros países latinoamericanos. La aplicación de las primeras medidas fue factor desencadenante de la explo-

sión social más significativa y preocupante de la Venezuela moderna. No solamente referida a los sucesos del 27 y 28 de febrero de 1989, sino al desajuste que han provocado en todos los sectores económicos y sociales y, especialmente, en la vida de las mayorías. Al referirse a estos acontecimientos, Maza Zavala advirtió que las señales de respuesta y rechazo de la Nación indican que las soluciones fueron planteadas como si se tratara de un simple problema técnico-económico y que el país no fue visto en la globalidad de su crisis, en la cual, las variables del desajuste económico no pueden ser separadas de antiguas desigualdades estructurales y de las vías para que la reconstrucción de la economía no se edifique sobre el crecimiento de la pobreza y el abondamiento de abismos sociales, ya de por sí profundos.

Los tiempos de crisis se caracterizan por el tumulto de voces. Mensajes, arengas, discursos, conferencias pronunciadas en todos los sitios y en los más variados diapasones. El silencio guardado durante el tiempo de la prosperidad y las complacencias se cambia en gritos y acusaciones. Confusión de voces que casi siempre hace olvidar las reflexiones, diagnósticos y advertencias que, a lo largo de los años, plantearon al país venezolanos como Maza Zavala. Venezuela vivía en la euforia de la renta sin límites y esos estudios eran calificados de expresiones de sectarismo, locura, resentimiento o pesimismo. Pero, en marcha la crisis, tampoco logran el acatamiento que les otorga el acierto que tuvieron en su visión del futuro. Por lo regular, —en nuestro país—, quienes fueron autores o fundamentales partícipes de graves errores, vuelven a tener en sus manos la oportunidad de trazar el aparente nuevo esquema de las rectificaciones, en razón exclusiva de la superioridad que les otorga la cercanía a quien preside el Estado.

Esa sordera para atender la oportuna advertencia no es una novedad de nuestra historia. Todo nuestro siglo XIX está marcado por las voces que clamaron en el desierto, pues nadie quería escuchar sino el disparo de los fusiles, en el tumulto de las guerras civiles. El destino de soledad no doblegó la voluntad de servicio de esos hombres, ni derrotó su empeño

o terquedad de convertir su sabiduría en instrumento de utilidad venezolana.

Cambian los tiempos, pero ciertos papeles continúan teniendo vigencia en el escenario de la vida nacional. Maza Zavala, al igual que el grupo de su generación identificados en pensamiento y conducta, tampoco se amilana, ni los derrota la sordera, pues sus aportes son expresiones de ciencia y conciencia. Maza Zavala entiende —ellos entienden—, que sus voces contribuyen a construir la conciencia democrática de Venezuela.

Caracas, abril 1989.

RAMÓN J. VELÁSQUEZ

LA CRISIS LATINOAMERICANA

PROBLEMAS, PROYECCIONES Y ALTERNATIVAS DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE EN LA CRISIS ACTUAL

I. - OBJETIVO Y ALCANCE DE ESTE TRABAJO

El sistema capitalista mundial (SCM) sufre desde hace aproximadamente quince años de un movimiento de reajuste y transformación, que se ha manifestado en alternativas de recesión económica y de breves y poco intensas recuperaciones, la última de las cuales tiene lugar en el período 1983/86. Las fuerzas productivas del sistema, globalmente considerado, han mostrado en este largo tiempo una notable debilidad en su ritmo de crecimiento, en comparación con la fuerte y sostenida expansión de las décadas de los 50 y 60, aunque durante éstas no dejaron de presentarse coyunturas recesivas conforme al patrón de funcionamiento del sistema; pero esas coyunturas fueron breves y de escasa amplitud, sobreponiéndose a las mismas el impulso derivado de la tendencia expansiva.

Diferentes explicaciones se han dado sobre el fenómeno mencionado. Por comodidad se le denomina *crisis*, aunque técnicamente este término debe corresponder a un punto de inflexión de una fase de auge en la onda cíclica, o, prácticamente, a una zona de transición entre un movimiento ascendente y uno descendente. Sin embargo, también se aplica el término crisis a un complejo fenomenológico que envuelve un proceso de transformación o de adaptación del sistema económico bajo la influencia de factores y contingencias no coyunturales, algunos de los cuales surgen del propio desenvolvimiento de aquél y otros se imponen desde afuera. En el pasado se pudieron observar fenómenos de este tipo, que señalaron cambios considerables en la estructura y la dinámica del capitalismo, sin que por ello el sistema dejara de ser en lo esencial. Uno de esos cambios históricos fue el advenimiento de los monopolios simples y la contracción del ámbito de la libre competencia. Otro cambio

significativo fue el fortalecimiento del poder del Estado en la orientación, activación y regulación de la vida económica, después de la profunda depresión capitalista de 1929-33. Un fenómeno más reciente, en curso todavía, es la *transnacionalización* del capital instrumentada en la organización y operación de corporaciones gigantes de actividad múltiple a escala planetaria. Es probable que este fenómeno haya tenido influencia en el movimiento de transformación y reajuste que afecta al SCM en la actualidad.

Otra explicación trata de reivindicar la teoría de las ondas largas de Kondratieff, con duración comprendidas entre cuarenta y sesenta años. De acuerdo con ésta lo ocurrido en el decenio de los 70 y primeros años del presente decenio es atribuible a la incidencia de la fase de descenso de dicha onda larga, de modo que pudiera situarse la fase ascendente de la misma entre la terminación de la II Guerra Mundial y fines de la década de los 60. Si fuese así, aún no sería tiempo de la recuperación de largo alcance de la economía capitalista mundial y habría que proyectar la fase depresiva, con recuperaciones breves y poco intensas, al resto de la década actual.

A mi juicio, se trata de un movimiento de adaptación, ajuste o transformación del SCM a varios factores y circunstancias de gran alcance, entre otros los siguientes: i) la transnacionalización del capital; ii) cambios notables en la distribución internacional de las ventajas comparativas; iii) modificaciones profundas en el balance energético con efectos múltiples en el patrón tecnológico, financiero, de producción y de consumo; iv) advenimiento de la era postindustrial en los países más avanzados del sistema. En el desarrollo del presente trabajo intentaré examinar, brevemente, estas hipótesis, cada una de las cuales exige, por supuesto, una rigurosa investigación que está fuera del alcance de este documento.

El movimiento crítico en cuestión afecta de modo diferente a los participantes del SCM. La composición de éste es cada vez más compleja y contradictoria: la primera clasificación que puede establecerse es entre los países industrializados y los que no han alcanzado esta situación (alternativamente, los desarrollados y los subdesarrollados). Entre los industrializados hay que distinguir el país de mayor dimensión y poder; los Estados Unidos, centro o eje del sistema; los que constituyen la Comunidad Económica Europea (CEE) cuyo motor es Alema-

nia Occidental (RFA) y el Japón. Entre los no industrializados hay que diferenciar los exportadores de petróleo (OPEP y México), los exportadores de manufacturas en proporción considerable y los exportadores de productos primarios no petroleros. Puede mencionarse, de paso, que los países industrializados coordinan sus acciones y posiciones en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y forman, en verdad, un triángulo de poder capitalista mundial (trilateralismo): EE.UU., CEE y Japón. Los restantes países "en vías de desarrollo" no tienen una coordinación equivalente, sino agrupaciones parciales, de alcance regional, subregional o funcional (Grupo de los 77, el más característico). Los ritmos de actividad económica no han sido precisamente concordantes entre los diferentes componentes del sistema, tampoco lo ha sido la incidencia de los factores que he señalado ni los ajustes a los mismos. Por ejemplo, puede mencionarse que las tasas más débiles de crecimiento han sido las de EE.UU., que todos los países industrializados con excepción de éste han obtenido excedentes en su cuenta corriente internacional, en tanto que el mayor índice de desempleo se refiere a la CEE y el menor a Japón. Más significativamente puede notarse que en la primera mitad del decenio de 70 los países "en vías de desarrollo" tomados en conjunto registraron tasas de crecimiento superiores a las de los países desarrollados globalmente considerados y que aun en la mitad de dicho decenio se mantenía, aunque con margen más estrecho, dicha relación. Un análisis más detallado de los ritmos de crecimiento por categorías de países, dentro del llamado Tercer Mundo, mostraría disparidades acentuadas. Sin embargo, en los primeros años del decenio actual, mientras los desarrollados tienden a recuperarse (1983/86) luego de una recesión, los países "en vías de desarrollo", principalmente los latinoamericanos, sufren una contracción grave, de pronóstico inquietante.

No es objeto de este trabajo realizar un diagnóstico de la llamada crisis del SCM. Sin embargo, se dedicará un capítulo relativamente extenso a la identificación analítica de problemas vinculados a la estrategia de la dominación, como escenario indispensable para la presentación de alternativas y proyecciones de América Latina y el Caribe orientadas a la superación de los padecimientos, desequilibrios y deformaciones estructurales que hacen vulnerable a la región al efecto de las coyunturas que se originan en los países industrializados y a los designios de la dominación encarnada en los complejos corporativos

transnacionales. No sería impropio hablar de la existencia de un *nudo crítico latinoamericano*, cuya solución no depende del restablecimiento de las economías capitalistas de mayor desarrollo sino de la transformación que sea posible realizar en el interior mismo de nuestras economías y sociedades. Naturalmente, para esa transformación es indispensable la cooperación entre los países de la región y con los demás componentes de la diversidad que se denomina Tercer Mundo. Si algo puede revelar la historia económica, política y social del mundo en los últimos treinta años es la contradicción de intereses entre los países industrializados dominantes y los que están “en vías de industrialización” y sujetos a dependencia; y, al mismo tiempo, la convergencia de intereses entre estos últimos. También esa historia pone de manifiesto que, por lo menos América Latina, la parte subdesarrollada del mundo no es una simple caja de resonancia o mecanismo reflejo de los movimientos críticos que afectan a la parte desarrollada, ya que se han puesto en evidencia comportamientos y situaciones diferenciados, sin dejar de considerar las relaciones, las vinculaciones y los nexos que permiten asegurar la unidad del SCM. No es realista, por decir lo menos, esperar que los países industrializados —hago abstracción de los pertenecientes al sistema socialista— emprendan acciones y pongan en marcha mecanismos y recursos para contribuir al mejoramiento básico de las economías dependientes; accionarán y asignarán recursos en la medida y en la forma que favorezcan sus intereses y garanticen la estabilidad del sistema. Por tanto, la alternativa fundamental que se nos presenta —ineludible, por lo demás— es la de movilizar, combinar e impulsar nuestras propias fuerzas para superar la crisis de crecimiento y transformación que vivimos, sin que por ello dejemos de aprovechar las oportunidades que el restablecimiento de los países industrializados nos pueda ofrecer.

II. - IDENTIFICACIÓN DE PROBLEMAS VINCULADOS A LA ESTRATEGIA

1. - *Transnacionalización, cautividad de mercados y factores nacionales y mercados de mayor desarrollo*

Paradójicamente, la transnacionalización del capital —productiva, tecnológica, comercial, financiera, de patrones de consumo, entre otros aspectos— que debe conducir lógicamente a una integración más completa del sistema capitalista a través del espacio mundial dominado por

éste, propicia en su praxis táctica la coexistencia de compartimientos estancos circunscritos por las economías nacionales, pero vinculados encubiertamente por los flujos que circulan a través de los circuitos virtuales creados por las grandes corporaciones dentro de su propio proceso de integración: así, hay una integración transnacional simultáneamente con una reafirmación de los intereses económicos “nacionales”. Es evidente, por ejemplo, el propósito de mantener mercados cautivos a escala de países mediante la utilización de dos o tres tipos de barreras: a) la arancelaria; b) la aduanera no arancelaria; c) la que resulta de los condicionamientos a que someten las transnacionales a sus filiales, subsidiarias, asociadas o cesionarias. Existen fuertes barreras proteccionistas en los países industrializados, inclusive los Estados Unidos, que —una vez más paradójicamente— afectan relativamente más a las exportaciones de los países “en vías de desarrollo” que a las procedentes de los propios países desarrollados. El proceso de industrialización sustitutiva de importaciones que se ha seguido en nuestros países se encuadra en la condición de la cautividad del mercado interno, que es aprovechada por las transnacionales para realizar sus planes de “redespliegue industrial”, sobre la base de la dimensión de la demanda, el costo relativo de factores y la exclusión de la competencia. Este redespliegue, sin embargo, es contradictorio, pues intereses aún poderosos en los países industrializados se oponen al desplazamiento de las industrias que en su seno han entrado en decadencia (verbigracia, la siderúrgica, la metalmecánica, la automotriz, y las tradicionales: textil, calzado, muebles, etc.) e intentan transformarse para sobrevivir. Por otra parte, cuando el proceso de industrialización en nuestros países exige mercados más amplios que los internos, y se hacen esfuerzos para desarrollar la exportación de manufacturas, se encuentran con los obstáculos abiertos o encubiertos que levantan los países de mayor desarrollo. Incluso las propias corporaciones transnacionales limitan aquellas exportaciones mediante la imposición de cláusulas que regulan, condicionan o prohíben las ventas al exterior de los productos cuyo dominio tecnológico ejercen. Es particularmente notable esta limitación cuando se trata de exportaciones entre los mismos países “en vías de industrialización”, que de este modo sufren serias dificultades para su cooperación e integración. En determinados casos, los acuerdos de integración económica (ALADI, GRUPO ANDINO) sirven a los designios de las corporaciones transnacionales en su táctica de redespliegue industrial limitado.

La dimensión del mercado que pueden formar los países "en desarrollo" mediante la combinación efectiva de sus mercados internos —preservando en una primera etapa sus aparatos productivos vinculados al mercado interno y fomentando el intercambio de amplios grupos de mercancías que pueden tener ventajas comparativas dinámicas— es muy considerable, equivalente, por ejemplo, al de la CEE. Para ello es necesario replantear el modo de crecimiento económico que ha prevalecido entre nosotros hasta el presente y también lo que se ha dado en llamar el modo de inserción de nuestras economías en el SCM. No puede dejarse de lado la realidad de que aproximadamente las tres cuartas partes de la demanda internacional de bienes de toda índole —primarios e industriales— se origina en los países capitalistas desarrollados, de los cuales procede, al mismo tiempo, la proporción determinante de las importaciones que los países "en desarrollo" requieren. Conviene, además, tomar en consideración la potencialidad del mercado socialista y las favorables condiciones de intercambio que ofrecen.

2. - Convergencia necesaria entre el crecimiento hacia adentro y el crecimiento hacia afuera

Una vertiente importante del pensamiento económico latinoamericano interpreta el desenvolvimiento histórico en el presente siglo como escindido en dos etapas, desde el punto de vista de la economía regional: la del crecimiento hacia afuera, característico de la época anterior a la gran depresión capitalista de los años 30, fundamentado en la división clásica o tradicional del trabajo entre productores/exportadores primarios y productores/exportadores industriales; y la del crecimiento hacia adentro, en los últimos cincuenta años, impulsado por la industrialización orientada al mercado interno. Esta última etapa ha dado lugar, según aquel modo de interpretar los hechos, a una nueva división internacional del trabajo dentro del SCM, en la cual los rangos de especialización se diversifican y amplían y las economías de exportación primaria tienden a desarrollar sus propias fuerzas de crecimiento, modificándose progresivamente la forma de vinculación de las mismas a la economía mundial. Sin embargo, estas economías nunca dejaron de depender de los ingresos de la exportación primaria mediante los cuales pueden obtener en los mercados exteriores, principalmente los desarrollados, los bienes de capital, insumos y servicios (inclusive la tecnología menos convencional) para su funcionamiento y crecimiento. Por

otra parte, el mismo proceso industrial conduce a la necesidad de exportar mercancías “no tradicionales”, es decir, se modifica el tipo de crecimiento para comprender una nueva modalidad de expansión “hacia afuera”, más compleja y difícil que la de exportación primaria. Esta fase de crecimiento se manifestó con claridad durante el decenio anterior, pero en el presente atraviesa una grave contracción que exige una revisión a fondo de los factores y posibilidades de reactivación. Se trata de un problema de integración de las fuerzas de crecimiento —internas y externas— en una distinta perspectiva de desarrollo, a la luz del contexto crítico que ofrece la evolución de la economía mundial.

El crecimiento hacia afuera —que nunca ha dejado de serlo, en mi opinión— tiene dos factores relativamente favorables en la nueva situación: los cambios en las relaciones de productividad para numerosas industrias entre los países industrializados y los que están en “vías de desarrollo”, con ventaja para estos últimos; y la ampliación de los mercados de los propios países subdesarrollados, debida al progreso de la industrialización, la modernización de la agricultura y, para el grupo de países exportadores de petróleo, la extraordinaria expansión del ingreso petrolero. Como no estamos en presencia de la crisis final del capitalismo, sino de un movimiento de reajuste y transformación como he indicado, las economías desarrolladas tendrán que reponerse durante esta década, bajará en ellas el índice de desempleo y aumentarán sus ingresos, y por tanto, se propiciará la reducción de la barrera proteccionista, lo que permitirá el ajuste del aparato productivo mundial en el sentido del desplazamiento de industrias que han dejado de ser eficientes en los países industrializados hacia los países “en vías de industrialización”. Este desplazamiento debe tomar la forma de un grado mucho mayor de apertura de los mercados de aquellos países para las manufacturas de los países en crecimiento. La cooperación entre éstos, sobre bases de igualdad y reciprocidad dinámica, determinará la ampliación del intercambio dentro del Tercer Mundo, con particular énfasis en el espacio económico latinoamericano (incluido el Caribe no hispanoparlante). También debe estimarse la posibilidad concreta de fomentar el comercio con los países socialistas, de los cuales cabe esperar una apertura creciente de su mercados y una política de cooperación para el desarrollo independiente re nuestros países.

La alternativa que se ofrece, por tanto, no es tan sólo la de crecer hacia adentro, sino que debe ser combinada con nuevas modalidades y oportunidades de crecimiento hacia afuera: en lugar del restablecimiento de los vínculos de la dependencia con el núcleo dominante del SCM, una reorganización de las relaciones de intercambio y una modificación sustancial del patrón de la división del trabajo, para abrir nuevos caminos a la industrialización de los países "en desarrollo"; no puede tratarse del desplazamiento de industrias contaminantes o en vías de desecho —hay quienes pretenden convertir al Tercer Mundo en un basurero industrial— sino de industrias para las cuales hay y habrá un lugar en el cuadro de las fuerzas productivas mundiales.

3. - La estratificación del Tercer Mundo y una nueva integración de la economía mundial

En párrafo anterior he mencionado el hecho de que el Tercer Mundo es cada vez menos un todo homogéneo. La denominación se conserva en el plano genérico para comprender diferentes grupos o categorías de países y regiones, que tienen algunas características comunes, pero muchas diferentes. Lo común es la dependencia, la vulnerabilidad económica, la prevalencia de la producción primaria, la insuficiencia de la acumulación de capital, entre otros aspectos. Lo diferente es el grado de crecimiento económico, los niveles de ingreso por habitante, el grado de cohesión nacional o regional, el desarrollo cultural, social y político. Un grupo de estos países —los exportadores de petróleo asociados en la OPEP— ha podido desempeñar un papel importante en el balance del poder mundial, mediante la combinación de sus intereses en la administración de la oferta de petróleo, no obstante la diversidad de sus características. Aunque en este caso pesa mucho la índole de la mercancía que da fundamento a la organización, vale como ejemplo de la potencialidad de acción que tienen otros países del Tercer Mundo para la coordinación de intereses y posiciones en el manejo comercial de sus exportaciones, así como otras formas de cooperación. Se ha pretendido, por parte de agentes del mundo capitalista desarrollado, estimular una contraposición entre la OPEP y los países importadores de petróleo no desarrollados, pero este empeño no ha tenido éxito. La OPEP se ha identificado con los intereses globales del Tercer Mundo y, aunque hubiera podido hacer más en el sentido de la cooperación financiera, puede decirse que en virtud de su actuación

se ha fortalecido la causa de los países subdesarrollados en sus relaciones con los países dominantes. Se han constituido otras organizaciones en el Tercer Mundo, identificadas en objetivos de desarrollo; en América Latina y el Caribe existen: a escala regional, la ALADI; a escala sub-regional el Grupo Andino, el Mercado Común Centroamericano (escindido por graves dificultades políticas), Carifta, el SELA. Lo más conveniente es la coordinación de estos organismos a escala regional y del Tercer Mundo, en aspectos operativos y programas concretos de cooperación, ya que, en otra perspectiva, existe el Grupo de los 77 que auspicia posiciones comunes en los foros internacionales.

Existen amplias disparidades en grados de crecimiento económico y desarrollo sociopolítico entre países y regiones del mundo "en desarrollo". Algunos han avanzado considerablemente en la ruta a la industrialización —Brasil y México en América Latina—, mientras otros apenas han iniciado ese camino; unos tienen ingresos por habitante comparativamente elevados —los países petroleros, Argentina y otros—, pero la mayoría no alcanza al promedio mundial; los países latino-americanos han logrado lo que pudiera calificarse como la consistencia nacional, no obstante las coyunturas políticas que introducen factores de aguda inestabilidad; los nuevos países formados en Africa luchan por alcanzar esa consistencia. Los niveles culturales y estilos de vida son distintos entre regiones o subregiones, aunque menos diferenciados entre países de una misma región o subregión. Al poner de manifiesto estas circunstancias, quiero llamar la atención sobre la complejidad del problema de constituir un frente solidario del Tercer Mundo ante el mundo capitalista desarrollado. Esta diversidad juega en la estrategia de la dominación. No hemos definido una política para acercarnos unos a otros en el amplio escenario del Tercer Mundo: para América Latina, en conjunto, por ejemplo, el Africa emergente del reciente *status* colonial es una referencia lejana y en gran parte desconocida, como lo es también el sudeste asiático. Acercarnos, comprendernos, intercambiar, fomentar vínculos de solidaridad e interés, puede contribuir mucho a fortalecer las posiciones de todos en su lucha por el desarrollo y la independencia económica. Los países capitalistas dominantes quieren, por supuesto, que nos mantengamos separados, distantes, con supuestas contradicciones entre nosotros, porque esta fragmentación permite la inserción subordinada y dependiente en la economía global del sistema. Las relaciones Norte/Sur en estas condiciones siempre serán relaciones

desiguales, impares, entre poderosos que hacen causa común y débiles dispersos y hasta extraños entre sí. Hay que reorientar esas relaciones, intensificando y desarrollando la Sur/Sur a la par que propiciando la discusión y solución de cuestiones importantes de comercio, financiamiento, inversiones y tecnología con el Norte. El mundo de postcrisis —postindustrial, postpetrolero— debe ser menos disperso en cuanto a ritmos de crecimiento, ingresos y bienestar que el mundo profundamente desigual e injusto de estos tiempos.

4. - *Financiamiento externo, petrodólares, tasas de interés y barreras al comercio como instrumentos de desequilibrio en las relaciones Norte/Sur*

La deuda externa agobiante ha sido y es un factor de dependencia de nuestros países. Lo nuevo de la deuda es su extraordinaria magnitud —global y por países—, la perentoriedad de sus vencimientos, la pesada carga de los intereses y los canales de financiamiento a través de los bancos privados. Nuevo puede decirse también del hecho de que la deuda se multiplicó en un período de bonanza relativa de ingresos externos de los países deudores. Si la ley de Say, originalmente establecida para los mercados de bienes, puede ser aplicada al mercado financiero internacional de esta época, habrá que afirmar que en este caso la oferta no sólo creó sino que forzó a la demanda. La abundancia de petrodólares y eurodólares desbordó la capacidad de absorción del mundo desarrollado y cubrió a los países “en desarrollo” tentándolos en su debilidad. Los petrodólares, singularmente, originados en el superávit de los exportadores de petróleo, lejos de afectar negativamente la posición financiera de los grandes importadores de aquella mercancía, les permitió someter más aún a los países dependientes y obtener ganancias adicionales en comisiones e intereses. Esos petrodólares sirvieron, además, para estimular el aumento de las importaciones de los países deudores por encima de los límites tradicionales y, de este modo, aliviar la carga de la recesión en varios períodos de la década de los 70 y principios de los 80. La deuda se ha convertido en un nuevo disolvente de las economías de estos países, acentuando su vulnerabilidad y dificultando su recuperación. Cualquiera que sea la salida que se imponga a este problema, la carga del servicio de la deuda estará gravando sustancialmente la capacidad de pago internacional de los países latinoamericanos y haciendo menos accesibles para

ellos las fuentes de nuevo financiamiento externo, salvo las que puedan derivarse de la inversión privada directa extranjera. Sin embargo, los canales del comercio exterior tendrán que continuar funcionando en base de créditos de proveedores y los países industrializados estarán muy inclinados a facilitarlos para impulsar sus exportaciones.

Las elevadas tasas de interés tienen múltiples incidencias en la economía de nuestros países, todas ellas desfavorables. No parece haber perspectiva firme de una reducción considerable de las tasas de interés en los principales mercados financieros, mientras los presupuestos de los países industrializados —en primer lugar los EE.UU.— continúen en posición deficitaria; lo mismo puede decirse en cuanto al déficit de cuenta corriente internacional de los Estados Unidos —país que ha llegado a ser el mayor importador de capital del mundo— y el persistente riesgo de emergencia de presiones inflacionarias. Los altos tipos de interés determinan una carga fuerte por concepto de servicio de la deuda y su variabilidad ocasiona incertidumbre en cuanto a la magnitud de ese servicio. Además, dichas tasas, al mantenerse elevadas, hacen costoso el financiamiento externo, necesario en cuanto no hay posibilidad a mediano plazo de superar la situación deficitaria de la cuenta corriente de nuestros países, salvo por una contracción drástica de la importación (con efectos regresivos en el crecimiento económico) o por mejoramiento sustancial de los términos de intercambio. Por otra parte, dada la interdependencia financiera que se ha fortalecido mundialmente los últimos quince años, las autoridades monetarias de cada país no tienen la posibilidad efectiva —salvo bajo muy estrictos controles que no siempre funcionan en la práctica— de aislar el mercado financiero de su jurisdicción, estableciendo un régimen de tasas de interés en concordancia con los objetivos de la política económica general, y así se mantienen niveles elevados de tasas de interés en nuestros países para evitar una salida inconveniente de capital, pero con efectos desfavorables en la actividad económica interna. Además, la persistencia de altas tasas de inflación no permite un descenso de las tasas de interés, pues se contraerían los tipos reales de interés con efectos negativos en la formación de ahorro.

Las prácticas proteccionistas han sido constantes en los países industrializados, pero se acentúan en épocas de recesión económica. Aunque parezca extraño, se practica el proteccionismo por parte de esos países para sostener actividades de baja productividad relativa,

pero que proporcionen empleo numeroso. Han ocurrido modificaciones notables en las relaciones de productividad entre los países industrializados y los que están en "vías de desarrollo", particularmente cuando se relaciona la tasa de productividad con la tasa de salario real, manifestándose muchos casos en que los países industrializados, en renglones específicos de producción, tienen desventaja. Si bien el proteccionismo se justifica temporalmente y bajo condiciones determinadas cuando se inicia un proceso de industrialización y mientras se fortalece, no es justificable en economías desarrolladas que pierden ventaja en ramas tradicionales de la producción, pero que la compensan con creces en ramas dinámicas, de alta y creciente tecnología e intensidad de capital. Particularmente es insostenible la razón del proteccionismo cuando se trata —como es el caso— de reducir o evitar la importación de manufacturas y bienes de poca elaboración procedentes de los países subdesarrollados. No se exagera al afirmar que esta actitud o política discriminatoria retarda los ajustes requeridos para superar la crisis económica mundial. Es comprensible que los países industrializados, bajo la presión de intereses internos, en una coyuntura recesiva, establezcan restricciones transitorias y condicionales, o contingenciales, a la importación de determinados artículos que los afectan; pero deben hacerse progresos concretos y sistemáticos en ruedas periódicas internacionales de negociaciones con representación balanceada de los países "en desarrollo" y desarrollados, para reducir o eliminar las barreras al comercio con tratamiento preferencial multilateral a los países "en desarrollo". No se trata de "ayudar" a éstos benéficamente, como una función de filantropía económica, sino de establecer las bases de un crecimiento menos desequilibrado entre los dos sectores del sistema capitalista mundial, porque de no ser así los factores de crisis seguirán actuando. No puede confiarse simplemente en que la recuperación de las economías desarrolladas —al parecer con posibilidad de sostenerse entre tasas moderadas durante algún tiempo— será suficiente para ampliar las corrientes de comercio en favor de los países subdesarrollados; hay que lograr la mayor apertura de los mercados más ricos sin tener que dar compensaciones equivalentes que harían más desequilibrado el comercio y más difícil, por tanto, el restablecimiento de nuestras economías, ahora duramente golpeadas por el deterioro de los términos de intercambio y la incidencia de la deuda externa.

5.- Convergencia necesaria entre la especialización dinámica y la diversificación limitada

En la estrategia de crecimiento de nuestros países se ha planteado con frecuencia el aparente dilema entre especialización y diversificación del aparato productivo, como si fuese forzosa la opción entre una y otra. En la práctica se ha entendido la diversificación productiva como la creación y el desarrollo de una economía alterna a la de explotación primaria, la cual persiste como la fuente mayor de ingresos externos, aunque no de empleo. En el intento de diversificación se incorporan actividades productivas para las cuales el país no está bien dotado ni aun en una perspectiva de largo plazo. Esta diversificación extremada e incondicional conduce al aumento de la vulnerabilidad y la dependencia, en lugar de contribuir al equilibrio autosostenible. La especialización tradicional en la exportación primaria, por razones que no es del caso mencionar aquí, no ofrece posibilidad de sustentar el crecimiento sostenido y equilibrado; como una alternativa viable hay que hacer esfuerzos por agregar valor a los productos primarios, lo que está en concordancia con nuevas preferencias que se observan en el mercado internacional. Tanto los productos agrícolas, como los mineros y petroleros, son susceptibles de elaboración más o menos avanzada, de aceptación progresiva por parte de los compradores extranjeros. Esta implicaría una verdadera diversificación productiva mediante el fomento de aptitudes de que ya disfrutaban estos países. Desde luego, parte de la exportación tendría que ser no elaborada para adecuarse a las características del mercado; pero habría lugar a una sustitución más o menos acelerada de los productos crudos por los semielaborados o elaborados. Podría señalarse también la posibilidad de contribuir a la diversificación de la demanda de los productos exportables tradicionalmente, mediante la multiplicación de nuevos usos o formas de consumo, para lo cual se requiere investigación y promoción, lo que podría hacerse conjuntamente entre los exportadores.

La sustitución de importaciones ha permitido una cierta diversificación de la economía dependiente, pero no siempre en el mejor sentido ni con la mayor conveniencia. Hay que determinar lo que es sustituible, desde el punto de vista de esencialidad, facilidades productivas y perspectiva de crecimiento. La euforia de la sustitución condujo, por lo general, a una dispersión no económica de recursos y al surgimiento de intereses creados artificiosos que significan una carga para

el Estado y el consumidor. Hay necesidad de reajustar el patrón industrialista, estableciendo prioridades claramente inscritas en una escala de necesidades y posibilidades, tomando opciones correspondientes a la disponibilidad de recursos, a la integración del aparato productivo y al crecimiento del producto en términos reales. Si la economía es, históricamente hasta el presente, escasez, ciencia y arte de enfrentar las restricciones impuestas por la limitación de los recursos y la escala creciente de las necesidades, hay que resolver las dificultades mediante el expediente de escoger la aplicación de los recursos y la jerarquía de las necesidades por satisfacer. No hay otra opción para América Latina hoy. Y en este empeño no hay que pretender —por lo absurdo e imposible— que las necesidades determinadas en el orden de preferencia económico/social vayan a ser cubiertas en totalidad con la producción propia; en parte tendrán que ser cubiertas con importaciones, pero para ello hay que desarrollar un potencial de exportaciones, de manera que en lo esencial se estará asignando recursos para obtener los bienes y servicios necesarios a la vida del pueblo. Lo que deseo dejar claramente establecido es que las necesidades deben ser reguladas estrictamente por la capacidad real de satisfacerlas, teniendo en cuenta que lo ineludible es sostener un nivel básico de vida para toda la sociedad.

III. - PROYECCIONES Y ALTERNATIVAS

1. - *El establecimiento de un nuevo patrón de desarrollo*

Para poder superar el nudo crítico que nos ata es indispensable romper con los paradigmas históricos de desarrollo o progreso, que hasta ahora nos han obsesionado y planteado falsos retos y falsos objetivos. No hay que volver al pasado, menos aún reproducirlo. En este sentido la recuperación económica debe tener un significado diferente al de poner en marcha, o reactivar, un cuadro de fuerzas productivas existentes con los mismos procedimientos, por los mismos caminos, bajo la misma orientación que los experimentados los últimos veinte años. Es necesario un cambio de rumbo y de comportamiento, comenzando por definir lo que para nosotros, en esta situación, para el futuro largo que espera a nuestros países, sea el desarrollo. Parece extraño que estemos planteando este problema en este tiempo, cuando tanto se ha dicho sobre el desarrollo. Sin embargo, creo que prevalece la conciencia —a mi juicio errónea— de que desarrollo es obtener los

medios para reproducir la sociedad opulenta o afluente norteamericana. La transnacionalización espúrea de los estilos y patrones de vida es el mayor éxito del capitalismo en su afán de dominación planetaria. No quiero decir, por supuesto, que esos patrones de vida sean absolutamente indeseables o perversos: hay logros del capitalismo que significan progresos gigantescos en el desarrollo humano, y no es del caso mencionarlos específicamente; pero hay otros componentes del “modo americano de vida” que no son dignos de imitar, ni deseables desde el punto de vista de la calidad de vida y el equilibrio social. También hay logros del socialismo “real” que deben constituir patrimonio común de la humanidad, en materia de salud, educación, vivienda, servicios, seguridad social, resguardo contra el desempleo y oportunidades de avance cultural, entre otros aspectos. Movilizar y aprovechar las fuerzas productivas, acrecentarlas y organizarlas, dentro de un orden de racionalidad macrosocial, para obtener los medios que permitan satisfacer las necesidades naturales y sociales de la población, asegurando el equilibrio entre el trabajo y los recursos naturales y económicos, es colocarse en la ruta al desarrollo. Importa, desde luego, el nivel de ingreso por habitante; pero importa tanto o más su distribución equitativa y el contenido real del ingreso. Importa la condición de reproductividad del ingreso real en proporciones crecientes; pero también importa la asignación del ingreso para elevar continuamente el bienestar de todos. El objetivo es la emancipación con respecto a la necesidad; pero para ello hay que ordenar las necesidades, no de acuerdo con el tipo de concentración del ingreso, sino de acuerdo con la esencialidad del requerimiento; en palabras simples de la vieja historia: primero el pan, después el circo.

Si se adopta un patrón diferente de desarrollo —en que lo superfluo es tal en relación con la escasez histórica de los recursos— y se evalúa objetivamente el potencial existente y el alcanzable para perseguirlo, muchos de los problemas envueltos en la crisis latinoamericana se simplificarían o se plantearían en términos más favorables. Si se intentara reproducir el pasado, esa crisis se haría cada vez más compleja y profunda, con impredecibles consecuencias.

2. - Replanteo del proceso de industrialización

Si se adopta un patrón de desarrollo dentro de los lineamientos que he tratado de expresar en el párrafo anterior, se hará indispensable

una reorganización del aparato productivo existente, en tres componentes básicos materiales y en la superestructura de servicios. Los tres componentes son: la agricultura, la industria y la construcción. En la agricultura hay que determinar los cultivos para los cuales el país puede estar suficientemente dotado y que contribuyan a fortalecer la seguridad alimentaria y en materias primas requeridas por la industria, así como también a la diversificación de exportaciones, sin pretender cultivar de todo a todo costo en un inútil empeño de autosuficiencia inalcanzable. El intercambio de productos del campo es una de las más importantes oportunidades que la cooperación regional puede ofrecer. La industria debe sustentarse en los insumos procedentes de la agricultura, la minería y los hidrocarburos, en los casos en que estos recursos existen para el país de que se trata, desplegándose en una gama de productos para los cuales sean claras o posibles las ventajas comparativas y que, en lo correspondiente al mercado interno, proporcione los medios para atender la demanda correspondiente a las necesidades generales de la población, sin pretender la autosuficiencia, pues existe la posibilidad de lograr a través del intercambio aquellos otros productos para los cuales el país no goza de aptitudes suficientes en una proyección prudencial de largo plazo. Lo que deseo significar, en todo caso, es que la autosuficiencia —como aspecto de la independencia— no consiste en producir a cualquier costo, sino en seleccionar los grupos de productos o actividades en que las fuerzas productivas disponibles puedan proporcionar rendimientos económicamente admisibles dentro de una escala de valoraciones sociales. La industria no puede ser sustitutiva de todas las importaciones, ni puede proyectarse a todas las exportaciones, lo que parece una perogrullada pero de conveniente reiteración. La industria, por otra parte, no puede limitarse a sustituir importaciones como un patrón único de posibilidades, sino que debe propender a la creación de productos necesarios para el nivel de vida que resulte del patrón de desarrollo que se adopte. Esto conduce a la consideración del problema tecnológico como un elemento crucial para la nueva etapa de crecimiento no imitativo de las economías latino-americanas.

El caudal y el potencial de conocimientos acumulados y de viable generación en nuestras universidades y demás centros de investigación no son escasos. Lo que ocurre es un divorcio mantenido por la prevalencia de intereses vinculados a las transnacionales entre las universidades y demás centros de investigación y el sector productivo. Al em-

prender la insoslayable tarea de la reorganización del aparato productivo para servir al nuevo patrón de desarrollo, hay que acometer al mismo tiempo la reforma del sector universitario/investigativo para vincularlo al nuevo sector productivo. Mientras llega el momento en la evolución del proceso industrial en que el propio sector productivo fomente sus departamentos de investigación, aquellos institutos superiores pueden y deben generar, transformar, adaptar o convertir, según los casos, los conocimientos tecnológicos que vayan a ser incorporados en el sector productivo en vías de transformación. Quiero decir, para mejor interpretación, que la vinculación entre el sector creativo (ya definido) y el sector productivo está sujeta a la transformación de ambos dentro de la concepción orgánica de desarrollo que se postula.

Hay que advertir que la reorganización de las fuerzas productivas en las actividades materiales y conexas no podrá realizarse ni simple ni fácilmente: es un proceso que requiere ajustes sucesivos en el tiempo, para evitar desperdicio de recursos, conmociones innecesarias e interrupciones en la marcha de la economía. Estímulos e incentivos, por una parte, y gestión desde persuasiva o disuasiva hasta compulsiva, de la otra, hay que emplear para alcanzar el objetivo propuesto en el plazo que sea necesario, dentro de un régimen democrático sin sacrificio de libertades fundamentales, ni prescindencia de la iniciativa privada: por el contrario, con la participación colectiva y el consenso social posible.

3. - Integración dinámica del mercado regional

Parece indispensable una revisión a fondo —en buena parte auto-crítica— de los planes y programas de integración económica que se han adelantado en América Latina y el Caribe. Esta revisión no debe conducir a una actitud escéptica o negativa ante los procesos de integración y su perspectiva. Por el contrario, debe reafirmarse la necesidad de la integración, pero en condiciones realistas, teniendo en cuenta, por una parte, el contexto mundial y su proyección, y por la otra las situaciones específicas de los países que se incorporan en los acuerdos integracionistas. El objetivo a perseguir es la creación efectiva a largo plazo de un verdadero mercado interno regional al que concurran sin restricciones los bienes, servicios y factores de todos y cada uno de los países de la región; pero frente al resto del mundo debe funcionar una comunidad económica, con tratamiento preferencial a los otros grupos

de países del Tercer Mundo y tratamiento de reciprocidad real a los países industrializados y de economía socialista. Los pasos o etapas que conduzcan a ese objetivo tienen que ser reformulados, para no repetir los errores u omisiones del pasado.

Para las actividades de los países de la región que tienen ya una proyección internacional —o que pueden tenerla a corto plazo— lo más conveniente es la celebración de acuerdos de cooperación e intercambio, que permitan acentuar el perfil de las especializaciones y la complementación externa de las economías. Otras actividades no establecidas aún, o muy incipientes pero de potencialidad en cuanto a ventajas por desarrollar, pueden ser objeto de acuerdos de integración productiva en base de la especialización por productos o procesos, bien sea mediante la creación de empresas multinacionales dentro de la región, con capital mayoritario de origen regional público o privado, bien mediante negociación de los programas entre gobiernos con participación de empresarios y trabajadores. En algunos casos habría que partir de cero, por la inexistencia práctica o absoluta de las actividades productivas —bienes y servicios— objeto de los acuerdos. Para la distribución de las especializaciones intraproductivas e interproductivas habrá que considerar la disponibilidad relativa de recursos y facilidades de cada país, entre los cuales la dimensión y potencialidad del mercado nacional tendrá su importancia ponderada. Para estos acuerdos, huelga señalarlo, todos los países deben tener opción a participar, incluyendo los del Caribe no latino, dentro de esa amplia categoría que algunos llaman “América en desarrollo” y que prefiero identificar como Tercer Mundo Americano.

Deseo hacer énfasis en una característica fundamental de la nueva estrategia de integración que sugiero. Me refiero a que en lugar de un tratado de normas, compromisos y pautas rígidas o inflexibles, o que abrigue proyecciones ambiciosas de escasa viabilidad en el futuro definible, se celebre un acuerdo global, genérico, de lineamientos básicos y mecanismos de acción indicativos, con alternativas, de tal manera que los países de la región tengan la oportunidad de concretar y especificar sus acuerdos de cooperación o especialización, liberación del intercambio u otros que se inscriban en el marco de la integración, sin que estén obligados en detalle a seguir pautas y normas preestablecidas, salvo los lineamientos y condiciones comúnmente establecidos en el acuerdo regional genérico. Se trata, en síntesis, de un marco de referencia diná-

mico que en lugar de entabrar el juego de las negociaciones entre dos o más países lo facilite, estimule y ayude.

Sin embargo, tampoco debe interpretarse lo anterior en el sentido de una abstracción absoluta e inútil, sin efectos prácticos. No debe ser una declaración formalista, ni una "carta de intención" sin compromiso. ALADI no tiene por qué desaparecer, sólo debe ser reformada para adecuarla a las nuevas circunstancias. Ese organismo, y otros de alcance regional como el SELA y OLADE, tienen que servir de coordinadores, cooperadores y estimuladores de los acuerdos concretos que a nivel subregional puedan celebrarse; pueden servir, lo que es tanto o más valioso, para representar y gestionar intereses comunes de la región ante terceros y para definir las grandes cuestiones económicas, financieras y sociales, que afecten a la región, y señalar orientaciones y líneas comunes de acción sobre las mismas. Este puede ser el sentido dinámico posible de la integración en la coyuntura actual, que exige alternativas prácticas, operativas, útiles, en lugar de compromisos rígidos a plazo fijo que casi nunca pueden cumplirse conforme a las previsiones.

Es razonable la opinión de que tiene mayores posibilidades la formación de grupos subregionales (de tres o más países) que acometer en su totalidad la integración regional. Existe el Grupo Andino, ahora sujeto a reajuste. Tendrá que reconstituirse el Grupo Centroamericano, superados los conflictos políticos que ahora conmueven al Istmo y ponen en peligro seriamente la paz y estabilidad de esos países. Existe el acuerdo del Caribe no latino hasta ahora con escasa promoción. Serían convenientes acuerdos de México, Argentina y Brasil con los grupos subregionales —ya que son los mayores de la región— en determinadas áreas de cooperación e intercambio. Quizás podrían crearse instituciones financieras y comerciales, entre otras, a nivel regional, como una Corporación para el Desarrollo capaz de captar y proporcionar recursos a mediano y largo plazo para programas concretos de inversión de carácter multinacional, así como también una institución de cooperación monetaria, apta para asistir a los países de la región en dificultades especiales de balanza de pagos o de deterioro del comercio. Son ejemplos sencillos de las ingentes y múltiples posibilidades que se ofrecen a la cooperación regional, para emanciparse de la dependencia con respecto a los centros monetarios y financieros de poder mundial y encauzar sus propios recursos —que no son pequeños— hacia sus necesidades. Porque debe advertirse que esta región, ahora sobreendeudada, es

fuente considerable de medios financieros para el mundo desarrollado, y que no es poco frecuente el caso en que a nuestros países se les presta con base en depósitos y aplicaciones hechas por los mismos en las instituciones acreedoras, bien sean fondos oficiales o bien privados. No es, por tanto, utópica la idea de utilizarlos noostros mismos, sin intermediarios y con provecho para todos.

4. *Creación y desarrollo de Multinacionales Regionales*

La transnacionalización monopolista del capital, fenómeno predominante en la fase actual del capitalismo, no ha sido convenientemente replicada en el Tercer Mundo, salvo en lo que se refiere a la exigencia justa de un código de conducta de aquellas corporaciones en sus inversiones y negocios con los países, o dentro de los países, que permita prevenir o minimizar los efectos de las operaciones negativas para el receptor de las inversiones o tecnologías de esas corporaciones y, en lo posible, aprovechar los beneficios de sus operaciones. Sin embargo, existe la posibilidad de una réplica real mediante la creación y el desarrollo de empresas o corporaciones de alcance regional o incluso extrarregional, formadas por países de la región para la explotación o fomento de determinadas actividades en el campo de los servicios, del comercio, la tecnología, la producción material. Esto no es nada nuevo, ya que existen en la región multinacionales en operación con diferentes resultados. Lo que se trata de indicar es la potencialidad de esta forma de cooperación, incluso para negociar con las transnacionales en condiciones más favorables. Aunque no se puede renunciar a las preferencias que los gobiernos pueden otorgar a empresas nacionales de interés para el desarrollo y la seguridad —como las navieras, las líneas aéreas, las aseguradoras, entre otras—, y aun considerando que sería procedente la exxtensión de esos beneficios a las multinacionales en que los gobiernos tuviesen participación, habría que propiciar la competencia con empresas del mismo campo de operaciones, de manera que adquieran aptitud para sobrevivir y crecer en un mundo de intereses y no de buenas voluntades. La tecnología, por ejemplo, sería una clase de actividad en que una corporación multinacional regional —y nada impide que de ella participen otros países “en desarrollo”— pudiera alcanzar metas importantes en beneficio de los participantes. La comercialización de productos —dentro del mercado interno nacional o de exportaciones— sería otra área de negocios de grandes proyecciones. Los seguros mer-

cantiles y financieros, sería otro campo de posibilidades. Estas multinacionales de desarrollo actuarían como empresas económicas, es decir, con el estímulo de la rentabilidad, y tendrían que ser eficientes en este sentido, sin dejar de cumplir los objetivos de su creación en cuanto a gestión independiente ante las transnacionales.

5. Negociaciones con los países industrializados y los socialistas

La experiencia parece indicar que las negociaciones globales (Norte/Sur) tienen poco alcance práctico y se quedan recluidas en enunciados generales, promesas abstractas y condicionamientos que dificultan extraordinariamente las concesiones específicas, las preferencias útiles y la apertura de los mercados desarrollados para productos determinados de países "en desarrollo". En razón de esos escasos resultados se impone la conveniencia de negociar limitadamente, sobre bases comerciales, con los países industrializados individualmente o con órganos representativos de grupos de éstos, como la CEE. No se trata de fomentar el bilateralismo, que es táctica preferida de los países dominantes, sino de situarse en el terreno de los hechos y las posibilidades como se manejan en el mundo de hoy, tan influido por el pragmatismo.

Para esas negociaciones sobre intercambio de productos, en cuanto se refiere a aranceles y restricciones directas o indirectas no arancelarias, teniendo en cuenta los márgenes de desequilibrio del comercio, es conveniente la coordinación de los países de la región y la representación a través de órganos competentes de alcance regional o sub-regional. Esto no excluye las negociaciones entre cada país de la región y cada país industrializado. Incluso países de mayor dimensión económica, como Brasil, México o Argentina, pueden beneficiarse de negociaciones multilaterales limitadas, contribuyendo al mismo tiempo al fortalecimiento de la posición de países más pequeños o de menor proyección internacional. Una vez más, los acuerdos genéricos pueden servir de marco referencial para los convenios específicos bilaterales.

Con los países socialistas deben existir muchas oportunidades de intercambio mutuamente beneficioso, en condiciones de reciprocidad y cooperación, pudiendo vincularse el comercio con la cooperación tecnológica y la inversión no financiera, en programas múltiples, bilate-

rales o multilaterales, sin dejar de considerar los intereses concretos de cada participante, más allá de toda consideración de carácter ideológico.

6. *Las proyecciones de la OPEP*

Las actuaciones de la OPEP se han limitado a la producción y los precios del petróleo que constituyen su objetivo fundamental. La coherencia del grupo se ha mantenido, no obstante las fuertes presiones de todo orden a que está sometido, mediante la especificación de sus intereses. Por eso se ha calificado injusta e incorrectamente a la OPEP como un cartel, cuando no es otra cosa que una asociación de países exportadores primarios en defensa de sus ingresos de exportación que les son indispensables para su desarrollo. También la OPEP ha creado un fondo de asistencia financiera a países "en desarrollo" no miembros. Sin embargo, existe la posibilidad de que esa Organización —y de esta manera obtendría un mayor apoyo del Tercer Mundo en conjunto— se proyecte en determinadas áreas de cooperación con otros países "en desarrollo", por ejemplo, en tecnología (financiamiento y promoción de investigaciones sobre problemas agrícolas o industriales de esos países), participación en corporaciones de financiamiento de inversiones de desarrollo, mediante la garantía de dividendos no inferiores a la tasa preferencial de interés del mercado internacional, acuerdos para el fomento del intercambio en productos no petroleros entre los países "en desarrollo", entre otros prospectos interesantes. Los países latinoamericanos —no sólo Venezuela y Ecuador— tienen mucho que ganar del acercamiento a los países árabes petroleros y en este sentido deberían propiciarse conversaciones sobre temas de interés común entre SELA y OPEP, por ejemplo. Aun en la propia área energética podrían lograrse iniciativas promisorias tanto para productores como para no productores de petróleo, pero que disponen de otros recursos energéticos (carbón, fuerza hidráulica, etc.).

[Ponencia presentada al II Congreso de Economistas de América Latina y el Caribe, Ciudad de México, 29-31 octubre de 1984].

AMERICA LATINA HACIA EL SIGLO XXI NUEVAS ESTRATEGIAS PARA EL DESARROLLO

Atendí la invitación que de manera cordial se me hizo, para participar en el ciclo de conferencias de este Centro, más con el propósito de cooperación que con el de hacer aportaciones a las investigaciones, análisis y estudios que se están desarrollando de manera importante, con gran futuro, en este Centro; porque ha tenido la fortuna de integrar capacidades, voluntades y mística al servicio de un programa de investigación que hoy más que nunca es indispensable, tanto para levantar la conciencia académica universitaria —que en estos momentos está sometida a tantos embates y a tan diversos factores— como para contribuir a que se abran caminos al mejor análisis de los graves problemas que agobian a nuestros países —y singularmente a nuestro país— en estos tiempos, hasta el punto en que frecuentemente se pierde la perspectiva, se nubla el horizonte y todo se llena de incertidumbre, que hace difícil el pronóstico y contribuye más a la confusión reinante, en muchos aspectos, sobre nuestro acontecer y la salida que podamos encontrar a la crisis fundamental que padecemos.

Debo decirles que para corresponder a esta invitación he debido preparar una exposición en profundidad, meditada, elaborada, de tal manera que pudiera servir en realidad de papel de trabajo para sus análisis; pero en los avatares de la vida en que me encuentro situado prácticamente no he tenido oportunidad de prepararlo. Por esa razón comienzo por pedirles que me disculpen por esta omisión mía, que en el futuro prometo satisfacer, cuando tenga la oportunidad de meditar y analizar para elaborar un documento sistemático sobre el tema escogido. Esto es también, a escala individual, un signo de crisis, en el sentido de que cuando uno procura tales momentos de reflexión reposada, frecuentemente no puede aprovecharlos, porque cuando uno representa de alguna manera, modestamente, un elemento de confianza en

la opinión pública —para bien o para mal, justificadamente o no— la opinión que uno puede aportar es útil en aclarar algunos problemas de emergencia y cuando se acentúan las dificultades, recurren a uno en busca de una luz sobre las situaciones problemáticas en que con frecuencia está sumergido el país. Esta obligación resta no sólo tiempo físico, sino también la necesaria actitud mental, para poder dedicarse en profundidad a estudiar los fenómenos y producir un documento que signifique alguna aportación.

Por tanto, lo que voy a decir tiene la única cualidad de presentar motivos para la discusión. No trato de sentar cátedra, ni de llegar a conclusiones terminantes, definitivas, sobre ninguno de los aspectos que me propongo plantear, sino, sencillamente, ofrecer motivos para la controversia y la reflexión. Este es el sentido de mi exposición.

Modelos de desarrollo y de pensamiento económico

En primer lugar debo aclarar que, aunque no me gusta utilizar la expresión *modelo*, no encuentro otra que sea del lenguaje conocido que pudiera sustituirla. Por tanto, seguiré utilizando la palabra *modelo* en esta exposición.

En América Latina, la historia económica nos muestra ciclos, no sólo del pensamiento económico sino también del acontecer económico. No me refiero a los ciclos coyunturales, a las fluctuaciones periódicas de la actividad económica; me refiero a otra clase de ciclos, más propiamente etapas en el desenvolvimiento de la economía latinoamericana, que marcan hitos en la historia regional, y que, dadas sus características, nos permiten determinar secuencias históricas que podemos asimilar a modelos de desarrollo, cada uno de los cuales ha tenido una gestación, un auge y una decadencia, con una zona de crisis, y es sustituido por otro modelo o etapa de desenvolvimiento.

No voy a decir que estos modelos han surgido de propósitos deliberados o de estructuras de pensamiento, o de políticas que han perseguido determinados objetivos inscritos en el modelo, sino que, en gran parte, tales modelos se han conformado en el curso de la propia realidad, en el acontecer económico, social y político; y sólo el investigador o analista de este desenvolvimiento histórico puede observar o extraer de los sucesos ciertas características que permiten identificar

algo que se toma como modelo. Vale decir que la historia no se forja por virtud de la planificación de los modelos que hemos tenido, sino que factores internos y externos han ido determinando, de una u otra manera, una secuencia histórica más o menos definida.

Otra cuestión que conviene tener en cuenta, y quizá sea motivo de controversia, la presento como hipótesis: el crecimiento económico latinoamericano casi siempre ha estado *históricamente desfasado*; quiere decir que cuando América Latina cumple una etapa en su evolución económica está en desfase con respecto al crecimiento económico mundial, está como rezagada en la perspectiva del desarrollo económico de los países relativamente avanzados. Lo denomino *desfase histórico* en el desenvolvimiento económico latinoamericano.

Hemos tenido paradigmas teóricos e históricos a los cuales, de cierta manera, se ha tratado de ajustar las políticas, las conductas, los patrones de comportamiento en nuestros países; me resisto a utilizar la palabra *estrategia*, en lo que se refiere al lejano pasado, precisamente para ser consistente con mi posición inicial, de que no hubo el propósito deliberado de establecer un modo, un modelo, una estructura para ajustar a ella la organización, el funcionamiento y el crecimiento de nuestras economías y nuestras sociedades.

De esos paradigmas teóricos, el primero que tuvimos, apenas nacidos a la vida independiente en el siglo XIX, fue el *capitalismo liberal* de esa época. Entramos a la historia como estados independientes, no sólo vinculados al sistema económico entonces en ascenso, el capitalismo liberal, sino teniéndolo como digno de ser seguido, realizado, practicado, es decir, como un paradigma. Por tanto, la acción política, la acción económica, el modo de pensar y los instrumentos que se manejaron para alcanzar metas y objetivos de la acción política, económica y social estaban encuadrados en el paradigma entonces prevaleciente: el capitalismo liberal decimonónico. Este paradigma, dicho sea de paso, persistió de cierto modo más allá de su propia vigencia histórica; es decir, cuando surgió el *capitalismo monopolista*, en las últimas décadas del siglo XIX, cuando el capitalismo sufre su primera gran transformación y se convierte en buena medida en capitalismo monopolista, se inicia un segundo ciclo de transformaciones fundamentales del sistema, América Latina siguió siendo practicante del paradigma capitalista liberal, no obstante —y aquí una aclaratoria que conviene tener en cuenta— que comienza a sentir los efectos, las consecuencias de aquella trans-

formación capitalista, de liberal en monopolista. Pero el paradigma siguió siendo el capitalismo liberal, cuando en realidad, dialécticamente avanza en el sentido del monopolio, nuestras economías y sociedades siguieron conformándose paradigmáticamente en el modelo liberal económico; nuestros gobiernos y pensadores —con excepciones, desde luego— continuaron orientándose por las ideas liberales, más en economía que en política.

También hay que decir, con respecto al siglo XIX, que América Latina comienza a tomar conciencia del surgimiento de otra experiencia que va a dar lugar a la emergencia de otro paradigma, como fue el ascenso de los Estados Unidos, de su transformación de una economía de base agrícola a una de base industrial, con crecimiento capitalista acelerado después de la guerra de Secesión, y en buena parte bajo el signo del monopolio. Entonces comienza a presentarse en América Latina, como otro paradigma, el modo de organización y de crecimiento de los Estados Unidos. Desde luego, el paradigma se presenta también como contradicción; un paradigma es también una manera de contrastar la propia realidad, el propio suceso, el propio comportamiento de nuestros países. Si Estados Unidos alcanzó metas y objetivos, y tuvo éxito en su proceso de crecimiento, hasta el punto de llegar a ser en los primeros años del siglo XX una gran potencia económica, ello se nos presenta como contradicción o como contraste: ¿por qué Estados Unidos, que es posterior en su colonización, en su desarrollo cultural, a nuestros países, aunque anterior en su proceso de emancipación política al nuestro, logra —desde el punto de vista de su organización y operación— éxito frente a nosotros? Entonces el éxito norteamericano se nos presenta como paradigma contradictorio para nosotros que, con pocas excepciones, permanecemos en rezago económico: insuficientes, subordinados, girando siempre en la órbita de la exportación primaria, de la importación de manufacturas, de tecnología, de financiamiento extranjero del comercio exterior, de los déficits fiscales, de la infraestructura de servicios, sujetos a las contingencias externas, regimientados por el capitalismo de los centros, principalmente el inglés antes de la primera guerra mundial.

Ante nuestros países se levanta el ejemplo de los Estados Unidos como contradicción. Podríamos decir —para hablar también de actitudes ideológicas— que Latinoamérica parece sentirse representada, a principios del siglo actual, en el *arielismo*, la doctrina de José Enrique

Rodó; es decir, América Latina es la tierra de los artistas, filósofos, poetas, intelectuales, de la cultura humanística, de los herederos de la civilización grecorromana; se contrasta la herencia latina con la herencia sajona, esta última la del *homo faber*, la del *homo technicus*, la del *homo economicus*; es la civilización de la maquinaria, del capital, del lucro, de la expansión incesante de las fuerzas económicas, pero no empeñada en la cultura humanística. El arielismo pudiera ser tomado, entonces, como contradicción paradigmática generada en América Latina frente al ascenso material de los Estados Unidos.

Quizá el complejo histórico del éxito logrado por América del Norte frente a la continuación histórica, en otros planos y formas, de la situación de dependencia, de atraso, de subdesarrollo, de pobreza, de insuficiencia, y hasta de incapacidad, en América Latina no ha hecho más que confirmarse en el siglo xx, como contradicción paradigmática.

Las explicaciones, no sólo para América Latina sino para todo lo que se llama Tercer Mundo, es decir, lo que se ha dado en llamar *tercermundismo*, pudieran interpretarse como un pretexto nuestro, como una invención nuestra, como una excusa nuestra para justificar nuestro "fracaso". No existe, en realidad concreta, lo que se denomina Tercer Mundo, sino simplemente el complejo, la frustración, el no querer hacer el esfuerzo, el no empeñar las voluntades, organizar las fuerzas y los factores necesarios para el ascenso a la cumbre. Nos refugiamos en la explicación supuestamente facilista de que el éxito de los Estados Unidos y de otros países prósperos, desarrollados, poderosos, es causante de nuestra frustración; el reverso del éxito de aquéllos es nuestro subdesarrollo, nuestra dependencia, el desequilibrio estructural que padecemos, la acumulación crónica de calamidades, problemas, privaciones y frustraciones.

Si en la mayor parte del siglo xix tuvimos como paradigma al capitalismo inglés bajo el signo del liberalismo, en el presente siglo nuestro paradigma es el capitalismo norteamericano bajo el signo pragmático de su éxito. No podemos decir que este capitalismo es una expresión clásica o pura del liberalismo, porque, aunque Estados Unidos siempre ha pregonado que el liberalismo es el factor y el norte de su acción, en los hechos se ha demostrado que ha sido pragmática su realización, ya que han sido proteccionistas a su conveniencia, monopolistas a través de su historia industrial, intervencionistas siempre, y,

sin embargo, han pretendido que el resto del mundo se conduzca en economía según el modelo liberal.

Después surgió para nosotros otro paradigma: el establecimiento del *socialismo marxista* en Rusia, en 1917, con la revolución de octubre; se nos presenta a los latinoamericanos un nuevo elemento para ajustar nuestro pensamiento y orientar nuestras actuaciones: el socialismo soviético, que se ofrece como vertiente alternativa para encauzar el desarrollo de nuestros países: por un lado, el capitalismo de los Estados Unidos, por el otro el socialismo soviético. El pensamiento económico, político y social, las políticas públicas y los comportamientos tratan de orientarse en uno u otro sentido, o tomar elementos de una u otra experiencia para conformar un híbrido histórico.

En la década de los treinta de este siglo uno de esos paradigmas sufre una grave crisis, casi a punto de colapso; no es un fracaso, por cierto, porque aquel fenómeno pudiera interpretarse dialécticamente como necesidad para la reafirmación y el avance del capitalismo en nuevas condiciones. La gran depresión de los años 30, que siguió a la caída bursátil de Wall Street, fue en verdad no el hundimiento del capitalismo sino del sistema liberal económico, teórica y políticamente, como doctrina y como praxis histórica. El capitalismo se encontró un momento desasistido, pero encontró pronto un nuevo paradigma para superar la crisis, generado por la propia crisis: en la estrategia política que adoptó el gobierno de Estados Unidos por Franklin Delano Roosevelt, de modificar las funciones de Estado incorporando las de corrector, compensador, garante de la estabilidad económica, asumiendo para ello el carácter de factor complementario de la economía privada, se sustenta el nuevo paradigma; y el éxito consagra este surgimiento, pues el capitalismo norteamericano, y por inducción el europeo, se levanta de su postración y se preserva como sistema aunque con importantes modificaciones.

Ese paradigma tiene su expresión teórica en el pensamiento de John Maynard Keynes, economista inglés (*Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, 1936); se trata de enmendar el capitalismo neoclásico para que sobreviva y de prepararlo para una nueva etapa de su desenvolvimiento; podríamos denominarlo *capitalismo corregido*. Este fue también un nuevo acicate para América Latina, otro *modelo para armar*; porque nosotros, como expresé en la introducción, estamos

siempre armando y desarmando modelos, haciendo y deshaciendo maquetas, tomando elementos paradigmáticos de otras realidades, de otras instancias teóricas y políticas para construir nuestros modelos. Entonces, en el escenario crítico de la tercera década, que abrió paso a la segunda guerra mundial, encontramos otro material para armar: el capitalismo corregido de Keynes y Roosevelt.

No voy a profundizar en ninguno de estos aspectos, porque deseo ser esquemático para poder cubrir la totalidad del objetivo de la exposición: Uds. en sus estudios y análisis podrán profundizar cada uno de estos aspectos, todos dignos de una investigación y de tratamiento riguroso. Me limito, por tanto, a exponer sus líneas más gruesas.

Tomo, por último, otro modelo, el de la *integración económica europea* de postguerra. El camino a la recuperación y la afirmación de su existencia de la Europa de postguerra, el mecanismo para limpiar los escombros del conflicto y reestructurar la potencialidad económica y política fue la creación de la Comunidad Económica Europea, otro modelo para armar desde nuestro punto de vista. Otro paradigma para América Latina, porque la idea de la integración latinoamericana en su versión moderna no surgió en América Latina, sino que tiene como paradigma la integración económica europea. No me refiero, por supuesto, a la unidad latinoamericana, que es cosa distinta; no me refiero a la ideología, de estirpe bolivariana, de que nuestros países forman un todo, que tienen unidad basada en características comunes que constituyen la identidad regional, una sociedad de naciones vinculadas entre sí por determinados elementos significativos, que conforma esencialmente la idea de la existencia de América Latina. Plasmar esa unidad abstracta en una realidad concreta, viable, operativa, en lo económico, con proyección política y social de transformación, lo que es en verdad un proceso de integración, no ha sido un modelo latinoamericano: es un paradigma representado por la integración europea; hemos querido adaptar y adoptar, sin ajustarlo a nuestra realidad, el modelo de la integración europea.

Desfases históricos del crecimiento latinoamericano

Puntualizo ahora lo que mencioné al comienzo: los desfases históricos del crecimiento de América Latina. Ello quiere decir que siempre hemos tenido una función, se nos ha impuesto una función o hemos

desempeñado un papel de rezagados con respecto a los países calificados como de avanzado desarrollo. ¿Puede interpretarse este desfase histórico como necesidad de los que se desarrollan o como realidad propia de los que permanecen rezagados con respecto a los que se desarrollan?

Tuvimos una etapa de *exportación primaria* como eje, como razón de ser de nuestra vida económica, política y social en un mundo que se industrializaba rápidamente, como era el mundo del siglo XIX. Mientras Europa Occidental, con Inglaterra a la cabeza, Estados Unidos en América y Japón en Asia se industrializaban en un proceso acelerado, nosotros centrábamos, o nos hacían centrar, nuestra economía, nuestro desarrollo político y social, en la exportación primaria, etapa ya cumplida por otros y que no era privativa nuestra, por cierto: Estados Unidos fue un exportador primario hasta bien entrado el siglo XIX y en buena medida continúa siéndolo, pero la base de su crecimiento pasó de agrominera a industrial; lo mismo aconteció en Alemania, Italia, Francia y Japón. Inglaterra, mucho antes, en los siglos XVII y XVIII había sufrido una revolución agrícola que abrió paso a la revolución industrial.

Entonces estábamos como sumergidos en el pasado y desfasados con respecto al elemento dinámico del sistema económico capitalista mundial. Posteriormente, cuando la industrialización alcanzó madurez en los países desarrollados, cuando las fases del programa básico de industrialización se habían cumplido en aquellos países, iniciamos el camino a la industrialización, y lo hicimos en el nivel en que otros habían terminado, sin haber realizado las etapas previas; porque los países industrializados crearon sus bienes de capital, sus tecnologías, sus procedimientos de producción, antes o simultáneamente con el florecimiento de la manufactura; nosotros comenzamos por la manufactura para el consumo, sin disponer en el seno de la propia economía, de los instrumentos de producción, sin tener una estructura lógica de producción, sin tener el dominio de la tecnología más elemental. ¿Ha sido ésta una ventaja o una desventaja? Esta es una cuestión digna de estudio.

¿Significa una ventaja industrializarse en un mundo donde existe un acervo tecnológico, una experiencia industrial, una elevada producción de bienes de producción, una acumulación orgánica de capital? En principio estas facilidades representan una ventaja: un complejo de economías externas, en lenguaje técnico. Pero ese mismo hecho, esa

circunstancia, ¿no constituye para nosotros una desventaja, un efecto de dependencia, una subordinación, que nos impide avanzar con nuestras propias fuerzas, iniciativas, recursos, posibilidades y necesidades? Contradictoriamente quien llega último tiene ante sí una muralla que frena su adelanto. Quizá por ello nos hemos detenido virtualmente en la etapa de sustitución de importaciones al nivel de bienes de consumo sencillos y algunos intermedios, pero no profundizamos en la producción de medios de producción, en la creación de tecnologías, ni siquiera en la adaptación de las tecnologías internacionales a nuestras características y dimensiones.

Iniciamos, por tanto, y aún estamos en ella, la etapa de *sustitución horizontal de importaciones*, con la particular circunstancia de que iniciamos efectivamente esa etapa —con las notables excepciones de Argentina, Brasil y México— en la segunda postguerra, en que la economía internacional se recuperaba primero y se expandía firmemente después, economía de creciente productividad y acelerado desarrollo tecnológico, de diversificación de las corrientes comerciales, época de expansión del mercado mundial casi sin precedentes, hasta fines de la década de los sesenta. Esa etapa fue la escogida por América Latina para afirmar su proceso de industrialización sustitutiva de importaciones, lo que parece otro rezago histórico. Para complementar esta observación, en la etapa en que la economía latinoamericana se esfuerza en abrirse camino en la *exportación no tradicional*, como proyección de la industrialización interna, la economía internacional capitalista entra en crisis, las fuerzas del crecimiento se deterioran, los factores que impulsaron la gran expansión de postguerra se debilitaban, todo lo cual configura una crisis prolongada, lo que afecta sin duda al comercio internacional y hace más difícil la exportación, tanto primaria como manufacturera, de los países latinoamericanos a los países desarrollados. Esta es una crisis, en que los mercados se recogen en sí mismos y se concentran, en que los artificios del monopolio, la gigantesca operación de las transnacionales, toman el escenario para echar sobre nosotros las cargas de la crisis. Parece que llegamos tarde, una vez más, al reparto de los bienes del mundo.

Cabe preguntar: ¿quién o qué nos impone el rezago y por qué? ¿Nosotros mismos, aletargados, incapaces de interpretar la dinámica de los procesos económico/sociales, ausentes del sentido de la sincronización del progreso? ¿O sometidos, forzados, subordinados, restringidos

por factores que escapan a nuestro control y alcance? Cuestiones dignas de reflexión, de discusión, de investigación, para encontrar razones y verdades.

La extroversión de la economía latinoamericana

Planteo otra cuestión. Ya que hemos tomado el paradigma de la integración en América Latina, como una vía para superar nuestras limitaciones, dificultades y problemas, me parece conveniente presentar a la discusión la hipótesis de que la extroversión de nuestras economías y el subdesarrollo desigual de nuestra región constituyen obstáculos a la integración. Extroversión en el sentido de que las relaciones económicas externas de nuestros países se sostienen casi exclusivamente con los países desarrollados. Estas economías han crecido siempre hacia afuera, siempre hacia el exterior de la región, aunque la interpretación de la Cepal y de todo el pensamiento inspirado en su doctrina es la de que la industrialización sustitutiva de importaciones ha sido un modo de crecer hacia adentro, en cada país. He pensado siempre —y lo sostengo— que ese proceso no ha sido sino una modalidad del crecimiento hacia afuera, que nunca hemos dejado de crecer hacia afuera, en consecuencia, la extroversión en el sentido indicado es un obstáculo para nuestro crecimiento orgánico y, por tanto, para la integración regional en lo económico. No tenemos muchos caminos de cruces entre nosotros: las vías de intercambio se dirigen hacia los centros desarrollados de la economía mundial.

No estoy propugnando que nos convirtamos en *economías introvertidas*; es decir, economías reconcentradas en sí mismas, amuralladas dentro de las fronteras nacionales para crecer con independencia del resto del mundo. No, no estoy propugnando la autarquía, sino un tipo de crecimiento vinculado con nosotros mismos; en primer lugar, orgánico en lo interior, y con proyección en una estructura de integración regional. Esto, por supuesto, es motivo de controversia: siempre han existido dos vertientes de opinión al respecto, la que representa la Cepal y la otra que difiere de ésta. La Cepal sustenta la tesis de que la integración interna de la economía es favorecida por la integración externa a escala latinoamericana, que no debemos ni podemos esperar a integrarnos cada uno de nuestros países en sí mismo para luego integrarnos regionalmente, o subregionalmente, ya que la integración exter-

na proporcionará la condición, el estímulo y la oportunidad de la integración nacional. Yo pienso que esos procesos deben ser simultáneos, acaso con prelación de la integración interna.

El otro obstáculo mencionado para la integración es el *subdesarrollo desigual*. Los fenómenos económicos en general muestran la desigualdad; los procesos son desiguales. *La desigualdad parece una constante de la dinámica histórica*: es desigual el desarrollo del capitalismo y del socialismo. También es desigual el subdesarrollo. No hay un solo plano de subdesarrollo, sino una superposición de planos e instancias de subdesarrollo. Esta característica es un obstáculo para la integración, porque la desigualdad del subdesarrollo se reproduce ampliada en la *desigualdad de la integración*. Las economías de la concentración, en los polos regionales de crecimiento, representan esa realidad; con relación a aquéllas pueden observarse las deseconomías de la dispersión.

Las ventajas comparativas transnacionales

Se ha dicho, y es la base de la teoría tradicional, que tenemos que escoger nuestras vías de crecimiento de acuerdo con las aptitudes o ventajas comparativas que podamos tener. El error ha sido el querer extender el abanico de las oportunidades, tanto en la sustitución de importaciones como en la promoción de exportaciones nuevas, más allá de los límites de eficiencia relativa o capacidad de competencia. En la fase eufórica de sustitución de importaciones pretendíamos sustituir todo, sin establecer un orden de prioridad o línea de selección, diversificando los recursos sin atención a los índices de productividad. Afortunadamente parece que nos hemos dado cuenta de que esa euforia inorgánica es inconveniente. Pero ahora se pretende reproducir la euforia indiscriminada, no selectiva, al campo de las exportaciones no tradicionales: se quiere exportar de todo, al amparo de transitorias utilidades cambiarias, sin base sólida para la proyección a mediano y largo plazo del potencial de exportación. Frente a ello se reivindica, por lo menos desde el punto de vista teórico y político, el principio de las ventajas comparativas. Aparentemente pudiera existir autonomía o soberanía para la aplicación del principio; es decir, cada economía nacional escoge sus oportunidades de producción, desarrolla sus aptitudes, afirma sus ventajas relativas; en consecuencia, puede lograr metas

de productividad, especialización y crecimiento orgánicas, con un rendimiento óptimo.

No obstante, en un mundo donde la *transnacionalización* es el factor dominante, las ventajas comparativas no tienen autonomía nacional, sino que se convierten en elementos de la *antiestrategia de dominación* de las transnacionales. Las ventajas comparativas, antaño restringidas dentro de la condición de la coexistencia de unidades nacionales, llegan a ser *ventajas comparativas transnacionales*; son las grandes corporaciones las que escogen las líneas, los campos, las oportunidades para la especialización y el desarrollo de aptitudes productivas de determinados países, seleccionados de acuerdo con esa estrategia. En consecuencia, se localiza o relocaliza la producción, se reorientan las corrientes de inversión y de comercio, se difunde regimentadamente la tecnología, no en concordancia con la autonomía nacional de las ventajas comparativas, sino con el dominio transnacional de esas ventajas, en el interés de las corporaciones y no de las naciones. Las ventajas comparativas así caracterizadas se radican allí donde el costo de la fuerza de trabajo, en términos reales, es el más bajo; allí donde yacen ricos recursos naturales; allí donde hay mayores facilidades de capturar el mercado y de proyectarse a otros mercados; allí donde existen los paraísos fiscales y monetarios, los refugios protegidos del capital, trátase de Hong Kong, Singapur, Corea del Sur, México, Brasil o Venezuela. Hay necesidad de sobreponer a esa antiestrategia nuestra propia estrategia, la del desarrollo independiente de nuestras ventajas comparativas nacionales. Sin duda, esta estrategia incluye la integración económica regional, ya que dentro del espacio económico latinoamericano pueden ponerse de relieve mejor las ventajas comparativas de cada país.

La crisis singular de América Latina

Un tema de gran importancia para esta discusión es la *crisis regional latinoamericana, como singularización de la crisis global del capitalismo*. Estamos inmersos en una crisis global, que no se limita al sistema capitalista, sino que afecta también, aunque de distinto modo, al sistema soviético, pero en esa inmersión podemos distinguir los rasgos de nuestra propia crisis. Por tanto no podemos —y ésta es una observación que debe tenerse en cuenta— pretender o esperar que la solución, cualquiera que sea, de la crisis global del capitalismo, o de la crisis

mundial total, va a aliviar nuestra propia crisis o convertirse en un factor favorable de la solución de nuestra crisis, no obstante el hecho de que la crisis global del capitalismo nos afecta, evidentemente, en múltiples formas, y de que el crecimiento económico mundial facilita en alguna medida la solución de nuestra crisis, aunque también, en alguna forma, paradójicamente, pudiera agravarla. Nuestra crisis latinoamericana tiene características y singularidades que permiten identificarla como un fenómeno que tiene sus propias circunstancias, su propia proyección y, por tanto, su propia posibilidad de superación. No podemos simplemente establecer una relación de causa a efecto entre la crisis global del capitalismo y la crisis particular de América Latina. Hay que plantearse la cuestión: ¿qué es lo singular y qué es lo general de la crisis latinoamericana; por qué es un fenómeno en sí mismo, que requiere una investigación especial y específica y una estrategia propia para su superación?

La crisis global del capitalismo

Para poder entender nuestra crisis hay que dar unas pinceladas que nos permitan encuadrar este fenómeno crítico de nuestra región en la coyuntura general del capitalismo. Hemos dicho que el gran proceso de expansión de la economía internacional en la postguerra concluyó, aproximadamente, a fines de la década de los sesenta. Desde entonces acá, aunque ha habido recuperaciones transitorias, más o menos acentuadas, de las economías industrializadas, los factores fundamentales de crisis continúan operando. En consecuencia, no se puede asegurar —y los pronósticos han fallado repetidas veces— que la economía internacional capitalista está en proceso franco y sostenido de recuperación. Sigue en crisis: hay factores de fondo, más allá de lo coyuntural, que están operando en la esencia del proceso. Uno de los síntomas es el considerable y persistente desempleo en todas esas economías. Otro son los desajustes financieros y monetarios. El desempleo se ha convertido en una característica estructural del capitalismo contemporáneo; es un elemento estructural de la crisis.

El hecho de que no se haya podido reconstituir un orden del poder capitalista mundial es otro signo de crisis. Estados Unidos hace intentos por recapturar o reasumir la hegemonía del sistema. Las contradicciones son evidentes entre los elementos del poder occidental.

Tanto la Comunidad Económica Europea como el Japón tratan de desarrollar su propia estrategia, en lo tecnológico, comercial, financiero y político. Se trata incluso de emular la conquista del espacio por los Estados Unidos y la Unión Soviética. Esa es la tecnología que puede dar la clave del poder, la vanguardia tecnológica, la que permite, por una parte, construir misiles de largo alcance y por la otra colocar en el espacio exterior artefactos cada vez más sofisticados. En todo caso, la hegemonía presenta fracturas y esto es un signo de crisis.

Otro aspecto evidente es la crisis monetaria. No se ha podido reconstituir un sistema monetario propiamente tal en el mundo occidental, después de 1970. Los esfuerzos que se hacen —como las frecuentes reuniones “cumbres” del Grupo de los Cinco, ya que ahora son cinco, en vez de siete, el poder se concentra— son para recomponer el orden monetario que les permita alcanzar simultáneamente sus objetivos a los poderosos; pero sólo han logrado un *modus vivendi*. El centro nervioso es el *valor del dólar* frente a las otras divisas fuertes. Pero más allá del valor del dólar está la intención de sustituir al dólar como moneda clave del sistema. La divisa norteamericana, no obstante su pérdida de fuerza, de valor, es aún instrumento de poder. La lucha es por reducir el ámbito de ese poder o reemplazarlo. Es paradójico que el valor del dólar se sostenga en base de las corrientes de capital procedentes de los otros países industrializados y de nuestros propios países y que confluyen en los Estados Unidos. Es paradójico que Estados Unidos se haya convertido en la gran esponja absorbente de los capitales del resto del mundo, lo que sostiene el valor del dólar. Este ha debido caer por gravedad económica natural, dado el déficit comercial voluminoso y persistente de la economía norteamericana y dado el déficit fiscal, al parecer irreductible, del gobierno norteamericano. La intervención monetaria convenida, de los bancos centrales de los países desarrollados, mantiene las fluctuaciones del dólar dentro de una franja estrecha, un mecanismo regulador; pero si los factores que afectan el valor del dólar continúan operando, aquella intervención tendrá que ser más profunda y frecuente, hasta hacerse crónica, signo de crisis.

La crisis energética es otro fenómeno importante, de nuestro directo interés. La base energética del modelo de crecimiento de las fuerzas productivas del mundo occidental se modifica; ese modelo se estableció y se sostuvo en la postguerra a base de petróleo barato; al encarecerse relativamente el petróleo la base energética tiene que ser

reestructurada y esto ocasiona modificaciones muy considerables en la tecnología, en acumulación, en el consumo, en el sistema financiero internacional y aun en los estilos de vida. Las fluctuaciones del precio real del petróleo influyen en todas esas variables y sus efectos se proyectan al largo plazo.

Lo anterior, a grandes rasgos, permite hablar de una *crisis global del capitalismo*. No se trata de un hundimiento catastrófico, de un colapso, sino de un proceso de reacomodo, de reajuste, de transformación del capitalismo para sobrevivir con éxito en una nueva etapa de su existencia. Porque si algún sistema histórico —dejo aparte en esta discusión al socialismo— ha mostrado capacidad de supervivencia mediante sus transformaciones es el capitalismo. Hizo crisis el sistema de Bretton Woods, la trilogía institucional, operativa y funcional en lo monetario (Fondo Monetario Internacional), lo financiero (Banco Mundial), lo comercial (el GATT), una trípode que permitió, estimuló y auspició el auge sostenido del sistema en un cuarto de siglo, hasta 1970. Ese modelo tuvo su propia limitación y su caída. Los modelos generan su propia decadencia, como ocurrió con Bretton Woods, aunque sus residuos aún siguen operando.

Centro/periferia o zonas de reserva del capitalismo

Puedo señalar el crecimiento desigual del sistema, una de cuyas expresiones, no muy convincentes por cierto, es el modelo centro/periferia. No estoy de acuerdo con esta manera de entender la integración —o la desintegración, si se quiere— del sistema capitalista: la existencia de un centro (o complejo de centros, bajo una coordinación estratégica) y una periferia. Aun en este sentido puede decirse que no existe una sola periferia, que hay un crecimiento —o subdesarrollo— desigual de la periferia, existen *periferias*, que yo prefiero llamar *zonas de reserva para la expansión del capitalismo*. Hay una selección de periferias para aquella expansión y el centro opera en base de una nueva organización de sus zonas de reserva. Se ha llegado a decir, como un paradigma más, ¿por qué no seguir el ejemplo de los países neoindustrializados del sudeste asiático (los pequeños dragones), que están a la conquista de los grandes mercados, que han logrado elevados niveles de ingreso, una elevada productividad y, aplicando los criterios normativos convencionales, esos países están a

punto de cruzar el umbral del desarrollo si no lo hubieran cruzado ya? Para mí todavía es la *selección de la periferia*, por las transnacionales y particularmente por las grandes corporaciones japonesas.

Por supuesto, existe una *dicotomía estructural de la economía mundial*. No es posible dejar de considerar en el análisis esta dicotomía. ¿Cuánto de lo que acontece en la economía mundial debe atribuírsele a la dicotomía estructural, a lo que se ha dado en llamar la coexistencia pacífica, o la guerra fría, o la emulación de sistemas? Esto tiene una impronta muy profunda en el desenvolvimiento de una y otra parte del mundo, en el Este y el Oeste, en el Norte y el Sur, de lo cual huelga hablar.

La decadencia del crecimiento latinoamericano

Quiero ahora señalar lo que significa para América Latina el proceso de crisis, los límites del crecimiento económico de postguerra, ya que en ese largo período también crecimos; y aun en la primera fase de la crisis del capitalismo desarrollado, en la década de los setenta, seguimos creciendo, lo que puede caracterizarse como otro rezago histórico aunque con signo positivo. Cuando el mundo industrializado sufría recesiones reiteradas en aquella década, la economía latinoamericana globalmente considerada prosiguió expandiéndose; y en la década actual, cuando el mundo industrializado resurge, con las restricciones y fluctuaciones ya mencionadas, América Latina sufre una contracción económica. Estos desfases podrían abonar la tesis —muy superficial— de que tenemos una dinámica propia, independiente, lo cual no es cierto; lo que sí es cierto es que las secuelas de la crisis de los países industrializados se proyectan en nuestro movimiento económico, modificados y ampliados.

Entre los elementos que considero más importantes de la decadencia del crecimiento latinoamericano están los siguientes:

1) *El agotamiento relativo de la base primario/exportadora* de estas economías; no creo que haya una recuperación sustancial y consistente, de las economías primarias de exportación de esta región, incluida la petrolera.

2) *El agotamiento del potencial de sustitución horizontal de importaciones*. Crecimos eufóricamente sustituyendo importaciones de

manufacturas sencillas, de consumo, y esa fuente se ha agotado prácticamente. No se ha agotado, hay que advertirlo, la potencialidad de la sustitución de importaciones, pero bajo un nuevo patrón, según una nueva estrategia, como una alternativa de desarrollo; se ha agotado el patrón histórico de sustitución de importaciones, que no permite realmente sustituirlas sino que vincula más aún a los centros desarrollados y exige una fuerte capacidad para importar, en función de la exportación primaria, modelo en vías de agotamiento como he señalado.

3) *Los desequilibrios acumulativos de los patrones de crecimiento.* El patrón *consumista*, o estilo consumista, extrovertido, es, en realidad, un patrón *subconsumista*, de subconsumo real creciente, lo que determina un divorcio creciente entre el potencial de producción y el potencial de absorción. El consumismo es la reclusión de la capacidad de demanda efectiva en una minoría cada vez más restringida y exclusiva, y la exclusión, por consecuencia, de una mayoría cada vez mas amplia del disfrute de los bienes materiales incluso esenciales. Este es un desequilibrio acumulativo. Y en correspondencia con ese patrón de consumo/demanda se establece el patrón de producción.

4) *La creciente concentración monopolística de la inversión, la producción y el mercado.* Como se mencionó en el párrafo anterior, esta es una consecuencia del perfil concentrado de demanda, que obedece, a su vez, a la distribución regresiva del ingreso.

5) *El desempleo estructural*, una constante de las economías latinoamericanas. Este es un fenómeno nuevo, quizá, en los países industrializados, pero viejo y conocido en nuestros países. El desempleo estructural es acumulativo, es crónico, irreductible, reacio a las medidas de alivio coyuntural. Por supuesto, en esta consideración tenemos que incorporar al subempleo, otro fenómeno estructural, del cual la hipertrofia de personal innecesario en la administración pública es demostración evidente; pero también se manifiesta en la ampliación del sector que los sociólogos denominan "informal", un refugio contra el desempleo, un paliativo a la pobreza, una manifestación del fracaso del sistema en proporcionar empleo a la totalidad de la fuerza de trabajo activa. Ahora se está tratando de incorporar económicamente al sector informal, de darle carta de existencia, de formalizarlo en una palabra.

6) *La marginalidad socioeconómica*, que se extiende y profundiza en el campo y la ciudad. Según todas las proyecciones serias —y no es profecía de catástrofe, ni ciencia/ficción— hacia fines de siglo la tendencia a la marginalidad podrá situarla (en Venezuela, particularmente) en 80%.

7) *La extroversión monetario/financiera de la economía*. Ha aumentado la desintermediación interna del sistema financiero y aumentado la intermediación hacia afuera. La deuda externa es una de las más fuertes manifestaciones de esa extroversión, pues genera una nueva dependencia y una mayor vulnerabilidad de la economía. La fuga de capitales al exterior, la transferencia neta de fondos por concepto de servicio de la deuda externa, la vinculación a los mercados financieros internacionales, entre otros hechos, representan otras tantas ataduras externas, que profundizan la situación de dependencia y acentúan el carácter extrovertido de la economía latinoamericana. No se puede hablar del aislamiento de la dinámica monetaria de cada país nuestro con respecto a la dinámica monetaria internacional. No podemos manejar las tasas de interés nacionales, ni nuestros regímenes de cambio, con independencia. Los instrumentos de política monetaria, que son elementos de control, regulación y estabilización, aunque formalmente están en manos nacionales, su manejo operativo escapa a éstas. Si se reducen las tasas de interés “nacionales” los ahorros se escapan, los capitales emigran. Si se maneja el régimen cambiario con supuesta autonomía, se acentúan los efectos desequilibradores, tanto en el sector externo como en el interno de la economía. La extroversión significa una pérdida mayor de autonomía económica.

8) *Las fracturas en la estructura de los ingresos* se han agravado durante la crisis. Son soluciones de continuidad, zonas vacías entre categorías o franjas de ingreso; más que progresiva o regresiva esa estructura es discontinua, fracturada, una modalidad que merece ser investigada.

9) *La deuda externa*. Tanto se ha escrito y dicho sobre ella que parece tema agotado. Es una obsesión de gobiernos y pueblos. Se cree que la deuda es el principal obstáculo a la reactivación y el crecimiento; que lo que hagamos o dejemos de hacer con respecto a la deuda marcará el destino de estas naciones durante los próximos 20 ó 25 años. Una estrategia de crecimiento debe pasar por dentro o

por fuera —pero siempre referirse— de los horcas caudinas de la deuda. El dilema de: pagar o no pagar se mantiene como un péndulo. ¿Cómo pagar? es la gran cuestión.

¿Qué es lo viejo y qué es lo nuevo de la deuda? No somos deudores de esta época únicamente; somos deudores desde el siglo pasado, somos deudores estructurales. El mundo se divide entre deudores y acreedores, siempre ha sido así los últimos doscientos años. La rueda de la historia es ésta: la deuda genera deuda, quien cae en el remolino de la deuda difícilmente puede ser rescatado. Es un círculo vicioso. Lo nuevo es, por tanto, la magnitud desmesurada, si cabe la expresión, del endeudamiento; nueva es también la perentoriedad de los plazos de vencimiento; nuevo es el medio de financiamiento a través de la banca comercial privada internacional, con petrodólares y eurodólares; nuevo es el carácter simultáneo del fenómeno, lo que ha hecho de éste un problema mundial. Ha dejado de ser un problema de desequilibrio comercial o financiero, para convertirse en asunto de alta política internacional. Por tanto, la única posibilidad de tratamiento y solución del problema tiene que ser de índole política.

Estrategias convencionales en la Región

Otro tema de gran interés es el de las estrategias convencionales que se han trazado y aplicado en América Latina. Estas estrategias tuvieron su época de auge y su época de decadencia. Siempre estamos en busca de caminos, siempre diseñando estrategias, buscando claves para el crecimiento en las mejores condiciones, a veces equivocando el camino o sufriendo la intervención de factores que tuercen los caminos. Por ejemplo: el modelo *desarrollista/reformista*, si así puede llamarse, de la Cepal; tuvo su período de auge, con éxitos parciales, pero luego entró en decadencia, como lo reconoce la propia Cepal y en vida su líder Raúl Prebisch. El modelo *nacional/revolucionario*, que hace más de 35 años se ensayó bajo la conducción de Víctor Paz Estenssoro, actual Presidente de Bolivia; fue la llamada revolución boliviana de principios de la década de los cincuenta; y también se puede clasificar bajo esa denominación el régimen que trató de desarrollar una vanguardia militar progresista en Perú, bajo la dirección de general Velasco Alvarado; también hay que mencionar el del general Lázaro Cárdenas en México, en la década de los treinta. Fueron transforma-

ciones profundas, no siempre completamente realizadas, en el campo agrario, financiero, industrial, petrolero, minero, de la distribución de los ingresos, reformas sociales y del Estado, entre otras, que permitieron exaltar la potencialidad nacional de desarrollo independiente, tanto con respecto a los factores internos como a los internacionales de poder.

Ahora, el mismo Presidente Paz Estenssoro en Bolivia trata de aplicar el reverso del modelo nacional/revolucionario, el *neoliberalismo*, un regreso a viejas formas, una resurrección de la doctrina y el comportamiento económico que prevaleció hasta el estallido de la crisis de 1929. También se trató de aplicar en Argentina, Chile y Uruguay, con evidente fracaso.

Otro modelo, si se quiere, es el que podríamos llamar *Estado militarizado* o desarrollismo seudonacionalista, como es el caso del Brasil después del derrocamiento de Goulart y hasta la vuelta al régimen democrático. Con variantes notables también en Chile se implantó un régimen de Estado militarizado, con elementos neoliberales, que es más propiamente *fascismo no expansionista*, recluso en sus fronteras, aunque con propósitos geopolíticos definidos en el caso brasileño.

Para que el *neoliberalismo fondomonetarista* pueda funcionar conforme al modelo, en plenitud, se requiere un régimen de fuerza, represivo, dictatorial, que suprima el juego político y sindical, la libertad de expresión, de manifestación, de huelga, de protesta. En un marco democrático es bastante difícil que ese modelo funcione, ya que el juego político/sindical pone en movimiento fuerzas sociales que obligan a la reforma del modelo o su abandono. Lo que se propone el Fondo Monetario Internacional, apoyado en la crisis de la deuda, al prescribir sus políticas de ajuste y estabilización, no ha sido posible en términos ortodoxos, y se ha visto obligado a modificar su recetario y permitir combinaciones heterodoxas, como en Argentina, Brasil, Uruguay, México y otros países. Nunca ha funcionado bien la combinación de liberalismo económico con liberalismo político.

Nuevas estrategias de acción

Ahora voy a referirme a las otras estrategias, no convencionales, que aproximan a una nueva alternativa de desarrollo. En primer lugar,

para identificarlo de alguna manera, el *socialismo insular* en Cuba; insular, no porque se haya establecido en una isla, sino porque ha quedado recluso en el ámbito nacional cubano, relativamente aislado frente al mayor poder capitalista. los Estados Unidos. El socialismo insular ha tenido éxito en muchos aspectos, el primero de los cuales es su propia sobrevivencia; pero también en formas institucionales participativas, en educación, salud, seguridad social, la cultura popular, el deporte, la reforma agraria, la difusión del poder adquisitivo, el mejoramiento de la calidad de vida. Puede señalarse, no obstante, que aún no ha logrado la transformación real de la base económica, que continúa dependiendo de la exportación primaria; no ha logrado una verdadera organización de las fuerzas productivas para un equilibrio económico significativo y dinámico; pero es un proceso en marcha, irreversible como se ha demostrado en los treinta años de su existencia.

Otro ensayo en la vía del socialismo, el caso de Nicaragua bajo el movimiento *sandinista*, está bajo riesgo, sometido a tremendas presiones internas y externas, aunque ha demostrado consistencia y capacidad de defensa. A diferencia de la revolución cubana, que logró destruir las bases del poder, la económica y la militar, la sandinista sólo pudo destruir la base militar, pero no la estructura económica regresiva. Además, los Estados Unidos ha tenido más libertad para enfrentar al régimen sandinista al organizar y sostener un movimiento contrarrevolucionario que actúa tanto adentro como afuera del territorio nicaragüense. El régimen sandinista ha adoptado una modalidad estructural, que es la *economía mixta*, una coexistencia no siempre pacífica entre el poder económico privado y el área económica bajo dominio del Estado. Esta coexistencia es difícil, conflictiva, porque el gobierno con el apoyo popular trata de ampliar y profundizar el carácter social de las relaciones económicas, pero las fuerzas económicas privadas, con el apoyo de Estados Unidos, tratan a su vez de conservar y ampliar su espacio económico y su proyección política. El pronóstico es incierto: Nicaragua está sometida a un bloqueo económico y una ofensiva militar que no le permite aplicar recursos productivos suficientes a su desarrollo independiente y al bienestar del pueblo.

Quizá sea procedente mencionar lo que denomino, pragmáticamente, la *rebelión ante el fondomonetarismo*, el caso del Perú bajo el gobierno de Alan García. Un gobierno surgido de un movimiento ya tradicional, como el aprismo, versión latinoamericana de la social-

democracia, se rebela hasta cierto punto contra las imposiciones del Fondo Monetario Internacional y de los acreedores internacionales y fija sus propias reglas de juego para pagar la deuda externa, colocando como la mayor prioridad el crecimiento económico. No pagar más del 10% del ingreso de exportación, ha señalado el gobierno peruano, y esta fórmula, aparentemente tremendista, se ha constituido en una alternativa para manejar el problema de la deuda. No sacrificar el crecimiento ni el nivel de vida del pueblo, de por sí deteriorado y precario, para pagar el servicio de la deuda. Está por verse si la rebelión de Alan García se sostiene y si su estrategia de crecimiento en base de expansión interna de la demanda efectiva puede alcanzar metas estables.

Hacia una nueva estrategia social

Trataré de sentar algunas bases y orientaciones para una nueva economía social. La reactivación económica —empeño ante la crisis— no representa una salida consistente, si se limita a restablecer, a darle impulso a las fuerzas económicas por las mismas vías y los mismos medios experimentados que condujeron precisamente a la crisis. Una reactivación de esa manera sólo podrá conducir a una profundización de la crisis. Un tratamiento coyuntural, de emergencia, a los desequilibrios más agudos y ostensibles, unos ajustes no sustantivos, unas reformas parciales, inconexas, tímidas, son paliativos o medidas de alivio, pero no soluciones de fondo. Lo que se requiere es un nuevo modo de funcionar, de crecer y desarrollarse la economía y la sociedad, un camino diferente, una marcha diferente.

No obstante, hay necesidad de una fase de la estrategia para enfrentar los fenómenos y situaciones más urgentes: una estrategia de transición, de supervivencia; pero que se combine con una estrategia de transformación, una concatenación dinámica entre el corto, el mediano y el largo plazo, con una visión integral de los procesos de cambio, de los fines y objetivos, y sobre todo una nueva concepción del desarrollo, más allá del simple crecimiento, fuera de los paradigmas convencionales.

Reactivación y transformación en el mismo proceso. Poner en marcha las fuerzas productivas temporalmente deprimidas o contenidas, o desperdiciadas, pero reorganizándolas, encauzándolas hacia nuevos

objetivos. Se trata de una innovación fundamental. Utilizar lo que existe, los recursos disponibles, pero ajustándolos progresivamente a los requerimientos de un nuevo orden económico/social. No reproducir fielmente el pasado; tampoco borrar enteramente el pasado: hay que renovar, transformar, superar.

Los lineamientos principales de una transformación económica en los países latinoamericanos (fuera de los casos específicos de Argentina, Brasil y México) pueden ser los siguientes: i) la *seguridad alimentaria* es un elemento fundamental de la estrategia; mientras no tengamos esta seguridad no podemos hablar de independencia económica ni transformación; ii) *industrialización básica* en función del desarrollo de los recursos naturales, pero para avanzar en la elaboración de los productos en toda la amplia gama de posibilidades que la tecnología ofrece; aquí incluyo los hidrocarburos, que deben servir para iniciar una nueva etapa del desarrollo que sustituya a la etapa primario exportadora en vías de agotamiento; iii) la *industrialización secundaria*, si así puede llamársele, vinculada a la agricultura y a la industrialización básica; esta producción con dos vertientes coordinadas: al mercado interno, para la satisfacción de las necesidades esenciales de la población, y al mercado internacional en aquellas líneas de productos en las cuales podamos tener ventajas reales de competencia; iv) los *servicios*, en tres categorías principales: al productor (productivos), al mercado (de circulación económica) y a la colectividad (públicos y sociales). Debe hacerse mucho énfasis en los servicios de salud, educación, vivienda, transporte, comunicación, información, investigación, cultura, recreación, entre otros. La economía de producción material permite sustentar una economía de servicios, en proporciones de equilibrio dinámico; lo que debe ser suprimido es el grupo de los servicios que no sólo no contribuyen al mejoramiento de la calidad de vida ni al progreso social sino que dañan la salud y degradan al ser humano.

Lo anterior implica una *nueva concepción del desarrollo* que descansa en dos criterios principales: seguridad y bienestar. La calidad de vida como paradigma, no la cantidad de consumo, no el volumen de lo que consumimos, sino la calidad de vida, la elevación continua de la satisfacción real de las necesidades, el equilibrio entre necesidad y posibilidad. Este equilibrio supone que todos tengamos acceso a las fuentes del bienestar, pero también que todos podemos y debemos contribuir al sostenimiento y crecimiento del bienestar común. La

autodependencia de la economía y la sociedad, lo que no significa autarquía; al respecto cabe señalar que mientras no modifiquemos los patrones alienados de comportamiento y establezcamos nuestros propios patrones de comportamiento como orientaciones de la estrategia, estaremos dependiendo en la peor forma. Autodependencia y equidad del desarrollo son condiciones de la seguridad y el bienestar, pivotes de la nueva concepción del desarrollo. No se trata de la igualdad absoluta de oportunidades de ingresos, bienestar y satisfacción, sino de *igualdad condicionada* a las aptitudes y actitudes de cada ser humano; pero que las oportunidades estén abiertas a todos.

La transformación que se postula exige un *nuevo patrón de relaciones sociales*. No preconizo el estatismo, no se considera como una vía única la ampliación del ámbito de acción y poder del Estado, sino el desarrollo de la *potencialidad social*: hay fuerzas sociales inéditas que reclaman un cauce de acción; me refiero a la autogestión y la cooperación en todas las instancias y formas, en todas las actividades, no sólo en lo económico sino también en los campos de la cultura, de las instituciones, de la administración de servicios; la autogestión coordinada en una estrategia nacional y social es la vía de mayores posibilidades.

El Estado debe ser el planificador y el estratega, el administrador del patrimonio público, el empresario de las industrias básicas y de los servicios fundamentales. La sociedad a la que aspiro debe ser plenamente democrática, de trabajadores, en que el derecho al trabajo sea la condición de trabajador con la de consumidor. Una sociedad dirigida al consumo, no al lucro; una sociedad que tenga como objetivo la maximización del bienestar para todos y la seguridad colectiva.

Para que ello sea posible hay que desarrollar la conciencia social; hay que pasar por la *profundización de la necesidad*, ya que la necesidad es el gran factor de transformación; de aquí la gran oportunidad que ahora tenemos de aprovechar la crisis para la transformación. La necesidad significa toma de conciencia de nuestras posibilidades, de lo que podamos hacer; significa organización, movilización, selección, lucha; y para la lucha se requiere: organización, conciencia, necesidad.

¿Cómo vencer la realidad del poder? La movilización de las fuerzas sociales de transformación, la toma de conciencia de éstas con

respecto a la posibilidad de transformación, podrá abrir las vías y crear los medios para alcanzar sus objetivos. Ojalá que la transformación se realice por la vía de la *lucha social democrática*, pero en todo caso hay que emprender la lucha, por todos los medios posibles. El poder utiliza la violencia, la desigualdad y la dominación se mantienen por la violencia; por tanto, es justo que la liberación y la transformación también utilicen cuando sea necesaria la violencia, que no tiene por qué ser armada: la manifestación popular, la protesta, la huelga, la resistencia pasiva organizada son tremendas formas de violencia; son inéditas las vías a la transformación.

Lo único que puedo asegurar es que la transformación es necesaria y posible; sin ella la crisis no podrá ser superada. Podrá crecer inestablemente el producto bruto interno, mejorar la balanza de pagos, contenerse transitoriamente la inflación, pero las raíces profundas de la crisis seguirán alimentándola, mientras no sean removidas y destruidas. Presento la alternativa de una nueva estrategia, de un modelo para armar: *la razón de la historia*, el resultado de la conjunción orgánica entre la necesidad y la posibilidad.

[Conferencia dictada en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad del Zulia, Maracaibo, el 13-11-85].

LA CRISIS VENEZOLANA

LA CRISIS: ANTECEDENTES, FACTORES, RESPONSABILIDADES Y SALIDAS

INTRODUCCIÓN

Desde hace más de dos siglos, desde la época de arranque del capitalismo industrial, los economistas e ideólogos, no inscritos en la escuela liberal ortodoxa de pensamiento económico, han tratado el problema de la crisis. Los teóricos de la economía política liberal —desde A. Smith hasta A. C. Pigou, pasando por D. Ricardo, J. B. Say, J. S. Mill y A. Marshall, entre los más notables— no admitieron nunca en su sistema la posibilidad de la crisis, entendida ésta como desequilibrio global de funcionamiento de la economía de mercado. No podían admitir esa posibilidad, ni siquiera como hipótesis, porque las propias reglas de juego teórico del sistema económico liberal —la libre y perfecta competencia, la completa flexibilidad de los mecanismos de ajuste, la exclusión de poderes que interfirieran o entorpecieran el funcionamiento de las leyes de la producción y el mercado, entre otros aspectos— eran incompatibles con aquella posibilidad. En los casos de la vida económica real en que se observaban desajustes o bloqueos de las fuerzas productivas, los teóricos liberales los atribuían a contingencias accidentales o interferencias en las reglas de juego. Un fenómeno tan común en nuestra época —y que no estaba ausente en el siglo pasado— como el desempleo forzoso, estaba fuera de toda consideración teórica dentro de los lineamientos ortodoxos del liberalismo económico. Fenómenos como la insuficiencia de la demanda efectiva —de consumo o inversión— o la sobreproducción general eran enteramente ajenos a esa concepción teórica, por su propia lógica. Sin embargo, economistas e ideólogos heterodoxos, en toda la historia del pensamiento económico, tuvieron conciencia del problema de la crisis, como inherente al modo de producción del capitalismo, e intentaron

explicaciones que pudieran agruparse bajo el común denominador de la desproporcionalidad: subconsumo, exceso de ahorro, sobreinversión, como variantes del desequilibrio entre la potencialidad productiva y la de absorción de la producción: entre otros, Malthus, Sismondi, Aftalión, Spiethoff, Hobson. Las concepciones de Marx, Schumpeter y Keynes requieren un tratamiento especial por su trascendencia y profundidad.

La realidad económica se impuso, por cierto, desde la segunda mitad del siglo XIX, a la lógica del liberalismo económico ortodoxo y llegó a reconocerse en los círculos académicos la existencia de ondas cíclicas de la actividad económica, desde el descubrimiento de C. Juglar (en la década de los 60 de aquel siglo). Pero casi siempre se trató el fenómeno de las fluctuaciones como un capítulo separado de la ciencia económica, en virtud de la idea matriz de que tales altibajos obedecían a causas o factores de perturbación o inobservancia de las leyes y patrones de la economía liberal pura: rigideces de precios, intervención del Estado, sindicalismo, imperfecciones de la competencia, entre otros. Merece señalarse, como excepción, la teoría de Schumpeter, que fundamenta su análisis en la dinámica capitalista de las innovaciones y la función empresarial, y considera el ciclo económico como fenómeno "natural" de una economía en crecimiento, bajo el imperio de los cambios en los procedimientos de producción y de expansión del mercado.

Debe hacerse una corrección importante a la afirmación de que los grandes teóricos del liberalismo económico no consideraron dentro de su sistema la posibilidad de crisis. El modelo de Ricardo y el de J. S. Mill generan la tendencia secular al estancamiento económico: el primero, por agotamiento de la disponibilidad de recursos naturales, lo que daría lugar a la absorción de todo el excedente económico por la renta diferencial, por lo que la ganancia neta se anularía y con ello se detendría la acumulación del capital; el último, por la saturación de capital, de tal manera que la tasa de ganancia llegaría a cero. Desde luego, en ambos modelos, se trata de tendencias, las cuales pueden ser frenadas o corregidas mediante diversos recursos: comercio exterior, exportación de capital, innovaciones. La tendencia al estancamiento secular, como inherente al capitalismo, ha sido tema contemporáneo, como puede ilustrarse con dos ejemplos notables: en la obra de A. Hansen, inscrita en la escuela keynesiana; y en los informes al Club de Roma. En Hansen, el estancamiento secular sobrevendría

como consecuencia del agotamiento de las oportunidades “lucrativas” de inversión. En los informes al Club de Roma, ese fenómeno sería el resultado del crecimiento inorgánico de la economía mundial hasta el límite de agotamiento de la base material de sustentación, o sea, los recursos naturales.

En Marx no se encuentra una simple teoría de la crisis, como fenómeno recurrente del capitalismo, sino una concepción trascendente del desarrollo histórico que limita necesariamente la existencia de los sistemas económicos, ya que en su desenvolvimiento éstos generan fuerzas antagonicas cuya acumulación se hace eficaz para propiciar el cambio por un sistema dialécticamente superior. El capitalismo genera la concentración y centralización del capital, la reducción de la absorción de fuerza de trabajo directa, la tendencia al descenso de la tasa media de ganancia, la creciente incapacidad de los asalariados para adquirir la producción expansiva de bienes de consumo. El capital se desvaloriza en determinados momentos coyunturales —crisis de realización de la plusvalía— y se revaloriza en otros momentos; pero *sus antagonistas* —fuerzas limitantes de la acumulación— lo van conduciendo al colapso final, pues es cada vez mayor su incapacidad para continuar desarrollando las fuerzas productivas y se tornan favorables las condiciones revolucionarias para un cambio de sistema. No obstante, hay que señalar que la experiencia histórica muestra que el capitalismo desarrolla contratendencias y nuevas vertientes de acumulación que lo mantienen vivo, por lo que la crisis general y definitiva sigue siendo una posibilidad *sine die*.

En Keynes, el capitalismo revela insuficiencia persistente —estructural, podría decirse— para ocupar lucrativamente las fuerzas productivas que el mismo ha contribuido a desarrollar; por tanto, en ausencia de correctivos o compensaciones, el sistema tiende a la subocupación de recursos, es decir, a la depresión crónica. Como suplemento a la dinámica depresiva del capitalismo maduro, Keynes postula la necesidad de incorporar un nuevo factor de demanda efectiva, bajo la forma de gasto autónomo del Estado, aun cuando fuese improductivo; más radical es la indicación correctiva que consiste en procurar tal abundancia de bienes de capital “rentables” que la tasa de rendimiento neto de los mismos llegase a cero, lo que implicaría la eutanasia del capitalismo, ya que se anularía todo estímulo a la acumulación. Pero la política keynesiana no se orienta a la anulación del capitalismo, sino

a su sobrevivencia mediante la gestión compensatoria o estimulante del Estado, de lo cual es buen ejemplo la expansión del capitalismo después de la segunda guerra mundial. Puede observarse, sin embargo, que la potencialidad de esa política está en vías de agotamiento, atrapada como está en las redes de las presiones inflacionarias.

II

Nuestro tema en este trabajo no es, propiamente, la crisis global del capitalismo, sino el fenómeno que se ha calificado como *la crisis* en Venezuela. La caracterización es compleja, pues no debe restringirse a la base económica de la sociedad venezolana, sino comprender sus repercusiones y proyecciones en todos los órdenes de la vida social. Aunque en el tratamiento de este problema hay que hacer referencia inmediata a los hechos que conforman con entera evidencia una contracción de la actividad económica, puesta de manifiesto durante los últimos seis años, no parece suficiente un examen limitado a los determinantes directos y específicos de esa contracción. Estimo procedente una discusión de los factores subyacentes, intraestructurales, del proceso que ha conducido a la situación actual, sin dejar de considerar, por supuesto, las circunstancias particulares y contingenciales que han incidido en la conformación de este cuadro crítico. Puedo declarar de una vez que no estoy entre quienes sustentan el criterio de que todo comenzó en 1979 y que todo lo anterior era o bien expansión o normalidad de la economía venezolana. No abrigo ninguna duda de que el fenómeno denominado crisis se gestó mucho antes de 1979, aunque sus perfiles más agudos fueron tallados en virtud de las políticas y la gestión de gobierno del quinquenio 1979-83. La crisis de todos modos existía y adquirió mayor profundidad los últimos años. Pienso también que la mayor responsabilidad de lo que acontece hay que determinarla en el ámbito político, económico y social del propio país, sin que ello signifique el desconocimiento o la subestimación de los factores internacionales a los cuales no escapa una economía dependiente como la nuestra.

Se ha hecho uso exagerado, y frecuentemente impropio, de la calificación de *estructural* para evaluar fenómenos económicos y sociales que han llegado a ser comunes en los países latinoamericanos. Las

mudanzas estructurales pueden ser consideradas en dos géneros: i) Las que alteran ciertas relaciones importantes dentro de los lineamientos básicos de la organización económica y social, y que prefiero denominar *intraestructurales*, porque no afectan en lo esencial los fundamentos institucionales, funcionales y característicos del sistema; ii) Las que significan realmente un *cambio de la estructura*. El capitalismo mundial ha sufrido en el curso de su evolución alteraciones del primer género, tales como: el surgimiento del monopolio a partir de la libre competencia, la participación del Estado en el desarrollo del capital monopolista, la organización sindical de trabajadores como réplica al monopolio del capital, la internacionalización y luego la transnacionalización del ciclo del capital. Pero el capitalismo sigue siendo capitalismo en sus fundamentos estructurales, en sus tendencias históricas, en su dinámica elemental de acumulación y ganancia. La crisis actual del sistema, apreciada como la más fuerte y persistente desde el estallido de la segunda guerra mundial, ha dado lugar a alteraciones significativas en la estrategia, los factores de poder, los mecanismos operativos, las vertientes de acumulación, el mapa geoeconómico de la producción y el intercambio, entre otros aspectos; seguramente otros procesos modificatorios del sistema están en curso y conducirán a situaciones distintas de las que prevalecieron hace 20 ó 25 años. Pero no hay *cambio estructural*, no se viene abajo la armazón del capitalismo, el sistema sobrevive a su crisis; pero nadie puede asegurar cuándo ni cómo se agotará esa capacidad de sobrevivencia.

En Venezuela, país *capitalista subdesarrollado*, con singularidades que deben tomarse en cuenta en el análisis de su estructura, han ocurrido durante el último cuarto de siglo modificaciones considerables en sus relaciones de propiedad y producción, de carácter intraestructural según la terminología adoptada: el Estado ha adquirido un dominio muy importante en medios de producción, circulación, distribución y asignación de riqueza nacional; el núcleo de ese dominio está formado por la industria y el comercio de hidrocarburos, desde 1976, que pasó del control del capital extranjero al del Estado venezolano. El poder de decisión y de disposición del Estado con respecto al negocio petrolero es un hecho trascendente, aun con las limitaciones impuestas por las secuelas del régimen concesionario y por el control monopolista del mercado internacional. Este hecho está asociado con el fortalecimiento

de la OPEP y su papel aún influyente en el mercado mundial del petróleo. Podría agregarse que el Estado posee y controla otros medios básicos de producción: la siderurgia, la metalurgia en aluminio, la electrificación pesada, la minería de hierro; y controla medios de transporte y comunicación, de financiamiento, de comercialización, entre otros. El sistema es capitalista, pero con fuerte participación del Estado, al que le corresponde tomar las decisiones fundamentales para la determinación del nivel, composición y curso de la economía. Hay que mencionar también, entre las mudanzas intraestructurales ocurridas, el desarrollo del *capitalismo agroindustrial*, con elevados índices de concentración, alta densidad de capital y situación determinante en cuanto a la dinámica interna de la economía. En el mismo sentido hay que incluir el crecimiento desproporcionado del *capital financiero* y la asociación entre intereses industriales y financieros. Estos procesos han generado modificaciones considerables en la dinámica social: se ha ampliado la formación del proletariado tanto en el campo como en la ciudad; se han diversificado los estratos de la burguesía: agraria, manufacturera, comercial, financiera, de servicios; y, desde otro punto de vista, la grande, la mediana y la pequeña. La exclusión de fuerza de trabajo de las oportunidades de empleo estable y regularmente remunerado en el sector denominado *formal*, ha obligado a la formación de grupos sociales bajo el común denominador convencional de "sector informal", cuya característica son la inestabilidad socioeconómica, el bajo nivel de ingreso, las deficientes y precarias condiciones de vida y, en suma, el subempleo en sus distintas modalidades.

El país actual es, en muchos aspectos, diferente del que existió hace un cuarto de siglo. La economía y la sociedad se han hecho más complejas; han crecido, sin duda, se han "modernizado" en buena parte, han adquirido patrones de comportamiento asimilados, con deformaciones, de los prevalecientes en países desarrollados. También han tenido lugar alteraciones en las ideologías, en las escalas de valores sociales, en los estilos de la vida política, en los criterios sobre el cambio social. La población urbana y suburbana representa más del 80% del total. Este ya no es un país campesino y minero. El subdesarrollo se desenvuelve en otros planos de la vida económica, social y política, diferentes en mucho de los que se apreciaban hace tres décadas. Es en este cuadro de alteraciones notables, aún en proceso, que debe situarse el problema que se conviene en identificar como *crisis*.

III

Muchos de los hechos que conforman el cuadro crítico que es objeto de este examen son bastante conocidos, en el orden cuantitativo y en el cualitativo, de manera que no es necesario detallar o especificar a cada paso para una buena comprensión de lo que se trata de explicar. Las cifras serán utilizadas en la medida que sean significativas para mostrar etapas o variaciones en los ritmos de las variables escogidas. Dadas esas circunstancias, manifiesto preferencia por el análisis *interpretativo y conceptual*, más que por la descripción factual. En algunos casos sería indispensable una mayor desagregación informativa, pero no tuve la oportunidad de hacerlo. Algunas sugerencias para investigación serán hechas entre las conclusiones. Debemos habituarnos a fundamentar las afirmaciones y disciplinar los conceptos. Es lo que intento en este breve ensayo.

I. - EL PROBLEMA

1. Un prolongado período de recesión económica —más propiamente contracción, porque ha sido más que detención relativa de la actividad una caída sensible de ésta comprendido entre 1979 y 1984, ambos años inclusive— ha puesto de relieve la existencia de un proceso de acentuado deterioro de las fuerzas de crecimiento de la economía venezolana, cuyo comienzo parece situarse a fines de la década de los sesenta, aunque sus raíces más hondas se internan en las décadas anteriores, particularmente la de los cincuenta. Durante el largo tiempo transcurrido entre 1949 y 1984 —por limitar la retrospectiva a la contemporaneidad relativamente cercana— han ocurrido fluctuaciones coyunturales de variable amplitud e intensidad; pero a través de ellas han actuado factores de índole estructural, cuyos efectos acumulativos han llegado a constituir un *complejo crítico*, que frena el crecimiento de las fuerzas productivas y aun impide la utilización efectiva de la capacidad de producción existente.

2. El deterioro de la base económica de la sociedad venezolana no sólo afecta a las condiciones materiales de la existencia de ésta, sino que induce sensiblemente fenómenos de descomposición social, de debilitamiento de los vínculos de estabilidad y cohesión del sistema, y, en general, de colapso de las expectativas progresivas que impulsan

el funcionamiento de una sociedad dinámica, como ha sido la venezolana bajo la influencia —para bien o para mal— de la explotación de petróleo.

3. El análisis de ese proceso no puede limitarse a su caracterización fenomenológica, sino que debe profundizarse suficientemente para descubrir, en lo posible, los factores principales del mismo, las condiciones en que se hicieron propicios, los actores y agentes —institucionales o de hecho— que les abrieron cauce y facilitaron su acción, tanto los de orden interno —es decir, dependientes en lo esencial de decisiones y circunstancias circunscritos al ámbito nacional— como los de orden externo, relacionados éstos con los procesos críticos que han conmovido a la economía mundial capitalista y que, en buena medida, persisten en el panorama de las relaciones internacionales y en las coyunturas específicas de los países desarrollados del sistema. En la realidad, sin embargo, no es posible, por lo general, una separación decisiva entre ambos órdenes de factores y circunstancias —el interno y el externo—; pero, a los fines analíticos, hay que intentar una delimitación relativa que permita fijar el alcance de la responsabilidad de los actores y agentes que han tenido la oportunidad y el poder de administrar los recursos, las políticas y los instrumentos de ejecución, y de aquellos otros que —formalmente no incluidos en el ámbito de las relaciones políticas de poder— influyeron en esa administración y lograron beneficios directos o indirectos de ella.

II. - OBJETIVO DEL TRABAJO

Me propongo en este ensayo la caracterización conceptual y empírica del proceso de deterioro de la base económica de la sociedad venezolana, la identificación de sus factores y circunstancias directos o indirectos, internos y externos, así como también la determinación posible de los actores y agentes de índole institucional o factual, que pueden calificarse como responsables en distintos grados o instancias, o cooperadores, de aquel deterioro y sus consecuencias para la nación venezolana.

III. - LIMITACIONES TEÓRICAS Y PRAGMÁTICAS

1. Las teorías tradicionales de la crisis, aun la de origen marxista, no proporcionan —como he indicado en la introducción— elementos

suficientes para interpretar, en toda su complejidad, el fenómeno que motiva este trabajo. Ello no significa, de ninguna manera, que esté ausente un fundamento conceptual que sirva como apoyo al análisis; sólo que es indispensable el desarrollo de algunos de los elementos teóricos establecidos y la complementación de otros, ya que las crisis contemporáneas del capitalismo —y particularmente la modalidad de las mismas que afecta a las economías subdesarrolladas dependientes de aquel sistema— corresponden a estructuras bastante diferentes de las constituidas según la libre competencia o el monopolio simple. Esta necesidad es distinta de la que se ha dado en calificar como la *crisis de la ciencia económica*.

2. El conocimiento cabal de los hechos y fenómenos que conforman o tienen relación con el proceso crítico que motiva este breve ensayo es prácticamente imposible, particularmente en el caso venezolano, por la insuficiencia e inconsistencia, en buena medida, de las estadísticas y otros registros informativos. Puede mencionarse, a título de ejemplo, la manifiesta irrealidad de los índices de precios, la duda razonable sobre las tasas de desempleo informadas por los medios oficiales, la total ausencia de indicadores de subempleo, de marginalidad y desamparo social; no se tiene información confiable sobre la distribución social del ingreso, y, salvo quizá el sector financiero, es un coto cerrado el de las tasas efectivas de ganancia de las empresas privadas agrupadas en ramas económicas. Estas limitaciones pueden suplirse, deficientemente por supuesto, mediante ejercicios de estimación, con todas las reservas del caso.

3. Las encuestas —utilizadas preferentemente con propósitos políticos— proporcionan cada vez más elementos de referencia para apreciar los efectos de la crisis en las diferentes capas socioeconómicas y la pérdida progresiva de credibilidad en las soluciones dentro del sistema vigente, aun cuando pudiera intuirse algún “maquillaje” de los resultados de dichas encuestas.

4. Este trabajo fue realizado en un tiempo muy corto, bajo el apremio del compromiso a fecha límite, y tal circunstancia no permitió profundizar como es necesario en aspectos importantes del fenómeno en estudio. Por tanto, hay que interpretar que se trata más bien de una guía para una investigación sobre la crisis que de una investigación rigurosa. En todo caso, hay elementos para la discusión y la reflexión que pudieran desarrollarse en futuros trabajos, enriquecidos con las

observaciones y críticas que deseablemente se formularán. Entiendo que todos los que nos preocupamos por estos problemas estamos en la búsqueda de base conceptuales sólidas, que nos permitan avanzar con buen paso en la ruta de una nueva economía política.

IV. - METODOLOGÍA

1. - *El análisis estructural*

Entre las diferentes acepciones del análisis estructural —la marxista, la cepalina, la formalista francesa o más bien funcionalista— considero como la más creativa para la interpretación de los fenómenos de la vida social, que afectan a su totalidad relativa, la de carácter marxista. Sin embargo, cuando se hace necesario un enfoque parcial de un aspecto del funcionamiento de la economía, o de una parcela de su constitución básica, es conveniente utilizar, ajustándola, alguna versión *estructuralista*, como la elaborada por la CEPAL. Por ello, quizá es útil distinguir entre el concepto de *estructura*, inequívocamente marxista, y las *modalidades estructurales*, que significan conjuntos de variables macroeconómicas —o macrosociales— sujetas a cambio en el largo plazo, sin que por ello lleguen a transformarse las relaciones económicas y sociales básicas que expresan, en su integridad y coherencia, la *estructura*. También es útil para el análisis dinámico de las economías subdesarrolladas en la órbita del capitalismo la caracterización morfológica que se denomina *heterogeneidad estructural* (conjuntos compuestos por grupos de relaciones económico/sociales correspondientes en lo esencial a modos de producción diferentes, aunque subordinados a un patrón dominante que, en el caso de los países del Tercer Mundo, por lo general, es el capitalismo).

Para examinar el fenómeno de las crisis global que afecta a Venezuela —y, en general, a los países latinoamericanos— hay que aplicar el análisis estructural con las variantes y modalidades mencionadas. No se trata —y estimo que ello no se discute en los medios científicos competentes— de un fenómeno de índole recurrente, oscilatorio, propio de la dinámica capitalista que se desenvuelve en ondas sucesivas de variable amplitud e intensidad, como son los ciclos de mediano plazo descubiertos por Juglar, sino de un *bloqueo grave y persistente* del crecimiento económico, con repercusiones igualmente graves en

los distintos, pero interrelacionados, planos de la vida social y política, que frena a las fuerzas productivas y ocasiona trastornos múltiples en la acumulación de capital, en la valorización del trabajo, en la generación y uso de excedente económico, en la capacidad de consumo de la sociedad y en los patrones de comportamiento que dan estabilidad al sistema. No es científicamente sostenible, por tanto, un propósito de investigación de este fenómeno que se limite a las variaciones transitorias de las variables convencionales y no profundice en los movimientos subyacentes de carácter acumulativo e irreversible, los cuales se manifiestan, de una u otra manera, en fluctuaciones amplias de las series cronológicas instrumentales manejadas en el análisis de la coyuntura.

2. *El análisis coyuntural*

De lo anterior se desprende la necesidad de recurrir, dentro de las limitaciones del caso, y para apreciar las manifestaciones aparentes del proceso fundamental, al análisis coyuntural, de las variaciones intertemporales, sujetas a un determinado ritmo, frecuentemente trastornado por los movimientos *intraestructurales* que acusan la verdadera naturaleza del fenómeno en estudio. Comúnmente se hace referencia a las fases cíclicas que conforman la coyuntura económica capitalista, para identificar lo que ocurre en el caso de una *recesión* grave, término a veces suavizado con el de *estancamiento*; en este sentido, las expectativas se orientan al advenimiento de la *recuperación*, mediante la actuación de factores y políticas de *reactivación* económica, como especie de puesta en marcha de fuerzas productivas transitoriamente obstaculizadas o frenadas. La frustración reiterada de esas expectativas —como se ha observado en nuestro país los últimos años— da solidez a la convicción de que no se trata de un problema de *fases* o *etapas* de modulación cíclica, sino de una *situación trascendente* en la cual pueden ocurrir recuperaciones parciales y temporales, pero no el restablecimiento de las fuerzas de crecimiento que actuaron con relativa eficiencia en el pasado. Por consiguiente, la utilidad del análisis coyuntural es bastante restringida, aunque puede ayudar a comprender ciertos aspectos del proceso crítico, particularmente en las esferas de la circulación mercantil, financiera y monetaria.

3. En todo caso, parecen justificados los esfuerzos metodológicos que pueden hacerse —y que efectivamente se han hecho y se hacen— para conjugar adecuadamente, en el análisis de fenómenos complejos como el que motiva este trabajo, el análisis de estructura y el de coyuntura. Esa justificación es tanto más procedente cuanto se basa en la consideración de que la coyuntura no es un fenómeno autónomo, independiente de la estructura, sino que está consustanciado con ésta y revela sus características históricas. Ello es particularmente notable en el caso de los países de estructuras heterogénea, por su especificidad problemática, los cuales, aunque vinculados subordinadamente al capitalismo mundial, sufren coyunturas atípicas, en las que se revelan las disparidades, fracturas e inconexiones de una *economía plurimorfológica*, cuya funcionalidad está condicionada a la dependencia del capitalismo centralizado, no ya en determinados países sino en los núcleos rectores de las grandes corporaciones transnacionales.

V. - EL MARCO TEÓRICO

1. *Base conceptual*

El subdesarrollo significa una situación permanente de crisis. Cualquier criterio de normalidad o de equilibrio, sujeto al rigor de la ciencia económica, al aplicarse a esta situación debe poner de relieve las distorsiones, inconexiones, fracturas y desigualdades de la formación económico/social de los países que padecen el subdesarrollo. Las presiones estructurales se abren paso a través de coyunturas transitorias de expansión económica; pero las tendencias al estancamiento y aun a la depresión crónica continúan desenvolviéndose y se imponen, en algunos casos con evidencia indiscutible —por ejemplo, el aumento del desempleo y del subempleo, de la marginalidad, de la carga improductiva de los servicios en el producto social, de la desigualdad real en la distribución del ingreso— y en otros encubiertas mediante providencias compensatorias provistas por el Estado mediante sus políticas de estabilización social.

El excedente petrolero —no renovable en cuanto se origina en la liquidación mercantil de un recurso natural agotable— tiene como contrapartida el acceso a bienes y servicios del mercado internacional y la acumulación de activos monetarios de reserva. El alto valor externo del

bolívar —divisa/petróleo— ha tenido dos efectos contradictorios en la economía venezolana: a) Ha sostenido la preferencia al uso del capital fijo con respecto a la fuerza de trabajo en las combinaciones productivas; b) Ha estimulado la importación de bienes y servicios. El excedente petrolero toma la forma de ingreso fiscal ordinario, no tributario, y vierte al mercado interno una corriente de poder adquisitivo la cual debe ser absorbida por tres vías: la de compra de bienes y servicios de producción nacional, la de compra de bienes y servicios importados y el ahorro. Aun sin la existencia de una barrera aduanera puede tener lugar cierta producción nacional no sólo de bienes y servicios que están por su propia índole fuera del comercio internacional (no transables), sino también de otros —importables y exportables— que sean costeables en situación de competencia. Sin embargo, el Estado venezolano adoptó la estrategia de crecimiento —experimentada en otros países latinoamericanos— fundada en la industrialización y la agricultura con el estímulo de la sustitución de importaciones. Esta estrategia se trató de llevar a la práctica sin una planificación real a largo plazo, permitiéndose y apoyando un crecimiento no selectivo, sin prioridades en cuanto a la esencialidad de los bienes a sustituir y en cuanto a las técnicas de producción. En consecuencia, el proceso industrialista se efectuó conforme a las pautas del gran capital extranjero, cuyo interés consistía en mantener para sí la *cautividad del mercado* venezolano, a través de la imposición de sus propios patrones de inversión, de producción y de consumo, que hacían indispensable una corriente de importaciones (insumos, bienes intermedios y de capital, servicios tecnológicos, etc.) sujeta a fluctuar en concordancia con la capacidad para importar, la cual, a su vez, fluctuaba en relación con el excedente petrolero. Esta estrategia oficial de crecimiento implicaba la multiplicación de estímulos e incentivos para la acumulación privada, la cual, en forma cada vez más acentuada, discriminaba en perjuicio del empleo masivo de fuerza de trabajo y del aprovechamiento de los recursos naturales del país. En consecuencia, además del enclave petrolero, ha existido un *enclave industrial*, con la diferencia de que éste vierte su producción al mercado interno en su totalidad y obtiene sus medios, objetos y servicios de producción en el mercado externo: la conexión entre ambas vertientes está dada por la capacidad para importar en función del ingreso petrolero de exportación. Este enquistamiento del proceso económico de crecimiento ha determinado una distribución regresiva del excedente petrolero, en favor de grupos minoritarios privi-

legiados, mientras que se ha ampliado continuamente el *margen social* virtualmente excluido de los beneficios de ese crecimiento. De este modo el perfil de la demanda efectiva de bienes y servicios refleja la composición social del ingreso y permite soportar dentro de ciertos límites los elevados costos (precios y ganancias) del enclave económico mencionado. La población activa excluida de esos *circuitos de producción* encuentra tres alternativas de subempleo: en los servicios improductivos organizados (sector "formal"), en el sector público no empresarial y en el llamado convencionalmente sector informal. Estas tres alternativas han venido ampliándose al favor del aumento del excedente petrolero. Pero también ha venido ampliándose una cuarta alternativa con signo negativo: el desempleo abierto. La carga de improductividad e inactividad que debe soportar esta economía (capacidad instalada parcialmente no utilizada, recursos naturales no aprovechados, fuerza de trabajo subempleada y desempleada) aumenta en el tiempo, tanto por el aumento del excedente petrolero como por el crecimiento demográfico. La condición de funcionamiento y de expansión de este "modelo" es la ampliación del excedente petrolero.

En una economía *autocentrada*, con capacidad de innovación, el empresario tiene la posibilidad de optar entre varias alternativas correspondientes a otras tantas funciones de producción, dentro de un campo más o menos amplio de elasticidad de sustitución de factores, considerando sus productividades relativas y precios relativos. En una economía *descentrada*, dependiente, como la venezolana, sin capacidad de innovación ni aun de adaptación de técnicas originadas en otros países, las alternativas del empresario están sujetas a la posibilidad de acceso a las técnicas originadas en el extranjero; si éstas, como ocurre en buena medida, están monopolizadas por determinadas organizaciones, su disponibilidad depende de la relación que establezcan con el empresario interesado en usarlas, y, por tanto, la organización cedente impone las condiciones básicas, que tienden a reproducir en conjunto el patrón de producción establecido en la organización dominante, generalmente intensivo en capital físico y ahorrador de fuerza de trabajo directa. La posibilidad de acceso a esas técnicas es mayor en el caso de que el país del empresario interesado tenga un régimen cambiario libre con una moneda fuerte (caso venezolano durante el período comprendido entre 1964 y 1982). La consecuencia es que las funciones de producción industrial —y agrícola en parte— manifiestan preferencia al capital

físico y los procedimientos indirectos, como si este recurso fuese el menos costoso en términos relativos; esta situación coexiste con la de una elevada oferta de fuerza de trabajo cuya elasticidad/salario está restringida por la estratificación derivada de la existencia de grupos no competidores. El costo del capital es en realidad mayor que el supuesto por las facilidades externas en virtud de que, por lo general, la capacidad instalada es utilizada parcialmente en tanto que la carga de la depreciación corresponde a la totalidad de los activos fijos reproducibles. El caso es, por tanto, de una distorsión entre precios relativos, oferta y uso de factores, que da lugar a un continuo —aunque variable coyunturalmente— desperdicio de recursos y un patrón de precios y de distribución del ingreso igualmente distorsionados.

En otros términos, el capital monopolista internacional condiciona decisivamente la acumulación y las formas de producción y de circulación de los países dependientes, sin capacidad de innovación o de adaptación tecnológica, y fuerza en éstos el establecimiento de las características más favorables al dominio de aquel capital: cautividad del mercado, diferenciación de oferta y de demanda, concentración económica, desperdicio de excedente económico y tendencia al aumento del desempleo y el subempleo (de índole estructural).

El perfil de la oferta se origina en torno a *empresas líderes o grupos cohesionados* de intereses que o bien subordinan y someten como tributarias a las empresas más débiles o bien las colocan en situaciones difíciles y precarias, de tal manera que el patrón de precios no es gobernado por las leyes neoclásicas del mercado sino por la relación de poder que se establezca entre los distintos estratos empresariales. El perfil de demanda corresponde a la estratificación de ingresos, aunque las imposiciones del patrón de consumo permiten la incorporación de capas socioeconómicas de escaso poder adquisitivo, en virtud de la deformación de la jerarquía de las necesidades y los procedimientos de venta que facilitan el consumo de bienes no esenciales fuera de las limitaciones del ingreso presente.

El excedente petrolero —sujeto en todo caso a fluctuaciones coyunturales— puede crecer a ritmo moderado (como ocurrió en el período comprendido entre 1964 y 1972), lo que permite una adaptación de las variables macroeconómicas dependientes sin la aceleración ni profundización de las distorsiones intraestructurales que se han examinado. La economía funciona y crece conforme al “modelo” de acumulación

extrovertida que incorpora como vertientes dinámicas secundarias la industrialización sustitutiva, la construcción y la modernización empresarial de la agricultura. Las presiones inflacionarias se mantienen latentes —en tanto no ocurra en el mercado internacional una aceleración de precios de los bienes importables—, los salarios reales aumentan aproximadamente al ritmo de aumento de la productividad y las ganancias (estructuralmente elevadas en los estratos monopolísticos) se mantienen estables por término medio, lo que determina una tasa de acumulación estable en el mediano plazo. Cuando el excedente petrolero crece explosivamente (como en el período 1974-81), y no se crean dispositivos de absorción o retención eficaces, el “modelo” sufre alteraciones igualmente explosivas, tornándose más extrovertida la acumulación y ampliándose fuertemente las brechas internas y externas: la del consumo con respecto a la producción nacional, la del ingreso real con respecto al nominal, la de la importación con respecto a la exportación, la del capital en funciones productivas con respecto al capital financiero, la de los salarios con respecto a las ganancias, la de los precios de bienes y servicios no transables con respecto a los importables, la del empleo productivo con respecto al empleo improductivo y el subempleo, entre otras. La economía en esta situación comienza a desenvolverse en dos planos: uno que aparece sobredimensionado (circulación financiera, monetaria, mercantil; expectativas aceleradas de ingresos, ganancias y bienestar), y otra cuya dimensión, aunque crece a ritmo algo mayor que el histórico, queda rezagada con respecto al primero. En ausencia de recursos complementarios —y en el supuesto de que el nuevo nivel del excedente petrolero no sufra nuevas alteraciones explosivas— políticas de reajuste y estabilización racionalmente aplicadas podrían reducir progresivamente la *dicotomía dimensional* de la economía (aproximación relativa de los dos planos considerados). Esto ha debido ocurrir en el supuesto de que no se hubiera hecho uso del crédito público externo en las circunstancias ya conocidas.

El endeudamiento acelerado y masivo que se efectuó entre 1976 y 1981 puede interpretarse como una manera de sostener, y aun aumentar, el nivel del excedente petrolero alcanzado entre 1974 y 1976, descontando el excedente petrolero futuro. En parte el endeudamiento obedeció a una política de fortalecimiento del “modelo” de sustitución de importaciones, intentando profundizarlo verticalmente mediante el desarrollo de industrias básicas. En parte se originó en las indemniza-

ciones reconocidas —injustamente— a las compañías petroleras y mineras con motivo de la nacionalización de tales actividades. Pero en su mayor parte no tiene otra explicación que la ausencia de voluntad política para acoplar los dos planos de la economía que vengo considerando. La hipertrofia del Estado —correlativa de una creciente ineficacia del gasto público para sostener el ritmo de crecimiento de la economía— expresa el propósito, deliberado o implícito, de compensar las brechas abiertas entre dichos dos planos, manteniendo las extralimitaciones ocasionadas por la explosión del excedente petrolero; pero ello sólo dio lugar a la ampliación de aquellas brechas y a la mayor extroversión de la economía (exceso de importaciones, consumismo desbordado al exterior y salida de capital). El endeudamiento prosiguió a pesar de que en algunos años —notablemente 1981— el ingreso petrolero alcanzó niveles máximos.

Algunas omisiones deben ser mencionadas. Del mismo modo que se formó un enclave industrial extrovertido (sustitución *horizontal* de importaciones en base de importaciones), también tuvo lugar la formación de un *enclave agrícola* (penetración capitalista del campo y frustración de la reforma agraria) cuya dependencia de la importación es bastante elevada y que no ha sido capaz de producir la cantidad y calidad de alimentos que requiere la población. Los *límites del crecimiento económico* sustentado en enclaves (externos e internos) se alcanzan con cierta rapidez si no se practican reformas progresivas que permitan ampliar la base de demanda, bien sea en el mercado nacional o bien en el internacional. En otros términos, el “modelo” tiene vida mientras pueda ser alimentado desde fuera (la generosa provisión del Estado) y protegido de la competencia internacional. Así, de todas maneras —en el supuesto de que no hubiera ocurrido la explotación petrolera ni el masivo endeudamiento externo— los límites del crecimiento condicionado a la sustitución de importaciones mediante importaciones, en un cuadro restrictivo de demanda en virtud del desempleo acumulativo y de la más regresiva distribución del ingreso, se habrían alcanzado.

2. Definiciones básicas

2.1. Hay varias acepciones del término *crisis*. En análisis coyuntural se utiliza para identificar un punto climático o de transición entre

una fase de expansión y una de contracción; ese punto se distingue porque en el mismo concurren —técnicamente, con mínimo desfase— los valores máximos de las variables más significativas de la expansión. Esa transición puede ser dramática, evidenciada en una caída brusca de los valores de las variables más indicativas de la actividad económica; o gradual, en cuyo caso sería más adecuado hablar de una zona de transición más que de un punto de inflexión. En la teoría marxista la crisis puede ser recurrente, como solución transitoria de las contradicciones del modo de producción capitalista, manifestadas en la sobreproducción relativa, en las dificultades para realizar la plusvalía en la fase de circulación o conversión del capital/mercancía en capital/dinero, y, por consiguiente, en la desvalorización del capital; pero tales contratiempos pueden ser enfrentados por el capital en general sin riesgo de colapso del sistema. También se considera —en la teoría marxista del capitalismo, como dinámica estructural de trascendencia histórica— la crisis general y definitiva del sistema, como solución del antagonismo entre la necesaria expansión de las fuerzas productivas desarrolladas por el propio sistema y el marco de relaciones sociales de producción establecido por éste, lo que llega a ser un freno para el crecimiento del potencial productivo. Ese antagonismo sólo puede ser resuelto mediante un cambio estructural que toma la forma de un proceso revolucionario.

Es cada vez más frecuente el uso del término crisis para distinguir fenómenos de ruptura o deterioro de mecanismos institucionales o funcionales, que forman parte de la estrategia del sistema durante una etapa de reafirmación y aceleración de las bases de sustentación y crecimiento de aquél. En tal sentido se hace referencia a la *crisis monetaria* o a la *financiera*, o a la de la trilogía institucional creada en la Conferencia de postguerra de Breeton Woods, compuesta por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y —más tarde— el GATT. En este orden de ideas se inscriben hechos extraordinarios que expresan la conmoción aguda de un conjunto de relaciones centrado en un supuesto equilibrio de mercado, como el caso de la *crisis energética*, con incidencia en múltiples mecanismos de acumulación. En cuanto sean útiles se tendrán en cuenta estos términos específicos dentro del concepto de crisis general o global que gobierna el análisis.

2.2. A los fines de este trabajo defino como crisis un proceso de deterioro persistente y profundo de la base económica del país, con incidencias graves en la situación socioeconómica de la mayoría de la

población y aumento acumulativo de presiones que eventualmente podrían conducir a una explosión social de alto riesgo para la estabilidad del sistema. Esta definición es distinta de la que atribuye un carácter puramente coyuntural al fenómeno de que se trata; es también distinta de la que pudiera fundarse en la idea de colapso, derrumbe o cambio del sistema. La definición propuesta se inscribe en una interpretación de la crisis como fenómeno *intraestructural*, que afecta a las vertientes históricas reales del crecimiento y distorsiona los mecanismos funcionales y operativos de la economía y la sociedad, inclusive los de índole política y cultural; pero no implica destrucción del sistema de relaciones económicas y sociales establecido.

2.3. *El bloqueo de fuerzas productivas* se define como un nudo crítico en que concurren factores de agotamiento del llamado modelo primario exportador y del crecimiento “hacia adentro” por sustitución *horizontal* de importaciones, conjuntamente con factores recesivos emergentes de la coyuntura internacional del capitalismo y el fracaso de políticas desarrollistas y populistas condicionadas por aquellos factores de crecimiento. El bloqueo no significa paralización absoluta de las fuerzas productivas, sino la existencia de obstáculos y vacíos que entaban su expansión, lo que es compatible con los aumentos parciales de producción en determinados sectores o ramas de la actividad económica.

2.4. *Situación trascendente* es una definición correspondiente a la acción simultánea de factores que escapan al control de políticas de ajustes y reformas funcionalistas o instrumentales, y se proyecta en *tendencias* al estancamiento por considerables períodos.

2.5. *Coyuntura* es un conjunto de procesos dinámicos —variaciones de magnitud de las variables macroeconómicas— interdependientes, de carácter recurrente, con periodicidad flexible, que guardan entre sí cierto paralelismo y están sujetos al marco de las relaciones económicas que constituyen la estructura. La coyuntura tiene una fase de expansión y una de contracción, que se suceden conforme a un movimiento aproximadamente cíclico. En el análisis es posible diferenciar las coyunturas *generales* o *globales* y las *específicas*. Las generales o globales afectan a la totalidad de la actividad económica, y su análisis debe considerar, por tanto, esta característica. Las específicas —diferenciadas metodológicamente en virtud del análisis parcial— se circunscriben a un sector o rama de la economía o a una actividad de la misma (por

ejemplo, el ciclo de la construcción, el de la industria textil, el de comercio exterior, el de los inventarios, etc.). También se ha llegado a diferenciar entre coyunturas de corto, mediano y largo plazo, siendo las de mediano plazo las más características y connotadas en la vida económica capitalista (comúnmente denominadas ciclos de negocios).

3. *Hipótesis*

3.1. La crisis económica obedece a factores de orden interno e internacional, algunos de los cuales están interrelacionados; sin embargo, la mayor ponderación debe asignarse a los factores internos en cuanto puedan ser aislados relativamente de la coyuntura internacional.

3.2. Los factores internos de la crisis emergen de las deformaciones estructurales de la economía venezolana, acentuadas por las incidencias de la crisis que afecta a la economía capitalista mundial.

3.3. Las políticas adoptadas durante los últimos 30 años para diversificar y modernizar la economía no lograron corregir las deformaciones estructurales; por el contrario, en algunos aspectos las agravaron y, en lugar de procurar su integración interna, provocaron una mayor extroversión (vulnerabilidad, dependencia, vinculación subordinada al capitalismo internacional), elevando su grado de inestabilidad.

3.4. Las concesionarias petroleras realizaron una estrategia de descapitalización real del sector y deterioro del potencial extractivo primario durante el período 1959-74, cuyas consecuencias negativas para el país aún se aprecian, no sólo por el descenso de ese potencial sino también por los costos adicionales incurridos para restablecerlo, lo cual significa un factor de crisis.

3.5. La estrategia oficial de la nacionalización petrolera no permitió —particularmente los primeros seis años— una integración efectiva al aparato productivo nacional, ni un desarrollo de la industria para captar un mayor excedente petrolero. La insuficiencia dinámica de esta actividad —expresión notable de la crisis— se explica en buena parte por aquella estrategia propia de una política dependiente y de corta visión.

3.6. El Estado venezolano ha vertido, directa e indirectamente, la proporción determinante del excedente petrolero a la acumulación de

capital —y aun al simple enriquecimiento improductivo— del sector privado y al sostenimiento de mecanismos de estabilización del sistema. El desarrollo del capitalismo de Estado representa una vertiente de la acumulación para fortalecer la gestión empresarial capitalista considerada como un todo.

3.7. La extroversión del excedente petrolero nacional fue propiciada por el acelerado endeudamiento público externo, cuyo balance en definitiva implica una descapitalización del país y un fuerte gravamen al nivel de vida de la mayoría popular. Esa descapitalización compromete por varios años las posibilidades de desarrollo independiente del país.

3.8. La estrategia del capital transnacional a raíz de la llamada crisis energética consistió en lograr la conversión de la masa financiera captada por los países exportadores de petróleo en una masa de maniobra para fortalecer y ensanchar el dominio financiero del capital, sustituyendo la inversión directa en los países subdesarrollados por la inversión de cartera (préstamos de corto y mediano plazo), utilizando para ello en gran parte los propios fondos depositados por gobiernos y particulares de los países petroleros en las instituciones financieras de los países industrializados. De cierto modo, el endeudamiento masivo de los países del Tercer Mundo, principalmente los latinoamericanos, fue un efecto de esa estrategia (promoción acelerada del reciclaje de los petrodólares). La nueva fase del ciclo de expropiación del excedente petrolero por las transnacionales consiste en la conversión, por diferentes medios y vías, de la deuda en inversión directa (correspondiente a una nueva forma de articulación de nuestras economías al capital transnacional).

VI. - DESARROLLO

1. *Crisis económica: epicentro de la crisis social*

La economía venezolana es presentada, interna y externamente, con una imagen de abundancia y fortaleza, cuya base real de sustentación es la explotación de hidrocarburos. Por ello, las coyunturas de abundancia y escasez —relativas, por supuesto— se superponen como movimientos transitorios al impulso de expansión a largo plazo. Pero el fenómeno de la crisis no puede ser atribuido exclusiva y ni siquiera principalmente a las contingencias desfavorables del negocio petrolero.

En los últimos quince años el país ha percibido ingresos de esa fuente que significaron una riqueza veinte veces mayor que la obtenida por el mismo concepto en los cincuenta años anteriores, con una liquidación mucho menor de recursos del subsuelo (extracción física de hidrocarburos). La causa de la crisis, por tanto, no hay que situarla en las variaciones descendentes del ingreso petrolero, ni en el agotamiento del potencial de extracción de crudos —aunque, desde luego, ha ocurrido un despilfarro de recursos físicos por extracción irracional de hidrocarburos desde el punto de vista del interés nacional—, sino en la administración de esa riqueza ante las alternativas que se han ofrecido, virtual o efectivamente, para su aprovechamiento económico y social.

Para apreciar los alcances de la observación anterior, hay que mencionar las que, según la experiencia, han sido las opciones del Estado venezolano para decidir y ejecutar las aplicaciones del ingreso petrolero del que ha dispuesto en los últimos veinticinco años, bajo el régimen de la democracia representativa (1959-84).

i) *Desarrollo Social*: entendido como el aumento sostenido de los índices de salud, educación, seguridad social y crecimiento demográfico natural.

ii) *Integración Física del País*: mediante la creación de una infraestructura material que propicie la unidad del territorio: vialidad, comunicaciones, conservación de recursos naturales, defensa de las fronteras.

iii) *Dotación de la Base Material para la Prestación de Servicios*, indispensables para la vida organizada de la población: conducción de agua potable, excreción de aguas servidas, electrificación, instalaciones para la recreación y la actividad cultural, parques y jardines, entre otros.

iv) *Vivienda* para los grupos socioeconómicos de ingreso insuficiente (denominada oficialmente de interés social).

v) *Economías Externas* para facilitar, fomentar y ordenar el crecimiento de las fuerzas productivas: además de lo enumerado anteriormente, la electrificación pesada (industrial), la gasificación, los sistemas de riego, silos y frigoríficos, centros de acopio agrícola, zonificación industrial y agropecuaria, mercados periféricos y populares, entre otras.

vi) *Industrias Básicas*: petróleo, petroquímica, siderometalurgia.

vii) *Financiamiento de la Producción*: fondos de crédito a corto, mediano y largo plazo para las actividades productivas.

viii) *Fondos de Reserva Internacional* para compensar movimientos coyunturales de los ingresos externos en relación con las necesidades esenciales de pagos al exterior (estabilización de la balanza de pagos).

En verdad, el Estado ha asignado recursos obtenidos del patrimonio nacional a las diferentes opciones indicadas. Resultados importantes ha logrado en estas asignaciones. Vale la pena investigar (+) con referencia al cuarto de siglo de funcionamiento del régimen democrático, cuánto y cómo se ha acumulado en el ámbito o dominio del Estado y en el activo macrosocial del ingreso petrolero público. También hay que investigar la medida y la forma en que parte de ese ingreso se ha sustraído o desviado de aquellas opciones para el enriquecimiento de una minoría privilegiada, que ha tenido la oportunidad de aprovechar directa o indirectamente las vinculaciones con el poder político y las presiones sobre los gobiernos para lograr créditos sin reembolso, condonación injustificada de intereses, y de deudas, subsidios que no llegaron a beneficiar al consumidor de ingreso insuficiente, ventas de bienes y servicios con sobreprecio a la administración pública y compras por debajo del costo de bienes y servicios proporcionados por entidades públicas, adjudicaciones de propiedades a título gratuito, explotación irracional de bosques y emporios naturales, entre otros medios irregulares y hasta delictivos que han sido práctica frecuente por parte de esa minoría. También es necesario investigar en qué medida la debilidad, o la ineficiencia, o incluso la complicidad de los medios administrativos del Estado han permitido, en términos reales, la evasión o elusión de la carga tributaria que han debido soportar empresas y personas naturales en razón de su enriquecimiento neto para contribuir al sostenimiento de los servicios ordinarios del Estado, fuera del ingreso petrolero. Esos enriquecimientos irregulares o delictivos han tomado varias formas observables: acumulación a expensas del patrimonio público o social, capitalización financiera *extrovertida*, es decir, en medios internacionales fuera del control nacional, adquisición de activos reales en el extranjero, aumento del patrimonio estéril de grupos sociales dominantes, consumo suntuario ostentoso, entre otras manifestaciones. He aquí una de las razones más importantes por la cuales el ingreso petrolero, no obstante su gran dimensión, ha llegado a ser insuficiente

para sostener —para continuar sosteniendo— ese orden de cosas en el país.

Sin embargo, no situó la principal causa de la crisis en los hechos expuestos. Considero más bien que la causa de mayor relevancia hay que buscarla —y, desde luego, las circunstancias mencionadas encuadran en esta explicación más trascendente— en la gestión *dilemática* de los gobiernos ante las presiones a imposiciones del sector privado dominante, cuyo poder ha sido sobreestimado por aquéllos. Al decir sector privado quiero significar un complejo de intereses —con vinculaciones y relaciones internacionales— centrados en la maximización de la ganancia y de la acumulación de capital, sin que en la prosecución de esos objetivos tenga que considerar intereses nacionales o sociales no concordantes con sus afanes. En tal sentido, cabe señalar que dicho sector ha abierto camino a sus iniciativas en determinadas actividades lucrativas: la industria manufacturera, la construcción, la agricultura y la cría de índole comercial, el comercio, los servicios mercantiles y las finanzas. Si bien los productos y servicios de esas actividades se destinan al mercado interno en su práctica totalidad, para producirlos se requiere efectuar importaciones. El grado de sustitución efectiva de éstas no es muy elevado —ésta es otra investigación que debe emprenderse para mejor conocimiento de lo que ocurre— y por ello la expansión de las actividades consideradas ha determinado, correlativamente, un aumento de la demanda de importaciones, el cual ha podido realizarse merced al crecimiento —fluctuante, pero persistente en el largo plazo— de la capacidad para importar. Por otra parte, hay que incluir entre las exigencias de pago al exterior a que da lugar el modo de expansión de las actividades internas consideradas, la tributación por concepto de servicios tecnológicos y similares y los beneficios e intereses del capital extranjero invertido en el país (inversión directa o de cartera).

El Estado venezolano, teniendo a su disposición las facultades, los instrumentos y los recursos para dar una orientación al crecimiento económico y al desarrollo social diferente de la que el puro interés privado pretendió y prácticamente impuso, se sujetó en esencia a ese interés, aunque en ciertas oportunidades en que las presiones sociales subieron de modo inquietante tomó medidas de alivio de la situación socioeconómica de los sectores no privilegiados de la sociedad, o de corrección de los excesos de lo que algunas veces llegó a calificarse como “capitalismo salvaje”. Las políticas enunciadas parecían correspon-

der a una estrategia de industrialización y de modernización de la agricultura, en la que no estaba ausente el propósito de lograr una distribución menos regresiva del ingreso, ni el de mejorar la posición de los trabajadores, de reducir la marginalidad y democratizar la propiedad y la gestión empresarial, mediante el apoyo a la pequeña y la mediana empresa y la ejecución de la reforma agraria legalmente comprometida desde 1960. Todo ello se inscribía en el cuadro funcional de estabilización del sistema institucional democrático, con organización económica capitalista pero modificada por la sustancial participación del Estado en la economía.

El sostenimiento de ese modo de funcionamiento y expansión de la economía, que incorpora dispositivos y mecanismos de estabilización social y política —el bipartidismo es la expresión más característica, el pacto social es una proyección de aquél, todo bajo el signo formalista del pluralismo democrático— está condicionado al crecimiento real del gasto público y de la capacidad de gasto en el exterior, lo que permitía —y en menor proporción aún permite—, por una parte, compensar el desempleo mediante su absorción en buena medida por el sector público, y, por la otra, moderar el deterioro del ingreso real de la mayoría popular mediante subsidios y transferencias. Aquel crecimiento del poder de gasto hizo posible evadir la necesidad de una reforma tributaria; asimismo, el impulso al proceso de falsa urbanización permitió aliviar la presión campesina y, por tanto, minimizar el riesgo de frustración de la reforma agraria, desviando aquella presión hacia la *periferia patológica* de las ciudades (el fenómeno de la marginalidad). Huelga mencionar que este complejo estructural en expansión generaba inexorablemente una concentración cada vez mayor de la propiedad (real y financiera) y del ingreso, con tendencia a la extroversión de la acumulación y el consumo, cuya contrapartida era la estratificación de la demanda y la ampliación de las brechas internas del aparato productivo.

El período climático de esa expansión fue el de la pronunciada alza de los precios del petróleo (1974-81); cuando esta circunstancia se debilitó, el desbordamiento de los patrones de comportamiento determinó la necesidad de recurrir al endeudamiento externo en magnitudes sin precedentes, lo cual fue facilitado por el desbordamiento de los créditos financieros de corto y mediano plazo ofrecidos por la banca internacional, en virtud del apremio de colocar los fondos que les fueron depositados extraordinariamente por los detentadores de petrodólares

y la intensificación del proceso de capitalización financiera transnacional (la modalidad de los eurodólares). La economía se hizo más extrovertida, la acumulación sufrió fluctuaciones explosivas, la base efectiva de sustentación del proceso creció a ritmo mucho menor que las exigencias de financiamiento y los factores recesivos emergieron clara y fuertemente en el segundo semestre de 1977, acentuándose en los años posteriores, como lo revelan las estadísticas recogidas en el anexo de este ensayo.

2. *Cuestiones que se plantean*

Quizá es conveniente situar el problema que se examina mediante el enunciado de algunas cuestiones:

- 1) ¿La crisis es de índole estructural o coyuntural?
- 2) ¿Se trata de una crisis de acumulación del excedente petrolero?
- 3) ¿Ha llegado a su límite el proceso de industrialización fundado en la sustitución *horizontal* de importaciones?
- 4) ¿Debe atribuirse el fenómeno a los efectos inducidos de la crisis capitalista internacional?
- 5) ¿Cuáles alcances han tenido, en la conformación y profundización de la crisis, las políticas genéricas puestas en práctica durante los períodos gubernamentales 1974-78 y 1979-83?
- 6) ¿El fortalecimiento del capitalismo de Estado en virtud de la nacionalización del petróleo y el hierro y el establecimiento de industrias básicas ha servido para reducir la dependencia o para ampliar las bases de sustentación del capitalismo dependiente?
- 7) ¿Debe interpretarse el Pacto Social como una trípole de poder —económico, político, sindical dependiente— con exclusión de las mayorías populares cuya situación económica y social se ha deteriorado en términos reales?
- 8) ¿La hipertrofia de los aparatos del Estado ha sido consecuencia del bipartidismo político o una necesidad de funcionamiento del “modelo desarrollista/populista”?

9) ¿El ciclo del bolívar —devaluación/sobrevaluación/devaluación— ha sido factor o consecuencia del fenómeno que se estudia?

3. Respuestas posibles

1) La crisis tiene raíces estructurales y ha avanzado a través de las coyunturas —tanto de alza como de contracción— ocurridas en los últimos veinticinco años en Venezuela.

2) Las fluctuaciones del excedente petrolero nacional han incidido en el proceso de acumulación pública y privada; pero los factores de mayor influencia derivan del modo como ha venido conformándose el aparato productivo en el país y su encuadramiento en el carácter cada vez más monopolista —y estratificado, por tanto— del mercado interno, vinculado estrechamente al mercado capitalista internacional.

3) El límite del proceso *horizontal* de sustitución de importaciones —crecimiento extrovertido— está dado inexorablemente por el perfil concentrado de la demanda, determinado a su vez por la regresiva —en grado creciente —distribución del ingreso que el propio “modelo” genera.

4) La crisis capitalista internacional —que se manifiesta claramente desde fines de la década de los sesenta y que está todavía en curso— tiene efectos recesivos evidentes en la economía venezolana a través de la contracción relativa del mercado de petróleo, la inflación “importada”, el alza de las tasas de interés, la transnacionalización financiera y el desarrollo tecnológico que desvaloriza fracciones considerables del capital productivo.

5) La estrategia de la “Gran Venezuela” del período 1974-78 fue una expresión característica del “Efecto Venezuela” impulsado por la explosión del ingreso petrolero y la deuda externa, y ocasionó una mayor distorsión tanto en el aparato productivo como en la relación desequilibrada entre el producto real y el producto nominal de la economía (sobrecarga de actividades improductivas y de los mecanismos y medios del capital financiero). La estrategia de reajustes (período 1979-83), en lugar de reducir la brecha existente entre los dos planos de la economía —el real y el aparente—, acentuó los desequilibrios y las distorsiones, propició la acumulación improductiva y la mayor extroversión de la misma.

6) La nacionalización del petróleo —en proporción mucho mayor que la del hierro— no ha tenido efectos integradores significativos en la economía venezolana y no cambió el modelo primario/exportador dependiente; el fortalecimiento del capitalismo de Estado ha favorecido sin duda el crecimiento capitalista dependiente y facilita la estrategia de transnacionalización con respecto a la economía venezolana.

7) Sin duda, el Pacto Social ha funcionado de la manera como se indica en la cuestión planteada.

8) La hipertrofia del Estado ha servido al funcionamiento del “modelo desarrollista/populista” y es consecuencia del bipartidismo político que se expresa en el Pacto Social.

9) El ciclo del bolívar —cuya devaluación mayor es inexorable dentro de la estrategia dependiente, implícitamente ajustada a los requerimientos del capitalismo transnacional a través del Fondo Monetario Internacional— es una expresión del curso de la crisis en la esfera de la circulación financiera, monetaria y mercantil.

4. *Identificación de actores y agentes y su grado de responsabilidad*

Sin duda, los actores de esta crisis, en cuanto ella dependa de causas de índole interna, están relacionados con el poder político, el poder económico y sus mecanismos de dominación y alienación social, entre los cuales los medios televisivos y las élites sindicales tienen funciones definidas. El poder político, en mi opinión, comprende al gobierno y la dirigencia efectiva de los partidos del “status”, y se proyecta a las élites sindicales. El poder económico reside en las grandes organizaciones de intereses —grupos económicos en el lenguaje común— que combinan bajo su dominio capitales industriales, comerciales, financieros, agropecuarios, de la construcción y los servicios mercantiles, y someten a régimen de dependencia a las medianas y pequeñas empresas que compran o venden bienes y servicios a los grandes grupos. Este poder económico tiene expresión institucional en las organizaciones empresariales que constituyen el sistema de Fedecámaras. En concreto, los grupos económicos —por lo general vinculados o asociados a intereses transnacionales— tienen nombres y apellidos y son suficientemente conocidos, por lo que huelga su mención específica

en este trabajo. Tales organizaciones de intereses tienen vinculaciones más o menos estrechas con el poder político y ejercen influencia en la información y la opinión pública a través de los más importantes medios de comunicación "social", principalmente la TV y la gran prensa diaria. Funcionarios de nivel gerencial o ejecutivo superior de esas organizaciones son asignados temporalmente a elevadas funciones de gobierno, en posiciones claves para la toma de decisiones en política económica, fiscal y monetaria, o en el manejo directo de empresas y recursos del sector público. Existe, por tanto, una compleja y densa trama de relaciones abiertas o encubiertas entre el poder económico y el poder político, mediante las cuales, de uno u otro modo, se movilizan recursos de todo orden, se transfieren ingresos, se propicia la acumulación en los grupos más cercanos al gobierno de turno y se asignan medios para las campañas electorales y de opinión, que pueden ser calificados como inversiones para el fortalecimiento o la ampliación del poder. Así, pues, las políticas no son establecidas bajo la exclusiva autoridad y responsabilidad de los poderes públicos —parlamento, gobierno, municipalidades— sino con la participación sustancial del poder económico, y es fácil entender que esas políticas encuadran en lo esencial en la estructura de intereses que conforma aquel poder. Por supuesto que las cosas no son presentadas de manera tan evidente, sino elaboradas para que proyecten la imagen del interés nacional, social o público, en el plano de la abstracción.

He indicado las élites sindicales como *agentes* de la crisis; no les atribuyo el papel de actores, ni mucho menos. Han sido agentes en el sentido de su servicio —deliberado o involuntario— a la pacificación social, a la contención o alivio de las presiones laborales que de no ser así hubiesen estallado en conflictos y acciones riesgosos para la estabilidad del sistema. En ese mismo sentido han coadyuvado al proceso de acumulación del capital y a la concentración del poder económico. Han sido intermediarios hábiles —buenos componedores— entre los poderes (económico y político) y los trabajadores. Insisto y aclaro que me refiero a las élites sindicales, no a las propias organizaciones de los trabajadores. Esas élites forman parte de la red a través de la cual se cautiva a los asalariados y se reproduce el poder.

Hay que señalar, por último, a la *tecnoburocracia*, a esa infraestructura humana de las relaciones de poder que sirve con entera lealtad e incondicionalmente al complejo de intereses económicos y políticos

que maneja la cosa pública y la cosa privada. (Cosas que con frecuencia no hay manera de distinguirlas o diferenciarlas en la praxis del poder). No me refiero a los honestos, capaces, inquietos y hasta angustiados técnicos y profesionales que sirven al Estado para devengar un sueldo modesto, y que tienen la voluntad y la conciencia orientadas al verdadero interés público o social. Me refiero a aquellos que tienen aptitudes y capacidades —pero no la honestidad ni la lealtad al país— para hacer las cosas que son beneficiosas, útiles y favorables al poder. Son los competentes administradores de la crisis para que los costos o cargas de la misma recaigan sobre los trabajadores y los consumidores de menores ingresos.

5. *Influencia de la coyuntura internacional*

Todos los países del llamado Tercer Mundo han sufrido, y sufren aún, en diverso grado, la influencia adversa que deriva de la crisis de la economía capitalista internacional. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido durante la gran depresión capitalista de la década de los treinta, en la crisis de la década de los setenta y primeros años de la actual los impulsos recesivos emergentes de los centros del sistema no han tenido efectos simultáneos en la mayoría de los países subdesarrollados, sino sensiblemente retardados y modificados; de tal manera que, particularmente en el caso de los exportadores de petróleo —Venezuela entre ellos—, a lo largo de la década de los setenta se registraron tasas de crecimiento económico significativas en estos países, así como también, con frecuencia, índices favorables de la relación real de intercambio y superávit comercial, no obstante el aumento pronunciado de las importaciones y de los pagos al capital extranjero. En los primeros años de la década actual esos movimientos se invierten o debilitan, incluso en la mayoría de los países exportadores de petróleo, acusándose, según los casos, debilitamiento, estancamiento o caída de la actividad económica, desmejoramiento de los términos de intercambio internacional y déficit de la cuenta corriente de la balanza de pagos, compensados por entradas netas de capital no monetario (endeudamiento externo). La situación se agravó en los últimos años en razón del peso creciente del servicio de la deuda y el descenso de las entradas de capital, además del recrudecimiento de las presiones inflacionarias. Tales hechos adversos dieron lugar a la necesidad de establecer —o hacer más rígidos— controles de cambios, prácticas deva-

luacionistas y reducción drástica de las importaciones, entre otras medidas de emergencia.

La crisis capitalista mundial ha sido la más prolongada y profunda de las padecidas por el sistema en el último medio siglo. No es mi propósito analizar aquí los factores y procesos de esa crisis. Sólo haré referencia a algunos aspectos de la misma que tienen que ver con nuestro problema. La crisis energética —así llamada— ha determinado modificaciones *trascendentes* en el modo de acumulación capitalista, forzando restricciones y desplazamientos en el uso de los medios energéticos —en primer lugar el petróleo—, con incidencia en los patrones de inversión, de tecnología y de consumo. La llamada crisis monetaria, aún sin resolver, se revela en el ciclo del dólar de los Estados Unidos, en las fluctuaciones continuas de las divisas principales, en la ausencia de un verdadero patrón de las relaciones monetarias internacionales, entre otros aspectos. La crisis financiera se ha manifestado en el desplazamiento casi epiléptico de las curvas de tasas monetarias y reales de interés, en la quiebra —abierta o encubierta— de importantes bancos y otros institutos financieros de los países desarrollados, en los flujos de fondos hacia el mercado de los EE.UU. —que se ha convertido en el gran deudor del sistema— y en el riesgo explosivo de la enorme —e impagable— deuda externa del Tercer Mundo que sobrepasa los 800.000 millones de dólares.

En ese escenario desconcertante tienen lugar fenómenos de reacomodo del sistema a situaciones cambiantes: los intentos de restablecer las reglas de juego flexibles y liberales en el comercio y los pagos internacionales (ante el renovado proteccionismo y la revaluación factual del dólar), la reaceleración del cambio tecnológico, la recomposición del balance energético, la renovación, aun potencial, de la inversión directa internacional en los países del Tercer Mundo de mayor opción —y con ella una nueva onda de industrialización periférica—, la intensificación de la lucha por los mercados y la reestructuración del poder capitalista, con la hegemonía relativa de los EE.UU., entre otros procesos. Todo ello en un cuadro de contradicciones: alto índice de desempleo, inflación reptante y aumento de las presiones sociales de índole conflictiva.

Desde luego, nuestros países no han podido escapar a las consecuencias e incidencias de tales hechos. El deterioro de los precios de

las exportaciones primarias, las dificultades para vender manufacturas a los países industrializados, las variaciones de las tasas de interés, las presiones de los acreedores —directamente o a través del Fondo Monetario Internacional—, el riesgo de obsolescencia acelerada del plantel productivo, entre otras repercusiones, mantienen a estas economías bajo el filo de la navaja. La lucha por la sobrevivencia hace que cada país —notablemente dentro del Pacto Subregional Andino— trate de protegerse a expensas de la cooperación y el intercambio dentro de la región o la subregión. La crisis del Acuerdo de Cartagena es un buen ejemplo de esta situación.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

1. Se ha puesto en vigencia, en la época contemporánea, el término *crisis*, que estuvo relegado de la literatura económica durante un siglo aproximadamente, ya que había sido sustituido por el de ciclo económico o coyuntura. El resurgimiento del término crisis obedece a la insatisfacción del uso de la palabra coyuntura para identificar fenómenos de mayor alcance y complejidad que el de los movimientos sucesivos de la economía (expansión y contracción). En verdad, la crisis es algo distinto de la coyuntura y parece necesaria una renovación de la teoría tradicional de la crisis, en cuanto debe enfrentarse la explicación de nuevos movimientos de mayor complejidad y duración que los que afectaron al sistema capitalista en sus primeras etapas de desarrollo, hasta la época de la generalización del monopolio y la asunción por el Estado de funciones estrechamente relacionadas con el capital monopolista.

2. El subdesarrollo es una situación de crisis permanente, que se acentúa en las épocas de crisis del capitalismo desarrollado. La crisis del subdesarrollo persiste a través de las coyunturas, sujeta a modificaciones históricas. En este sentido, la *actualización de la crisis* es sólo una manera de manifestarse la profundización de los factores que derivan de la complejidad estructural del subdesarrollo y de las nuevas formas de vinculación de éste en el sistema capitalista mundial.

3. En relación con lo anterior, el problema que se plantea como objeto de estudio es la *actualización de la crisis de subdesarrollo*, con particular atención al caso venezolano en los últimos quince años. En este tiempo han ocurrido tres movimientos virtualmente coyunturales:

i) el de expansión dentro de los márgenes históricos de variación del excedente petrolero (1968-73); ii) el de aceleración extraordinaria, impulsada por la explosión cuantitativa del excedente (1974-77); iii) el de contracción prolongada (1978-84). Este último puede subdividirse en dos etapas: la de 1978-80, de debilitamiento del ritmo de la actividad económica (véase el cuadro número 1 del anexo); y la de 1981-84, de caída del nivel de dicha actividad.

4. El excedente petrolero ha sufrido amplias fluctuaciones durante el período considerado; pero sus magnitudes absolutas se han desplazado a un rango superior al que prevaleció en el período anterior a 1974. Si se agregan a esa magnitud los recursos extraordinarios obtenidos por el sector público venezolano mediante el crédito público durante el período 1976-82, particularmente, puede apreciarse que la disponibilidad de recursos fiscales y cambiarios por parte del gobierno excedió ampliamente la exigibilidad de gasto público interno y externo correspondiente a la tendencia histórica. En consecuencia, no es correcto atribuir la caída del nivel de la actividad económica a la escasez de recursos de índole fiscal y financiera. (Véase el cuadro número 2 del anexo).

5. La inversión bruta fija en el país (pública y privada) registra una trayectoria explosiva: activación acentuada en el lapso 1971-73, aceleración galopante en el lapso 1975-77, desaceleración brusca en el lapso 1978-83 (véase el cuadro número 3 del anexo). Puede observarse que la inversión bruta fija privada sufre caídas más fuertes en el lapso 1978-83 que la pública, lo que permite señalar que los factores de actualización de la crisis afectaron más fuertemente a la economía privada. Prácticamente, el volumen de la inversión fija en 1983 fue el mismo que se efectuó en los años 1973 y 1974, lo que parece indicar que hubo sobreinversión en dicho período y que la economía no pudo absorber con eficiencia dicha acumulación intensiva.

6. El sector de la producción que acusa variaciones más violentas —en uno u otro sentido— en cuanto a la generación de PTB es la construcción, la cual registra una expansión muy acentuada en el período 1971-77 y luego una contracción igualmente fuerte hasta el presente. Las variaciones del PTB industrial y agrícola han sido menos amplias y puede apreciarse en dichos sectores una cierta resistencia a las bruscas alteraciones del ritmo de actividad, lo que es importante

desde el punto de vista del potencial de reactivación de la economía (véase el cuadro número 4 del anexo).

7. La importación de bienes destinados a la inversión bruta fija a precios corrientes, registró sus valores más elevados en el período 1971-78 (véase el cuadro número 5 del anexo), lo que en parte debe atribuirse a las exigencias de una mayor demanda agregada y la aceleración de la expectativa, y en parte a aumentos de precios de los bienes de capital en los mercados internacionales. Sin embargo, puede observarse la relativa constancia del coeficiente de importación de bienes capitalizables con respecto a la IBF en el país: 33% en promedio, lo que permite señalar que por cada bolívar de inversión fija hay necesidad de importar bienes de capital por valor de 0,33.

8. El crédito público fue utilizado con máxima intensidad durante el período 1974-78, de tal modo que el saldo de la deuda pública autorizada se elevó en una proporción de 482% entre 1974 y 1978. En ese mismo período el ingreso fiscal petrolero ascendió en una proporción de 280%, lo que indica que el endeudamiento no obedeció a insuficiencia fiscal sino a una política deliberada de ampliación de recursos para acelerar la ejecución de programas de inversión y desarrollo social. En el período 1979-83 el endeudamiento público autorizado aumentó en 91%; sin embargo, la tasa efectiva de endeudamiento ha debido ser mayor en ambos períodos, particularmente en el de 1979-82, en razón de que, al margen de los procedimientos legales, el sector público adquirió una deuda cuya magnitud y composición vinieron a conocerse el año 1984. Precisamente en el período 1980-82, cuando el ritmo de endeudamiento se aceleró fuertemente, los ingresos petroleros alcanzaron valores máximos: en 1980, Bs. 71.000 millones, casi tres veces los ingresos petroleros de 1974, lo que puede ser explicado en razón del sobredimensionamiento del gasto público y manifiesta la insinceridad de la política de reajuste y austeridad declarada por el gobierno de la época.

9. El ingreso de divisas al Bando Central de Venezuela aumentó en una proporción de 387% entre 1974 y 1979, en comparación con 92% en el período 1968-73 (véase el cuadro número 6 del anexo). En el período 1980-82 dicho ingreso aumentó en una proporción de 59%, para alcanzar un máximo de US\$ 26.567 millones en 1982, siete veces el ingreso obtenido en 1973. No obstante, durante el lapso

1976-78 las reservas internacionales acusaron un descenso de US\$ 2.418 millones. Estos movimientos indican que la actualización de la crisis no obedeció a insuficiencia real de capacidad de pago al exterior sino al impulso de sobreacumulación y de extroversión de la economía, favorecido por la política de aceleración de la demanda agregada y, posteriormente (1981-82), por la extraña política antinflacionaria que consistió en aliviar la plétora monetaria mediante el estímulo a la salida de capital y el aumento indiscriminado de la importación.

10. Las presiones inflacionarias aumentaron sostenidamente a través del período 1974-82, aunque con fluctuaciones reflejadas en las variaciones del índice del costo de vida (véase el cuadro número 7 del anexo). Así, de un margen de variación centrado en una tasa de 3% interanual en el período 1971-73 el impulso inflacionario pasa a situarse en un margen centrado en 8% en el período 1974-78, y luego se desplaza a otro comprendido entre 12 y 22% en el período 1979-81. La mencionada política antinflacionaria de 1982 reduce la tasa de inflación a 10%; pero las presiones inflacionarias permanecen soterradas y resurgen en 1984 a favor de la devaluación monetaria y la permisividad oficial.

1. La tasa de desempleo aumentó durante el período 1979-84, de agudización de los factores de crisis, a un 8,4% en comparación con 4,3% en el período 1974-78; en el bienio 1983-84 dicha tasa asciende a 12,5%, según cifras oficiales. El subempleo encubre parcialmente la situación, estimándose entre un 20 y un 30% de la fuerza de trabajo activa. En realidad, uno de cada cuatro venezolanos en disposición de trabajar sufre inactividad forzosa.

12. Los factores de orden interno —caracterización que debe tomarse con las reservas y la relatividad del caso— tienen mayor ponderación en la evaluación que puede hacerse de la actualización de la crisis venezolana, que los de orden externo. En general, se trata del agotamiento (o fracaso) de un “modelo” de funcionamiento y de crecimiento de la economía y la sociedad, que tiene en el Estado su principal mecanismo de asignación de recursos, que otorga preferencia a la acumulación privada y al enriquecimiento de una minoría social a expensas del patrimonio público, y que utiliza parte del excedente petrolero para aliviar las presiones socioeconómicas de la mayoría dentro de un balance de poder que se identifica como Pacto Social.

Las exigencias crecientes de este modo de funcionamiento y expansión del sistema exceden ampliamente la disponibilidad del ingreso petrolero. La incapacidad del Estado para cubrir esta brecha revela que la crisis ha llegado a un punto en que las fuerzas productivas sufren un bloqueo, cuya ruptura requiere una transformación del "modelo".

13. Los factores de orden externo son influyentes en la conformación del fenómeno que se estudia, pero no determinantes. Los tres principales procesos a considerar en el curso futuro de la crisis son: i) la coyuntura del mercado petrolero; ii) la transnacionalización financiera; iii) el redespiegue tecnológico. La ausencia o la inconsistencia de política ante esos procesos puede dar lugar a la preponderancia de factores externos en el desenvolvimiento de la crisis venezolana.

14. Para la profundización del análisis de la crisis es indispensable investigar varios hechos de la vida económica del país en los últimos veinticinco años: A) Cuánto y cómo se ha acumulado en el ámbito o dominio del Estado y en el activo macrosocial de lo que se ha percibido como ingreso petrolero público; B) La medida y la forma en que parte de ese ingreso ha sido sustraída o desviada de las opciones que el Estado ha tenido para desarrollar la economía y mejorar la sociedad, y que se ha destinado al enriquecimiento de una minoría privilegiada; C) En qué medida la debilidad, o la ineficiencia, o la complicidad de los medios administrativos oficiales ha permitido la evasión o elusión de la carga tributaria que debió corresponderle a empresas y personas naturales cuyo ingreso depende de la propiedad de medios de producción o de patrimonio rentable.

SALIDAS A LA CRISIS

Tres alternativas pueden ser consideradas, en cuanto a vías de acción, para enfrentar la crisis: i) la de ajustes y reformas al "modelo" que ha venido funcionando; ii) la de transformación avanzada dentro del sistema económico/social y político establecido; iii) la de cambio revolucionario. Aunque pudiera parecer que tales alternativas se presentaran como escalonadas en el tiempo y en la dinámica sociopolítica, no se enuncian con ese propósito. Hay que tomarlas con sus propios méritos, posibilidades y oportunidades.

AJUSTES Y REFORMAS

Esta alternativa se sustenta en la idea de que el “modelo desarrollista/populista” que ha venido funcionando está temporalmente entrabado en su crecimiento y es necesario practicar algunos correctivos y, en ciertos casos, reformas progresivas, para que se renueve su potencialidad, ya que, según ese modo de ver las cosas, no están agotadas sus fuerzas de desarrollo sino obstaculizadas por factores y circunstancias derivadas en parte de políticas erradas o de mala aplicación de políticas correctas, así como también de contingencias internacionales que pueden superarse en el futuro previsible. Se trata, aplicando un término usual en estos tiempos, de *reactivar* la economía, corrigiendo fallas en los mecanismos de funcionamiento, modificando parcialmente las “reglas de juego” del sistema y emprendiendo determinadas reformas institucionales y organizativas que abran camino a un nuevo Pacto Social. Los ajustes preliminares consisten en “poner orden en la casa”, asumir las cargas y obligaciones dejadas por los gobiernos anteriores (deuda, diferimiento de ajustes de precios, etc.), lograr los equilibrios, macroeconómicos convencionales (fiscal, monetario, de balanza de pagos), reducir la tasa de desempleo, simplificar y hacer más eficientes los procedimientos administrativos, estimular la demanda agregada e impulsar la actividad en áreas sensibles de la producción: agricultura, ramas manufactureras, construcción, algunos servicios. Las reformas propuestas —explícita o implícitamente— se orientan a la redefinición de funciones, áreas de competencia y relaciones del Estado con la sociedad civil; a la reorganización de las finanzas públicas y del sistema financiero, a la ampliación de las fuentes de crédito y capital internas y externas; a la organización de un nuevo sector exportador “no tradicional”; al equilibrio económico/financiero de los servicios públicos no gratuitos.

Especial mención hay que hacer de dos proposiciones de reformas institucionales:

A) El restablecimiento progresivo —y en todo caso relativo y parcial— de las libertades y garantías económicas constitucionales que han estado suspendidas o restringidas durante los últimos cincuenta años; y, particularmente, desde la promulgación de la Constitución Nacional en 1961. Debe entenderse que estas libertades y garantías se refieren a la empresa, la propiedad y la iniciativa privada. Se persigue

la “liberación de las fuerzas productivas” mediante la minimización de las funciones de regulación, control, gestión empresarial e intervención del Estado; la ampliación del campo de acción del capital privado —venezolano y extranjero—, del juego de factores del mercado y de los incentivos de acumulación y ganancia como fuerzas motrices del crecimiento.

B) La democratización de la organización de la economía y de la gestión empresarial, mediante la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas (cogestión, Sistema Económico de Cooperación), de manera que la economía esté compuesta por tres sectores: el público, (empresas básicas del Estado), el privado empresarial y el privado laboral si así puede denominársele.

El plan de reformas incluye (según los lineamientos estratégicos del VIII Plan de la Nación) algunos mecanismos de distribución del ingreso y de alivio a la pobreza crítica: los beneficios derivados del aumento de la productividad serían compartidos por los trabajadores (colectivamente considerados) en una cierta proporción, fuera del régimen ordinario de participación en utilidades; se realizarían programas de asistencia directa a grupos de población que no logran alcanzar el nivel de subsistencia (inframarginalidad).

En esencia, se trata de un nuevo Pacto Social, con preminencia de la sociedad civil y liberalización y redimensionamiento del Estado, para permitir el funcionamiento de las leyes del mercado. Las limitaciones y contradicciones de este retoque al “modelo” son evidentes: el Estado continúa siendo el perceptor y administrador del excedente petrolero nacional y controla el núcleo del potencial de producción (aunque existe la idea de abrir este control a la participación del capital privado, incluso transnacional), por lo que el problema sigue planteado en torno al reparto del excedente en condiciones de mayor predominio del sector privado, lo que reforzaría las tendencias de concentración del poder económico y la riqueza (sería ingenuo o poco realista pensar en la vigencia de la libre competencia neoclásica como reguladora “democrática” de las relaciones sociales de producción); no hay ningún mecanismo (salvo que el Estado oriente decisivamente la aplicación del excedente petrolero en el sentido indicado por el interés social o público) que propicie la reorganización del aparato productivo y del nuevo crecimiento de las fuerzas económicas en cuanto a la producción

de bienes y servicios esenciales (también hay que considerar la factibilidad de que el sector gestor laboral cobre importancia suficiente, con la plena asistencia del Estado, para imponer una orientación social al desarrollo). La liberación del mercado debe incluir una mayor apertura de la economía al exterior, lo que, conjuntamente con la afluencia de inversión extranjera en magnitud mayor que la de los últimos años, conduciría a una mayor extroversión y desnacionalización de la economía. Aún así, la crisis fundamental no se resolvería.

1. *Transformación*

Esta alternativa consiste en la cancelación histórica del “modelo desarrollista/populista” y el establecimiento de un nuevo orden económico, social y político, orientado por una concepción del desarrollo que otorgue preferencia a la calidad de la vida y al equilibrio social. Supone la reorganización de las fuerzas productivas dentro de un patrón de equilibrio y racionalidad autónoma en el uso de los recursos, con una estructura de precios que propicie la afluencia de aquéllos a las áreas de interés social (alimentación, vivienda, vestido, salud, educación, recreación cultural). El excedente petrolero sería aplicado enteramente al desarrollo de esas áreas. El funcionamiento del Estado —que debe perfeccionar sus facultades de planificación, control, regulación, financiamiento, promoción y gestión económico/social— debe estar a cargo de las contribuciones fiscales ordinarias de la ciudadanía, de acuerdo con un patrón tributario que grave fuertemente al consumo no esencial, al patrimonio estéril y la inversión no prioritaria. Debe propiciarse una relación equitativa entre salarios y ganancias. La creación de un fondo de previsión social —para la seguridad integral de la población— sería indispensable para garantizar la cobertura de todos los riesgos personales y familiares. El sistema financiero debe estar bajo el control del Estado como instrumento de desarrollo. La participación colectiva en todos los órdenes de la actividad pública o social es esencial para la realización de la democracia.

Esta alternativa no significa un cambio de estructura. La propiedad privada de medios de producción y la iniciativa privada serían mantenidas. Por supuesto, implica una profundización de las funciones del Estado —no una extensión burocrática del mismo— y una efectiva independencia de la gestión política con respecto al sector económico

privado. También implica una elevación del poder de la sociedad civil en las funciones públicas. Se desarrollaría un verdadero pluralismo democrático, más allá del cerrado bipartidismo y del dominio de las élites. Las opciones tecnológicas estarán vinculadas efectivamente a las asignaciones productivas del excedente petrolero; una proporción suficiente del producto social debe ser aplicada al desarrollo científico y tecnológico. Se impondrían tributos a las técnicas que otorguen innecesaria preferencia al uso del capital físico y a aquellas que no representen una verdadera transferencia de tecnología. La industrialización progresiva de los hidrocarburos podría constituir uno de los grandes ejes de una nueva economía productiva. La independencia alimentaria debe ser un objetivo prioritario. No sería excluido el capital extranjero de las posibilidades de asociación o cooperación en determinadas actividades y según condiciones de equidad que no lesionen la autonomía de las decisiones nacionales. No habría discriminaciones geopolíticas en cuanto al origen de los capitales.

La viabilidad sociopolítica de esta alternativa depende de la alianza de fuerzas que pueda lograrse sobre la base de un proyecto de esta índole: trabajadores, campesinos, profesionales, pequeños empresarios, movimientos políticos populares. La profundización de la crisis —en ausencia de transformación— abriría camino a una alianza sociopolítica capaz de llevar adelante los objetivos propuestos.

2. *Cambio revolucionario*

Esta alternativa significa un cambio de sistema económico, social y político, es decir, un nuevo sistema de relaciones de propiedad, producción, circulación y aprovechamiento de la riqueza social. En términos concretos, la sustitución del capitalismo por una nueva organización de la economía y de la sociedad. La propiedad privada de los medios de producción cedería su lugar a una nueva forma de propiedad, no necesariamente estatal. No pretendo indicar aquí los lineamientos esenciales de un nuevo sistema; sólo deseo señalar que la experiencia histórica, la teoría revolucionaria y las singularidades del país tendrían que combinarse para determinar el cambio más conveniente en la oportunidad en que las condiciones concretas del proceso económico/social y político sean favorables. No deben proyectarse modelos rígidos: hay que aprender de la praxis vivida por los diferentes países para

encontrar la mejor forma de organización de la sociedad y de las fuerzas productivas, teniendo como razón de ser la libertad, la igualdad, la solidaridad, la felicidad de los hombres y mujeres que han padecido y padecen injusticia, pobreza, necesidad, opresión y discriminación.

Caracas, mayo de 1985.

[Ponencia presentada al Seminario sobre la Crisis, organizado por la Cátedra "Pío Tamayo", de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la U.C.V.].

ANEXO ESTADISTICO

CUADRO N° 1

PRODUCTO TERRITORIAL BRUTO Y PRODUCTO BRUTO
DE LAS ACTIVIDADES INTERNAS

(millones de bolívares de 1968)

<i>Años</i>	<i>PTB</i>	<i>Variación %</i>	<i>PTBi</i>	<i>Variación %</i>
1968	44.822	5,2	35.670	5,2
1969	46.819	4,5	37.741	5,8
1970	50.147	7,1	40.694	7,8
1971	51.820	3,3	42.971	5,6
1972	53.380	3,0	45.207	5,2
1973	56.955	6,7	48.382	7,0
1974	60.285	5,8	52.830	9,2
1975	63.416	5,2	57.525	8,9
1976	68.353	7,8	62.553	8,7
1977	74.796	9,4	67.800	8,4
1978	77.161	3,2	70.320	3,7
1979	77.396	0,3	70.372	—
1980	78.857	1,9	72.097	2,4
1981	75.628	—4,1	69.077	—4,2
1982	76.144	0,7	70.007	1,3
1983	72.494	—4,8	67.810	—3,1

Fuente: BANCO CENTRAL DE VENEZUELA: *La Economía Venezolana en los Últimos Treinticinco Años*, Caracas 1978; *Anuario de Series Estadísticas*, Caracas 1981 y 1983.

CUADRO N° 2
MOVIMIENTO DE LAS FINANZAS PÚBLICAS
(millones de bolívars)

<i>Años</i>	<i>Ingresos</i>	<i>Egresos</i>	<i>Saldo</i>	<i>Deuda Pública</i> ¹
1968	9.159	9.104	55	3.528
1969	9.677	9.826	—149	4.383
1970	10.252	10.295	—43	5.491
1971	12.123	11.915	208	6.482
1972	12.547	12.842	—295	7.210
1973	16.433	15.042	1.391	8.434
1974	42.799	40.070	2.740	10.176
1975	41.000	40.370	630	12.801
1976	53.143	39.480	3.675	22.397
1977	51.179	52.041	—862	34.739
1978	50.663	49.905	758	49.099
1979	48.432	47.569	863	54.533
1980	71.518	68.551	2.957	60.753
1981	94.848	92.182	2.666	66.654
1982	82.101	88.942	—6.841	83.212
1983	80.507	80.035	472	93.662

1. Saldo de la deuda pública autorizada al cierre del año.

Fuente: BANCO CENTRAL DE VENEZUELA: *La Economía Venezolana en los Últimos Treinticinco Años*, Caracas 1978; *Anuario de Series Estadísticas*, Caracas 1981 y 1983.

CUADRO N° 3
INVERSION BRUTA FIJA TOTAL Y PRIVADA
(millones de bolívars de 1968)

<i>Años</i>	<i>IBF total</i>	<i>Variación %</i>	<i>IBF privada</i>	<i>Variación %</i>
1968	10.234	—	6.866	—
1969	10.762	5,2	7.465	8,7
1970	10.757	—	8.209	10,0
1971	12.226	13,6	9.314	13,5
1972	14.072	15,0	8.721	—6,4
1973	15.491	10,1	10.008	14,7
1974	15.126	—2,3	10.219	2,1
1975	18.990	25,5	11.214	9,7
1976	24.325	28,0	14.288	27,4
1977	31.426	28,2	19.132	33,9
1978	32.277	2,7	18.927	—1,1
1979	26.075	—19,2	14.977	—20,8
1980	22.290	—14,5	11.462	—23,5
1981	22.950	3,0	9.196	—19,8
1982	22.102	—3,7	7.023	—23,6
1983	15.423	—30,2	4.638	—34,0

Fuente: BANCO CENTRAL DE VENEZUELA: *La Economía Venezolana en los Últimos Treinticinco Años*, Caracas 1978; *Anuario de Series Estadísticas*, Caracas 1981 y 1983.

CUADRO N° 4

PRODUCTO TERRITORIAL BRUTO MATERIAL INTERNO POR SECTORES ECONOMICOS

(millones de bolívars de 1968)

<i>Años</i>	<i>PTB material interno¹</i>	<i>Variación %</i>	<i>PTB agrícola</i>	<i>Varación %</i>	<i>PTB industrial</i>	<i>Variación %</i>	<i>Construcción</i>	<i>%</i>
1968	13.465	—	3.127	—	7.355	—	1.822	—
1969	13.937	3,5	3.348	7,1	7.513	2,1	1.721	—5,5
1970	15.094	8,3	3.502	4,6	8.223	10,1	1.811	5,2
1971	15.942	5,6	3.592	2,6	8.584	3,8	2.206	21,8
1972	16.885	5,9	3.543	—1,4	8.957	4,3	2.797	26,8
1973	18.363	8,7	3.730	5,3	9.618	7,4	3.150	12,6
1974	19.395	5,6	3.958	6,1	10.216	6,2	3.103	—1,5
1975	20.881	7,7	4.236	7,0	10.684	4,6	3.661	18,2
1976	22.688	8,6	4.083	—3,6	11.935	11,5	4.420	20,7
1977	23.087	1,8	4.403	7,8	10.839	—0,8	5.510	24,7
1978	24.519	6,2	4.682	6,3	11.368	4,9	6.115	11,0
1979	24.847	1,3	4.677	—	11.850	4,2	5.519	—9,7
1980	24.623	—0,9	4.765	1,9	12.277	3,6	4.609	—16,5
1981	24.552	—0,3	4.676	—1,9	12.028	—2,0	4.510	—0,4
1982	24.673	0,5	4.843	3,6	12.542	4,3	4.131	—13,5
1983	23.935	—3,0	4.863	0,4	12.339	—1,6	3.572	—13,5

1. Sin petróleo.

Fuente: BANCO CENTRAL DE VENEZUELA: *La Economía Venezolana en los últimos Treinticinco Años*, Caracas 1978; Anuario de Series Estadísticas, 1981 y 1983.

CUADRO N° 5

IMPORTACION DE BIENES DESTINADOS A LA INVERSION BRUTA FIJA
(millones de bolívares)

<i>Años</i>	<i>Importación</i>	<i>Variación %</i>	<i>% del Total¹</i>
1968	3.211	—	31,4
1969	3.595	11,9	32,7
1970	3.512	—2,4	31,0
1971	4.412	25,6	33,3
1972	5.170	17,2	32,8
1973	5.890	13,9	31,6
1974	6.615	12,3	31,5
1975	10.493	58,6	34,3
1976	14.954	42,5	35,0
1977	23.670	58,3	39,1
1978	25.762	8,8	36,3
1979	19.494	—24,3	29,7
1980	19.074	—2,2	29,6
1981	20.804	9,1	29,8
1982	20.577	—1,1	29,3
1983	9.852	—52,1	18,3

1. Participación en el total de la IBF.

Fuente. BANCO CENTRAL DE VENEZUELA: *La Economía Venezolana en los Últimos Treinticinco Años*, Caracas 1978; *Anuario de Series Estadísticas*. 1981 y 1983.

CUADRO N° 6

BANCO CENTRAL DE VENEZUELA: INGRESO DE DIVISAS Y
VARIACION DE RESERVAS INTERNACIONALES

(Millones de US\$)

<i>Año</i>	<i>Ingreso de Divisas</i>	<i>Variación %</i>	<i>Variación de Reservas</i>
1968	1.786	—	50
1969	1.817	1,7	13
1970	1.996	9,8	85
1971	2.386	19,5	444
1972	2.486	4,2	218
1973	3.433	38,0	724
1974	10.073	193,4	4.022
1975	10.170	1,0	2.433
1976	9.569	—5,9	—286
1977	12.227	27,8	—425
1978	16.684	36,4	—1.707
1979	16.716	0,2	1.302
1980	20.718	23,9	—715
1981	25.736	24,2	1.594
1982	26.567	3,2	1.420
1983	18.072	—32,0	1.110

Fuente: BCV: *La Economía Venezolana en los Últimos Treinticinco Años*, Caracas, 1978, *Anuario de Series Estadísticas*, Caracas, 1981 y 1983.

CUADRO N° 7

VARIACION DEL INDICE DEL COSTO DE VIDA EN
EL AREA METROPOLITANA DE CARACAS

(porcentajes)

<i>Años</i>	<i>Variación</i>
1969	2,4
1970	1,0
1971	3,2
1972	2,9
1973	4,1
1974	8,3
1975	10,2
1976	7,7
1977	7,8
1978	7,2
1979	12,3
1980	21,6
1981	16,2
1982	9,7
1983	6,3

Fuente: BANCO CENTRAL DE VENEZUELA, Indice basado en el año 1968: variación de los promedios anuales.

VENEZUELA EN LOS AÑOS TREINTA

I. - ANTECEDENTES

Para apreciar mejor la coyuntura histórica de Venezuela en la cuarta década del siglo xx es útil el bosquejo breve de la retrospectiva, de modo que permita un conocimiento general de los antecedentes más significativos, bajo cuya luz algunos hechos del período objeto de examen adquieren relieve explicativo que facilita su análisis.

1. *La estructura de la economía y la sociedad
antes del petróleo*

Las actividades petroleras en el país comenzaron en los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial; pero puede decirse que la era del petróleo se inició en 1917, cuando tuvo lugar la primera exportación comercial de dicha materia prima. Por lo tanto, lo que se ha dado en llamar la época prepetrolera —término no muy feliz, aunque no se ha encontrado otro mejor— comprende desde el nacimiento de la República en 1830, hasta 1916.

El eje económico del país durante el período indicado estaba constituido por el cultivo y la exportación de café. En segundo término figuraba el cacao. El cultivo se realizaba en su mayor parte en haciendas de tipo latifundista, con un mayor aprovechamiento de la fuerza humana de trabajo que de la tierra, y con muy escasa participación de medios avanzados de capital y tecnología. Los hacendados eran por lo general grandes propietarios territoriales, cuyas posesiones habían crecido merced a diversos procedimientos entre los cuales los irregulares eran los más frecuentes, y cuyas plantaciones se habían ampliado en virtud de la

explotación de índole feudal de los campesinos, bajo las modalidades de “aparcería”, “medianería” o “colonato”.¹ Particularmente en épocas de “limpia” y recolección los hacendados empleaban asalariados como fuerza de trabajo complementaria. Los campesinos dependían de los hacendados según relaciones que se asemejaban a la servidumbre feudal, de modo que prácticamente —aunque no desde el punto de vista jurídico— estaban adscritos a la hacienda junto con sus familiares, y estos vínculos se mantenían mediante el procedimiento del endeudamiento perpetuo y hereditario de los campesinos con los hacendados. Los campesinos pagaban en especie o en trabajo su deuda, pero ésta nunca se cancelaba. Los hijos seguían atados mediante la deuda del padre. En algunos casos en que el campesino endeudado se fugaba de la hacienda, la policía del lugar lo perseguía y lo devolvía a su servidumbre una vez castigado.

Los campesinos no sólo cultivaban los frutos exportables, sino también los frutos para la subsistencia, en pequeñas parcelas denominadas *conucos*, en tierra de propiedad privada por la cual pagaban un arrendamiento exagerado, o en baldíos. Cierta parte de los cultivos para la exportación se realizaba en medianas y pequeñas propiedades. En 1891 las pequeñas y medianas propiedades agrícolas ocupaban en total unas 5.000 leguas cuadradas de suelo, distribuidas entre 19.901 propietarios, con un promedio de un cuarto de legua cuadrada por propietario; mientras que 1.184 propietarios, el 5% del total, ocupaban 14.184 leguas cuadradas de tierra, un 74% del total, con un promedio de casi doce leguas por propietario.² Dentro de este último grupo probablemente las disparidades eran bastante acentuadas, conformándose así una estructura muy regresiva de distribución de la propiedad territorial agraria en el país.

La exportación de frutos —café y cacao, principalmente— se hacía por intermedio de firmas exportadoras vinculadas al capital extranjero, las cuales hacían la función de financiadoras de las operaciones de cul-

1. Según estas modalidades, el latifundista concedía al campesino un pedazo de tierra para su cultivo, y hasta le hacía anticipos a cuenta de la futura cosecha, apropiándose de una parte de ésta, generalmente la mitad, y entrando en posesión de los cultivos apenas lo requiriese o mediante el cobro compulsivo de la deuda.
2. FEDERICO BRITO FIGUEROA, *Historia económica y social de Venezuela*, UCV, 1966, t. I, p. 226.

tivo, cuidado y recolección, a través de anticipos a los hacendados y pequeños cultivadores, con intereses crecidos y compromiso de venta de la cosecha a precios generalmente prefijados. La exportación estaba centrada con destino a cuatro países: Inglaterra, los Estados Unidos, Alemania y Francia. Mediante la exportación de frutos las coyunturas que conmovían a esos centros del capitalismo se transmitían a la economía venezolana, específicamente al sector que giraba en torno a esas actividades. Las divisas obtenidas de la exportación se aplicaban al pago de la importación de bienes y servicios, incluido en estos últimos el de la deuda exterior del Estado que creció aceleradamente en las tres últimas décadas del siglo pasado. Ese tiempo de la formación de una deuda externa en Venezuela y de cierto auge de la inversión extranjera en negocios de explotación de minería y de algunos servicios públicos —ferrocarriles, etcétera— correspondió en líneas generales a la época de expansión externa del capitalismo europeo y norteamericano, propiamente al tránsito del llamado capitalismo liberal al capitalismo monopolista de impulso imperialista.

En el pequeño sector urbano de entonces —hacia fines de siglo, aproximadamente un 80% de la población era rural— existían algunas actividades artesanales y escasos e incipientes brotes industriales en las ramas de bienes de consumo (alimentación, vestido, etc.), mientras que en torno a la burocracia gubernamental proliferaban, además del comercio, servicios no ligados a la producción material.

El capital extranjero daba sus primeros pasos hacia la explotación de hidrocarburos en los últimos veinte años del siglo XIX. En 1885 la New York and Bermúdez Co., empresa norteamericana, adquirió de H. R. Hamilton un contrato para explorar y explotar los productos naturales de los bosques existentes en terrenos baldíos del Estado Bermúdez (oriente del país), con derecho a explotar el asfalto que se encontrara en dichos terrenos. Las actividades de la citada compañía comenzaron efectivamente en 1887, con la explotación del lago de asfalto natural de Guanoco, por la cual el fisco nacional obtenía, en los términos del contrato, una regalía equivalente a Bs. 2 por tonelada de asfalto exportado. Al mismo tiempo, las importaciones de equipos y materiales hechas por la Bermúdez estaban exentas de derechos aduaneros. Esta compañía protagonizaría posteriormente, durante el régimen de Cipriano Castro (en 1907-1908), incidentes abiertos o encubiertos que contribuirían al derrocamiento del mandatario, hecho en el cual se

pudo advertir la intervención del capital extranjero asociado con la oligarquía del país.

Intentaré caracterizar en grandes líneas la estructura económica y social de aquella época. Era una economía precapitalista, de base agraria, vinculada al mercado mundial a través de la exportación de frutos y la importación de géneros manufacturados y capitales, con predominio de la clase terrateniente y de la burguesía comercial exportadora-importadora, cuyos intereses, aunque secundariamente antagónicos por el reparto del excedente económico, eran solidarios frente a la gran masa campesino no propietaria de cuya explotación se formaba dicho excedente. El campesinado suministraba la fuerza de trabajo para la economía de exportación, para la producción de alimentos destinados al mercado interno incipiente y para su propia subsistencia. Las clases fundamentales eran, por lo tanto: la terrateniente, la burguesía comercial y el campesinado sin tierras. Se estaba formando una pequeña burguesía de profesionales, pequeños comerciantes, artesanos y funcionarios públicos. El proletariado, industrial era prácticamente inexistente, así como la burguesía industrial y financiera. El Estado servía a los intereses de las dos clases dominantes.

2. *La dinámica económica y social en las primeras tres décadas*

El gobierno de Cipriano Castro (1899-1908) —surgido de la invasión desde los Andes del llamado “grupo de los 60”, pero particularmente de la descomposición del gobierno de Ignacio Andrade, representativo de la decadente burguesía comercial del centro del país— fue rico en peripecias frente al capital extranjero y la oligarquía caraqueña. Propiamente Castro no era representativo de una clase determinada, sino un aventurero ambicioso que aprovechó una coyuntura de descomposición de las fuerzas dominantes del país. Esa descomposición se acentuaría durante la primera década del siglo, en virtud del deterioro de los precios del café que golpeó duramente la economía cafetera del país y frente al cual las clases dominantes no crearon un mecanismo compensatorio. La acumulación de deuda pública insoluble a favor de países europeos —deuda contraída por gobiernos anteriores en las condiciones más deprimentes y negativas para los intereses nacionales— sirvió de pretexto a un grupo de potencias europeas acreedoras para

intentar un bloqueo, de las costas y puertos venezolanos, probablemente con el ánimo de convertir a esta República en un protectorado para garantía de sus haberes acrecentados por el procedimiento de la usura desmedida; y así, en 1902, buques de guerra de esos países acreedores se hicieron presentes en La Guaira, Puerto Cabello y Maracaibo en actitud de agresión. La intervención de los Estados Unidos en el amago de conflicto, bajo la advocación de la llamada "Doctrina Monroe", impidió el sojuzgamiento físico del país, pero a cambio de concesiones a las potencias agresoras bajo el título de arreglo para la cancelación de la deuda. Otro incidente se presentó con la New York and Bermudez Co. —explotadora de asfalto en el oriente— cuando el gobierno de Castro demandó por vía judicial el pago de ciertas obligaciones fiscales. La compañía afectada buscó el camino del derrocamiento del gobernante, y así financió una revuelta armada de un caudillo regional, que fracasó. Castro tomó represalias contra la Bermúdez y estuvo a punto de suscitarse otro incidente internacional, esta vez con los Estados Unidos, que entonces practicaban la "diplomacia del dólar" acompañada de un gran garrote. Otros hechos violentos contra algunos conspicuos oligarcas caraqueños contribuyeron a la caída del régimen de Castro en 1908.

El advenimiento de J. V. Gómez al mando gubernamental de Venezuela marca una época que es necesario caracterizar a grandes rasgos. Surgido de una conspiración medio grotesca contra Castro ausente, el régimen gomecista se inició en 1908 y duraría hasta 1935. En esos 27 años Venezuela se convirtió de país con base agraria en país con base petrolera.

Gómez, de modo distinto a Castro, fue el agente gubernamental de las fuerzas dominantes: los intereses petroleros extranjeros, la clase terrateniente y la burguesía comercial y financiera. El soporte de estos poderes, principalmente el petrolero, le permitió consolidar el Estado, mediante la eliminación de los caudillos regionales y locales, y lo que se puede calificar como integración política interna del país. Para alcanzar estas metas Gómez organizó un ejército regular, equipado y eficiente en su oficio; a los caudillos que no se sometieron los aniquiló en la cárcel o el exilio, y fomentó el organismo administrativo especialmente en los ramos de hacienda pública, sanidad y obras públicas. Gracias principalmente al ingreso petrolero, los recursos fiscales se multiplicaron y adquirieron cierta regularidad, lo que permitió el soste-

nimiento del ejército, de la policía, de la burocracia administrativa, de los servicios públicos y de la clientela del dictador. El saneamiento de las finanzas del Estado —no obstante el enriquecimiento ostensible y desmesurado de Gómez, sus familiares y acólitos— permitió atender al servicio de la deuda externa y en 1930, para conmemorar el centenario de la muerte del Libertador Bolívar, y para asombro del mundo, en una época de crisis económica, fue cancelada totalmente la deuda externa.

La dictadura de Gómez constituyó el marco propicio para el florecimiento casi sin tasa ni medida de los intereses del gran capital extranjero —norteamericano e inglés— aplicados a la extracción de petróleo para su exportación. Fueron esos intereses los principales sostenedores del régimen gomecista. Desde luego, también ese régimen favoreció al latifundio y a la burguesía comercial importadora y financiera. En esta trípole de poder económico radica el secreto de la estabilidad de aquel régimen de fuerza.

Durante las tres primeras décadas del siglo, la danza de las concesiones petroleras dominó el panorama nacional. El gobierno otorgaba enormes extensiones territoriales bajo la figura de la concesión para explorar y explotar hidrocarburos, en los términos de la Ley de Minas, a los amigos del régimen, seguramente sujeto el privilegio a una modalidad de reparto de beneficios entre Gómez y sus allegados y favorecidos; los concesionarios venezolanos a su vez traspasaban las concesiones a compañías extranjeras, principalmente norteamericanas e inglesas. Inmensas fortunas se formaron de este modo y los consorcios petroleros pudieron acaparar áreas petrolíferas que para 1936³ representaban aproximadamente un 25% de la zona petrolera estudiada del país y una séptima parte de la totalidad del territorio nacional. En los casos en que el área bajo concesión cubriera propiedad particular, las compañías reconocían al propietario una regalía cuando la concesión resultaba productiva. Se formó así un estrato dentro de la clase terrateniente, el de los beneficiarios de regalías petroleras, cuyas fortunas crecieron considerablemente y se invirtieron en actividades distintas de la agricultura y la cría. En otros casos, las operaciones petroleras resultaron en perjuicio de hacendados, cuyas tierras no contenían petróleo y eran objeto de servidumbre forzosa en provecho de la industria extractiva.

3. Ministerio de Fomento. *Memoria* correspondiente al año 1937, p. VI.

La pregonada "prosperidad" económica bajo el régimen gomecista no hubiese sido posible sin las aportaciones de la actividad petrolera. En la primera década del siglo la economía cafetera sufrió el considerable deterioro de los precios y la contracción del mercado externo; en la tercera década, particularmente, además de la baja de los precios, durante los últimos años la economía del café resistió el aumento de los costos —salarios y otras partidas—, inducido por las operaciones petroleras.

Las plantaciones cafeteras se arruinaban progresivamente, la productividad descendía, los hacendados se endeudaban más aún y Venezuela cedió su lugar a Colombia como segundo exportador de café. El cacao y otros frutos de exportación también resultaron afectados por factores internos y externos. En 1926 la exportación de petróleo y sus derivados ocupó el primer lugar en el país, relegando a segundo término el café. El volumen del comercio exterior se multiplicó en la tercera década, tanto del lado de la exportación como del de la importación. El mercado de divisas adquirió una nueva fuerza gracias a las entradas procedentes del negocio petrolero. La cotización externa del bolívar comenzó a depender mayormente de las fluctuaciones del ingreso de divisas petroleras que de las divisas de exportación agrícola. El comercio de importación se expandió y una diversidad de artículos industriales —a los que probablemente no se hubiese tenido acceso en ausencia del auge petrolero— cubrió el mercado nacional. La importación venezolana por habitante, que en 1913 alcanzaba Bs. 35.18, en 1926 ascendió a Bs. 52.04. El 52% de esa importación procedía de Europa Occidental y el 46% de los Estados Unidos. La renta aduanera y consular, en función de la importación, se cifró en Bs. 103 millones en el año fiscal 1928-29, en comparación con Bs. 48 millones en el año fiscal 1912-1913. Esta renta hubiese sido bastante mayor si, conforme a la observación del ministro de Fomento de entonces doctor Gumersindo Torres, en lugar de percibir derechos de explotación del petróleo, se hubiesen cobrado a las compañías los derechos de importación sobre los equipos, materiales y bienes de consumo que introducían al país exonerados. Semejante observación, que ponía en evidencia la anomalía de la administración fiscal en las relaciones con la industria petrolera, en lugar de conducir a una reforma de dicha administración provocó la destitución del doctor Torres como ministro.

No es correcto afirmar, como algunas veces se hace por historiadores superficiales, que el establecimiento de la industria petrolera en el país determinó la crisis de la agricultura de exportación. Esta agricultura estaba en crisis antes de que el primer barril de petróleo fuera extraído del subsuelo venezolano. La escasa o nula renovación de las viejas plantaciones, el estancamiento de los métodos de cultivo y recolección, la ausencia de un cambio progresivo en la estructura agraria, la falta de una política de conservación de la principal riqueza anterior al petróleo, la expoliación de los productores por parte de los agentes de exportación vinculados en su mayoría al capital extranjero, constituyeron un conjunto de condiciones y circunstancias que debilitaron profundamente la posición de la caficultura y abatieron sus defensas frente a las fluctuaciones de los precios internacionales y los cambios que en el cultivo y comercialización del fruto estaban ocurriendo en el mundo. Así, pues, cuando la explotación de petróleo se hizo presente en la vida venezolana, la agricultura tradicional, dependiente del mercado exterior, estaba sustancialmente quebrantada y condenada a la ruina si no surgiese una transformación económica, técnica y social de dicha actividad. El surgimiento de la economía petrolera entre la segunda y la tercera década del siglo desempeñó al respecto una doble función: *i)* contribuyó a acelerar la ruina de esa atrasada agricultura, fundamento de una economía atrasada; *ii)* puso de relieve la profundidad de la crisis de esa economía.

La actividad petrolera ocasionó diferentes modificaciones de la situación socioeconómica anterior. Un nuevo uso de la tierra se presentó en muchos casos como una alternativa forzosa ante la agricultura y la cría. Algunos terratenientes encuentran que su posición económica es afectada negativamente por este nuevo uso; otros, en cambio, derivan una nueva y comparativamente cuantiosa fuente de ingresos "sin causa" de tal circunstancia, bajo la figura de la regalía. Así, la clase terrateniente resultaba subdividida en dos estratos: la de los terratenientes tradicionales, que sufrían las consecuencias totales de la decadencia de la vieja actividad agropecuaria, y la de los terratenientes favorecidos con las regalías petroleras, que se transformaron en ricos propietarios urbanos, en rentistas y en algunos pocos casos empresarios. Al mismo tiempo, los trabajadores rurales, particularmente los jóvenes, emigraron en buena parte a los campos petroleros y zonas urbanas, y la vecindad de esos campos determinó una elevación de los jornales; este hecho,

ante el deterioro de los precios de los frutos, provocó una reducción del excedente económico. La deuda, en gran parte con garantía hipotecaria, que pesaba sobre la propiedad agropecuaria, principalmente en los renglones de café y cacao, aumentaba continuamente durante la tercera década y su carga se hizo insoportable para los hacendados. En virtud del ascenso de los ingresos públicos impulsados por la explotación petrolera, y para atender los requerimientos de infraestructura —vías de comunicación, telecomunicaciones, saneamiento del territorio, etc.— planteados por las nuevas fuerzas económicas —intereses extranjeros, importadores, etc.—, el gobierno emprendió obras materiales en diferentes lugares y ello originó una nueva demanda de fuerza de trabajo que en su mayor parte fue suministrada por la población rural. En consecuencia, las labores agropecuarias bajo el régimen de la *hacienda* o el *hato* resintieron una escasez de trabajadores, además del alza de los jornales.

La formación de un proletario petrolero con un promedio de salarios sensiblemente más elevado que el correspondiente a las restantes actividades, así como la proliferación de una burocracia civil y militar alimentada con los proventos fiscales del petróleo, dan lugar a la ampliación del mercado interno de bienes de consumo, tanto de primera necesidad como de orden superior. La agricultura de subsistencia realizada bajo la modalidad secular del *conuco* o minifundio, sufre alguna modificación extensiva para aprovechar esa coyuntura y en las regiones próximas a las zonas petroleras y urbanas se vincula al mercado. Sin embargo, la demanda de alimentos no es satisfecha totalmente por la producción nacional y se recurre a la importación. Por otra parte, la capacidad industrial del país era prácticamente nula, inexistente; artesanado y pequeña industria eran las actividades manufactureras establecidas con alguna importancia, por lo que la proporción determinante de la demanda de bienes de consumo distintos de los alimentos se orientó a las importaciones. Esta salida era posible precisamente porque el ingreso petrolero daba lugar a una entrada de divisas al país, cuya principal aplicación consistía en la importación de bienes y servicios. Adquiere significación, por tanto, el comercio de importación, el cual reemplaza en el primer lugar, dentro de la jerarquía nacional, al comercio de exportación tradicional. Como función auxiliar del comercio de importación se desarrolla la banca comercial, y frecuentemente comerciantes y banqueros se confunden en sus intereses. La actividad impor-

tadora de bienes se constituye en una considerable materia imponible y así la denominada renta aduanera y consular asciende considerablemente. Esta renta varió de Bs. 41 millones en el año fiscal 1910-11 a Bs. 103 millones en el año fiscal 1928-29,⁴ aunque su significación relativa dentro del total de ingresos públicos descendió de 57% en el primer período citado a 45% en el último período. Los ingresos provenientes de hidrocarburos se situaron en el año 1919-20 en Bs. 20 millones, mientras que en 1928-29 alcanzaron a Bs. 34 millones.⁵ Como puede observarse, hacia fines de la tercera década el importe de la renta procedente de importación triplicaba al de la procedente de la actividad petrolera.

Intentaré un cuadro de la composición socioeconómica durante la tercera década, inducida por la dinámica petrolera. En primer término haré referencia de la composición antes del petróleo. El siguiente esquema es una tentativa al respecto:

ESQUEMA 1

COMPOSICION SOCIOECONOMICA DE VENEZUELA ANTES DE LA INICIACION DE LA INDUSTRIA PETROLERA

<i>Clases dominantes</i>	<i>% Población</i>	<i>Clases dominadas</i>	<i>% Población</i>
Terratenientes	0.5	Campesinos sin propiedad ..	82.0
Burguesía comercial exportadora - importadora	0.2	Pequeños comerciantes, artesanos y productores de servicios	6.0
Rentistas	0.3	Empleados y obreros públicos y privados	4.0
		Servidores domésticos	6.5
		No definidos	0.5
Total	1.0	Total	99.0

4. Dirección General de Estadística: *Anuario Estadístico de Venezuela*, 1938.

5. *Ibid.*

En verdad, el mayor poder entre las clases dominantes era ejercido por la burguesía comercial exportadora-importadora, la cual detentaba el control del mecanismo financiero y distributivo de la economía de entonces. Por otra parte, el hecho de que las casas comerciales más importantes eran poseídas por el capital extranjero, directa o indirectamente, determinaba que la proporción sustancial del excedente generado dentro del sistema se escapara del marco económico nacional, con efectos negativos en la tasa de acumulación interna y por ende en el desarrollo del potencial productivo del país. Puede observarse igualmente que la totalidad práctica de la población económicamente activa, aplicada a la base material de la economía que era la producción rural, estaba integrada por campesinos, sujetos a la explotación de los terratenientes a través de las modalidades de aparcería y arrendamiento que han sido señaladas. La población aplicada a las actividades terciarias significaba estimativamente un 16% de la población activa total. El grupo de los artesanos y de obreros privados (industria manufacturera y construcción), representativo del sector secundario, puede estimarse en un 3%.

La dinámica del petróleo ocasiona el ascenso o formación de grupos socioeconómicos, y, por otra parte, el decaimiento de otros grupos. La clase terrateniente corre una suerte diversa: los propietarios favorecidos con regalías fortalecen su posición socioeconómica, mientras que los afectados de varios modos por la actividad petrolera pierden riqueza, poder y prestigio. La burguesía exportadora tradicional tiene a decaer, aunque lentamente, mientras que la burguesía importadora, desvinculada de la exportación, asciende rápidamente. Nace una burguesía financiera ligada estrechamente a la burguesía importadora. Se forma una burguesía que pudiera denominarse *burocrática*, de altos funcionarios y favoritos del régimen gobernante, que se enriquece a costas de los intereses nacionales e invierte sus haberes en propiedades rurales y urbanas, empresas de servicios y colocaciones en el extranjero. Se amplía la pequeña burguesía de profesionales, pequeños comerciantes, funcionarios medios de la administración pública y pequeños rentistas. Se forma el proletariado petrolero, que se constituye en núcleo y vanguardia de la clase obrera incipiente. En la periferia de los campos petroleros y en las ciudades crece un *lumpen proletariat* sin ocupación cierta y sin ubicación

socioeconómica precisa.⁶ El campesinado sin tierras sufre de mayores privaciones y tiende a emigrar hacia los centros petroleros y urbanos. La expansión del mercado interno de alimentos favorece a los intermediarios, pero no a los campesinos. En el esquema 2 puede resumirse lo dicho sobre la dinámica de clases, subclases y estratos por virtud de la incidencia de la economía petrolera.

Las clases dominantes en las dos primeras décadas de la explotación de hidrocarburos son: la burguesía comercial y financiera, en primer término, los terratenientes favorecidos por la actividad extractiva, y la burguesía que he denominado "burocrática". Estos grupos se constituyen en aliados y servidores incondicionales de los intereses extranjeros que actúan en el negocio petrolero, y el régimen gobernante es el instrumento fiel y eficaz para esa dominación. A la deriva socioeconómica, luchando por sobrevivir, quedan: la burguesía exportadora tradicional, los propietarios de haciendas de café y cacao, en general los latifundistas no favorecidos por las operaciones petroleras. El campesinado pobre que no emigra a las ciudades y centros petroleros continúa vegetando, en ausencia de una reforma agraria que lo eleve a la categoría de productores y consumidores económicamente significativos. Prolifera la pequeña burguesía, alimentada por los residuos del ingreso petrolero que se escapan de las manos de los sectores dominantes y sus inmediatos favorecidos.

ESQUEMA 2

DINAMICA DE CLASES POR LA INCIDENCIA DE LA ECONOMIA PETROLERA

(Tercera década del siglo xx)

<i>Grupos socioeconómicos que surgen</i>	<i>Grupos socioeconómicos que decaen</i>
Burguesía importadora y financiera	Burguesía exportadora tradicional
Burguesía "burocrática"	
Terratenientes receptores de regalías petroleras	Terratenientes afectados por las operaciones petroleras
<i>Grupos socioeconómicos de nueva formación</i>	<i>Grupos socioeconómicos cuyo "status" no varía</i>
Proletario petrolero	Campesinado sin tierras
<i>Lumpen proletariat</i>	Artesanos, pequeños comerciantes

6. Este *lumpen proletariat* es el antecedente social del grupo de población urbana, y suburbana que hoy se denomina "marginal".

La nueva composición de clases de la sociedad venezolana que emerge del impacto petrolero, con referencia a la tercera década del siglo, se muestra tentativamente en el esquema 3.

ESQUEMA 3

COMPOSICION SOCIOECONOMICA DE VENEZUELA
EN LA PRIMERA ETAPA DE IMPLANTACION
DE LA INDUSTRIA PETROLERA

<i>Clases dominantes</i>	<i>% Población</i>	<i>Clases dominadas</i>	<i>% Población</i>
Sector capitalista extranjero*		Proletariado petrolero	2.0
Burguesía importadora		Campesinado pobre	80.0
y financiera	0.4	Trabajadores públicos	
Burguesía "burocrática"	0.6	y privados	3.0
Propietarios urbanos	0.1	Empleados	2.0
Grandes propietarios rurales	0.2	Servidores domésticos	2.0
		Pequeños comerciantes,	
		pequeños industriales	
		y artesanos	3.0
		Otros	5.7
Total:	1.2		98.8

El sector capitalista extranjero no constituye, dentro de la sociedad venezolana, una clase, ni una subclase, ni un estrato; los capitalistas propietarios de la industria petrolera no residen en Venezuela, sino en sus países y allá reciben el excedente económico generado en dicha actividad y de cuya proporción sustancial se apropian. Sin embargo, es necesario incluir dicho sector económico en la composición de las clases dominantes de Venezuela, como una entidad estructural, de cuya fuerza emerge el factor de dominación socioeconómica y política a cuyo alrededor se agrupan las clases que en el país apoyan y gozan del usufructo de la explotación capitalista extranjera de los recursos naturales y la fuerza de trabajo de este país.

3. *La dinámica política hasta 1930*

A. Caracterización del régimen gobernante

Hay quienes, para evitar u ocultar un análisis científico de la realidad política, califican determinados regímenes de fuerza, en los cuales descuella la figura de un dictador, como autocracia, como si el eje del poder residiera en la fuerza personal del gobernante y la fuente de su autoridad consistiera en una extraordinaria, asombrosa capacidad para imponerse y mantenerse en el poder. Ha querido apreciarse en J. V. Gómez un gobernante de esta índole, dotado de virtudes raras para mandar, de una como raíz telúrica que lo proyectara en un momento histórico con un impulso demoníaco irresistible. Nada más alejado de la razón. J. V. Gómez fue un instrumento servil de los factores dominantes, como ya lo he señalado. La llamada oligarquía caraqueña —especie de amalgama socioeconómica de terratenientes rurales y urbanos con elementos de la burguesía comercial, financiera y burocrática— que se deshizo en genuflexiones a Castro en la etapa de su ascenso, mientras intentaba convertirlo en sirviente suyo, aprovechó a Gómez, ambicioso de mando directo, para derribar a aquél mientras estaba ausente. La conspiración que se dio en llamar movimiento de “rehabilitación nacional”, fechada el 19 de diciembre de 1908, no fue más que una comedia grotesca protagonizada en los balcones de la Casa de Gobierno frente a unos cuantos espectadores despistados e ignorantes de lo que realmente estaba ocurriendo. Detrás de Gómez se proyectaba la sombra de los intereses dominantes entonces, entre los cuales comenzaba a crecer una nueva línea del capital extranjero: la explotación de los recursos naturales, y específicamente de los hidrocarburos venezolanos.

La pacificación del país, impuesta por diversos medios, así como la consolidación del Estado nacional y antecedente eliminación de los cacicazgos regionales y locales, eran condiciones indispensables para el florecimiento de la industria petrolera; pero en esa época de establecimiento de la nueva actividad bajo el módulo expansivo del capital extranjero de índole imperialista, el régimen gobernante en el país debía tener determinadas características propicias para llevar adelante el proceso de penetración y dominación por parte de aquel capital. Un régimen nacionalista, popular, progresista, no hubiera servido a los designios de los intereses petroleros en afán de explotación. Ni aun un régimen liberal representativo, formalmente democrático, se hubiera adaptado a esos

propósitos. Se requería para el emplazamiento y desarrollo del enclave capitalista extranjero un régimen dictatorial personalista, represivo, bajo el cual no fuera posible juego alguno de opinión pública, ni de participación popular en la dirección del Estado, y que fuese fiel instrumento de las fuerzas dominantes fundamentales. Por ello se consolidó y perduró durante 27 años el régimen gomecista, que se extinguió por la muerte del dictador en 1935. La misión principal de ese régimen fue la de mantener la "paz" en el país, lo que significaba esencialmente el impedimento de toda tentativa de progreso político, de todo planteamiento reivindicativo nacional o social, de toda aspiración objetiva de mejoramiento por parte de las clases dominadas. El mantenimiento de la "paz" y del "orden" tenía entonces el propósito real de favorecer en todos los aspectos el dominio absoluto de los intereses extranjeros en la explotación de petróleo. El orden gomecista fue la expresión política del orden petrolero bajo el signo del imperialismo.

B. Procedimientos del régimen

Desde luego, el sostenimiento de un régimen gobernante como el descrito tenía que proceder del uso sistemático de dos recursos alternativos, según las actitudes y posiciones de los individuos o grupos afectados: *i)* el halago en todas sus formas (económica, social, personal, etc.); *ii)* la represión igualmente en todas sus formas (física, moral, política, cultural, económica, etc.). El régimen, y singularmente su cabecilla el general Gómez, impuso una clasificación simple y efectiva de la sociedad venezolana: los amigos y los enemigos de la "causa". Los primeros tenían las garantías, privilegios y derechos posibles dentro del marco político y administrativo de la época; constituían un antecedente de lo que luego, incluso bajo los regímenes denominados de "democracia representativa", se calificó como "ciudadanía de primera clase". Los últimos no tenían ni las más elementales garantías de la seguridad de vida, de hogar, de propiedad y estaban sujetos en todo caso a la persecución, al despojo y al atropello: o estaban en la cárcel, en el exilio, o alzados en el monte. Naturalmente, dentro del grupo de los amigos los había de diferentes categorías, así como las había dentro del grupo de los enemigos. Existía virtualmente un tercer grupo, de los marginados de la cosa pública, cuya vida transcurría en otra dimensión, salvo que en determinadas oportunidades sufrían los atropellos del régi-

men: me refiero a los campesinos sin tierras, principalmente, que nada tenían que esperar del régimen desde el punto de vista económico, social, cultural o político, pero que eran víctimas de sus procedimientos infamantes y vejatorios, como la “recluta forzosa” para el servicio militar —que en realidad se convertía en servidumbre gratuita en beneficio de hacendados y burócratas— o el despojo de sus bienhechurías agrícolas.

No había fórmula de juicio, desde luego. Tanto para el castigo físico como para el despojo económico lo indispensable y suficiente era la orden directa del dictador o de alguno de sus acólitos influyentes. En la cárcel de La Rotunda, en Caracas, en el Castillo Libertador de Puerto Cabello, en el de San Carlos en el Zulia o en los trabajos forzados en las carreteras se consumieron numerosas vidas valiosas y útiles de venezolanos, bajo las torturas, el envenenamiento, la inasistencia de enfermedades, la alimentación infrahumana y los malos tratos de todo género. Cada gomecista tenía sus “presos” y sus “forzados”; la máxima restricción era para los “presos” del general Gómez, que sólo eran liberados mediante la muerte o la gracia esporádica del dictador solicitada por familiares y amigos en ocasiones especiales. Veintisiete años de la vida venezolana se consumieron en aras del crecimiento de la industria petrolera bajo el dominio extranjero, de la permanencia del latifundio y de la burguesía comercial y financiera.

Sin embargo, se conservaban algunas formalidades aparentes en cuanto al manejo de la cosa pública, la provisión de cargos electivos y otros aspectos de la administración y el gobierno. Las listas de candidatos a los cuerpos colegiados —nacionales, provinciales y municipales— eran confeccionadas por la camarilla gobernante y se hacía una burda comedia de elección indirecta cuando correspondía. Era así como funcionaba la “constitucionalidad”, con su Congreso, su presidente “constitucional”, sus asambleas legislativas y concejos municipales. El pueblo jamás participó de tales “elecciones”.

C. Luchas contra el régimen

Me referiré específicamente al período 1912-28. Este es un período intermedio en la trayectoria histórica del gomecismo. La etapa 1908-18 puede considerarse como de consolidación del régimen. La de 1919-28, que culmina con el levantamiento estudiantil de 1928, puede considerarse como de maduración del régimen y, por tanto, de fortalecimiento

y dominio demostrado en la falta de éxito de todos los intentos y asonadas de subversión o conspiración que tuvieron lugar en esa temporada. En favor del gomecismo en esta etapa operó la bonanza económica prolongada en el primer centro del capitalismo, los Estados Unidos, en relación con la cual se estructuró en Venezuela la industria petrolera cuyo principal mercado era y es la economía norteamericana.

La ausencia de partidos políticos —los viejos partidos del siglo xix y principios del xx habían desaparecido ahogados en las guerras civiles y sepultados definitivamente bajo Gómez—, la ausencia consecuente de programas de lucha, la inexistencia del movimiento obrero y campesino, la incipiente del movimiento estudiantil —a pesar de lo cual éste era el foco más definido y característico de la resistencia contra la dictadura— y, en general, la nula organización del pueblo para el combate político y su casi total falta de orientación en este sentido, constituyeron, por decirlo así, las condiciones no favorables para el desarrollo de las luchas antigomecistas. La meta general era el derrocamiento de Gómez por la fuerza, sin definición previa del proceso que surgiría con posterioridad a ese derrocamiento. Salvo algunos luchadores de vanguardia, numéricamente escasos, no existía conciencia antiimperialista ni anti-feudal en esa lucha que transcurre en el tercer decenio del siglo. No se identificaba precisamente a Gómez con el instrumento gobernante del imperialismo petrolero y de sus aliados en el país. Gómez era simplemente el déspota bárbaro, ignorante, primitivo, odiado, represivo, al que había que suprimir. Incluso la desaparición física del dictador se identificaba frecuentemente con la extinción del régimen.

Los caudillos, en verdad, no habían sido enteramente eliminados por la represión o el halago bajo el gomecismo. En el exilio o levantados en armas —esporádica o permanentemente (como en el caso de Arévalo Cedeño)— algunos caudillos combatían a Gómez. Esos caudillos lograban con frecuencia arrastrar tras de sí a jóvenes románticamente empeñados en la lucha contra el gomecismo y aquéllos estaban siempre en afanes de preparar una revuelta o conducirla. Estos caudillos eran personalistas y buscaban más la incondicional adhesión de quienes los seguían que la incorporación consciente a una causa de proyectos nacionales. Algunos de ellos habían sido impulsados a la lucha antigomecista por haber caído en desgracia con el dictador o haber sido víctimas de una maniobra para desplazarlos de posiciones privilegiadas con

Gómez. Todos se autotitulaban “generales” y todos fracasaron en sus intentos de derribar por la fuerza al tirano.

En algunos luchadores antigomecistas notables se había formado una conciencia revolucionaria antiimperialista y nacionalista. Debo citar, entre otros, a Salvador de la Plaza, Gustavo Machado, Carlos León, Miguel Zúñiga Cisneros, como representativos de generaciones anteriores a 1928. Los nombrados, exiliados en México, promovieron la organización política denominada Partido Revolucionario Venezolano (PRV), con proyecciones avanzadas para la conciencia política del país en esa época. En la tercera década del siglo las corrientes socialistas de influencia marxista se desarrollaban en el mundo, bajo la inspiración de la revolución bolchevique de octubre de 1917 en Rusia. En América Latina tenían lugar, aunque en forma incipiente, movimientos de lucha contra el imperialismo principalmente norteamericano. Sandino en Centroamérica (Nicaragua) se constituía en héroe de esta lucha, mientras que en Perú surgía el movimiento aprista encabezado por Haya de la Torre que tanta influencia iba a tener en Venezuela y otros países latinoamericanos en movimientos de la pequeña burguesía reformista, como el partido Acción Democrática (1941) y su predecesor el PDN (más propiamente ORVE, en 1937). Estas influencias contribuirían de uno u otro modo a la gestación del intento subversivo de la juventud estudiantina en 1928.

El año 1928 tiene una singular significación en la historia política y cultural del país. Esa significación se identifica con la presencia y actuación de un conjunto de personalidades bajo el denominador de Generación del 28, que han descollado en la vida política y cultural venezolana —por no citar más que estos campos donde esa acción ha sido más característica— por cuarenta años, hasta el presente. Hombres de esa generación han sido y son gran número de los dirigentes que han dejado su huella en la historia contemporánea de la nación. Los estudiantes que participaron en el levantamiento armado de abril de 1928 contra el régimen gomecista y que fueron a atacar románticamente el Cuartel San Carlos de Caracas, contando con la participación de algunos oficiales comprometidos en el intento, se templaron luego en su mayoría en la cárcel, en el trabajo forzado de las carreteras y en el exilio, y se forjaron como dirigentes algunos de ellos, fundadores de organizaciones políticas con actuación destacada en la etapa postgomecista. Característica notable de esos actores de la rebelión antigomecista,

en su mayoría, es la de su origen clasista no proletario. Para fines de la tercera década del siglo no existía una conciencia obrera ni campesina en el país, no existía el movimiento sindical y las asociaciones presindicales que se habían formado eran del tipo tradicional de “mutuo auxilio de artesanos y obreros”, con funciones benéficas, culturales y sociales, pero no gremiales ni políticas. La literatura revolucionaria sólo podía llegar a las manos de los intelectuales más avanzados, venciendo los obstáculos de una estricta clandestinidad, y la masa popular carecía de información y de orientación en ese aspecto.

Simultáneamente con la promoción política de la juventud del año 1928, surgida del ámbito universitario, se formó una llamada generación literaria, con influencia en el desarrollo posterior de las letras venezolanas. En algunos casos el afán político y el literario se conjugaban en la misma persona y la literatura recibió el sello de esa inquietud. En general, sin embargo, la obra literaria podía interpretarse como una expresión de inconformidad frente al régimen gobernante. Haciendo una analogía, los escritores se valían de las letras como forma de expresión de una rebeldía subyacente, mientras que la masa popular, se valía del “chiste” —modalidad del humorismo en su sentido más amplio— para aliviar la carga de su descontento. Humorismo literario y periodístico cargado de intención política se cultivó entonces con brillantez; basta mencionar los nombres de Leoncio Martínez, Francisco Pimentel y Andrés Eloy Blanco. Este humorismo llevó a la cárcel en varias oportunidades a sus cultores.

Mientras los estudiantes se alzaban en armas contra Gómez en Caracas, en una aventura que terminó en la cárcel, en el trabajo forzado o en el exilio, una expedición marítima armada arribó a la ciudad oriental de Cumaná con ánimo de tomarla como operación inicial de una invasión para derribar al régimen. La llamada invasión del “Falke” —nombre del buque que transportó a los rebeldes en armas— fracasó esforzadamente, dando oportunidad de demostrar la ineficacia de esos movimientos, aislados del pueblo, frente a la maquinaria militar de Gómez provista con aviación de bombardeo y de combate.

II. - LA ECONOMÍA VENEZOLANA EN 1930

El producto petrolero representaba para ese año el 33% del producto total del país, contra 21% de la agricultura, 16% de la industria,

el artesanado y la construcción y 30% de los servicios. Si restringimos el concepto a la producción material (bienes únicamente), el producto petrolero significaba el 47%, contra el 30% de la agricultura y el 23% de las industrias manufactureras y el artesanado. Estas proporciones indican que para 1930 el sector económico principal del país era la explotación de petróleo, estando situada en segundo término la agricultura.

Si nos referimos específicamente al comercio exterior encontramos que para el año considerado la exportación de petróleo representaba el 83% de la exportación total. No obstante, el valor retornado a la economía nacional de la exportación de petróleo era de sólo un 20% del valor declarado de ésta; es decir, el 80% de este último valor era retenido en el exterior en concepto de gastos de producción y operación en bienes y servicios extranacionales y beneficios de las empresas petroleras.

Las cifras relativas anteriores permiten señalar como eje de la economía venezolana de la época a la actividad petrolera, totalmente controlada por compañías extranjeras (norteamericanas e inglesas). Las fluctuaciones coyunturales de esta actividad orientada con exclusividad a la exportación, tendían a determinar, dentro de márgenes flexibles, el curso de los negocios privados y públicos en la casi totalidad de la economía. Quedaba fuera de la influencia petrolera el sector agrícola de subsistencia, no vinculado al mercado. Los ingresos públicos no dependían directamente en proporción sustancial de la actividad petrolera, dada la baja incidencia fiscal en el producto petrolero; pero sí dependían de esa actividad de modo indirecto, a través de la capacidad contributiva creada por la circulación de los ingresos derivados de aquélla, principalmente los aplicados a la importación, ya que el mayor producto fiscal tenía su origen en los derechos aduaneros relacionados con la misma. La importación gravada era la del sector no petrolero de la economía, porque, como he señalado, la importación de las compañías petroleras era exonerada de derechos. El gasto público, en consecuencia, estaba sujeto a la coyuntura de los ingresos ordinarios, dependientes a su vez de la coyuntura petrolera. La flexibilidad de la oferta de bienes en el mercado interno estaba determinada en lo sustancial por las facilidades de importación, de modo que el circuito económico del país no se cerraba dentro de los límites de éste, sino en el dominio de economías extranjeras. Las exportaciones tradicionales de origen agrícola

—café, cacao, ganado— sufrían las incidencias de la coyuntura petrolera, no sólo en sus renglones internos de costos sino también, y principalmente desde mediados de la tercera década, a través de las fluctuaciones del tipo de cambio, en las cuales ejercía desde entonces gran influencia la oferta de divisas petroleras. Cuando el cambio fluctuaba hacia la baja, en virtud del aumento de la oferta de divisas petroleras, resultaba desfavorablemente afectado el valor medio en bolívares de la exportación no petrolera. Entonces no existía ningún mecanismo compensatorio de esas fluctuaciones.

El comercio exterior, aparentemente favorable al país, estaba en realidad desequilibrado. Por ejemplo, en 1930 las cifras totales de exportación e importación de mercancías determinaban un balance activo de Bs. 399 millones; sin embargo, si se excluyen las exportaciones de petróleo —y consecuentemente también las importaciones de las compañías petroleras— se obtiene un balance pasivo de Bs. 163 millones; si al valor de las exportaciones no petroleras se agrega el valor retornado de la exportación petrolera se obtiene un balance pasivo de Bs. 36 millones. La propensión a importar se había desarrollado fuertemente durante la tercera década hasta el punto de que tendía a exceder la capacidad corriente para importar.

La capacidad de inversión real de la economía fuera del petróleo se había expandido considerablemente entre 1925 y 1929. Una estimación hecha por el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela indica que el monto de la inversión interna real subió de Bs. 86 millones en 1925 a Bs. 184 millones en 1929, o sea que aumentó más de dos veces. En 1930 —y los años sucesivos hasta 1937 inclusive— dicha inversión sufrió una caída sustancial atribuible a la coyuntura depresiva. En total, mientras en el período 1921-29 la inversión real interna había alcanzado a Bs. 936 millones, con un promedio anual de Bs. 104 millones, en el período 1930-39 el monto de la inversión fue de Bs. 574 millones, con un promedio anual de Bs. 57.4 millones, o sea que se redujo a menos de la mitad. El renglón más fuerte de la inversión interna durante la tercera década fue el de la construcción, principalmente pública, siguiéndole el equipo industrial y en tercer lugar la maquinaria e implementación agrícola.

La inversión petrolera se desarrolló particularmente durante el lapso 1925-30, alcanzando un máximo de Bs. 208 millones en 1929,

contra Bs. 82 millones en 1925. En 1930 la inversión petrolera comienza a decaer hasta 1937 en que se inicia una recuperación parcial. Puede observarse que mientras entre 1928 y 1930 la inversión petrolera supera sensiblemente a la inversión interna, en los años siguientes —1931 y 32— ocurre lo contrario; pero después de 1932 la inversión petrolera toma la delantera por el resto de la década.

La agricultura (incluida la ganadería) era en 1930 la actividad que ocupaba al mayor sector de la población activa del país, pudiendo estimarse este sector en un 67%. La estructura agraria continuaba siendo muy regresiva, de elevada concentración de la propiedad, de bajo índice de utilización económica de la tierra y el capital, de explotación extensiva de la fuerza de trabajo y bajos rendimientos por unidad de superficie o por hombre ocupado. En otros términos predomina el latifundio y su figura deriva del minifundio o *conuco*. Gómez y sus favorecidos se habían convertido en insaciables acaparadores de tierra, apropiándose por diferentes vías de los mejores fundos agrícolas del centro y de parte del occidente del país. En su mayor parte los cultivos se destinaban al consumo interno. La población rural y su nivel de vida era enteramente precario, al límite de la subsistencia física. En algunos fundos comenzaban a introducirse la mecanización y procedimientos menos rudimentarios de cultivo, pero en conjunto la agricultura de la época era bastante atrasada, seguramente el sector más atrasado de la economía venezolana.

Obras de infraestructura habían sido realizadas por el gobierno y por las compañías petroleras, principalmente vías de comunicación que servían a los fines de la industria extractiva exportadora, a los fines del comercio importador y de control del territorio por el régimen. Se habían instalado algunas líneas telegráficas y telefónicas y el correo funcionaba lentamente salvo para el interés oficial. La mayoría de los servicios públicos urbanos estaban en manos privadas, inclusive bajo control de capital extranjero (teléfonos, tranvías, cable, electricidad, etcétera).

Los bancos habían crecido en función de la importación. Para 1930 la existencia de oro en los bancos se cifraba en Bs. 112 millones, mientras que los billetes en circulación totalizaban Bs. 96 millones y los depósitos del público ascendían a Bs. 162 millones; la cobertura oro de los medios de pago del público —billetes y depósitos— era de 43%. Los créditos a corto plazo otorgados por el conjunto de la banca

comercial sumaban Bs. 144 millones a fines de 1930, equivalentes al 56% de las obligaciones bancarias inmediatas con el público. La influencia de los bancos extranjeros en el negocio bancario era considerable: eran receptores del 64% de los depósitos, sin embargo otorgaban sólo el 33% de los créditos.

Algunos brotes industriales se registraron en la época, en los ramos de alimentos, bebidas, textiles, cemento, papel, perfumería, jabonería, calzado, tabaco, materiales de construcción y productos de farmacología. No obstante, la economía estaba en una etapa preindustrial. En los ramos de ropa, muebles, artes gráficas, talabartería, etc., el artesano era predominante. El comercio mayorista estaba concentrado en Caracas, Maracaibo, Valencia y algunas otras ciudades de cierta importancia. El presupuesto del Estado no sobrepasaba los Bs. 200 millones (menos de 40 millones de dólares al tipo de cambio de entonces). La economía hacía su camino del estadio rural al estadio petrolero. El aparato gubernamental era pequeño y sencillo, pero efectivo en cuanto al sostenimiento del orden conveniente a los intereses dominantes. Gómez distribuía su tiempo entre la atención personal de sus vaqueras circunvecinas a Maracay, sede real del poder ejecutivo, y la atención a los "asuntos de Estado" que eran como una modalidad de la administración de las vaqueras, porque Venezuela era para él como una gran finca rural en cuyas dependencias funcionaban mayordomías. El pago de la deuda externa oficial hasta su cancelación en 1930 "para asombro de los deudores y acreedores en el mundo", tuvo el significado de un monumento a la bonanza y sana administración de los dineros públicos bajo aquel régimen, aunque por otra parte la deuda externa real, sin plazo ni rendimiento fijos, en términos de la inversión extranjera principalmente petrolera, había crecido a cifras entonces sorprendentes. El nacionalismo de la bandera, el escudo y el himno quedaba satisfecho por aquella cancelación de la deuda, tardía reparación formal del vejamen inferido a la integridad de la soberanía nacional a principios de siglo, cuando buques de los países acreedores bloquearon nuestros puertos y estaban destinados a hacer de este país un protectorado; pero en lugar de la deuda oficial externa teníamos —y tenemos— la carga de la inversión directa extranjera en los rubros básicos de la economía y en lugar de los buques amenazantes en los puertos tenemos en el trasfondo la figura de los *marines*, que ya en 1958 estuvieron a punto de convertirse en seres de carne, hueso y arma para rescatar al que después fue Presidente Nixon de la furia de las "turbas" venezolanas desatadas.

III. - RASGOS DE LA DEPRESIÓN ECONÓMICA DE 1929-34

En una economía como la bosquejada en párrafos precedentes las coyunturas internacionales del capitalismo, generadas en los centros motores del sistema y, principalmente, en el seno de la economía norteamericana, podían ser recibidas, con las modificaciones dependientes de las circunstancias, a través de los canales de las transacciones externas, registradas en los distintos rubros componentes de la balanza de pagos. Los mecanismos de transmisión estaban conectados directamente con la actividad petrolera y subsidiariamente con la actividad de exportación de frutos agrícolas. La capacidad para importar del país, en términos de los valores retornados de la exportación de esos artículos —petróleo, café y cacao—, tendía a reflejar el curso de la coyuntura externa, aunque no debe olvidarse que operaba una fuerza no inmediatamente ligada a esa coyuntura, la cual era el gasto de inversión básica en la estructuración de la industria petrolera en Venezuela. Esa capacidad para importar se aplicaba en su mayor parte a la importación de bienes y servicios y de este modo, bien sea mediante la coyuntura interna del comercio o bien mediante la de las inversiones, el auge externo se reflejaba en el sector de la economía venezolana dependiente de la exportación. Incidencias en este aspecto de transmisión de las fluctuaciones recurrentes del capitalismo mundial eran los cambios de nivel del gasto público y específicamente el monto y signo de los saldos de la actividad financiera del Estado. La economía de subsistencia en el campo y la ciudad —economías familiares— quedaba prácticamente al margen de esa dinámica, la cual tenía como instrumento la monetarización de determinados sectores económicos. El nivel del empleo de fuerza de trabajo oscilaba en relación con el curso del negocio petrolero, en lo sustancial, pudiendo hacerse mención de la existencia de un multiplicador pequeño del empleo petrolero; sin embargo, una porción considerable del empleo remunerado no dependía directamente del negocio petrolero, sino del curso de la exportación agrícola, aunque he dicho que había una incidencia por la vía del tipo de cambio dependiente del aporte de las divisas petroleras. El empleo no remunerado en términos de salario —trabajo realizado en la economía no mercantil— fluctuaba en función del crecimiento de la población, pero era afectado por el desplazamiento de trabajadores hacia actividades remuneradas y de este modo asimilaba la influencia de la coyuntura externa. Otros aspectos de la dinámica económica de la época pueden explicarse en relación

con el mecanismo fundamental descrito: así, las fluctuaciones del circulante, del crédito bancario, de los precios, de la tasa de interés y la de cambio, entre otras variables significativas del curso coyuntural, estaban estrechamente relacionadas con aquella dinámica principal y la reflejaban.

Venezuela, desde los albores de su vida independiente, por no remontarme a épocas anteriores, ha estado sujeta, en la esfera económica, a la dinámica del mercado capitalista mundial por la vía del comercio exterior. No obstante, en la etapa petrolera que arranca en el tiempo de la primera guerra europea, esa sujeción se acentúa fuertemente y se extiende en el espacio económico interno, de tal modo que la influencia de las coyunturas externas se hace más precisa e intensa. En esta modificación de la anotada condición de dependencia hay que situar como causa central la penetración directa y profunda del gran capital extranjero, mecanismo transmisor por excelencia de la dinámica convulsiva de los centros de donde emerge ese capital.

Tomando como guía el diseño del mecanismo coyuntural hecho anteriormente, voy a exponer los hechos más notables del curso de la depresión de la cuarta década del siglo en Venezuela. En primer lugar, el valor f.o.b. total de la exportación de petróleo, que alcanzó un nivel máximo de Bs. 634 millones en 1930, desciende en los años siguientes, registrándose el comienzo de la recuperación en 1934, con una exportación de Bs. 608 millones; en 1935 esta variable se cifra en Bs. 649 millones, valor superior en Bs. 15 millones al acusado en 1930; por tanto, puede observarse que entre 1930 y 1935 tuvo lugar una caída sensible de la exportación de hidrocarburos, alcanzándose el nivel mínimo en 1932, con Bs. 532 millones. Después de 1935 los valores de esta exportación ascenderán ininterrumpida y considerablemente hasta 1939, en que se sitúa un nuevo máximo, de Bs. 895 millones; en 1940 se registra un descenso para alcanzar un valor de Bs. 809 millones. Puede observarse que el período 1935-39, en lo que se refiere a exportación petrolera, fue de expansión.

Los valores retornados de la exportación de petróleo, correspondientes como se dijo al ingreso efectivamente percibido por la economía venezolana procedente de aquella actividad, sufrieron durante el lapso 1930-34 una caída bastante fuerte. En 1929 se registró un valor retornado de Bs. 154 millones, máximo hasta ese año; en 1930 ese valor descendió a Bs. 127 millones y en los años siguientes prosiguió el descenso, hasta situarse en Bs. 105 millones en 1934; 1936 el valor

retornado de referencia se cifró en un promedio anual de Bs. 138 millones, superior al valor acusado en 1930, pero inferior al de los años 1928 y 1929, por lo que incluso para 1936 no se podía hablar de una recuperación en el ingreso petrolero nacional.

Las exportaciones no petroleras registraron un nivel máximo en 1930, con un valor f.o.b. de Bs. 255 millones; en los años siguientes esta variable acusa una contracción bastante acentuada, que la lleva a un valor de Bs. 84 millones en 1936; sin embargo, el mínimo del período 1930-36 correspondió al año 1934 con Bs. 67 millones. Indudablemente, el golpe asestado por la depresión a las exportaciones agrícolas fue singularmente fuerte, hasta el punto de ocasionar la postración de esa actividad, entonces significativa en el conjunto económico nacional.

Las inversiones reales petroleras, según estimación del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la UCV, llegaron a un máximo de Bs. 208 millones en 1929; en los años sucesivos estas inversiones sufren una contracción sustancial que se prolonga por toda la cuarta década, de modo que en 1939 el monto de las mismas fue de Bs. 84 millones; sin embargo, el nivel mínimo de esta variable se sitúa en el año 1935, con Bs. 28 millones.

Las inversiones reales no petroleras siguen la misma trayectoria que las inversiones petroleras. Su nivel culminante se registra en 1929, con Bs. 184 millones; desde 1930 hasta 1939, con fluctuaciones, tuvo lugar un movimiento de descenso de esta variable interna, cuyo valor mínimo se situó en 1935 con Bs. 11 millones; en 1938 estas inversiones se cifran en Bs. 149 millones, nivel superior al de 1928, pero inferior al de 1929; en 1939 decaen una vez más, para alcanzar Bs. 54 millones. La cuarta década fue un período de contracción de la inversión interna en Venezuela, como también lo fue de la inversión petrolera.

Los ingresos del Estado, cuyo índice con base en el año 1928 igual a 100 puntos, se situó en un nivel de 125.5 en 1929, bajan sucesivamente hasta 1933, cuando el índice de referencia se sitúa en 83 puntos: en 1934 se inicia un proceso de recuperación en los ingresos públicos y su índice se eleva vigorosamente, de modo que en 1937 alcanza 152.7 puntos, valor superior al de 1929. En la recuperación posterior a 1933 influyó decisivamente el ramo de petróleo y minas, mientras que el índice correspondiente a los derechos de importación

señala niveles inferiores durante el lapso 1931-36 a los acusados en 1928-30.

La balanza comercial global, es decir incluidas las transacciones corrientes del sector petrolero, registra persistentemente saldos favorables en todos los años de la década 1931-39, aunque de montos variables como es natural. El saldo más reducido tuvo lugar en 1931, con Bs. 441 millones, y el más elevado en 1939 con Bs. 625 millones. En general, el lapso de saldos menores de la balanza comercial estuvo comprendido entre 1931 y 1933.

La balanza comercial sin incluir las transacciones del sector petrolero registra persistentemente saldos desfavorables de magnitud muy variable. El saldo mayor del período 1928-36 se sitúa en 1928, con Bs. 177 millones. El saldo menor se situó en 1934 con Bs. 29 millones. Relativamente decayó más el valor de la importación que el de la exportación. Así, la importación en 1928 se cifró en Bs. 324 millones y descendió en los años sucesivos hasta llegar a Bs. 97 millones en 1934, denotándose un descenso de 70% aproximadamente entre los dos años; la exportación en 1928 registró un valor de Bs. 148 millones y se reduce en los años siguientes hasta alcanzar Bs. 68 millones, por término medio, en el trienio 1933-35, lo que señala un descenso relativo de 54%. Conviene comparar esta evolución de la exportación no petrolera con el del valor retornado de la exportación petrolera en ese mismo período: este último descendió de Bs. 144 millones en 1928 a Bs. 92 millones en 1933, lo que significa un descenso relativo de 36% aproximadamente. El descenso más acentuado de la importación nacional que el de la exportación nacional —categoría ésta que incluye el valor retornado de la exportación petrolera y el valor de la exportación restante del país— indica una alta elasticidad de la importación en relación con la capacidad para importar corriente y por tanto un mecanismo flexible de ajuste a la coyuntura de la exportación; sin embargo, al considerar que la importación nacional de aquella época representaba una fuente de abastecimiento de bienes para la inversión y para el consumo, de proporción considerable, puede entenderse claramente que ese ajuste externo se hizo a costa de la actividad económica interna y del nivel de consumo de la población urbana (ya que la rural estaba escasamente vinculada al mercado y se satisfacía mediante su propia producción).

Si consultamos cifras relacionadas con la dinámica monetaria y financiera de la economía, encontramos confirmado el módulo del movimiento depresivo acusado entre 1930 y 1934 en la esfera de la economía real. Así, el circulante monetario en manos del público —billetes y depósitos bancarios movilizables a la vista— que en 1930 alcanzó un nivel de Bs. 259 millones, se reduce en los años siguientes hasta 1934, cuando se cifró en Bs. 207 millones; el nivel mínimo, sin embargo, había correspondido al año anterior, con Bs. 201 millones; a partir de 1935 se inicia una recuperación que, con fluctuaciones, llevaría el monto del circulante a Bs. 266 millones en 1938, monto superior al acusado en 1930. Las cuentas corrientes bancarias de activo y los avances, rubros de la actividad crediticia de la banca comercial, mostraron en su conjunto un comportamiento ajustado al movimiento depresivo general, pues de un nivel de 144 millones en 1930 y Bs. 146 millones en 1931 desciende sucesivamente para situarse en Bs. 86 millones en 1936, valor mínimo de la serie 1929-39. Este comportamiento de la gestión crediticia bancaria es significativo, pues revela una determinada resistencia a la depresión en los primeros años y una recuperación tardía, hasta el punto de que en 1939 aún no se había alcanzado el monto de los créditos registrado en 1929. Si separamos la banca extranjera de la banca nacional para apreciar el comportamiento de cada grupo, encontramos que la banca extranjera acusa en 1931 la contracción económica, ya que sus cuentas corrientes de crédito y anticipos se reducen en Bs. 47 millones y continúan descendiendo hasta llegar a Bs. 20 millones en 1935; en toda la década no se recupera en el grupo de la banca extranjera el nivel de créditos registrado en 1930, pues para 1940 el saldo de los créditos era de sólo Bs. 16 millones, mientras que el de los depósitos del público ascendía a Bs. 32 millones. El comportamiento de la banca extranjera durante la depresión fue propicio para la acentuación de ésta, pues no sólo restringió sustancialmente el volumen de créditos, como se ha citado, sino que exigió perentoriamente la cancelación de deudas preexistentes y de este modo agravó las dificultades para numerosas empresas y personas del país.

El índice de cotizaciones bursátiles, calculado con base en el año 1925 igual a 100, alcanzó en 1930 a 90 puntos y en los años siguientes sufre un descenso sostenido y considerable, hasta señalar 52 puntos en 1935; desde 1936 en adelante se registra una recuperación parcial en este aspecto de la actividad financiera.

El nivel general de los precios al mayoreo, representado por un índice calculado por la Dirección General de Estadísticas con base en el año 1913 igual a 100, llegó en 1929 hasta 121.3 puntos y bajó en los años siguientes hasta situarse en 81.6 puntos en 1935; desde 1936 se observa una recuperación parcial en el nivel de los precios a juzgar por el movimiento del índice de referencia.

En el mercado hipotecario la situación se hizo particularmente grave desde 1933, cuando las hipotecas constituidas en el año alcanzaron sólo Bs. 86 millones, en comparación con Bs. 137 millones el año precedente; el descenso prosiguió con celeridad hasta llegar en 1936 a un mínimo de Bs. 35 millones; una recuperación débil y lenta comienza a observarse a partir de 1937. En el rubro de las cancelaciones de hipotecas pendientes la crisis puede notarse en 1931, cuando la cancelación de hipotecas se cifró en 86 millones, contra Bs. 39 millones el año anterior, lo que significa que en el año considerado tuvo lugar una actividad extraordinaria en ejecución de hipotecas por vía judicial o mediante entrega formal de la garantía para saldar el compromiso; en los años siguientes, el nivel de la cancelación decae en proporción sustancial, llegando a un mínimo de Bs. 23 millones en el bienio 1935-36. Por otra parte, el valor de la propiedad raíz se redujo fuertemente, mientras el costo del dinero subía.

La balanza de pagos internacionales del país, sin embargo, no sufrió déficit acentuado en ese período de la depresión, por las circunstancias ya indicadas: decayó relativamente más la importación de bienes y servicios que la exportación. El tipo de cambio descendió en 1931 a Bs. 5.91 por dólar norteamericano, pero se recuperó en 1932 y 1933, para alcanzar un promedio de 5.35. En 1934, con la devaluación del dólar de los Estados Unidos, en una proporción aproximada de 40%, el tipo de cambio llegó a Bs. 3.40 por dólar. Esta revalorización automática del bolívar, en plena crisis, no podía menos que ocasionar mayores dificultades a la economía del país, basada en la exportación. A la ruina derivada de la baja de precios agrícolas⁷ vino

7. "...Desde 1927, el año de los más elevados precios para el café y el cacao, durante la última década, la baja ha sido continua. En 1927 el precio medio del quintal métrico de café, tipo Santos 4, en la plaza de Nueva York, fue de 265 francos suizos. El 7 de abril de este año (1934) el café de la misma calidad se cotizó, en el mismo mercado, a 78 francos suizos el quintal métrico, precio que apenas representa el 29% del de 1927". ALBERTO ADRIANI, *Labor venezolanista*.

a sumarse entonces la devaluación del dólar, para asestar un golpe casi mortal a la economía de exportación agrícola. También la economía petrolera resintió la baja del dólar en sus operaciones internas (pago de jornales, de impuestos y compras locales). En virtud de que el gobierno no decidió directamente el reajuste de la paridad del bolívar al nuevo cuadro monetario internacional surgido en medio de la depresión, se introdujeron compensaciones casuísticas bajo la forma de un mecanismo rudimentario de cambios múltiples, con un tipo de compra especial para las divisas petroleras, de café y cacao, y un tipo de venta de las divisas, lo que en la práctica equivalía a una devaluación del bolívar, aunque no en la misma proporción que el dólar norteamericano. Así, para 1935-36 el tipo medio de cambio registrado fue de 3.90 por dólar, en comparación con Bs. 3.06 determinado por la paridad oro. Ese mecanismo fue la génesis del sistema de cambios diferenciales que, con diferentes alternativas y contingencias, ha perdurado hasta el presente, aunque sensiblemente modificado.

La depresión no dejó de golpear a la actividad petrolera. En la *Memoria del Ministerio de Fomento*, presentada el año 1931 al Congreso Nacional, se informa que “la industria petrolera, en todos los países productores, está sufriendo una crisis que aún hoy no ha podido ser resuelta satisfactoriamente” (p. xxv). En el mismo documento se da cuenta de que “se ha discutido mucho en el Congreso y en la prensa de los Estados Unidos la conveniencia de prohibir, restringir o gravar las importaciones de petróleo y aun hasta se ha propuesto el embargo” (p. xlvi). Las propias compañías angloamericanas que operaban en Venezuela se proponían, mediante acuerdo, reducir la explotación de petróleo en un 25% aproximadamente. El producto petrolero bajó de Bs. 419 millones en 1930 a Bs. 386 millones en 1931; sin embargo, en 1932 se inicia la recuperación en este sector básico y ya para 1933 el producto supera el obtenido en 1930, por lo que puede afirmarse que la depresión fue breve en la actividad petrolera y ello evitó que aquel fenómeno afectara a la economía venezolana hasta el punto del colapso, como pudo ocurrir en otra economía latinoamericana. Dentro de la caída considerable del mercado norteamericano de petróleo, se pudo sostener una cuota entonces satisfactoria para el petróleo importado desde Venezuela, en virtud de la influencia de las grandes compañías, que encontraban en este

país condiciones favorables para la minimización de los costos y la maximización de las ganancias, con respecto a otras fuentes alternativas de extracción de hidrocarburos.⁸

IV. - LA CONDUCTA GUBERNAMENTAL EN LA DEPRESIÓN

Antes de 1936 no existía política alguna que pudiera calificarse como orientada al interés nacional en materia de fomento económico y de difusión beneficiosa de los proventos derivados del petróleo. En materia de administración del patrimonio natural de la nación, y específicamente en lo relativo a hidrocarburos, el papel del gobierno se limitó a un reparto escandaloso de las concesiones para enriquecer personalmente a un grupo reducido de privilegiados del régimen, a la cabeza de los cuales estaba el propio dictador Gómez; la "danza de las concesiones" ha quedado para siempre grabada en la historia de Venezuela como un proceso infortunado, de exacción y escarnio a la República. De esa época negra sólo puede mencionarse con evocación nacionalista la actitud sostenida por el doctor Gumersindo Torres al frente del Ministerio de Fomento, de la cual queda el testimonio de los documentos oficiales, y la que fue premiada con su destitución. Investigaciones valiosas se hicieron entonces en el despacho citado, bajo la dirección del doctor Torres, para demostrar las pérdidas y ganancias nacionales con políticas alternativas concretas en la esfera del petróleo.

En 1928 fueron creados dos institutos oficiales con funciones de bancos de fomento económico y social: el Banco Agrícola y Pecuario y el Banco Obrero, el primero destinado al financiamiento del sector agropecuario y el segundo al fomento de la vivienda popular. Los recursos asignados y manejados por esos institutos sirvieron para favorecer posiciones de los terratenientes y validos del régimen, pero no

8. "En los actuales momentos de aguda crisis porque atraviesan el comercio y la industria mundiales y que afecta principalmente a la industria del petróleo y, de consiguiente, a la explotación petrolera en nuestro país, la cual ha sido restringida de acuerdo con el plan de reajuste adoptado por las empresas explotadoras, tendente a evitar la sobreproducción y a lograr la estabilización del precio, es de hacer resaltar el hecho de que la renta de minas se ha mantenido a un nivel casi igual al de los tres o cuatro años anteriores, que pueden conceptuarse como el apogeo del desarrollo de la mencionada industria en Venezuela". *Memoria del Ministerio de Fomento*, 1934, t. I, p. LVII.

para cumplir los objetivos que justificaban su creación. Los institutos fueron creados en 1928 probablemente como un intento de aliviar la tensión política de ese año.

Fue contradictoria la conducta fiscal del gobierno durante la depresión. Los saldos de la actividad financiera del Estado en el lapso 1928-31 fueron negativos, es decir que se realizó un gasto neto oficial que contribuyó a levantar el nivel de la actividad económica; en el lapso 1931-35, precisamente el de la depresión, dichos saldos fueron positivos, es decir, el gasto neto oficial contribuyó a reducir el gasto total del país. Este superávit fiscal se obtuvo a pesar de que los ingresos públicos sufrieron un descenso en ese período. "En el erario había efectivo; no faltaban setenta u ochenta millones de bolívares, pero estaban estancados porque no se hacía ninguna obra. No se atendía la crisis lo más mínimo, porque Gómez, a quien tal vez le interesara mejorar la situación, no podía darse cuenta de lo que tenía entre manos".⁹

La ruina de la agricultura de exportación era tan evidente e inquietante que el gobierno se vio obligado a decretar un subsidio de 10 millones de bolívares para ser repartidos entre los productores de café en proporción a su exportación, para auxiliarlos en los efectos de la caída de los precios. La medida no logró los resultados perseguidos, porque el subsidio sólo llegó a los productores mejor situados y a los exportadores, en tanto que los medianos y pequeños productores fueron marginados. Se estableció así, no obstante, un antecedente de la fórmula de las primas a la exportación de café y cacao que posteriormente fue puesto en práctica, bien directamente, bien a través de los cambios diferenciales que estuvieron en vigencia durante un cuarto de siglo.

Antes había sido mencionado que en 1930, cuando el mundo capitalista se agitaba en la fase aguda de la crisis, el gobierno venezolano canceló la deuda externa oficial para asombro de acreedores y deudores internacionales. En 1934, ante la devaluación del dólar, el gobierno se negó a devaluar el bolívar y en su lugar auspició un mecanismo de cambios diferenciales en favor de la exportación.

El llamado punto de inflexión de la coyuntura depresiva, o sea el paso del nivel mínimo de la actividad económica a una fase de recuperación, puede situarse entre 1934 y 1935. Esta imprecisión cronológica obedece a la no coincidencia en los cambios de las dife-

9. EDUARDO MICHELENA, *Vida caraqueña*, 1967.

rentes variables económicas consideradas; verbigracia, la exportación de petróleo se recupera prontamente, en 1933, pero el valor retornado de dicha exportación —que es la variable de mayor significación para la economía venezolana— no se recupera hasta 1935 y sólo de modo parcial; lo mismo ocurre con la inversión petrolera, la cual no se recupera hasta muy tarde, en 1938, y la inversión en el resto de la economía que se recupera también en 1938, las estimaciones del producto bruto interno a precios de 1936 muestran recuperación en 1934. En consideración a las circunstancias mencionadas, creo lo más indicado situar entre 1934 y 1935 el paso de la depresión a la recuperación.

V. - LA DINÁMICA POLÍTICA ENTRE 1929 Y 1935

Los dos únicos partidos políticos que en forma incipiente se crearon durante el lapso que se considera fueron: el Partido Revolucionario Venezolano, ya citado, en México en 1928, organizado por exiliados venezolanos encabezados por Salvador de la Plaza, bajo un signo no simplemente antigomecista sino nacionalista y anti-imperialista, y el Partido Comunista, si es que puede calificarse la constitución de una célula comunista en la cárcel de La Rotunda (Caracas), 1931-33, como germen de dicho partido.¹⁰

Un grupo de exiliados, que posteriormente formaría el núcleo dirigente de Acción Democrática, con sede en Barranquilla (Colombia), trató de definir sus principios programáticos en un documento que se ha dado en llamar "Declaración o Carta de Barranquilla", cuya factura se atribuye al señor Rómulo Betancourt. En ese documento se exponen algunas ideas sobre la liberalización política de Venezuela, la democratización de sus instituciones, reformas económicas y sociales para la modernización del país, todo bajo una inspiración jacobina mezclada con una difusa intención socialista.

Después del movimiento insurreccional de 1928, la represión gomecista recrudeció y las cárceles se llenaron de presos políticos; otros, menos desafortunados, pudieron tomar el camino del destierro. Unos y otros desarrollaron sus ideas sobre la naturaleza del régimen gober-

10. El PRV puede considerarse como antecesor del PCV por su orientación doctrinaria y la trayectoria de los principales fundadores.

nante y sobre el futuro de la nación, abrevando en propias y ajenas experiencias y en textos de doctrina e información de prohibida circulación en el país. En el seno del movimiento estudiantil universitario, aunque desorganizado, creció el ímpetu liberador, y nuevas orientaciones en cuanto al desenvolvimiento político nacional condujeron al contacto con los sectores populares. La meta era un régimen de libertades públicas, de garantías elementales y de promoción del bienestar socio-económico dentro de un esquema democrático-burgués.

El proletariado petrolero, contingente obrero de mayor significación cuantitativa, adquiriría progresivamente conciencia de su situación de superexplotación económica y fermentos del sindicalismo agitaban clandestinamente las zonas de extracción del oro negro, específicamente el Zulia.

Pueden distinguirse dos principales corrientes doctrinarias en el seno de los luchadores antigomecistas más avanzados: una marxista-leninista, centrada en el problema de la dominación imperialista de la economía venezolana y, por ende, en la necesidad de la liberación económica nacional con respecto a esa dominación, lo que implicaba naturalmente el cambio de régimen político; otra reformista, populista, centrada en el problema de la transformación política inmediata, en la democratización de la vida pública, lo que implicaba desde luego la realización de reformas socioeconómicas dentro del marco de la economía capitalista para difundir en lo posible el bienestar y disminuir los más graves desequilibrios de la sociedad económica. Estas dos corrientes se perfilarían con alguna claridad en la segunda mitad de la cuarta década, es decir entre 1936 y 1940, luego de la muerte física del dictador Gómez, y se proyectarían en la vida venezolana durante los últimos treinta años, con modificaciones importantes. Es conveniente destacar, en todo caso, la característica de que los grupos dirigentes de esas corrientes estaban formados en su mayoría por personas de origen clasista no obrero ni campesino, con el disfrute de un nivel de educación entre media y superior y en algunos casos con holgura económica. Algunos cuadros obreros se estaban formando, sin embargo, bajo el fragor de la lucha contra el gomecismo y establecerían, posteriormente, vinculaciones con el movimiento de los trabajadores de la ciudad y el campo.

La crisis económica se dejó sentir con cierta intensidad en los medios petroleros, a través de la disminución del empleo y de las

compras locales de bienes y servicios por parte de las compañías extranjeras. En los medios rurales dependientes de la exportación de café y cacao también golpeó duramente la crisis, particularmente acentuada en ese sector de la actividad. En los medios urbanos dependientes del gasto público el malestar fue sensible, sobre todo en la construcción y la menos que incipiente industria manufacturera de la época. El malestar por la depresión económica no llegó a significar un fermento de descontento suficiente para poner en peligro la estabilidad del régimen gobernante. La ausencia de información verídica sobre el proceso económico —la libertad de prensa estaba completamente suprimida y lo mismo la libertad de difusión por cualquier otro medio— y el temor casi orgánico que inspiraba el régimen, impedían la formación de conciencia sobre los sucesos. Ocurrieron casos notables, pero esporádicos y estrechamente limitados, como el del artículo del doctor Alberto Adriani sobre la política que debían adoptarse para combatir la depresión, publicado originalmente en la revista de la *Cámara de Comercio de San Cristóbal* y que comenzó a reproducir el *Boletín de la Cámara de Comercio* de Caracas, siendo bruscamente interrumpida esta reproducción bajo consejo coactivo gubernamental. El régimen, en plena caída económica, proseguía pregonando, sin réplica, la existencia de una situación de paz, progreso y trabajo, dentro de la cual unos pocos privilegiados podían disfrutar de todos los excesos, mientras la gran mayoría soportaba con aparente resignación la carga de la pobreza, de la desesperanza y de la inseguridad.

En diciembre de 1935 muere en su lecho de enfermo el dictador J. V. Gómez y la noticia se da a la nación con parsimonia, demorada, para prevenir reacciones incontrolables y poder asegurar sin contratiempos el traspaso del mando al nuevo gobernante. El propio Gómez moribundo había designado a su ministro de Guerra y Marina, general Eleazar López Contreras, para sucederle como jefe de gobierno. Los funerales fueron solemnes, tranquilos, aun bajo el imperio del terror hecho institución. La noticia de la muerte del dictador corría de boca en boca, al oído, musitada clandestinamente, al filo de la madrugada decembrina, y la duda sobre la veracidad del suceso anidó en muchos, habituados a considerar inmortal al viejo andino que había forjado alrededor suyo una leyenda de poderes casi sobrenaturales.

La lucha por el mando comenzó inmediatamente después de la muerte del dictador. El gomecismo estaba intacto, como mecanismo

de poder político, como régimen de fuerza casi primitivo, y su vigencia, aunque recibió el impacto de la defunción del caudillo, conservaba prácticamente su vigor. Existía el "clan Gómez" y existía el mecanismo sociopolítico y militar gomecista. El clan estaba formado por los familiares cercanos del dictador, por sus amigos de absoluta confianza y los mayores favorecidos del régimen. La designación del general López Contreras como sucesor fue una mala pasada del difunto a su gente". El nuevo mandatario, aunque formado en la escuela gomecista, y aunque había probado largamente su fidelidad a la "causa", no correspondía exactamente a las aspiraciones del clan sobre la sucesión de la jefatura. López Contreras no era un "chácharo" como Eustoquio Gómez o como el "compadre" Galavís, sino un militar de carrera con aficiones intelectuales y por tanto, sospechoso de "debilidad".

El gomecismo no había muerto con su progenitor. La lucha por su liquidación consumiría años de la vida venezolana. Sin embargo, desde pocos días después de los funerales del dictador las masas populares comenzaron a expresar en la calle sus exigencias de liberación. Era una nueva circunstancia que tomó casi de sorpresa a los mecanismos represivos del régimen. Los gritos de "libertad" estremecieron ciudades y pueblos del país, y el primer clamor se dirigió al rescate de los presos políticos, que sufrían en las cárceles el delito de oposición a la dictadura o quizá la equivocación de algún esbirro o la venganza personal de algún valido del régimen. En la alborada de 1936, que señala la iniciación de una nueva etapa en la historia nacional, los grillos tenidos en las cárceles como instrumentos de tortura fueron arrojados al mar y los presos políticos puestos en libertad. La piqueta echaría abajo la mole tétrica de La Rotunda, en Caracas, temida mazmorra símbolo del gomecismo bárbaramente represivo y en su lugar se construiría la plaza de La Concordia, signo que pretendió exaltar el nuevo régimen para borrar la vieja división de los venezolanos entre "amigos" y "enemigos" del gobierno, entre perseguidores y perseguidos, o entre ciudadanos de primera clase y los de clases con derechos disminuidos o cercenados.

VI.- LA ECONOMÍA Y LA SOCIEDAD VENEZOLANA EN 1936

El fenómeno fundamental de la economía que puede observarse, según el análisis estático, en 1936, era el de la dicotomía estructural,

consistente en la existencia simultánea de dos regímenes de producción en el país: i) el sector extractivo exportador, bajo el dominio absoluto del capital extranjero, con la aplicación de avanzada tecnología, y en general de prácticas capitalistas de alto desarrollo; ii) el sector interno, dentro del cual podía distinguirse un subsector típicamente precapitalista y uno que podría denominarse "neocapitalista" siguiendo la terminología de Ernesto Wagemann.¹¹

El sector capitalista extranjero aprovecha fuerza de trabajo y recursos naturales nacionales y coloca la casi totalidad de su producción en el mercado exterior; los insumos materiales proceden casi enteramente del exterior, por lo que, desde este punto de vista, no existe vinculación interindustrial con el sector interno. El objeto de su explotación es el petróleo, por lo que sustancialmente esta actividad se ubica en la esfera primaria de la economía, siguiendo la clasificación de Colin Clark. En la combinación técnica de producción el capital es utilizado intensivamente, y la proporción de fuerza de trabajo es comparativamente bastante escasa (apenas un 2% de la población activa de entonces); si se agrega la estrecha dimensión del salario, se encontrará que la tasa del excedente económico era considerablemente alta. La acelerada expansión de las operaciones petroleras entre 1917 y 1936, apenas disminuida en los primeros años de la gran depresión, se explica por las excepcionales condiciones favorables de Venezuela para la explotación del mencionado recurso por las compañías extranjeras, de modo tal que la reproductividad del capital ha debido alcanzar entre 1925 y 1936 un 50% o más; esto significa que cada dos años revertía al capital extranjero la totalidad de la inversión. El mercado mundial de hidrocarburos estaba en esa época en auge secular, en virtud del desarrollo del automovilismo y de la mecanización basada en el motor Diesel. Aunque en el interior de los Estados Unidos existían grandes recursos petrolíferos, la lucratividad de la explotación en Venezuela —la joya más preciada de la Standard Oil— excedía varias veces la razón media prevaleciente en la economía petrolera norteamericana.

El aprovechamiento de fuerza de trabajo venezolana por el capital extranjero en la industria petrolera, aunque modesto en términos absolutos y relativos, tenía —y tiene— un significado fundamental múltiple. El grupo de esos trabajadores se constituye en núcleo primigenio de la

11. *Estructuras y ritmo de la economía mundial*, Editora Nacional, México, D. F., 1951.

clase obrera venezolana, con la especial característica de que mantiene relaciones antagónicas con una clase capitalista no nacional y, desde luego, la más poderosa del mundo. La elevada productividad de esta fuerza de trabajo no tenía punto de contacto con la del resto del país y tendía a aumentar en el transcurso del tiempo, mediante la acumulación de experiencia productiva y la dinámica tecnológica del sector. Por otra parte, la tasa media de salario obtenida en la industria petrolera por los trabajadores del país, impulsaban hacia arriba la tasa de salarios en el sector no petrolero de la economía, y específicamente en el subsector neocapitalista interno. No es de extrañar, por tanto, que el proletariado petrolero, en buena parte de origen compesino, representara en el período 1936-40 la vanguardia más consciente y activa en la lucha sindical y política.

El significado cuantitativo del sector petrolero en la economía venezolana el año de 1936 puede apreciarse por las cifras siguientes: el producto petrolero contribuía con el 32% al producto bruto interno del país, con el 36% del producto bruto material y el 80% de la entrada de divisas. Desde luego, la significación indirecta de la actividad petrolera, a través de sus repercusiones en la economía interior, era ya bastante grande en la época examinada y ha venido creciendo en el transcurso del tiempo.

El sector interno de la economía no era homogéneo en su composición. Existía un subsector precapitalista, formado por una agricultura de plantaciones para la exportación (café, cacao, etcétera), una agricultura de minifundios (*conucos*) para el mercado interno, un artesanado bastante extendido y relativamente numeroso que suministraba parte considerable de los bienes manufacturados consumidos por la población y un conjunto de servicios de consumo (servidumbre doméstica, servicios personales directos, etcétera) que absorbía una proporción significativa de la población activa. Por otra parte, estaba en proceso de formación un subsector capitalista —que he denominado antes “neocapitalista”—, compuesto por una incipiente agricultura de explotaciones relativamente moderna, mecanizada o semimecanizada, una industria manufacturera que daba sus primeros pasos en la producción de artículos de consumo, una industria de construcción de escala moderada y un conjunto de servicios, algunos de los cuales estaban relacionados con la producción material (transporte, almacenaje, comercio, financiamiento, etcétera) y otros no. El sector interno estaba vinculado al mercado

internacional mediante diferentes canales; la agricultura de exportación, por su propia índole económica, colocaba la casi totalidad de su producción en el mercado exterior; la agricultura incipientemente capitalista producía para el mercado interno, pero obtenía la parte sustancial de sus insumos materiales por la vía de la importación; la industria manufacturera, la construcción, el comercio y otros servicios utilizaban bienes procedentes de importación en proporción considerable. La economía territorial en su conjunto, incluida la extracción de petróleo, sostenía estrechos vínculos con el mercado capitalista extranjero y funcionaba como una periferia del capitalismo.

Una quinta parte de la producción agrícola del país se destinaba a la exportación. Un 98% de la producción petrolera era exportada. Un 39% de la oferta de bienes industriales en el país procedía del mercado extranjero. Sólo un 60% del consumo aparente de productos agrícolas procedían del exterior. Si se agrega el ingreso petrolero del Estado y los derechos aduaneros, con una significación conjunto de 70%, se podrá apreciar el peso del comercio exterior en la economía venezolana.

En 1936, prácticamente el 60% de la población vivía en el campo y del campo. El producto agrícola, sin embargo, representaba sólo el 23% del producto total del país, lo que debe interpretarse en el sentido de que el ingreso agrícola promedio (por habitante) era sensiblemente más bajo que el promedio nacional. La agricultura, a pesar de que continuaba siendo una actividad sustancial para el sostenimiento de la población, era de una pobreza productiva evidente, por lo que se infiere que el nivel económico de la población dependiente del campo era muy bajo; si se considera que la distribución del ingreso ha debido ser muy regresiva —por la alta concentración de la propiedad y la elevada exacción del trabajo por los propietarios— se concluirá que la gran mayoría de la población campesina tenía un nivel de vida casi al ras de la subsistencia física. La figura del *peón* agrícola se extendía tanto en las plantaciones tradicionales de café, cacao, caña, etcétera como en las explotaciones modernas o modernizadas. El número de propietarios con respecto al total de la población rural era inferior al 10%.

La población urbana se había estado formando merced a un proceso sostenido de migración interna, desde el campo a las ciudades y demás agrupaciones. Se desplazaban los campesinos sin tierras y también los

propietarios incrementándose así el fenómeno del *absentismo*. Los campos petroleros y los suburbios formados a su alrededor atraían numerosa gente. El aumento del gasto público aplicado a las ciudades, a pesar de su lentitud, inducía al asentamiento en las mismas. La proliferación de los servicios ofrecía una salida de empleo improductivo a esa nueva población. Así, el sector terciario se expandía a costa del sector primario, sin que las actividades secundarias crearan el soporte económico para aquella expansión. El artesano también aumentaba en las ciudades, así como el pequeño comercio y el ejercicio de las profesiones llamadas liberales. Algunas fábricas de mediana y pequeña dimensión se establecían en ciudades importantes, como Caracas, Maracaibo, Valencia, Maracay, Barquisimeto, Puerto Cabello, proporcionando ocupación a un contingente moderado de trabajadores. Las ciudades eran, sin embargo, todavía pequeñas, provincianas, recogidas en sí mismas. La Venezuela que emergió del gomecismo y de la etapa de establecimiento de la industria petrolera tenía características eminentemente rurales y estaba en una fase de preurbanización. Su ingreso por habitante apenas alcanzaba Bs. 455 anuales (US \$ 127 al tipo de cambio de entonces). La población total se cifraba en 3.364.000 personas, de las cuales eran para el trabajo 1.084.000, o sea un 32.2%. En el cuadro 1 se muestra la composición económica del empleo en el año 1936.

CUADRO 1

FUERZA DE TRABAJO OCUPADA Y SU DISTRIBUCION

<i>Actividad</i>	<i>Volumen de empleo</i>	<i>Porcentaje del total</i>
PRIMARIA	646.000	60.0
Agricultura	630.000	58.5
Petróleo	14.000	1.3
Minería	2.000	0.2
SECUNDARIA	173.000	15.9
Manufacturas	145.000	13.2
Construcción	28.000	2.7
TERCIARIA	265.000	24.1
Gobierno	55.000	5.0
Servicios privados	210.000	19.1

Fuente: Censo de población, 1936.

En el subsector precapitalista de la economía interior se ocupaba alrededor del 80% de la población activa del país y se generaba el 45% del ingreso territorial. En el subsector neocapitalista de esta economía prestaba servicio el 18% de la fuerza de trabajo disponible y se creaba un 25% del ingreso territorial. En el sector extractivo exportador se ocupaba el 2% de la fuerza de trabajo y se creaba el 30% del ingreso. La exacción capitalista extranjera en el sector petrolero puede apreciarse por el hecho de que mientras esa actividad contribuía con el 30% aproximadamente del ingreso territorial, sólo aportaba un 4% al ingreso nacional, bajo la forma de remuneraciones del trabajo venezolano y contribuciones fiscales al Estado venezolano. Así, mientras el producto bruto petrolero en 1936 alcanzaba Bs. 647 millones, de un total estimado en Bs. 1.865 millones, el ingreso nacional originado en la actividad petrolera sólo alcanzaba Bs. 57 millones, de un total de Bs. 1.500 millones. La proporción entre el ingreso nacional petrolero y el ingreso territorial del mismo sector era de menos de 9%, lo que significa que más del 90% de dicho ingreso territorial no revertía al país, sino que beneficiaba la economía extranjera.

Las fuerzas dominantes de la economía y la sociedad eran: el capital extranjero, la burguesía comercial y financiera, los grandes terratenientes y la que se ha convenido en llamar "burguesía burocrática", formada en los cuadros superiores del gobierno. Estas fuerzas dominantes, de cuyo ejercicio se beneficiaba territorialmente alrededor de un 3% de la población y extraterritorialmente grupos de población de otros países, habían quedado intactas del tránsito circunstancial del gomecismo al régimen presidido por López Contreras. Las clases dominadas eran: el campesinado pobre, no propietario; los obreros de la producción material (agrícolas, industriales, petroleras, de la construcción); los trabajadores de servicios y los empleados públicos y privados de los niveles medio e inferior. Estas clases comprendían estimativamente un 82% de la población. Existían otros grupos socioeconómicos compuestos por pequeños propietarios rurales, artesanos, profesionales independientes y otros no bien definidos, que formaban una categoría intermedia, no sujeta a la explotación directa, pero tampoco identificada con el sector dominante y que comprendía alrededor del 15% de la población.

Venezuela era entonces una economía dependiente, en el estadio inferior del subdesarrollo, supeditada al capitalismo extranjero, prin-

cialmente anglonorteamericano. A juzgar por la proporción del empleo y del ingreso nacional relativo a la agricultura, esta economía descansaba sobre una base agraria; pero si se atiende a la significación de la actividad petrolera en el producto bruto interno, en el aporte de divisas, en la inversión territorial y otras variables importantes, la economía se fundamentaba también en la explotación del petróleo. La decadencia de la agricultura y la expansión de la actividad extractiva hacían pensar en la existencia de una fase de transición que conduciría bajo las condiciones prevalecientes al dominio entero de la economía por el negocio petrolero. La fuerza dominante interna, adyacente a la petrolera, era la burguesía comercial y financiera cuyo crecimiento era determinado por la evolución de la capacidad para importar en función de la exportación petrolera en primer lugar. Aunque la agricultura estaba en decadencia y el valor de la propiedad rural había sido severamente golpeado por la depresión económica, los grandes terratenientes constituían todavía una fuerza considerable, capaz de oponerse con éxito, por ejemplo, a una reforma agraria. Los intereses de los diferentes estratos de las fuerzas dominantes estaban vinculados orgánicamente entre sí. El aparato del Estado, aunque formalmente sujeto a modificaciones en virtud de la desaparición física del dictador, continuaría respondiendo, naturalmente, a los intereses dominantes. Sin embargo, algunos sectores de las clases dominadas —el proletariado petrolero, el industrial, incluso los empleados—, así como el grupo intermedio que se ha señalado anteriormente, comenzarán en 1936 a desempeñar un papel activo en la transformación progresiva de ciertas condiciones y situaciones de la economía, la política y sociedad. Esa transformación se iniciaría en 1936, se aceleraría después de 1940, sufriría contingencias de variable gravedad después de 1949 y conduciría al cuadro actual de la vida venezolana, que no vacilo en calificar de crítico en el sentido profundo del término.

VII. - LA DINÁMICA POLÍTICA EN EL QUINQUENIO 1936-40

Una lucha llena de peripecias entre las fuerzas regresivas, empeñadas en mantener esencialmente el "orden" gomecista, y las fuerzas propulsoras de reformas económicas, políticas y sociales de contenido democrático se desenvolvió durante el quinquenio en examen. El jefe del gobierno, Eleazar López Contreras, confirmado como tal por el Congreso de 1936 de composición eminentemente gomecista, y un grupo

de sus colaboradores en el Poder Ejecutivo, desempeñaron el papel equilibrador entre las dos categorías de fuerzas mencionadas. El régimen lopecista —si así puede llamarse— auspiciaba reformas moderadas, pausadas, que debían ocasionar las menores reacciones posibles, es decir que debían evitar lesiones considerables a los intereses dominantes, aunque proporciona alguna mejoría a las masas dominadas. Esas reformas, según la inclinación oficial, debían proyectarse e imponerse desde arriba, con “calma y cordura” según el lema entonces en vigor. La participación del pueblo directamente en calles, campos y centros de trabajo o mediante sus líderes frustró parcialmente aquel designio equilibrista del gobierno y la lucha se llevó a cabo frecuentemente en términos de violencia represiva por parte del aparato oficial, y de exigencia activa por parte de las clases dominadas e intermedias.

La Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV) se constituyó por necesidad como la única organización de lucha popular existente en los primeros tiempos de 1936. El estudiantado, como en la época gomecista, formaba la vanguardia política progresista en ausencia de partidos políticos. La represión gubernamental se hizo presente con prontitud. A principios de enero de 1936 fueron suspendidas las garantías constitucionales y se prohibía toda propaganda “comunista”, se implantaba la censura de prensa y se limitaba el derecho de reunión y de asociación. La protesta pública contra esas medidas represivas culminó en la concentración popular celebrada en la mañana del 14 de febrero en la plaza Bolívar de Caracas, frente a la Casa de Gobierno. Desde los balcones de ésta se hicieron nutridos disparos a la masa popular y cayeron numerosos muertos y heridos. En la tarde del mismo día el pueblo caraqueño encabezado por sus líderes desfiló hasta Miraflores, el palacio presidencial, en protesta contra la masacre y la represión.

El gobierno aparentemente retrocede en su actitud de freno a las exigencias progresistas. El general López Contreras presenta a la nación el famoso “Programa de febrero”, bosquejo de un plan de gobierno y sobre todo promesa de acción administrativa y de estabilidad política. Ciudadanos notables, opositores o ajenas al gomecismo, son llamados a la formación del gabinete. Se organizan los primeros partidos para la lucha por reformas democráticas: el Partido Republicano Progresista (PRP), el Movimiento de Organización Venezolana (Orve), la Unión Nacional Republicana (UNR). El PRP está orientado por los marxistas y tiene una participación considerable de estudiantes. Orve

está orientado por lo que sería luego el núcleo dirigente de Acción Democrática, con Rómulo Betancourt a la cabeza. Estas tres organizaciones formaron a fines de marzo de 1936 el llamado Bloque de Abril, cuya plataforma de lucha se basaba en la necesidad de reunir el Congreso el 19 de abril, a pesar de su composición reaccionaria, y la convocatoria pronta a elecciones generales. La dinámica de partidos populares conduce al propósito de fundar una organización única de la izquierda, la cual se proyecta con el nombre de Partido Democrático Nacional (PDN), teniendo como secretario general a Jovito Villalba, el más destacado líder estudiantil de la época, y como secretario de organización a Rómulo Betancourt, ambos de la llamada "Generación de 1928". Este partido no fue legalizado. En la clandestinidad funcionó un PDN controlado por el "grupo de Barranquilla" (Betancourt, Leoni, Montilla, etcétera), que sería el antecesor directo de Acción Democrática, partido que gobernaría en Venezuela en los períodos: 1945-48, 1959-69.

La derecha también se organiza y muestra agresividad. En el nivel estudiantil se crea la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), orientada por el grupo que once años más tarde constituiría el partido Copei, con Rafael Caldera a la cabeza. En el plano partidista se organiza Acción Nacional, de tendencia reaccionaria, refugio de gomecistas.

El gobierno constituye sus armas institucionales represivas y las aplica con singular eficacia: el inciso sexto del artículo 31 de la Constitución Nacional, por el cual se declara fuera de la ley la ideología comunista y se ordena perseguir a quienes la profesen, practiquen y difundan; la ley de Orden Público, llamada popularmente Ley Lara por su proyectista el ministro del Interior doctor Lara, destinada a reprimir por la fuerza las manifestaciones públicas antigubernamentales. En noviembre de 1936, en aplicación del inciso sexto, se practica una requisa en las librerías del país para "purgarlas" de material marxista, socialista o radical de alguna manera. Igualmente el gobierno elabora el *Libro Rojo*, especie de censo de revolucionarios peligrosos, presuntamente comunistas, teniendo como fuente informativa los archivos gomecistas, que calificaban como comunista a todo enemigo progresista del régimen, a todo el que luchaba por reformas y libertades.

Los partidos populares de la época se limitaban a exigencias de liberalización de la vida política y de fomento de la economía nacional, en base del mejoramiento y modernización de las leyes, reglamentos y otros componentes del cuadro institucional del Estado. Se pedía, por

ejemplo, la creación del impuesto progresivo sobre la renta, el establecimiento del banco central de emisión, la reforma agraria, la protección y el estímulo a la industria nacional y la agricultura, la instalación de un mecanismo de créditos baratos para la producción, la revisión del régimen de concesiones petroleras para fortalecer la posición de la nación, libertad sindical, mejoramiento de las condiciones de trabajo en la ciudad y el campo, etcétera. Se exigían elecciones generales para los cuerpos deliberantes y garantías para el ejercicio de las libertades y los derechos constitucionales.

En el mes de junio de 1936 estalló una huelga con intenciones de hacerse general, manifestándose como propósitos de la misma la derogación de la Ley Lara, la reforma de la Constitución, la confiscación de los bienes de Gómez, familiares y colaboradores en favor de la nación, la reorganización de la Oficina Nacional del Trabajo para servir a los trabajadores y la libertad sindical. Los dirigentes de esa huelga fueron encarcelados y enjuiciados. Algunos de los objetivos fueron alcanzados, aunque no de modo directo e inmediato: el gobierno hizo pasar al patrimonio nacional un considerable acervo de bienes pertenecientes a Gómez y gomecistas, fue reorganizada la ONT, y en 1937 se promulgó una Ley del Trabajo que se estimó muy avanzada para la época.

En diciembre de 1936 estalla una huelga en la industria petrolera, de objetivos políticos-indicales, la cual se prolongaría hasta enero de 1937, ocasionando un descenso de la producción de petróleo equivalente a un 50% del incremento programado por las empresas. La huelga fue muy combativa y unitaria y demostró el progreso logrado en breve tiempo por el movimiento sindical en el sector obrero más importante del país. El gobierno dio fin a la huelga por decreto y ordenó algunas reivindicaciones socioeconómicas para los trabajadores del petróleo.

El año 1937 transcurre bajo el signo de hechos contradictorios. Por una parte, se conquista el voto popular para la elección de los concejos municipales y también para la designación de representantes al Congreso Nacional; por la otra, se ilegalizan los partidos populares, se persigue a la Federación de Estudiantes, a las organizaciones sindicales y campesinas, se clausuran periódicos y se asalta policialmente la Universidad Central, en Caracas, con un saldo de un estudiante muerto (Eutimio Rivas). La Corte Federal y de Casación —de composición gomecista— declara anulada la elección de algunos senadores y diputados al Congreso de origen popular. En marzo el gobierno

decretó la expulsión de 47 dirigentes políticos progresistas, entre los cuales se encontraban Salvador de la Plaza, Gustavo Machado, Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, José Antonio Mayobre, Miguel Otero Silva, Gabriel Bracho Montiel, Fernando Márquez Cairós, Miguel Acosta Saignes, Gonzalo Barrios, bajo la acusación de comunistas. Se pretendía así descapitalizar al movimiento popular y permitir al gobierno un sosiego para el ejercicio de su política de reformas pausadas y limitadas, sin presión pública. La forma principal de lucha habría de ser en lo sucesivo y hasta la iniciación del gobierno de Medina Angarita en 1941 la clandestina, tanto para el Partido Comunista entonces incipiente, como para el PDN, ya citado.

El gobierno del período 1936-41 tuvo un papel singular en la evolución política venezolana. Surgido realmente del gomecismo, trató de suprimir las características más negativas de ese régimen y de abrir un proceso hacia la liberalización y la modernización del Estado, así como también hacia el mejoramiento paulatino de las condiciones de trabajo y de vida de las clases dominadas. Tuvo que reprimir al movimiento popular porque, desde el punto de vista de sus metas, exigía un cambio más profundo y acelerado que el tolerable por las fuerzas dominantes. Al mismo tiempo, debía ir más allá de lo que los más recalcitrantes sectores dominantes estaban dispuestos a permitir. En el propio seno del gobierno, comprendidos todos sus mecanismos, permanecían activas determinadas fuerzas regresionistas y buena parte de las medidas represivas obedecieron a esa actuación. Los grupos más avanzados de las clases dominantes entendían la conveniencia de una liberalización de las condiciones políticas, económicas y sociales al menor costo posible para dichas clases, mediante una táctica que evitara el clímax popular de agitación y exigencia. El propio jefe del gobierno obedecía a esa intención. En el seno del movimiento popular nuevas fuerzas se manifestaban y crecían al calor de la lucha: las que he denominado clases intermedias y los grupos más avanzados de las clases dominadas. El horizonte de estas nuevas fuerzas era amplio para la época, considerando la secuela de la larga noche gomecista, pero limitado a la luz de la perspectiva histórica. No pretendían ni buscaban una revolución, sino un conjunto de reformas dentro del sistema, que permitieran la participación de las mayorías en la dinámica de la democracia formal y una cuota menos restringida en la distribución del ingreso nacional. Estas exigencias mínimas —que involucraban desde luego una mayor participación nacional en los proventos de la explota-

ción petrolera— serían las banderas esenciales del movimiento popular, incluido el partido comunista, a través de los tiempos que median entre la muerte de J. V. Gómez y el ascenso a la presidencia de la República de Rómulo Betancourt en 1959. La radicalización de las exigencias —y de la lucha por alcanzarlas— data de años recientes, prácticamente dentro del presente decenio de la vida venezolana.

En consecuencia de lo anterior, el quinquenio 1936-40 se caracteriza por una parcial y relativa liberalización política y por la implantación de algunas reformas socioeconómicas. En lo político: elecciones para cuerpos deliberantes, un restringido juego de partidos, alguna libertad de prensa frecuentemente interrumpida y alterada, alguna libertad de reunión y de asociación. En lo económico y social: rescate para la nación de algunos de los bienes apropiados por Gómez y sus acólitos, promulgación de una Ley del Trabajo, progresista para entonces, modernización de algunos aspectos del sistema fiscal, establecimiento formal de un mecanismo de cambios diferenciales en que se reconoce la coexistencia de sectores diversos dentro de la economía del país, y se da un trato específico a la industria petrolera, establecimiento del Banco Central de emisión y correspondiente reforma bancaria, implantación de algunas medidas de protección a la industria manufacturera, la agricultura y la cría, ejecución de algunas obras de infraestructura (vías de comunicación, acueductos, instalaciones sanitarias, etc.), ampliación y mejoramiento de las facilidades educativas y médicoasistenciales. En lo relativo a las relaciones de la nación con la industria petrolera bajo el control extranjero, salvedad hecha del régimen cambiario ya señalado, de un mejor control fiscal de las operaciones de las compañías y del aumento de las remuneraciones del trabajo empleado en esa industria, nada significativo hizo el gobierno para fortalecer la posición nacional. Los intereses petroleros estaban a la cabeza de las fuerzas dominantes y eran los menos dispuestos a permitir una reducción del ámbito de su dominio efectivo, expresado en el índice de sus beneficios.

En abril de 1941, cuando termina el período constitucional del presidente, mediante la formalidad de la elección de segundo grado por el Congreso mayoritariamente adicto al gobierno, el general López Contreras deja el mando y designa como sucesor al general Isaías Medina Angarita, quien haría un gobierno más progresista que su antecesor, con mayor contenido de realizaciones positivas tanto en el campo político, como en el económico y social.

VIII. - LA DINÁMICA ECONÓMICA EN EL QUINQUENIO 1936-40

Cuando se inicia el año 1936 la depresión económica había sido superada en Venezuela y comenzaba un proceso de recuperación. La exportación se cifraba en 1936 en Bs. 768 millones, cantidad sólo inferior a la de 1929; si se tiene en cuenta únicamente la exportación de petróleo, cifrada en Bs. 684 millones, se encontrará que marca un máximo para entonces. Decayó, por tanto, la exportación no petrolera, golpeada duramente por la depresión. La importación no se había repuesto enteramente y ascendía a sólo Bs. 212 millones, contra Bs. 364 millones en 1930. El valor retornado del petróleo, sin embargo, alcanzaba Bs. 138 millones, superior al acusado durante los seis años precedentes. La inversión petrolera real se estimaba para 1936 en Bs. 43 millones, nivel deprimido con relación al período anterior a 1931. También la inversión real en el resto de la economía permanecía deprimida. Los ingresos públicos superaban los registrados en cinco años anteriores; si se observan específicamente los ingresos derivados de hidrocarburos y minas, se aprecia que marcaron un máximo hasta entonces; no obstante, el peso sustancial de los derechos de importación, cuyo monto permanecía deprimido con respecto al período anterior a 1930, determinaba en conjunto un menor índice de recuperación de la situación fiscal. El crédito bancario aún no había recuperado los niveles de años anteriores a 1934; sin embargo, la cantidad de dinero en manos del público (billetes y depósitos) en 1936 era prácticamente igual a la de 1930, máximo precedente. El nivel de precios al mayoreo no alcanzaba el registrado en 1934 y el de las cotizaciones bursátiles aún estaba deprimido con respecto al período 1929-33. La existencia de oro en la banca superaba ampliamente a la registrada en años precedentes, con excepción de 1935, indicador de actividad de la balanza de pagos. El mercado hipotecario aún sufría los efectos de la depresión. La importación de cemento —indicador de actividad en la construcción, ya que entonces la producción nacional de ese artículo era muy pequeña— estaba en sus más bajos niveles. En síntesis, por lo que se refiere a la situación en 1936, puede decirse que la economía estaba en vías de recuperación, pero persistían aún algunos aspectos recesivos, limitados a la economía interior.

Un impulso más vigoroso y sostenido de rehabilitación económica tuvo lugar entre 1937 y 1940. Además de que el negocio petrolero continuó expandiéndose, puede observarse un crecimiento acelerado de

la importación (fuente de aprovisionamiento sustancial entonces), un alza notable de los ingresos y gastos públicos, una reactivación del crédito bancario comercial, un ascenso considerable de la circulación monetaria, un alza moderada del índice general de precios, un aumento sustancial de la importación de cemento, un incremento considerable del movimiento de divisas. En síntesis, puede afirmarse que en este último período la economía superó enteramente la fase de recuperación y entró en un proceso expansivo moderado.

La actividad petrolera amplía y fortalece en esta época su posición determinante de la economía venezolana. La agricultura de exportación había pasado definitivamente a un lugar accesorio. Aunque en la composición del ingreso público, el renglón petrolero significa sólo un 25% en 1940, su influencia indirecta era mucho mayor: la renta aduanera que representaba el 38% de ingreso constituía realmente una función del ingreso de divisas petroleras al país. La actividad comercial y bancaria giraba en gran proporción en torno a la importación. El artesano y la pequeña y mediana industria continuaban suministrando una porción considerable de los bienes manufacturados de consumo en el país, pero la importación aportaba una fracción cada vez mayor de dichos bienes. La política proteccionista oficial se iniciaba tímida y dispersa, figurando entre las primeras ramas favorecidas la industria textil. Más que un proceso de sustitución de importaciones, tuvo lugar en ese tiempo un auge de importaciones. En 1938 se celebró un *modus vivendi* con los Estados Unidos en virtud del cual resultaron decisivamente favorecidas las mercancías procedentes de ese país, que era, por otra parte, el principal comprador del petróleo, del café y del cacao producidos en Venezuela.

IX. - LA DINÁMICA SOCIAL EN EL QUINQUENIO 1936-40

El esquema de clases y estratos socioeconómicos que he expuesto en párrafos anteriores, correspondiente al año 1936, no sufre modificaciones apreciables durante el período examinado. Alguna ligera expansión de la burguesía industrial y agraria (esta última formada por medianos y grandes empresarios de explotación agropecuaria) puede observarse en esos años, así como un moderado deterioro de la posición de los terratenientes tradicionales y de los que surgieron bajo el gomecismo. La influencia de las clases intermedias (pequeños propietarios

rurales, profesionales, independientes, artesanado, pequeños comerciantes e industriales) aumenta ligeramente. Disminuye la proporción del campesinado pobre y aumenta la de los trabajadores de la producción y los servicios. Aparece, incipientemente, un nuevo grupo social que en el correr del tiempo adquiriría importancia numérica y fenomenológica: el de los *marginados*. Como fuerzas dominantes actúan: el sector capitalista extranjero, la burguesía comercial y financiera, los terratenientes, los rentistas urbanos y la burguesía industrial y agraria.

X. - EVOLUCIÓN DE LA ESTRUCTURA DEL PODER

La base económica de la sociedad determina la composición de clases de la misma y, consecuentemente, la estructura del poder. En el esquema 4 se intenta bosquejar la sucesión de cambios operados en Venezuela en el sentido indicado.

ESQUEMA 4

EVOLUCION DE LA ESTRUCTURA DE PODER EN VENEZUELA

<i>Período</i>	<i>Base económica</i>	<i>Fuerzas dominantes</i>	<i>Instrumento político</i>
1830-1917	Agrícola Exportación	Terratenientes Burguesía exportadora y financiera	Gobiernos pseudoconstitucionales. Gobiernos <i>de facto</i> en períodos breves
1918-35	Explotación petrolera bajo dominio extranjero Agrícola Exportación	Capital extranjero Burguesía importadora y financiera Terratenientes	Gobierno de fuerza prolongado
1936-41	Explotación petrolera bajo dominio extranjero Agrícola Exportación	Capital extranjero Burguesía importadora, financiera, industrial Terratenientes	Gobierno pseudoconstitucional

XI. - CONFRONTACIÓN ENTRE LA DÉCADA DE LOS 30 Y LA ACTUAL

Venezuela ha crecido en los últimos treinta años. En el cuadro 2 se comparan los indicadores económicos más significativos para los años 1938 y 1968. Mientras la población se ha multiplicado por tres, el ingreso por habitante se ha multiplicado por seis. No hay cifras directas sobre la distribución del ingreso, pero hay acuerdo sobre la presunción de que más del 40% de la población obtiene un ingreso por habitante como el de 1938, que era de US\$ 145 anuales, y que menos de un 10% obtiene ingresos similares o superiores al promedio de los Estados Unidos. La población se ha hecho en su mayoría urbana (65%) y su grado de juventud ha aumentado sensiblemente (alrededor de un 50% tiene menos de 20 años). La base material de la producción apenas se ha modificado: la explotación de petróleo continúa siendo decisiva para la vida del país. La estructura económica se ha desenvuelto en el sentido capitalista, con preponderancia del capital extranjero en el sector fundamental, significación considerable de ese mismo capital en la industria manufacturera y los servicios, dependencia decisiva de los patrones de producción y de consumo con respecto a los Estados Unidos, fomento de cierto capitalismo de Estado y un incipiente capitalismo nacional privado en la agricultura y el sector secundario. Una proporción importante de la población deriva sus ingresos de actividades precapitalistas.

La estructura social, en consecuencia, ha sufrido algunas modificaciones. En el esquema 5 se comparan a este respecto los años 1938 y 1968. Las fuerzas dominantes siguen siendo las mismas, sólo que, paradójicamente, el sector capitalista extranjero tiene mayor peso, la burguesía industrial ha cobrado impulso, en tanto que han decaído más los terratenientes rurales, y la burguesía comercial. Ha surgido un estrato ligado a las clases dominantes y al sector público, que actúa como agente de dominación incluso en la esfera política y cultural, y que se ha dado en llamar la "clase gerencial", formada por ejecutivos altos y medios, profesionales y burócratas influyentes. Ha disminuido el campesinado pobre, en proporción, mientras se ha incrementado la clase obrera de la producción y los trabajadores de servicios. El desempleo ha adquirido significación socioeconómica, hasta alcanzar a un 12% de la población activa. El grupo de los *marginados* (sin techo, sin paternidad conocida, materia prima de la delincuencia y la prostitución), ha crecido

notablemente. En las ciudades no sólo hay cinturones de miseria, sino también islas donde dominan los *marginados*.

La vida política se ha liberalizado bajo el signo de la democracia formal. Hay presos políticos, torturados, perseguidos, exiliados por causas políticas. Hay partidos políticos legalmente inhabilitados (los de orientación marxista-leninista). Las universidades nacionales han sido allanadas varias veces. Se allanan hogares sin fórmulas legales. Algunos ciudadanos "desaparecen" bajo la intrincada red policial. Pero hay elecciones generales regularmente y la Constitución consagra libertades, derechos y garantías a los ciudadanos, funcionan los cuerpos deliberantes, y existe una limitada libertad de información y de opinión.

Venezuela es una economía dependiente, subdesarrollada, deformada, desintegrada. En 1983 termina la mayoría de las concesiones petroleras en favor de compañías extranjeras, y la nación no ha escogido aún una alternativa de desarrollo independiente de la industria petrolera. Está congelada la participación nacional en los proventos del petróleo. La industrialización está supeditada en su mayor parte a los suministros extranjeros. La sustitución de importaciones está detenida al nivel de los bienes de consumo. Recursos naturales, humanos y financieros se desperdician. La juventud clama por capacitación para el trabajo. El sistema educativo tiene niveles críticos de estrangulamiento en las fases media, superior y especial. El gasto público está comprometido en el sostenimiento de servicios ineficientes, que encubren el subempleo. Los intereses dominantes se dejan sentir en todos los niveles y mecanismos del gobierno y la administración pública.

El país tiene ante sí la tarea de la formación de una economía y de una sociedad *nacional*, entendida ésta como la armoniosa integración de la soberanía política, la independencia económica, el desarrollo cultural autónomo, la liberación del hombre. Las formas tradicionales de la política están en crisis. En 1936 se planteaba la necesidad de una transición hacia la democracia representativa, apenas vivida por Venezuela en breves lapsos del siglo pasado. En 1968 la democracia representativa es insuficiente y se exige una democracia efectiva, dinámica, de contenido transformador.

La carga de la *marginalidad* en su sentido comprensivo —económico, político, social— crece y alimenta la violencia: represión gubernamental, delincuencia, subversión incluso armada. La violencia es la

medida de la incapacidad de las fuerzas dominantes para solucionar el problema de la conservación del poder.

CUADRO 2
INDICADORES ECONOMICOS VENEZOLANOS

	1938	1968
Ingreso Nacional por habitante (US\$ anuales)	145	870
<i>Estructura de la producción</i>		
Sector primario	55%	30%
Sector secundario	15%	20%
Sector terciario	30%	50%
Población activa (miles)	1.150	3.300
Población urbana	36%	65%
Población rural	64%	35%
Ingreso de divisas (millones de US\$)	85	1.400
Reservas monetarias internacionales (millones de US\$)	56	850
Ingresos públicos nacionales (millones de bolívares)	340	9.200
Ingreso petrolero del Estado (millones de bolívares)	97	5.650
Relación entre el ingreso nacional petrolero y el ingreso territorial petrolero	0,10	0,65
Tipo de cambio (Bs./US\$)	3,10	4,50
Proporción del comercio exterior venezolano correspondiente a los Estados Unidos	60%	55%

ESQUEMA 5

EVOLUCION DE LA ESTRUCTURA SOCIOECONOMICA DE VENEZUELA
(porcentajes de la población)

<i>Clases y Estratos</i>	<i>1938</i>	<i>1968</i>
DOMINANTES		
Sector capitalista extranjero*	—	—
Burguesía:		
comercial y financiera	0.6	1.0
industrial y agraria	0.3	0.8
rentista	0.5	1.0
Terratenientes	2.0	1.0
Subtotal	3.4	3.8
INTERMEDIOS		
Pequeños y medianos agricultores independientes	4.0	6.0
Profesionales independientes	1.0	2.0
Artesanos	10.0	5.0
Subtotal	10.5	16.0
DOMINADOS		
Campesino pobre	40.0	33.0
Obreros de la producción	10.0	18.0
Trabajadores de servicios	17.0	20.0
Empleados	5.0	6.0
Marginados	0.1	2.0
Subtotal	80.1	79.0

**PASADO, PRESENTE Y FUTURO
DE LA ECONOMIA VENEZOLANA**

ANOTACIONES PARA UN BALANCE HISTORICO DEL SIGLO XX EN VENEZUELA

En épocas de conmoción y turbulencia, también signadas por la incertidumbre, como la que vivimos, el tiempo parece abreviarse y la visión histórica empequeñecerse, por lo que se aprecian lejanas en el pasado las circunstancias que conformaron el curso de la vida de los pueblos y que, en gran parte, explican lo que ocurre hoy; y lejanas igualmente, como juegos de imaginación, las previsiones del futuro, cuyo significado se hace impreciso, atrapados como estamos en un momento crucial en que los imperativos de la sobrevivencia parecen dominar a los de la necesaria transformación. En particular, la juventud rehusa mirar al pasado y el futuro se le presenta como riesgo cuando no como amenaza. Para ella el tiempo es una variable mágica, como en el relato de Balzac de la piel de zapa: cada deseo realizado encoje la vida. Pero podría decirse también que los deseos frustrados van agotando el caudal de la esperanza, y el afán de lucha que mueve la vida requiere de vez en cuando el aliciente de la victoria.

Intentamos, pues, liberarnos de la obsesión del corto plazo y proyectar el análisis a la dimensión secular o centurial, inconclusa aún. Aunque la historia no se recluye en los límites de un siglo, ni puede admitirse científicamente que los procesos de la vida social pueden ser identificados como unidades históricas referidas a determinados períodos como característica relevante, hay necesidad, para el estudio, de fijar límites temporales y al efecto el siglo xx puede ser tan conveniente o tan arbitrario como cualquier otro período. Lo que interesa es la gran perspectiva, la visión trascendente de los fenómenos, el discernimiento de las tendencias principales —macrotendencias— y la identificación de las transformaciones que revelan nuevos modos de organización social y de funcionamiento y crecimiento de la sociedad. Estas variaciones sustantivas de la vida de un pueblo no tienen lugar explosivamente, en

coyunturas abruptas y breves, sino en procesos prolongados, de acumulación de causas y efectos, y por ello la referencia a un siglo facilita la holgura indispensable para el seguimiento de los fenómenos en que se manifiesta la acción humana.

Las tres primeras décadas del siglo fueron el marco temporal de un desgarramiento económico/social con incidencia en el orden jurídico/político: la caída de la economía agroexportadora tradicional y, por tanto, de la sociedad sustentada en ella. Con el siglo comienza la llamada danza de concesiones petroleras en el país y la lucha entre grupos imperialistas internacionales por el reparto de nuestros recursos naturales. El imperialismo se nos presenta entonces en una doble circunstancia: i) el bloqueo naval de nuestros puertos en 1902, por potencias europeas para cobrarnos a la fuerza una inflada e ilegítima deuda externa; ii) el financiamiento y la promoción de la asonada contra Castro llamada revolución libertadora, acaudillada por el banquero oligarca M. A. Matos. La emergencia del petróleo bajo la expansión imperialista requiere un reordenamiento del poder interno y sus mecanismos gubernamentales: se establece así la dictadura de Gómez, garante de la seguridad y la rentabilidad de los intereses extranjeros y de la recomposición del orden económico/social interno bajo la nueva situación. La burguesía agroexportadora, asociada en condición de subordinada al capitalismo premonopolista europeo, entra en decadencia como estrato del complejo social dominante y es sustituida en esta posición por la burguesía importadora; la clase terrateniente agraria mantiene, sin embargo, posición de poder, aunque parcialmente lesionada por la emergencia petrolera y la decadencia de la agroexportación. La trilogía del poder consiste entonces en la avanzada imperialista petrolera, la burguesía importadora y la clase terrateniente. Como clase dominada principal existía el campesinado sin tierra, cultivador en precario o vinculado a las haciendas en situación cuasiservil; se formaba el proletariado petrolero y un incipiente proletariado urbano, en pequeñas industrias, construcción y servicios. Otro grupo social, compuesto por el artesano, los pequeños comerciantes, los empleados públicos y privados, los intelectuales y maestros, se desenvolvía sin dinámica propia entre las clases dominantes y las dominadas, germen de lo que después se denominaría, sin mucha precisión socioeconómica, la clase media. Una nueva forma de acumulación sustentada en el excedente petrolero exigía una nueva estructura de poder interno, una nueva vinculación con el sistema

capitalista mundial y un mecanismo de control estatal, eficazmente represivo, para el funcionamiento del orden económico/social y político así generado. Se explica de esta manera la prolongada dictadura gomecista y sus características, entre las cuales destaca la entrega prácticamente incondicional de enormes concesiones a las compañías petroleras extranjeras.

Las décadas finales del siglo sirven de marco temporal a otro desgarramiento: la decadencia de la economía petrolera primaria exportadora y la emergencia de la búsqueda de un nuevo modo de acumulación, en torno al cual se hace necesaria una reordenación del poder y, por tanto, de la sociedad global. Aquella decadencia tiene signos diferentes a la que tuvo lugar en las primeras décadas del siglo: el excedente petrolero, si bien considerablemente disminuido y sujeto a contingencias externas, es todavía, y seguirá siéndolo, muy considerable en términos cuantitativos y permite, por tanto, una transición al surgimiento y fortalecimiento de nuevas fuentes de acumulación; pero esta transición es una crisis, un desgarramiento en sentido técnico, un proceso lleno de dificultades y riesgos para una nueva estructura de poder interno, una nueva vinculación externa al sistema capitalista mundial y mecanismos públicos y sociales que propicien y aseguren ese establecimiento. Como nota aparentemente curiosa cabe destacar la semejanza, guardadas las proporciones, entre la situación de endeudamiento externo de la República a principios de siglo y la actual: en ambos casos el significado consiste en un gravamen al ingreso real del país, con desigual distribución del mismo entre los grupos sociales, y un mecanismo de dependencia y explotación, interna y externa, que compromete el potencial de desarrollo y fortalece el poder de dominación. Pasaron entonces tres décadas antes de la cancelación de la deuda (1930); ¿cuántas pasarán ahora y cuáles podrán ser las instancias para convertir la deuda en instrumento de lucha en lugar de medio para la subordinación?

Dos cuestiones fundamentales

Los procesos políticos, sociales y económicos que se han realizado en el transcurso del siglo actual han tenido como centros dinámicos dos conjuntos de contradicciones: el primero se forma con la dualidad dialéctica dominación/liberación; el segundo con la antinomia independencia/dependencia. En verdad, la separación entre estos conjuntos es hecha

con fines analíticos; en la realidad histórica son interdependientes y pueden expresarse como la lucha entre las fuerzas del poder y las de la transformación revolucionaria del orden social. En períodos de relativa estabilidad, en que parece cumplirse una tregua o un alivio del conflicto entre poder y liberación, cobran vigencia los llamados pactos sociales, con proyección política, en que participan los factores y actores que ejercen el poder, y los que están asociados con éste, y aquellos otros que administran mecanismos de estabilización en el campo económico, social y político. Son períodos en que las reglas del poder están bien definidas, el reparto de los beneficios del poder se hace conforme a lo pactado y la difusión de los medios marginales para sostener conformidades y acallar protestas asegura el balanceo del sistema sin riesgos incontrollables. En otros períodos, de inestabilidad y descomposición de la estructura de poder, las contradicciones de posiciones e intereses se acentúan, y evidencian, se agudiza la lucha por el reparto del excedente económico menguante y las medidas y los medios de alivio de las desigualdades y los extremos críticos se reducen, lo que permite el aumento de la inconformidad y la insurgencia social.

Sin duda esos procesos no se aíslan dentro de los límites de lo nacional. Los factores de dominación y dependencia se interrelacionan a escala del sistema mundial del capitalismo, reflejándose en aquellos procesos las incidencias y modalidades según las cuales el sistema global defiende y asegura su cohesión y crecimiento. He aquí por qué no es posible, objetivamente considerado, efectuar un análisis histórico exclusivamente *nacional*: en el curso del siglo xx las sociedades organizadas según el modo capitalista se integran cada vez más en una estructura mundial de poder y el conflicto entre dominación y liberación se internacionaliza, o mejor se transnacionaliza, implicándose en el mismo todo el complejo de las relaciones mundiales de poder. Aun en las épocas en que —como en América Latina durante la gran depresión y la segunda guerra mundial— la sociedad nacional parece recogerse en sí misma y fortalecer las bases internas de su funcionamiento y crecimiento, o como la que vivimos incluso en Venezuela en la década de los ochenta hasta el presente, las vinculaciones dependientes de los países subordinados se mantienen adoptando otras modalidades, hasta que se reordena el sistema y se asegura su estabilidad y expansión, como ocurrió en el largo período que arranca de la segunda postguerra y concluye en la década de los setenta.

No es objetivo, en el mismo orden de ideas, identificar lo nacional en una totalidad, como si fuese una unidad homogénea y solidaria. El proyecto o modelo nacional, que se establece ideológicamente como consenso y expresión de la sociedad global del país, corresponde en la historia de los procesos pluralistas, a la integración de la dominación en la realidad conflictual, cuyo funcionamiento con el menor riesgo posible asegura la contención de la desobediencia y de la inconformidad de los dominados para que no se convierta en insurgencia. Es función esencial del Estado liberal democrático la administración político/jurídica y aun económica del equilibrio logrado, siquiera precariamente, en determinadas instancias históricas, proyectando a escala de nación, como ente abstracto pero conveniente, el patrón de los valores materiales y culturales conformado en torno a la estructura de poder. Esto es lo que se llama legitimación del orden imperante y se trata de promover su estabilidad identificándola con el interés del común, en la convergencia sublimada de una sociedad de iguales y libres en derechos y deberes.

En el seno de esa abstracción conveniente, que es la nación, se desenvuelven los procesos de diferenciación histórica de los patrones de organización social, vinculados, como dije, al desarrollo mundial del capitalismo. La sociedad venezolana se organiza en el siglo xx a partir de un hecho fundamental: la generación del excedente petrolero, como en el siglo xix se había organizado a partir de la generación del excedente agrario. La maximización de la parte del excedente que ingresa al Estado y la lucha interclasista e intraclasista por la distribución del excedente *nacionalizado* constituyen en esencia el proceso histórico venezolano durante los últimos 60 años. La condición jurídico/administrativa de que el Estado —en representación de hecho y de derecho de la nación— ejerce las facultades inherentes a la propiedad de la riqueza en hidrocarburos del país, y, por tanto, percibe y dispone el ingreso petrolero nacional, determina una estructura de poder en la cual el Estado asume una función decisoria en la conformación del aparato productivo interno y, por tanto, en la dinámica de las relaciones sociales. Por supuesto, el Estado —bien sea en su forma liberal democrática o bien en la de dictadura represiva— se ha propuesto el desarrollo capitalista de la sociedad venezolana, lo que implica un orden social clasista, cuya estabilidad descansa en mecanismos de poder. En este orden, sujeto a reestructuración en las coyunturas en que se hace necesario la reformulación del proyecto nacional, la clase dominante adquiere

características ajustadas a las modificaciones de la base económica y de la superestructura jurídico/política y las clases dominadas sufren correlativamente modificaciones en su composición y relación con el modo de creación y distribución de la riqueza. En el transcurso del siglo la jerarquía del poder se ha reordenado bajo el imperativo de aquellas modificaciones y de las que el sistema capitalista mundial ha incorporado. Así, a grandes rasgos, hasta fines de la década de los 50 la burguesía importadora/financiera, asociada en condición de dependencia a la burguesía monopolista internacional, uno de cuyos brazos más poderosos era la actividad petrolera, ejercía la función principal en el sistema de dominación, dentro de un complejo institucional/operativo en que el Estado aseguraba el funcionamiento de la sociedad con el apoyo de los recursos financieros obtenidos del petróleo y —en determinados períodos en que se fracturaban los vínculos que cohesionaban al sistema de poder— los medios de represión policial/militar. En una fase más avanzada de diferenciación de la jerarquía de la dominación, en correspondencia con la diversificación de la base económica, la cúpula del poder es compartida por varios estratos emergentes de la burguesía: el manufacturero, el de la construcción, el agrario y el financiero, que tienen intereses parcialmente contradictorios entre ellos pero una estrategia común de clase dominante. Cada vez más, la burguesía combina sus funciones e intereses en complejos oligopólicos que tienden a cubrir todas las instancias o etapas del proceso capitalista de extracción de ganancia y acumulación concentrada: la producción material, los servicios, los medios financieros y los de comunicación social, en conexión abierta o encubierta con las corporaciones transnacionales.

Estructuración y reestructuración del poder

En el concepto del historiador Germán Carrera Damas, la estructura de poder interna está integrada por dos sistemas: el jurídico/político, “que tiene que ver con las formas de organización social referidas a la formación y ejercicio del poder político; y el jurídico/social, que tiene que ver con las manifestaciones básicas de la vida social, es decir, la formación, la reproducción y el funcionamiento de la sociedad”. El fundamento del sistema jurídico/político, en este mismo orden de ideas, es la nación, la cual desempeña un papel de principio legitimador de la

dominación. En términos más simples y directos yo diría que aquella estructura está compuesta por dos planos de relaciones interdependientes: el de las relaciones económico/sociales, que asegura el modo de creación, distribución, circulación y aprovechamiento de la riqueza material de la sociedad; y el de las relaciones político/institucionales, que legitima dicho modo de producción y lo proyecta al orden de legalidad, de valores sociales, de patrones culturales dominantes y estilos de vida. El Estado, en su acepción más amplia, armoniza esos dos planos de relaciones y toma las providencias necesarias para que sus desajustes o desequilibrios no alcancen la intensidad de una ruptura del orden establecido.

En el transcurso del siglo xx han tenido lugar algunas transformaciones importantes de la estructura de poder en el país que han sido asimiladas mediante reajustes más o menos significativos de la misma. La instalación efectiva y directa de una avanzada estratégica del capitalismo monopolista internacional en Venezuela, como lo fue la actividad petrolera, configurada en la formación de un *enclave* neocolonial, determinó una de esas transformaciones, pues de una u otra manera desplazó históricamente como clases dominantes a la de los grandes terratenientes agrarios y la burguesía comercial exportadora, sustituyéndolas por la que se ha dado en llamar burguesía *consular*, cuya función ha consistido en abrir paso a la formación de un mercado interno cautivo en un doble sentido: como apéndice directo del mercado capitalista mundial, para la colocación de mercancías importadas en su forma de elaboración; y como zona de localización económica de actividades productivas esencialmente dependientes de los suministros extranjeros de insumos, equipos, tecnología y servicios (lo que se ha dado en llamar la sustitución de importaciones). En Venezuela, particularmente, esta transformación requería la conversión del Estado liberal tradicional en Estado administrador del excedente petrolero y aun en Estado empresario e inversionista, de modo que las clases dominantes se articulan, en el orden del poder, con respecto a su intervención en los mecanismos de la gestión pública. En una fase posterior de esa evolución la burguesía consular se organiza bajo el comando del estrato directamente financiero, cuya vinculación subordinada al capital financiero internacional se ha hecho más estrecha los últimos quince años en concordancia con la sobreexpansión del capitalismo financiero mundial.

Cumplida la fase primaria, o más propiamente primitiva, del establecimiento petrolero neocolonial en Venezuela, durante el régimen gomecista, se impuso la necesidad de la reorganización del plano político/institucional, proceso que se inició en 1936, a la muerte del dictador, simple accidente histórico y no condición determinante de aquella modificación. La proyección de este proceso en la entera vida social/nacional permitió sustentar la apreciación no dialéctica de que el siglo xx venezolano comenzó en aquel año. Un sencillo análisis muestra que la génesis de aquel proceso orientado al surgimiento del Estado liberal democrático —y por tanto hacia una reestructuración del poder interno— tuvo lugar durante la llamada larga noche gomecista, a cuya sombra emergieron nuevas fuerzas sociales y políticas: el proletariado petrolero y urbano, una incipiente burguesía manufacturera y agraria, una intelectualidad creciente politizada e incluso una oficialidad de las fuerzas armadas que difícilmente toleraba una jerarquía castrense inculta y sin más méritos militares que los favores de la dictadura. Cuando amaneció 1936 existían, por lo menos, tres preproyectos de transformación de la sociedad venezolana: el del grupo de Barranquilla, liderizado por Rómulo Betancourt, que en el andar del tiempo y las circunstancias llegó a ser el proyecto socialdemócrata; el del incipiente partido comunista, de avance hacia un orden socialista revolucionario; y el de las capas más lúcidas de las clases dominantes, inspirado en la conveniencia de una transición pausada y evolutiva hacia la democracia liberal representativa desplazando del poder político a las fuerzas tradicionales represivas y abriendo camino en el poder económico a las capas emergentes de la burguesía no importadora. Este último propósito tomó su mayor impulso durante el gobierno del general Medina Angarita, en que prevaleció lo que he llamado la burguesía *ilustrada*.

Lo ocurrido en 1948, con la caída del gobierno de Rómulo Gallegos y la cancelación temporal del proyecto socialdemócrata, si bien tiene su importancia indiscutible en el orden político/institucional, no tuvo la significación de una transformación en la estructura de poder interno. En el plano que he denominado de las relaciones económico/sociales ninguna variación efectiva se realizó, salvo la aceleración del proceso de creación de un sector público de la economía centrado en industrias y servicios básicos y de una infraestructura física y administrativa para la diversificación de la base económica del capitalismo dependiente en desarrollo. Pero si hay que destacar el otro aspecto de esa coyuntura que abre paso a las fuerzas más representativas de dominación, interrump-

piéndose la evolución del Estado liberal democrático; fue el desfase considerable entre el desenvolvimiento más pausado del plano económico/social y el más acelerado del plano político/institucional durante el período 1946-48. Ese desfase no permitió la continuidad temporal del proyecto de sociedad nacional legitimada según el juego de las libertades y derechos del orden burgués moderno, mientras se afirmara el modelo de acumulación del excedente petrolero por parte de la burguesía consular, compatible con una difusión del ingreso nacional en las clases dominadas. El desfase intimidó, o atemorizó mejor dicho, a las capas más conservadoras de la dominación, en concordancia con los intereses del enclave petrolero, y se resolvió transitoriamente en una fórmula dictatorial, de Estado supuestamente eficiente pero abiertamente represivo de los intereses populares, especialmente los de los trabajadores, y de las fuerzas de liberación del orden político/institucional.

A partir de 1958 se desenvuelve otro proceso de reestructuración del poder, en los dos planos que lo forman. Durante la última dictadura la jerarquía del orden de dominación en el plano económico/social se modificó en el sentido de que el estrato manufacturero y el agrario toman la posición principal en la cúpula de dominación, posición que se fortalece sostenidamente durante el período 1959/75 (en verdad los períodos no pueden ser definidos con precisión cronológica y sólo son aproximaciones), en virtud del adelanto de la sustitución de importaciones con el apoyo del Estado liberal democrático. Viejos residuos del antiguo poder —el de los grandes terratenientes agrarios de índole latifundista y el de la burguesía comercial importadora— pasan definitivamente a la posición inferior de la estructura de la dominación; pero la burguesía como clase sigue siendo consular, es decir, dependiente esencialmente de la dinámica capitalista mundial en punto a tecnología, formas de organización empresarial, manejo de los mecanismos del mercado y suministros materiales de producción; también funciona como agente casi incondicional de los estilos de vida, expresados en las formas de consumo, de valoración del bienestar, de calibración social del éxito y de la ideología del desarrollismo. Sin embargo, durante el relativamente largo período de la dictadura —nueve años— se gestaron las condiciones para el ajuste o armonización entre el plano jurídico/político/institucional de la estructura de poder (proyecto nacional en sentido dialéctico) y el plano de relaciones económico/sociales, iniciándose así un prolongado período (de 28 años hasta el presente) de consolidación del poder político y económico, en un contexto de

democracia representativa y a través del funcionamiento de un Estado eficiente en cuanto a la estabilización del orden de dominación con mínimo riesgo político y social, y también en cuanto a la administración de un modelo de acumulación basado en el excedente petrolero nacionalizado. A partir de 1975, aproximadamente como dije, parece debilitarse la posición jerárquica de la burguesía manufacturera/agraria y fortalecerse la del estrato que maneja directamente el sistema financiero con cierto repunte del estrato empresarial constructor. La maximización del excedente petrolero nacionalizado en la década de los 70 y principios de los 80 proporciona al Estado, y por tanto al poder político, un dominio mayor de los mecanismos de acumulación y de redistribución del ingreso, que es utilizado para reforzar a los grupos oligopólicos que cubren múltiples líneas de negocios y los medios y la estrategia de la comunicación social, con la ventaja singular de que se han desarrollado instituciones sociales que asumen en los hechos y en las formas la representación de los dos polos del sistema social: los empresarios y los trabajadores.

La contracción relativa del excedente petrolero en los años posteriores a 1981, y la modificación del régimen cambiario a partir de 1983, introducen elementos muy importantes en diferentes órdenes de la vida nacional, y especialmente en la composición de los factores de poder. La drástica reducción de la capacidad para importar y de la importación, la devaluación escalonada del bolívar y el cuadro básico de la profunda crisis que no se limita a lo económico sino que envuelve todos los planos de la vida social, incluyendo el político, la necesidad de una nueva definición de la relación de la economía y la sociedad venezolana con el sistema capitalista mundial, conmueven el siempre sensible tejido del poder. Es temprano aún para diagnosticar —y menos para pronosticar— la reestructuración del equilibrio de poder, dentro del plano económico/social y aun en la vinculación con el plano político/institucional; pero hay signos evidentes de un proceso de reajuste que puede llevar bastante tiempo, sobre todo porque los factores de poder no han logrado reconstituir una estrategia de dominación y acumulación en las nuevas circunstancias del país. Entre esos signos puede mencionarse: el progresivo restablecimiento, aunque con diferentes modalidades y proyecciones, de la hegemonía de los estratos industrial y agrario de la burguesía dominante, la situación defensiva de la clase obrera golpeada por el desempleo, el subempleo y el deterioro del salario real, la proletarianización creciente de la pequeña burguesía

particularmente en sus estratos profesionales, la concentración mayor del poder empresarial en grupos oligopólicos de múltiples actividades, la concentración del poder político en las cúpulas de los partidos del establecimiento cuyas vinculaciones con el poder económico son cada vez más evidentes u ostensibles, entre otros hechos. Signo inquietante de esta coyuntura es la mayor apertura —oferta de entrega mejor dicho— al capital extranjero transnacionalizado, al que se le invita a aumentar su participación o realizarla en ramas estratégicas de la economía, incluso en hidrocarburos, petroquímica, metalurgia, minería, metalmecánica, teniendo ya participación influyente o decisoria en actividades tales como: alimentación, automotriz, electrónica, química, finanzas, servicios de auditoría, computación, consulta técnica y otros no menos importantes. La sombra ominosa de la deuda externa, nuevo mecanismo de dominación y dependencia del sistema monopolista del capitalismo transnacional, se extiende sobre este virtual proceso de desnacionalización de nuestra economía, no sólo mediante el reciclaje de los recursos que son extraídos bajo la forma de servicio de la deuda sino también mediante la conversión de deuda en capital accionario de las empresas deudoras públicas y privadas.

Proyecto social/nacional y proyectos

El proyecto de la estructura de poder que ha orientado las relaciones de clase y las funciones del Estado, así como también el patrón de acumulación y crecimiento económico durante los últimos 27 años, consiste en la institucionalización de un sistema liberal en lo político, capitalista con fuerte participación del Estado en lo económico y formalmente igualitario en lo social convencional, si así puede definírsele. El documento legal básico que formaliza dicho proyecto es la Constitución de la República promulgada en 1961. Este estatuto, en buena parte no cumplido, optimiza el objetivo de un orden social burgués en que se autolimitan las exigencias de la propia burguesía para el ejercicio de lo que se ha dado en llamar la libertad económica, el derecho de propiedad y la iniciativa privada, bajo la condicionalidad histórica de que el Estado es el perceptor y administrador —*por cuenta y en nombre de la nación*— de la principal fuente de ingresos del país, el petróleo, y en el contexto implícito de que las relaciones estratégicamente significativas de la economía venezolana con la economía mundial se conducen a través del Estado; condiciones

éstas que se fortalecieron decisivamente a partir del hecho nacionalizador de 1975. El Estado, por tanto, es el mecanismo rector del equilibrio sociopolítico y el factor regulador del patrón de acumulación y crecimiento de las fuerzas productivas, para lo cual asigna recursos destinados, por una parte, a facilitar e impulsar ese patrón de acumulación, y por la otra a sostener la estabilidad institucional mediante el alivio de las necesidades de la mayoría popular y la alienación envuelta en la ideología de la libertad democrática y la soberanía del pueblo. Las tendencias a largo plazo de la distribución del ingreso nacional real son claramente indicativas de la persistencia de un patrón económico/social que favorece ampliamente al capital y la propiedad en detrimento del trabajo asalariado y del campesinado pobre. Sin embargo, en coyunturas de mediano plazo en que las circunstancias económicas determinaron un elevado nivel de empleo y por tanto de poder de contratación de los trabajadores organizados, como la de los años 1974 a 1977, la participación de los salarios en el ingreso nacional ascendió sobre el valor de la tendencia; posteriormente, en la prolongada caída del producto bruto interno que ha tenido lugar desde 1979, y de elevación correlativa de la tasa de desempleo y de subempleo, se contrae sensiblemente la participación salarial y empeoran las condiciones de vida de los trabajadores dependientes, mientras que la participación de los propietarios y empresarios en el ingreso nacional se amplía, y aun dentro de este último grupo tiene lugar una concentración mayor en los estratos superiores, oligopólicos, directamente vinculados al poder político y al capital transnacional. No ha sido óbice, por tanto, la suspensión formal de la garantía económica de libre negocio privado consagrada en la Constitución de 1961 para que la acumulación de capital privado y de ingreso en una minoría de la sociedad haya tenido lugar. Desde luego, el orden constitucional está condicionado por el ejercicio del poder, que no deja de utilizar si es necesario el recurso de la represión abierta o encubierta (por ejemplo, la práctica proscripción del derecho de huelga), no sólo de índole policial sino también la económica y política; ello explica la contención efectiva de los salarios, mientras aumentan las tasas de ganancia, la regimentación del derecho de información, expresión y opinión a través de los medios de comunicación dominados por el poder y la exclusión en los hechos de grupos no afiliados a los partidos del establecimiento que intentan conquistar su propia expresión.

La parte menos cumplida de la Constitución de 1961 es la referente a los derechos sociales, en particular en lo que compete al derecho al trabajo, a la educación y la salud, al salario justo, la protección a la madre y al niño y la seguridad social. No es que el Estado haya dejado de ocuparse en la realización de esos derechos: lo que quiero señalar es que en relación con la magnitud de los recursos de que ha dispuesto los resultados han sido menguados. De modo distinto, la acumulación privada y el bienestar de una minoría de la población, que no alcanza al 10%, la salud se ha convertido en un privilegio de ricos y acomodados, no está cubierto el riesgo de desempleo y la vivienda es apenas un sueño para más del 60% de los venezolanos. Es evidente que la Constitución es un proyecto nacional deseable en la etapa histórica que vive la sociedad venezolana desde 1958; pero también lo es que los intereses relacionados al poder real han logrado frenar la ejecución de políticas diseñadas para hacer efectivos los derechos, libertades, garantías y previsiones cuyo disfrute y vigencia permitirían elevar la calidad y el nivel de vida de la mayoría social y orientar el desarrollo del país en el camino de la independencia y la equidad.

La ideología de la dominación se impone a los antagonismos de clase para lograr la identificación del proyecto que expresa esencialmente las relaciones de poder con el interés nacional o social. La estabilidad de las instituciones depende básicamente de la aceptación de ese proyecto como la expresión posible y deseable del mejor orden social, económico y político. Otros proyectos de organización y funcionamiento de la sociedad nacional, que se fundamenten en un equilibrio distinto de aquellas relaciones y persiguen objetivos y fines no concordantes con los de las clases dominantes, son considerados o bien subversivos o bien utópicos y, por tanto, son combatidos o silenciados con todo el peso del poder. Estos otros proyectos surgen de vanguardias de las clases dominadas y en algunos de sus alcances constituyen programas de lucha política y social, dentro del cuadro de condiciones permitidas por el orden vigente. Para interpretar justamente esta lucha hay que distinguir entre los proyectos que persiguen una transformación estructural de la sociedad de aquellos otros que se proponen reformas parciales o funcionales, cuya realización mejoraría el orden vigente sin reemplazarlo en lo esencial. Puede calificarse a los primeros de revolucionarios y a los últimos de reformistas. La confrontación de estos proyectos en la lucha política y social ha sido una constante en la

historia contemporánea de Venezuela, como de otros países de América Latina. La realidad del poder admite reformas adjetivas, pero no cambios sustantivos, y por ello puede observarse cómo se han incorporado modificaciones importantes en las instituciones y los mecanismos de la sociedad, constituyéndose en un momento dado los partidos del establecimiento en órganos competentes para la incorporación de esas reformas aun en casos en que el poder real ha manifestado alguna renuencia para admitirlas.

Mudanzas económicas mayores en el siglo XX

Las tres primeras décadas del siglo fueron escenario temporal de la sustitución progresiva de la base agroexportadora de la economía por la base petroexportadora. En 1917 comienza la fase comercial de la explotación petrolera bajo el dominio de grandes compañías extranjeras. En 1926 el valor mercantil de la exportación de hidrocarburos supera al de la exportación agrícola tradicional, situación que fue la característica del comercio exterior en el transcurso del siglo y lo es aún en el presente. La economía petroexportadora dominante desde la década de los 20 constituyó un *enclave* neocolonial en el país, o apéndice geoeconómico enteramente vinculado a las economías capitalistas metropolitanas; sin embargo, la influencia de ese enclave en la vida económica, social y política del país ha sido determinante hasta época reciente, cuando tiene lugar el hecho nacionalizador, y aún lo es —como características residuales del enclave histórico— en muchos aspectos, pues la nacionalización, aunque jurídicamente realizada, no lo ha sido completamente en lo económico y social, pues no ha tenido lugar una verdadera integración de la actividad petrolera al país y el comportamiento gerencial y funcional de la industria petrolera —sin haber salido de la condición primario/exportadora tradicional— se ajusta al modelo establecido por las exconcesionarias. No se han intentado realmente avances en la actividad petrolera, en el sentido de constituir la —como debe ser— en núcleo dinámico de una transformación industrial, agrícola, minera, energética, comercial y financiera que el país requiere y para lo cual tiene un potencial cuasi virgen. El hecho nacionalizador, que significó otra mudanza de gran importancia en la vida nacional, valga la redundancia, permaneció recluso en el plano político/institucional, no se proyectó al ámbito popular, no se incorporó vitalmente a la gran corriente del común venezolano.

La nacionalización petrolera fue negociada no sólo con los intereses concesionarios extranjeros en particular sino también con el sistema internacional de poder capitalista con centro en los Estados Unidos; por supuesto, el poder interno expresó su anuencia condicionada a la posibilidad normativa de que se formaran empresas mixtas en la esfera de los hidrocarburos, posibilidad que ahora comienza a cobrar vigencia, tanto en el campo internacional —con las fórmulas practicadas de “internacionalización petrolera”— como en el interno. La nacionalización no ha sido un proceso conflictivo, sino conciliatorio y pacífico, y la nación venezolana ha tenido que pagar por ello, no sólo la indemnización directa sino también modos indirectos de compensación, como los conocidos contratos de comercialización y tecnología, cordón umbilical de la dependencia.

En todo caso, con la incorporación de la actividad petrolera al ámbito de gestión económica del Estado se amplía y fortalece extraordinariamente el sector público de la economía, constituido, además, por las industrias básicas no petroleras y la explotación de servicios estratégicos como el transporte marítimo y aéreo internacional, la electrificación, las finanzas y la administración del cambio extranjero. El Estado posee y maneja los medios de producción y de financiamiento más importantes del país, su inversión representa en promedio un 40% de la inversión bruta total, proporciona más del 20% del empleo y controla alrededor del 65% del ingreso nacional. Parecería, pues, un Estado decisorio en la orientación de la actividad económica y del patrón distributivo de la riqueza y el ingreso en Venezuela. En realidad, la gestión pública, si bien diferenciada en objetivos formales de crecimiento y bienestar con respecto a la gestión privada, se integra orgánicamente en el sistema de poder para asegurar su estabilidad y desenvolvimiento, identificando su acción con el interés nacional. Pero esa diferenciación es un fenómeno histórico de gran relieve que contribuye a singularizar el crecimiento capitalista en nuestro país, como crecimiento dependiente y concentrado, con escasa difusión de sus beneficios económicos y sociales entre los grandes sectores del pueblo.

La formación y evolución del *mercado interno* es otro fenómeno histórico digno de análisis y que se cumple en gran parte a partir de la segunda guerra mundial. En el pasado lejano esta economía, luego de la ruptura colonial, sostuvo relaciones directas con el mercado mundial capitalista entonces en expansión; pero tales relaciones, si se

quiere precapitalistas, afectaban sólo a una periferia de la sociedad venezolana. La dispersión de la población en el territorio, con una elevada proporción de campesinado pobre y sin tierras, la práctica ausencia de una infraestructura vial, comunicacional y de mercadeo, entre otras circunstancias, eran obstáculos a la integración del mercado interno, fenómeno característico del crecimiento capitalista. Después de la segunda guerra mundial tienen lugar dos procesos correlacionados: el aumento sostenido de la capacidad para importar, y de la importación, por una parte; y el establecimiento de una estructura productiva con dos vertientes: la de bienes que sustituyen importaciones en su etapa final y la de bienes y servicios no transables, es decir, que no son objeto de comercio internacional. Estos procesos manifiestan la formación del mercado interno en su sentido dinámico moderno, capitalista. Pero hacía falta otro elemento para completar este cuadro de crecimiento: la mudanza de la agricultura tradicional, precapitalista, latifundista, minifundista, de conuco, en agricultura orientada al mercado. Dos alternativas se han ofrecido para lograrlo: la modernización capitalista, empresarial, del campo; y la reforma agraria integral. La primera ha sido realizada en alta proporción. La reforma agraria, bandera popular campesina y de las fuerzas políticas progresistas, es todavía un hermoso programa por ejecutar, aunque ha habido reparto de tierras entre familias campesinas, se han organizado asentamientos rurales y las ahora llamadas empresas campesinas; pero la esencia de la reforma agraria, la profunda democratización de la propiedad y la producción en el campo, el desarrollo de una sociedad rural igualitaria, cooperativa, en que la tierra esté realmente a la disposición de quienes la trabajan, no se ha logrado y sigue siendo una promesa abierta de la democracia.

Exaltación y crisis del modelo petrolero primario

Los últimos quince años de la historia venezolana han sido de extraordinarios sucesos cuyo desenvolvimiento ulterior estamos viviendo y padeciendo. Con la nacionalización de la actividad petrolera y el pronunciado aumento de los precios del petróleo en el período 1974/77 y luego en el lapso 1979-81, culmina un largo ciclo de lo que se ha dado en llamar el modelo primario exportador petrolero. Este fenómeno se inscribe en la terminación del prolongado auge de postguerra de la economía mundial y el advenimiento de una etapa recesiva de las economías capitalistas desarrolladas, que arranca a fines de la década

de los 60 y, con fluctuaciones y contradicciones acentuadas, se prolonga hasta el presente. Se ha pretendido acusar al alza del petróleo —y en particular a la acción reivindicativa de la OPEP— de esa crisis internacional. Desde luego, la revalorización del petróleo afectó sensiblemente al patrón capitalista de acumulación y desarrollo tecnológico basado, con otros elementos, en petróleo barato. Pero las contradicciones inmanentes del capitalismo monopolista transnacionalizado, la definitiva liquidación del colonialismo directo, la agresión imperialista a los pueblos en lucha por su autodeterminación real —recuérdese a Vietnam, a Angola, al Congo, a Argelia, a Grenada, a Cuba y ahora a Nicaragua—, la descomposición de la estructura de la hegemonía en la cúpula del poder capitalista mundial, entre otros hechos, pueden explicar mejor la crisis del sistema, que no es definitiva por cierto, sino de profundo reajuste aún en curso. Los países exportadores de petróleo, Venezuela entre ellos, percibieron fuertes ingresos y sus capas privilegiadas y gobiernos probaron mieles más ricas que en el pasado. La estrategia de la dominación pronto diseñó y puso en funcionamiento mecanismos y tácticas de rescate frente a la OPEP y ya en 1978 se registra la primera caída del petróleo, seguida por un restablecimiento hasta 1981, y en los años recientes una nueva peripecia que culmina con la abrupta reducción de los precios del petróleo en 1986.

Petróleo y endeudamiento externo son caras de la misma moneda. Ambos alimentaron la expansión que se conoce como el cambio de dimensiones de nuestra economía y que no ha sido otra cosa que una hipertrofia de las magnitudes fiscales, financieras, monetarias y mercantiles, sin correspondencia con el crecimiento real del producto, del ingreso y la capacidad productiva, variables estas últimas gravemente deprimidas desde 1979. Este desajuste entre la esfera económica real y la de la circulación, en lugar de corregirse tiende a ensancharse y acentuarse, con la devaluación del bolívar, el aumento de las presiones inflacionarias, la concentración financiera y el gravamen que significa el servicio de la deuda a la actividad económica y al nivel de vida popular. Las exigencias ascendentes del presupuesto del Estado para impulsar el gasto público como presunto factor reactivador, frente a los aportes relativamente decrecientes del petróleo a ese financiamiento y al sostenimiento de la balanza de pagos, manifiestan una mudanza recesiva del modelo petrolero primario. La acumulación basada en el excedente petrolero sufre fracturas evidentes y un nuevo patrón de acumulación se hace difícil, mientras no haya una reorganización de

las fuerzas productivas internas, de los patrones de comportamiento social y de las relaciones de clases. La otra alternativa es la desnacionalización más avanzada de la economía, el aumento del grado de monopolización y una nueva vinculación más dependiente en el sistema capitalista mundial.

El dilema dictadura/democracia y la violencia del poder

En lo que va de siglo los regímenes dictatoriales, que expresan abiertamente y en su mayor intensidad la violencia de la dominación, han ocupado la mitad de la historia. Los regímenes de transición entre dictadura y democracia representativa llenaron diez años más. La democracia representativa, con formal soberanía popular y ejercicio limitado de libertades y derechos políticos, sociales y económicos, que procura la legitimación consensual de la estructura de poder en su desenvolvimiento capitalista, tiene poco menos de 30 años de historia. Durante más de medio siglo la dominación interna y externa se ha ejercido mediante la represión policial/militar atenuada en los períodos de transición como el de 1936-45. Pero la estructura de poder, históricamente modificada, ha logrado funcionar y fortalecerse bajo la cobertura de la democracia representativa, con un instrumento que ha mostrado ser bastante eficaz como es el bipartidismo y los auspicios del pacto sociopolítico, con diferentes nombres circunstanciales, que incorpora cúpulas dirigentes empresariales, sindicales, culturales y gremiales. El orden descansa en este consenso restringido que se impone a la mayoría popular a través de múltiples medios, instancias y mecanismos, desde los populistas hasta los evidentemente represivos. La violencia, institucional o de fuerza, ha sido una constante de la historia venezolana de este siglo, como lo fue en el pasado.

La lucha popular y social se ha transformado en relación con las mudanzas de la estructura clasista de la sociedad y de la composición del poder. Mientras las clases dominantes se han modificado con la inclusión de nuevos estratos de la burguesía en posiciones jerárquicas superiores, las clases dominadas han diversificado su perfil, destacándose un campesinado no tradicional, un proletariado industrial y de servicios, una pequeña burguesía que pugna por su identidad pero que se desliza cada vez más hacia la proletarianización y una masa social amorfa, heterogénea, que no es propiamente el ejército industrial de reserva de Marx

y que lo mismo puede ser materia prima para la delincuencia que para la insurrección. Más allá de los arreglos auspiciados por el pacto social, se multiplican los fermentos de la violencia popular. En determinadas coyunturas históricas las clases dominadas hicieron causa común, táctica y transitoria, con estratos de la burguesía, para combatir dictaduras crueles y depravadas, y su cuota de lucha y sacrificio no les sirvió para participar en los resultados del cambio de régimen político. Más bien su exigencia de mejoramiento y de profundización de la democracia fue algunas veces respondida con la violencia de Estado incluso bajo la forma de represión armada.

¿Cómo definir la cuestión actual?

Un balance global de la evolución del país en el siglo xx indica sin duda crecimiento. No es necesario mencionar cifras para asentar esa conclusión. Las dimensiones económicas, demográficas, sociales son mucho mayores ahora que hace medio siglo y mucho más aún que a comienzos del siglo. Si no hubiese ocurrido el largo receso económico de 1979-85 las dimensiones actuales serían bastante más considerables que las de 1958, por ejemplo, o que las de 1977. También en muchos sentidos el país ha cambiado en el transcurso del siglo: la base económica, aunque sigue siendo principalmente primario exportadora, se ha diversificado. La estructura social es ahora más compleja. El nivel medio de vida se ha elevado: la salud está mejor defendida, la expectativa de vida es 60% mayor que al comenzar el siglo, el índice de analfabetismo (aunque todavía apreciable) es mucho más bajo que hace 40 años, el índice de profesionalización es comparable, en muchos aspectos, al de los países avanzados; Venezuela es un país de ciudades, y en mucho se diferencia de aquella Venezuela del primer tercio del siglo, predominantemente campesina, analfabeta, víctima de la malaria, de las enfermedades gastrointestinales, de las endemias y epidemias tropicales, de la pobreza y el atraso. Nadie puede desconocer que se ha efectuado un proceso de modernización, cualquiera que sea el significado que se le puede dar a este término. Para poder interpretar la Venezuela actual hay que estar conscientes de que, a pesar de los residuos históricos del pasado lejano, tenemos nuevas situaciones, nuevas características, nuevos problemas y nuevas necesidades.

Estamos padeciendo una crisis sin precedentes. No se trata sólo de la caída del PTB por habitante, que ya es grave, sino de algo

más profundo: la incapacidad de crecer sin la reorganización de las relaciones sociales, de las fuerzas económicas y la superestructura político/institucional. No estoy indicando, por cierto, la necesidad inmediata de una revolución; más aún: estimo que no existen las condiciones para ello. Sin embargo, puede observarse una acumulación de calamidades, como dijo el Presidente Lusinchi en su reciente mensaje: la calidad y el nivel de vida de la mayoría de la población se han reducido sensiblemente, el desempleo agobia a una de cada ocho familias obreras, el subempleo se ha extendido y encubierto en lo que ahora se conoce como sector informal de la economía, la alimentación es cada vez más insuficiente, han reaparecido enfermedades de la pobreza y el atraso, más del 40% de la población se hacina en ranchos insalubres e inseguros, más de un tercio de los estudiantes que aspiran a cursar estudios superiores no obtiene cupo, más de la mitad de los que egresan con un título profesional no encuentran trabajo, la salud mental del venezolano tiende a desmejorar, la niñez abandonada aumenta, se extiende la delincuencia, la inseguridad personal, la prostitución. El fenómeno de la corrupción es ya un modo de funcionamiento del sistema y la honestidad parece ser la excepción. La riqueza mal habida se ostenta como signo de éxito ante las miradas complacientes de una sociedad que ha perdido los frenos morales. Se abusa del poder para el enriquecimiento, para el privilegio, para la conquista de posiciones, para la figuración social y política. La democracia se ha convertido en el mejor negocio para los aprovechadores de la cosa pública y privada. El señuelo electoral, hábilmente manejado por los partidos, pretende hipnotizar la voluntad y el descontento del pueblo, que durante los cinco años del período de gobierno y de representación parlamentaria permanece como espectador, desinformado, alienado, alejado de los debates y decisiones en que se manipula la suerte del común. Es innecesario, por sabido, que de no transformarse esta situación hacia un nuevo orden social y nacional, en todos los aspectos, la crisis derivará en descomposición social, en inestabilidad político/institucional y en conmociones que puede escaparse del control del poder.

Están planteadas dos alternativas para la superación de la crisis: la que ofrece la estructura actual de poder, que consiste en reformar el patrón de acumulación sustentándolo en una mayor explotación de la fuerza de trabajo, con un salario real deprimido y un amplio margen de desempleo, la concentración mayor del poder económico, de la riqueza y el ingreso, la privatización mayor de la dirección económica y la

subordinación del poder político al nuevo modelo económico; la otra es la que pueden y deben ofrecer los movimientos realmente progresistas, incorporados en las luchas del pueblo, y consiste esencialmente en transformar la democracia representativa en democracia directa, participativa, en todos los órdenes, en la búsqueda de una sociedad equitativa, cuyo valor fundamental sea el trabajo y donde la libertad y la igualdad tengan un contenido real. Esta es una posibilidad concreta, todavía en estado de utopía, pero los grandes proyectos de transformación social se gestan como utopías, que son, en verdad, contraposiciones al poder dominante, desafíos ideológicos al culto de la estabilidad, y, en un sentido más preciso, sin sombra de tremendismo: es la insurgencia del futuro que se gesta necesariamente en cada presente de la vida de un pueblo.

[Conferencia dictada en el Salón de Lectura de San Cristóbal, el 20-03-87, para iniciar el ciclo organizado por la Cátedra "Pío Tamayo", de la UCV, con el auspicio de la Universidad de Los Andes].

VEINTICINCO AÑOS DE ECONOMÍA VENEZOLANA (1963-88) *

Es oportuno, con motivo del vigésimo quinto aniversario de la Promoción de Economistas egresados de la UCV en 1963, pasar revista al acontecer económico venezolano en este cuarto de siglo, que puede caracterizarse como el de cambios más significativos en la vida contemporánea del país. Me complace y conmueve, al mismo tiempo, el reencuentro con mis antiguos alumnos veinticinco años después, en el recinto académico, que es una proyección de la universidad y, más propiamente, la cuna de la universidad. Deseo representar en este momento a todos y cada uno de los profesores de esta promoción, en cuya formación superior dejaron huellas no sólo en conocimientos, sino más profundamente en el complejo arte del pensar y en la actitud positiva ante la vida, sustentada en la dignidad y la honestidad. Intento ahora no dictar una lección magistral sino hilar una conversación que puede parecer monólogo, pero que estoy seguro sostendrán conmigo mis oyentes al plantearse en sus dominios mentales las dudas, las reflexiones, las inquietudes, las observaciones que les susciten mis palabras.

Valga, de comienzo, una referencia metodológica. La confrontación entre dos épocas, entre dos escenarios, entre dos situaciones, la de 1963 y la actual, aquélla que ya es historia y puede ser objeto de retrospectiva, y ésta que es el presente, la experiencia en vivo, la lucha en que empeñamos el esfuerzo, inmersos en la trama de los sucesos, se hace con la aplicación del análisis estático/comparativo. La secuencia de los procesos, el desenvolvimiento de los fenómenos, el

* Lección magistral pronunciada en el Paraninfo del Palacio de la Academias el 19-7-88 con motivo de los 25 años de la Promoción de Economistas egresados de la UCV en 1963.

seguimiento del curso de los acontecimientos por los cuales cambian escenarios y situaciones, exige la aplicación del análisis dinámico. Ambos tipos de análisis son formalmente válidos a la luz de los objetivos que se persigan. Me propongo, en primer lugar, establecer una comparación general entre la economía de 1963 y la actual. Entre los presentes hay quienes tenemos el privilegio de poder apreciar las dos experiencias, como actores u observadores, como agentes o pacientes, en todo caso como seres humanos incorporados en la sociedad venezolana.

Las dimensiones de la economía se han multiplicado en este cuarto de siglo, lo que es natural si se está en la línea del progreso, del crecimiento. La población ha aumentado, de 7.800.000 a 18.500.000 habitantes, más del doble, un 137%; para conservar las proporciones, la economía real, es decir, la producción neta de bienes y servicios, ha debido crecer en 137%, pero este ritmo, si cabe la paradoja, puede ser calificado como estancamiento. Gustavo Casell lo denomina crecimiento uniforme. Lo cierto es que la economía venezolana ha crecido a un ritmo superior al 200% en el tiempo considerado: el PTB interno, a precios constantes, ascendió de Bs. 24.840 millones en 1963 a Bs. 74.000 millones en 1987; el ingreso real por habitante se elevó de Bs. 3.179 en 1963 a Bs. 4.000 en 1987, un incremento de 26%, que es muy considerable si se tiene en cuenta que durante parte de este período, de 1979 a 1985, el ingreso real por habitante se contrajo fuertemente, lo que indica que entre 1963 y 1978 el crecimiento medido en estos términos fue sostenido a ritmo apreciable. Si el crecimiento económico por habitante no hubiese sufrido un prolongado revés en el subperíodo 1979/85, el mencionado indicador, es decir el ingreso por habitante, acusaría un aumento de más de 40% en todo el período considerado.

Los valores nominales y mercantiles de la economía han sufrido una expansión mucho más acentuada que la de los valores reales. Por ejemplo, los ingresos fiscales ordinarios del gobierno central ascienden de Bs. 6.600 millones en 1963 a Bs. 160.000 millones en 1988, un crecimiento de 2.429%; el gasto público aumentó en una proporción algo más elevada. La liquidez monetaria se amplió en 48 veces durante los 25 años considerados. Las reservas monetarias del BCV aumentaron en 1.120% para situarse en US\$ 8.300 millones, teniendo en cuenta que esta última cantidad representa un fuerte descenso con respecto a la registrada en 1985, antes de la caída de los precios del

petróleo. Las importaciones de bienes se multiplicaron por casi siete entre los años extremos del período, pero debe tenerse en cuenta que en los años 1981 y 1982 alcanzaron niveles trece veces superiores a los de 1963. El valor mercantil de la exportación de hidrocarburos se multiplicó por seis durante el período; otras exportaciones registran un crecimiento en términos de divisas ingresadas al país de más de 20 veces, pero es conveniente señalar que esta expansión se concentra en los últimos cuatro años, en virtud de la maduración de inversiones en industrias básicas del Estado y de la devaluación del bolívar.

Otros indicadores permiten apreciar modificaciones importantes entre la situación económica de 1963 y la actual: el tipo de cambio oficial era de Bs. 4,50 por dólar y ahora es de Bs. 14,50; el tipo de cambio libre entonces se situaba en Bs. 4,55 y ahora se cifra en Bs. 35; la tasa de inflación era menor de 2%, en comparación con 40% el año pasado y más de 20% que se estima para este año; la tasa de desempleo era de 5% y ahora es de 9%; la población urbana representaba el 63% del total y la rural 37%, en comparación con 82% y 18%, respectivamente, en el presente; la tasa de crecimiento de la población entonces era de poco más de 3% y ahora es de 2,5%. La deuda pública externa ascendía a US\$ 150 millones y en la actualidad se cifra en US\$ 26.000 millones. El balance global de pagos internacionales del país fue favorable en 1963, en una magnitud de US\$ 157 millones; en el presente se estima un saldo desfavorable del orden de US\$ 2.500 millones. Casi todas las variables macroeconómicas reflejan el cambio de dimensiones durante el período considerado; pero mucho mayor en el plano monetario, financiero, fiscal y mercantil que en el de la economía de producción, inversión e ingreso real.

La estructura productiva del país ha sufrido modificaciones considerables que reflejan cierta dinámica de progreso: en 1963, el sector primario contribuía con el 33% al PTB, el secundario con el 18% y el terciario con el 49%; en 1987 las proporciones sectoriales han variado con respecto a aquéllas: la del sector primario es de 15%; la del secundario, de 27%; la del terciario, de 59%. Esta es cada vez más una economía de servicios. Hay una expansión relativa del sector secundario, dentro de la estructura productiva, del orden de 50%; el sector primario reduce su participación en 57% y el terciario la amplía en 20%. En particular, la agricultura continúa ocupando

un espacio parecido al que tenía en 1963, en la estructura del producto: entonces era de 9%, ahora de 7%.

La estructura económica, caracterizada según las relaciones de propiedad y producción, sufre transformaciones notables entre los años extremos del período considerado. En 1963 prevalecía el régimen concesionario en la explotación del petróleo y el mineral de hierro, lo que significaba una contradicción con las fuerzas de desarrollo de la economía nacional, de tal manera que las decisiones fundamentales en materia de inversión, exploración, exportación y precios del petróleo, entre otros aspectos, eran tomadas por las poderosas compañías concesionarias, en detrimento de los intereses nacionales. Entre 1959 y 1963, precisamente, se puso de manifiesto el poder del oligopolio petrolero que operaba en Venezuela, en el sentido de la manipulación de la actividad en exploración, explotación, refinación, comercio exterior y relaciones con el Fisco Nacional, para provocar o acentuar, como efectivamente lo logró, una recesión grave en la economía sustentada en el petróleo. En buena medida la crisis económica de entonces en el país, de la cual hablaré luego, puede atribuirse a las malas artes del cartel petrolero, empeñado en castigarnos por la modificación autónoma del régimen de impuesto sobre la renta efectuada en 1958, durante la presidencia provisional del Dr. Edgard Sanabria. En 1988 también padecemos una crisis económica que obedece en gran parte a la contracción del ingreso petrolero; pero las decisiones que afectan a la actividad petrolera son tomadas por las autoridades venezolanas, dentro de la limitada autonomía que la internacionalización del negocio permite, pero superado el régimen concesionario neocolonial de 1963.

En la formación económico/social venezolana de 1963 coexistían importantes zonas precapitalistas y un creciente dominio del capitalismo, particularmente en el campo, pero también en actividades urbanas. La economía de autoconsumo tradicional ocupaba todavía una proporción apreciable de la población activa. La expansión capitalista tomaba cuerpo en tres vertientes principales: i) La industrialización sustitutiva de importaciones; ii) La organización empresarial de la agricultura para el mercado interno; iii) La modernización de los servicios privados. Al mismo tiempo, se multiplicaban los mecanismos de circulación financiera y se extendía y profundizaba la monetarización de la economía. Estos procesos eran entonces incipientes y cobrarían vigor y acelerado ritmo en la década de los setenta. La formación del mercado interno,

como lugar de absorción de la producción nacional, era favorecida por el llamado "crecimiento hacia adentro", que arrancó en la década de los sesenta, inducido por las dificultades de balanza de pagos, además de la orientación que le imprimió la política económica de inspiración cepalista,

La participación del Estado en la economía continuaba fortaleciéndose en 1963 con la instalación de industrias básicas, cuyos cimientos o proyectos databan de la década de los cincuenta: la siderúrgica, la petroquímica, la electrificación del Caroní, principalmente. Tres años antes había sido creada la Corporación Venezolana del Petróleo, cuyo ulterior evolución fue muy útil en el designio nacional de rescate de la actividad petrolera. También tres años antes se había fundado la OPEP bajo el liderazgo de Venezuela y Arabia Saudita en las personas de J. P. Pérez Alfonzo y El Tariki. La CVP y la OPEP fueron precedentes importantes de la nacionalización petrolera y de una nueva era en el negocio mundial del petróleo. En 1963 el volumen de exportación de petróleo y derivados se cifraba en 3.074.000 b/d, el doble de lo que actualmente se exporta; las reservas probadas de petróleo se situaban en 17.000 millones de barriles en aquel año, mientras que en el presente alcanzan a 54.000 millones de barriles, sin contar el enorme potencial de crudos de baja gravedad que yacen en la franja petrolífera del Orinoco.

La vulnerabilidad de la economía venezolana entonces como ahora era manifiesta. En aquella época se resentía la estructura del modelo primario exportador movido por la explotación de petróleo, con el deterioro de los precios e ingresos petroleros y la descapitalización deliberada de la industria petrolera bajo el dominio extranjero; más de la mitad del ingreso fiscal ordinario procedía de la actividad petrolera: Bs. 3.500 millones de un total de Bs. 6.600 millones; así mismo, la proporción determinante del ingreso de divisas correspondía al valor retornado de la exportación de petróleo. También se hizo entonces un considerable esfuerzo para reducir importaciones, y el gobierno buscó en la capacidad contributiva interna los recursos que dejaba de obtener en el sector externo. En la actualidad también hay una fractura, más grave que la de hace 25 años en términos relativos, del modelo petrolero de la economía, de carácter irreversible, y que obliga a una transformación profunda del modelo; pero el hecho fundamental de la vulnerabilidad permanece en el tiempo: en 1988 el ingreso fiscal atribuible

al petróleo se estima en más de Bs. 90.000 millones, un 56% del ingreso ordinario total del Fisco Nacional; la entrada de divisas petroleras representa más del 80% de la entrada total de divisas al país. En 1963 la deuda externa era pequeña en cifras absolutas, aunque equivalente a un 10% del presupuesto fiscal ordinario pero sólo a un 3% del PTB real; en 1988, la deuda pública externa equivale a más del doble del presupuesto fiscal ordinario y al 70% del PTB. La deuda impone una vinculación más onerosa y peligrosa que la tradicional, por lo que no es exagerado afirmar que ahora somos más dependientes y vulnerables que hace un cuarto de siglo.

Algunos de los rasgos de la situación económica en 1963 que he mencionado permiten interpretarla como convaleciente de una fase de recesión, que se extendió de 1959 a 1962. Aún en 1963 persistían fenómenos y factores de carácter recesivo, neutralizados en parte y en parte encubiertos bajo los signos de un fuerte reajuste que practicó el gobierno, tanto en el orden cambiario como en el fiscal, monetario y social. Los ajustes de balanza de pagos, que permitieron un balance global positivo, con un cuantioso saldo comercial externo, tomaron la forma de un control de cambios y una devaluación progresiva, que dejaba margen, sin embargo, para el funcionamiento de un mercado cambiario no controlado; pero la brecha entre el tipo de cambio oficial y el libre era moderada. La contracción de la importación fue acentuada y efectiva. En el orden fiscal se practicó una reducción del gasto, incluso de personal y de remuneraciones del trabajo, mientras que se reforzaba la carga tributaria en el sector interno de la economía, principalmente la de carácter indirecta; todo lo cual fue acompañado por una política de moderación monetaria y de contención de los salarios en todo el ámbito de la economía, en alguna forma soportada por la casi inexistente presión inflacionaria de aquellos años. La inversión real significó un 18% del PTB interno en 1963 y el consumo un 82%.

En 1988 persiste el fenómeno de la recesión económica grave que se hizo presente a partir de 1979, aunque en algunos aspectos puede observarse cierta recuperación. No puede hablarse propiamente de similitud entre el fenómeno de crisis de los años ochenta y el que ya referí de los años sesenta. Sin embargo, algunos rasgos son comunes, guardadas las distancias históricas y la escala de magnitudes macroeconómicas afectadas: desde luego, en primer lugar el petróleo, pero

no en la misma secuencia: en la década de los sesenta la recesión petrolera fue prácticamente continua, hasta más de la mitad del período; en la década de los 80, en lo transcurrido, hemos tenido más años de elevados ingresos petroleros que los de contracción; más aún, puede afirmarse sin exageración que nunca en la historia económica del país se ha logrado mayor afluencia de recursos cambiarios, fiscales y financieros que en los años comprendidos entre 1980 y 1985, ambos inclusive. No se puede, por tanto, explicar lo que acontece en estos años en el campo de la economía por la insuficiencia de recursos externos e internos. Las defensas de la economía son ahora más sólidas y diversas que hace veinticinco años: más adelantado el proceso de industrialización, a pesar de todas las críticas y reservas que puedan expresarse; más evolucionada la agricultura, sin dejar de ser vulnerable e inestable; mayor potencial de exportaciones no petroleras, aunque de lenta y compleja realización por la inconsistencia de las políticas públicas y la ausencia de una estrategia de desarrollo ante el quebranto del modelo petrolero; mejor conocimiento de las oportunidades de crecimiento, aunque entrabadas o no utilizadas por las razones ya mencionadas; mayor existencia de capital real y financiero, aunque en buena parte no aprovechado o mal asignado o ineficientemente administrado, o todo esto a la vez. Pero ahora padecemos de un síndrome que en 1963 no existía, o era irrelevante: la carga de la deuda externa, la obsesión de la solvencia internacional, el gravamen que el servicio de aquélla representa en nuestra balanza de pagos y en el presupuesto público, que, por otra parte, se manifiesta en descapitalización nacional, en deterioro del nivel y de la calidad de vida de la mayoría de la población, en la crecida y creciente deuda social que agobia a los sectores no favorecidos de la nación. Ahora se dispone de más y mejores instrumentos para combatir la recesión y para abrir camino a una transformación económica y social de grandes alcances; pero el arsenal de tales armas pacíficas permanece en buena parte ocioso o el manejo de los instrumentos es contradictorio e inadecuado.

También en estos años ensombrecidos por las dificultades se han practicado reajustes en el orden cambiario, fiscal, monetario y social, como en los sesenta. La balanza comercial ha registrado saldos positivos cuantiosos, merced a una contracción sustancial de la importación; saldo que decrece sensiblemente los últimos dos años por la caída del petróleo. Las restricciones cambiarias y la fuerte devaluación del

bolívar han determinado una reorientación del gasto hacia el interior de la economía, a la par que un estímulo un poco explosivo e inorgánico a las exportaciones no petroleras. La gestión fiscal logró en los años 1984 y 1985 un superavit apreciable, pero en los años recientes incurre en déficit creciente, de inquietante pronóstico. La cobertura del déficit se hace mediante la recurrencia al crédito público interno y externo y a los beneficios fiscales de la devaluación y los cambios diferenciales. Al efecto, cabe advertir que, de modo distinto a lo ocurrido en 1963 y años anteriores, la brecha entre los tipos de cambio oficial y libre es muy amplia, del orden del 150%, situación insostenible que distorsiona a la economía, propicia la fuga de capitales, alienta la especulación, desalienta la inversión y sumerge en la incertidumbre. En 1963 eran modestas las dimensiones de la economía, menos inestables las expectativas, más simples los términos del problema económico; ahora el orden de magnitudes ha sido desbordado, son más complejos los mecanismos de la economía, más fuerte el juego de las expectativas, más aventurado el ejercicio del pronóstico y de la proyección.

El cuarto de siglo que intento reseñar en lo económico se compone de dos prolongados periodos de dificultades que fluctúan entre la recesión y la recuperación: la década de los sesenta y la actual; y un período comparativamente breve, de aparente bonanza impulsada por la afluencia de ingresos petroleros y los obtenidos mediante endeudamiento externo, como fue la década de los setenta. En términos reales hay que decir que se ha descrito un ciclo largo: lenta recuperación en la primera mitad de la década de los 60, más activa en la segunda mitad de ésta; expansión acelerada en la década de los 70, hacia cuyo final se inicia una nueva caída que se profundiza y persiste hasta la mitad de la década actual. Es aventurado afirmar que se ha iniciado una recuperación, no obstante las cifras positivas de variación del PTB interno en los dos años. Son muchos y muy preocupantes los signos críticos del presente económico e incierto el futuro inmediato.

En este ciclo largo de la economía venezolana en los 25 años que ha cumplido la promoción de economistas de 1963 se han realizado procesos importantes que modifican considerablemente las características de aquélla, aunque los elementos estructurales permanecen. El país ha avanzado en el dominio de su principal fuente de ingreso, como es la actividad petrolera; pero aún hay mucho camino por recorrer. Realmente no hemos superado la fase primaria de la explotación, ni se ha

integrado completamente esta actividad en la dinámica económica interna. No podemos pasar a la etapa postpetrolera, como se anuncia, sin antes haber profundizado en la industrialización del petróleo, en la fase secundaria que permite agregar mayor valor a los productos del petróleo y que tienen un mercado mucho más flexible y rico que el de los crudos y derivados simples. Si tenemos ventajas comparativas naturales y adquiridas es en este sector donde pueden maximizarse. Se invierten muchos recursos en fortalecer la base primaria de la explotación de hidrocarburos, para reafirmar ante el mundo el carácter de potencia petrolera que tiene Venezuela; sería conveniente asignar parte de esos recursos al desarrollo de un complejo industrial y de servicios, no sólo para el suministro de los insumos y bienes de producción que requiere la propia actividad petrolera, sino también para su transformación productiva con el aprovechamiento de los hidrocarburos como materias primas. Hay que acrecentar los esfuerzos y la aplicación de recursos al desarrollo tecnológico del petróleo y sus derivaciones, en lo cual también tenemos ventajas comparativas. Hay que diversificar los mercados internacionales del petróleo, no sólo en lo geográfico sino también en productos y modalidades de negociación. Estas son las vías para reducir la vulnerabilidad de la economía con respecto a su base productiva y comercial. La interpretación que debemos darle al hecho de la decadencia del modelo petrolero tradicional no es la de renunciar al petróleo como elemento dinamizador de la economía, sino vincularlo orgánicamente en un nuevo modelo de crecimiento, que se ajuste a los cambios que tienen lugar en la economía mundial y a las propias exigencias internas del país.

La industrialización ha seguido casi fielmente la pauta que le trazan las importaciones, modificándose así pero acentuándose simultáneamente el carácter dependiente, servil, de este proceso. Por ello, rápidamente se alcanzó, hacia fines de la década de los sesenta, el límite de expansión de la industria sustitutiva, que exige creciente capacidad para importar bienes y servicios indispensables para la producción y para la inversión, y el pago de onerosas tecnologías que atan más a los centros del poder capitalista y poco se integran al cuadro de disponibilidad de recursos naturales internos; lo que, por otra parte, favorece un perfil de demanda concentrada en los estratos medios y superiores de ingreso, marginando por insolventes mercantilmente a grandes grupos de población. Este modo de industrialización da preferencia a la vincula-

ción con la economía internacional para la realización de su circuito productivo, antes que al fortalecimiento de la estructura productiva interna; y no propicia la integración socioeconómica, en el sentido de la convergencia de los ingresos en un plano de relativa equidad. Concentración y desintegración, pero también dependencia y vulnerabilidad, caracterizan al modo de industrialización sustitutiva de importaciones, cuya primera crisis, como ya mencioné, tuvo lugar a fines de los sesenta. Ahora está ante la inminencia de otra crisis: la industria debe profundizar su capacidad de sustitución en las categorías de bienes intermedios y de capital o sufrir un estancamiento que puede llegar a punto de colapso; otro aspecto de esta coyuntura es que debe mejorar su balance de divisas, economizando las destinadas a adquirir suministros externos y generando las que sean posibles por la vía de la exportación. El ingreso petrolero todavía puede sostener cierta actividad industrial, pero el crecimiento exige un progresivo autosostenimiento de aquélla en la forma indicada.

El sector público de la economía se ha ensanchado y cobrado importancia fundamental en el período que se considera. Además de la incorporación de la actividad petrolera y de minería de hierro al dominio directo del Estado, se han fomentado explotaciones básicas de aprovechamiento de los recursos naturales mineros e hidráulicos. También han ingresado al dominio económico estatal numerosas empresas productoras de bienes y servicios en virtud de daciones en pago, ejecución de garantías y otras circunstancias emergentes de sus anteriores propietarios privados. No sólo este dominio directo de explotaciones y actividades permite la ingerencia del Estado en la economía, sino también la entidad cobrada por éste en su carácter de agente económico y social, como consumidor de bienes y servicios, inversionista, ahorrista, empleador, y, además, en un orden más institucional y convencional, el ejercicio de las funciones políticas y administrativas en materia fiscal, monetaria, financiera y social. Se forma así una interrelación compleja entre las fuerzas del mercado y las movilizadas por el sector público, hasta el punto de que puede hablarse de una modalidad estructural, cuya denominación más adecuada es la de *economía mixta de mercado*, que tiene una dinámica singular y específica, sin dejar de estar inscrita en el cuadro estructural del capitalismo. Aunque existen presiones crecientes y ostensibles para restringir la participación e ingerencia del Estado en la economía —lo que se ha dado en llamar privatización, y que se presenta hábilmente como una liberación de fuerzas productivas— lo cierto es

que en Venezuela no es posible una regresión neoliberal; lo que es posible y conveniente sin duda es una racionalización del dominio económico oficial, una reordenación de las relaciones entre el sector público y el privado, una descentralización de funciones económicas y la democratización de la gestión económica tanto pública como privada, para dar cabida en la toma de decisiones a los trabajadores y las comunidades dentro de una estrategia de convergencia nacional de voluntades e intereses.

En 1963 cobraban impulso dos procesos en el ámbito de la agricultura venezolana: la penetración del capitalismo, que adoptaba la forma de modernización agrícola, y la reforma agraria según la ley promulgada dos años antes. De esos procesos el que ha logrado mayor impulso y consolidación es el de la modernización capitalista del campo, ya que la reforma agraria, a la luz de los objetivos enunciados en la Ley y la doctrina que le sirve de base se quedó a medio camino. Se proponía entonces el rescate socioeconómico del campesinado, la transformación de los aislados y depauperados grupos de población campesino en una sociedad rural estable y progresiva, incorporada efectivamente a la sociedad nacional democrática; la difusión de la propiedad, tenencia y aprovechamiento productivo del suelo laborable, sin que por ello se renunciara a las ventajas de la racionalización de los cultivos, las economías de producción en escala conveniente y la integración agroindustrial y agromercantil con la participación real de las comunidades rurales. Todavía esos propósitos representan aspiraciones e ideales no realizados. Pero la agricultura se ha modernizado sin duda, el campo venezolano de hoy es bien distinto del existente hace un cuarto de siglo. Los llanos occidentales, centrales y orientales, antaño casi desérticos, despoblados, aislados, son actualmente asiento de importantes explotaciones agrícolas vegetales y animales y aun de actividades agroindustriales, de modo que el espacio económico y social interno se ha ampliado y la economía está mejor distribuida en el territorio, aunque todavía no puede hablarse de equilibrio interregional y existen vacíos espaciales y demográficos que recuerdan y representan a la Venezuela de la primera mitad del siglo, con la falsa virtud de la virginidad del atraso y la miseria. Con todo, puede observarse una desconcentración relativa de motores secundarios de crecimiento: Guayana nororiental, los llanos orientales, los occidentales y el sur del Zulia, principalmente.

No es posible ni razonable negar el progreso logrado en el nivel y la calidad de vida del venezolano medio en estos veinticinco años. Han bajado los índices de morbilidad y natalidad y ha aumentado la expectativa de vida. La educación se ha masificado en todos los segmentos del ciclo de enseñanza. La defensa de la salud es ahora más eficaz. Sin embargo, en el reverso, se observan signos de retroceso, particularizados en los últimos ocho años, precisamente cuando el país ha dispuesto de los mayores ingresos de su historia. Hay una tendencia ostensible al incremento de la marginalidad urbana, lo mismo que de la pobreza crítica. Pronósticos lúgubres, pero no por ello menos verosímiles, señalan que para fines de siglo el índice de marginalidad podrá llegar a un 80% de la población urbana y el de pobreza crítica a un 45%. Hay que decir que la sociedad venezolana se ha hecho mucho más desigual en estos tiempos. En las estadísticas macroeconómicas nacionales el Estado figura como receptor de ingresos de explotación y, conjuntamente con el sector privado, representa alrededor de un 40% del ingreso nacional atribuible a rendimientos del capital y la empresa, en tanto que los trabajadores, que son la mayoría de la población en más de 80%, sólo perciben un 60% del ingreso nacional. En este cuarto de siglo esa distribución regresiva del ingreso se ha modificado poco; pero la capacidad del Estado para redistribuir ingresos que percibe se ha fortalecido merced al alza del petróleo; por tanto, la distribución secundaria del ingreso, si así puede llamársele, depende cada vez más de la gestión pública, pero ésta no ha sido eficaz en cuanto a mejorar sensiblemente la distribución: más bien ha favorecido la acumulación y concentración de capital, y para ello la crisis de los últimos años ha sido propicia. Otro indicador útil es la ampliación del grupo heterogéneo de actividades que se ha dado en llamar economía informal, en la cual se encubre el subempleo y en cierto modo el fracaso del sistema económico para proporcionar elementos estabilizadores del mercado de trabajo sin perjuicio de la productividad ni de la dignidad de la ocupación.

Me parece conveniente hacer una breve referencia al contexto económico internacional. La década de los sesenta fue la última de un largo período de crecimiento de la economía mundial, que arrancó del fin de la segunda guerra global. En los últimos dieciocho años tiene lugar un profundo reajuste en todos los órdenes del acontecer económico: el monetario, el financiero, el tecnológico, el comercial, el productivo, el de acumulación; las tasas de crecimiento económico se debilitan, aumenta el índice de desempleo, decae la hegemonía de Estados

Unidos y emergen otros poderes económicos en el mundo occidental, cambia la base energética de la tecnología, se invierten las corrientes financieras, se forma una inmensa deuda a cargo del Tercer Mundo, la inflación se convierte en un condicionante de la política expansiva de los gobiernos, los países industrializados refuerzan sus barreras proteccionistas, se envilecen los precios de las materias primas, se quebranta en suma el orden económico internacional de postguerra. Esta turbulencia no ha sido superada. La inestabilidad y la incertidumbre gobiernan las expectativas y las decisiones.

También hay cambios en el pensamiento y en la política que orientan la economía. La llamada revolución keynesiana que presidió la expansión de postguerra es objeto de fuertes críticas y se le considera incompetente para afrontar los nuevos problemas de estabilización y crecimiento. Tanto en los países desarrollados como en los que no lo son, así como también en los países socialistas, cobran vigor las tendencias neoliberales, privatistas, descentralizadoras y hasta antiestatizantes, y se habla de una revolución de la libertad económica. En la América Latina la doctrina primigenia de la CEPAL se declara obsoleta y una praxis heterogénea caracteriza las políticas públicas, en ausencia de una estrategia de largo plazo. Lo que hay son aproximaciones a alguna tendencia doctrinaria, sea neoliberal, o keynesiana, o cepalista, pero modificada por la incorporación de otros elementos. Sin exageración estamos en presencia de una crisis del pensamiento económico y de la política económica y esto significa un reto a los economistas, particularmente a los de América Latina, que no debe continuar imitando modelos teóricos o estratégicos elaborados en los centros académicos de los países industrializados, sino encontrar su propio camino a partir de su realidad.

La penuria de nuevas ideas, que no de nuevas experiencias, en el campo económico, afecta a la formación profesional y científica del economista, que debe ser no sólo el intérprete de los fenómenos, el diagnosticador de los males económicos, sino también el que prescribe el tratamiento. La promoción que celebra sus 25 años ingresó a la vida profesional en un clima de dificultades económicas nacionales y ha tenido experiencias diversas, entre recuperaciones, expansiones y recesiones, que les ha obligado seguramente a estudiar, investigar, fortalecer su dominio conceptual, metodológico e instrumental; pero también a ampliar su visión del mundo, a entender la dinámica social como un proceso único,

aunque diverso, como una totalidad sólo divisible a efectos analíticos. Tienen estos colegas la fortuna y el compromiso de contribuir al mejoramiento de la formación del economista. Sería conveniente que la Universidad, a través de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, convocara tiempo después —cada diez o cada veinte años— a las promociones de economistas (y otros científicos sociales) con el objeto de evaluar sus experiencias profesionales y obtener de este modo indicaciones empíricas calificadas para la renovación de los planes de estudio; y para los egresados que no profesen la enseñanza sería como una vuelta a la Universidad, un reencuentro con las emociones, inquietudes, esperanzas y exigencias que en su época estudiantil sensibilizaron sus conciencias y los ganaron para siempre para la causa del saber útil, de la entrega permanente a las tareas y los esfuerzos que permiten que el país se transforme y que las generaciones que nos sucederán prosigan el camino en mejores condiciones, con mayor seguridad, con menores obstáculos y riesgos. Doy mi voto al futuro, para que en los 50 años de esta promoción quienes estén de pie puedan celebrarlos en una Venezuela libre, afortunada, rica, justa, sana y fuerte.

LOS PROCESOS ECONOMICOS VENEZOLANOS Y SU PERSPECTIVA

La complejidad del análisis que intento presentar en esta conferencia consiste principalmente en que los ritmos y las tendencias de la economía venezolana, característicos de la época anterior a 1974, han sufrido modificaciones casi explosivas durante los últimos catorce años, incluido el actual, y el índice de incertidumbre —que es propio de una economía organizada según los principios de la iniciativa privada y el mercado— se ha elevado considerablemente en estos tiempos signados por el fenómeno que se ha convenido en denominar *crisis* a falta de otro término más adecuado. Por tal razón, el análisis de lo acontecido en la vida económica nacional se hace difícil, sujeto a enfrentamientos problemáticos inusuales, hasta el punto de que en algunas circunstancias aparecen simuladas soluciones de continuidad de los sucesos, en contradicción virtual con nuestra convicción científica de que no existen rupturas en el hilo de la historia. Una de esas circunstancias, a guisa de ejemplo, es la que se conoce como el cambio de dimensiones de la economía nacional, es decir, un salto en el orden de magnitudes de las variables circulatorias —monetarias, financieras, mercantiles, de valores nominales— que expresan parcialmente la dinámica coyuntural y en algunos casos las estructuras formales o funcionales de una economía. Otra circunstancia, más relevante, es la caída del crecimiento económico real, en términos de producto territorial bruto por habitante, durante los últimos ocho años, con la única excepción de 1986, fenómeno que contrasta fuertemente con el registrado en los cuarenta años anteriores a 1979, en que las tasas de crecimiento del producto fueron, por lo general, positivas aun teniendo en cuenta el aumento de la población.

La conmoción que sufre el país en su base económica es tan profunda y los desequilibrios y desajustes que la afectan tan persistentes que no hay posibilidad de comparación útil con ninguna coyuntura

recesiva de las sufridas por esta economía en el siglo xx. Hemos tenido años sombríos, de reveses en la disponibilidad de recursos, desempleo, reducción de la inversión y el consumo, quiebra de empresas, ruina de la agricultura, contracción del comercio, apuros fiscales y otras calamidades, que han sido motivo para la toma de medidas y decisiones de emergencia por parte del gobierno, imposición de restricciones y controles, reajustes del gasto y otros antídotos convencionales para superar las dificultades; pero eran fluctuaciones de carácter cíclico, en buena parte reflejas de las que acontecían en los centros motores del capitalismo, dado la vulnerabilidad externa de nuestra economía. El nudo crítico que ahora entorpece y frena el desenvolvimiento económico del país tiene tales singularidades que el análisis coyuntural del que tenemos conocimiento teórico e histórico no da respuestas satisfactorias, y hay necesidad de recurrir al análisis estructural, precisamente de procesos y factores de largo alcance, determinantes de crecimiento y transformación, que en algún momento de su actuación muestran signos de debilitamiento y aun de colapso. Y también, por supuesto, otros factores y procesos se gestan y emergen en la crisis, lo que permite asegurar la continuidad histórica de la vida económica y, por tanto, del desarrollo social.

Entre unos y otros momentos, o instancias, de los procesos que decaen y los que se inician, entre lo que deja de crecer, se estanca y se deprime y lo que pugna por crecer y establecerse, es decir en el epicentro de la crisis, la incertidumbre desorienta las expectativas, hace movediza las proyecciones, oscurece la visión del futuro, propicia el imperio de las contingencias, y todo se hace a tiempo limitado, las escalas de previsión se encogen, el corto plazo se impone al mediano y largo plazo, la peripecia cotidiana resta vigencia a la estrategia, la planificación situacional cobra fuerza de necesidad. Así, entre el discurrir de los días y el advenimiento de los meses y los años se va plasmando un futuro del que no tenemos noción ni dominio, pero que de todas maneras va a signar nuestras vidas y las de nuestros descendientes.

La obsesión del corto plazo

Intento, pues, al hacer el estudio de las tendencias y los procesos económicos del país, liberarme y liberar a mis oyentes (y lectores) de la obsesión del corto plazo y trazar la retrospectiva en una dimensión

de decenios. Aunque la historia no se recluye en los límites de un período, por muy prolongado que éste sea, ni puede admitirse científicamente que aquellos movimientos pueden ser identificados como conjuntos de variables históricas, cuya vigencia se extiende únicamente entre el inicio y el fin de un período, hay necesidad para el estudio de fijar límites temporales, y al efecto los decenios que transcurren desde 1950 al presente —incluso el de los ochenta— pueden ser tan convenientes como cualquier otra limitación del tiempo. Interesan las grandes vertientes del acontecer económico, las líneas de fuerza que ocasionan transformaciones notables dentro de la macroestructura, que enriquecen su contenido y amplían la base para el funcionamiento y el crecimiento de la organización económica y social. Estas variaciones sustantivas de la vida de una nación no ocurren explosivamente, en coyunturas abruptas y breves, sino en fases prolongadas que revelan la acumulación de causas y efectos, que se tornan nuevas causas y nuevos efectos, en un encadenamiento que deja en el pasado eslabones y articulaciones y se proyecta al porvenir. Sin embargo, justo es señalar que este modo de interpretar el curso de la historia económica no excluye los movimientos de corto y mediano plazo, pues se tiene entendido que el largo plazo se compone de una sucesión de plazos cortos y que, por tanto, el diario acontecer y quehacer, el drama que vivimos, los escenarios que cambian a veces sin que nos demos cuenta, es la historia que nunca pasa enteramente, que no se repite como simple actuación de seres humanos y ocurrencia de circunstancias, sino que se recrea, se renueva, como la materia según la ley dialéctica.

Dos desgarramientos económico/sociales

Las tres primeras décadas del siglo fueron el marco temporal de un desgarramiento de la estructura económico/social del país, con incidencia en el orden jurídico/político: la caída de la economía agro-exportadora tradicional, con antecedentes en la colonia, y, por tanto, de la sociedad sustentada en ella. Esa economía es desplazada de su función de eje de la vida social, en torno a la cual se organizó la sociedad decimonónica republicana, por la economía petroexportadora bajo el dominio de poderosos consorcios extranjeros, que entonces protagonizaron una lucha entre ellos por el reparto de nuestros recursos naturales de hidrocarburos, que en la práctica fue también reparto del dominio territorial. La absorción de ese desgarramiento estructural tomaría más

de medio siglo, hasta 1975, durante cuyo tiempo Venezuela entreteje sus designios nacionales entre la pasiva acomodación al disfrute de la renta petrolera —que no es precisamente renta sino liquidación de patrimonio natural— y la búsqueda afanosa de alternativas para equilibrar y fortalecer la base económica, bien sea una nueva agricultura como preconizaba Alberto Adriani para hacer realidad la consigna de “sembrar el petróleo”, o bien la industria de transformación según la ideología de la burguesía ilustrada sostenida desde la época de Medina Angarita, encarnada luego en las orientaciones de la Cepal bajo la dirección de Raúl Prebisch, y que se abriría paso a través de dos vertientes hasta ahora no suficientemente correlacionadas: la sustitución de importaciones de bienes de consumo según la viabilidad del mercado interno y el establecimiento de industrias básicas de aprovechamiento directo de recursos naturales como la siderúrgica, la de aluminio, la petroquímica y el gran potencial hidroeléctrico de Guayana y occidente. Alternativas no excluyentes, desde luego, sino complementarias; pero Adriani sufría la pena de la caída de la agricultura como propia y veía formarse el enclave petrolero como una enajenación virtual del espacio económico venezolano; la doctrina de la industrialización adquiriría vigor más adelante con la crisis de la división tradicional internacional del trabajo que aún persiste.

La emergencia del petróleo bajo la expansión imperialista requiere un reordenamiento del poder interno y sus mecanismos gubernamentales: se explica así la estabilidad prolongada de la dictadura gomecista. La burguesía agroexportadora, asociada en condiciones de subordinación al capitalismo premonopolista europeo, entra en decadencia como estrato del complejo social dominante y es sustituida en esa posición por la burguesía importadora, doblada más tarde en burguesía bancaria comercial; la clase terrateniente agraria mantiene una posición de poder aunque disminuida. El incipiente proletariado petrolero y urbano, el campesinado sin tierras, el artesanado, la pequeña burguesía de empleados, profesionales y comerciantes al menor, constituían las clases dominadas y dependientes de la sociedad centrada en la explotación extranjera primaria del petróleo. Una nueva forma de acumulación sustentada en el excedente petrolero —del cual participaba menguadamente el poder interno— exigía una nueva estructura de poder, una nueva vinculación con el sistema capitalista mundial, entonces en su etapa monopolista, y un mecanismo de control estatal y social eficazmente represivo para

el funcionamiento de ese nuevo orden económico/social. Aunque ilustres intelectuales venezolanos consideran que Venezuela se asoma al siglo xx a partir de 1936, la realidad histórica es que las raíces del acontecer del último medio siglo en el país se internan en la llamada "larga noche gomecista", en la cual se gestó y se estructuró en gran parte la economía petroexportadora.

Las décadas finales del siglo, desde la actual, sirven de marco temporal a otro desgarramiento histórico: la decadencia irreversible de la economía petrolera primario/exportadora y la búsqueda de un nuevo modo de acumulación, de nuevas fuentes de generación de excedente económico, lo que hace necesaria una reordenación del poder y de la sociedad global. Esta decadencia tiene signos diferentes de la que tuvo lugar en las primeras décadas del siglo: el excedente petrolero, si bien considerablemente disminuido y sujeto a contingencias externas que lo hacen vulnerable, es todavía y seguirá siéndolo por bastante tiempo, muy cuantioso, y permite, por tanto, una transición no extremadamente crítica al surgimiento y fortalecimiento de nuevos modos, medios y fuentes de acumulación. Esta transición es una crisis, un desgarramiento en sentido técnico, un proceso lleno de dificultades y riesgos en la formación de una nueva estructura de poder, de una nueva vinculación al sistema capitalista mundial y de creación o reforma de mecanismos e instituciones públicas y privadas, incluida una nueva relación entre el Estado y la sociedad civil, que propicien y aseguren ese establecimiento.

Así, pues, la historia económico/social —y, en general, la historia venezolana— del siglo xx transcurre entre dos crisis, entre dos desgarramientos de índole estructural. Entre esos dos procesos fundamentales ocurren otros, de significación menos decisiva, de importancia para comprender el gran movimiento que conduce de la vieja a la nueva crisis. Puede decirse, sin riesgo de exageración, que no han sido absorbidos enteramente los cambios provocados por la transición de la economía agroexportadora a la petroexportadora primaria, cuando se abre paso la nueva crisis cuya absorción también requerirá un tiempo considerable, probablemente hasta fines del siglo o aún más allá, sin que esto signifique que durante los años que vienen la magnitud y profundidad de los ajustes y las dificultades será como en la actualidad. Al menos cabe la esperanza del alivio progresivo, de los costos decrecientes de la transición crítica y de los efectos menguantes de los desequilibrios.

Cabe destacar, como coincidencia curiosa, la semejanza, guardadas las diferencias de proporciones y circunstancias, entre la situación de endeudamiento externo de la República a comienzos del siglo y la presente: en ambos casos se trata de un gravamen al ingreso real del país desigualmente repartido, un reforzamiento de la dependencia externa, un serio obstáculo al desarrollo. Entonces transcurrieron tres décadas (hasta 1930) para la cancelación de la deuda externa. ¿Cuántas pasarán ahora y cuáles podrán ser las instancias para convertir la deuda en un acicate para nuestra transformación nacional, en lugar de medio para la subordinación y el subdesarrollo?

*La organización de la sociedad venezolana a partir
de un hecho fundamental: la generación
del excedente petrolero*

En mi opinión, el siglo xx venezolano se inicia con la explotación del petróleo por los consorcios extranjeros y, por tanto, con la vinculación propiamente neocolonial del país al sistema mundial capitalista. Podría tomarse alguna de las dos fechas siguientes, como punto de partida: 1917, cuando se realiza la primera exportación a escala comercial de petróleo; 1926, cuando por primera vez —y para el resto del siglo— la exportación de hidrocarburos registra un valor mercantil superior al de las exportaciones agrícolas tradicionales. Entre 1917 y 1926, por cierto, la condición petrolera de la economía venezolana se establece con firmeza, y un hecho espectacular contribuye a ello: el estallido del pozo Los Barrosos, en el Estado Zulia, en 1922. Desde 1926 la balanza comercial venezolana y, en general, los flujos de pagos internacionales del país, han estado determinados, en su dinámica fundamental, por el negocio petrolero. No ocurrió así con las finanzas públicas nacionales, ya que el ingreso fiscal ordinario continuó dependiendo más de los derechos aduaneros y de los impuestos sobre la circulación y el consumo que del ingreso directamente aportado por la actividad petrolera. Esta situación se prolongó hasta la década de los 40, cuando fue creado (1943) el impuesto sobre la renta y se reformó la legislación de hidrocarburos. Pero en la década de los 30 el mercado de cambio extranjero acusa la fuerte influencia de la oferta de divisas petroleras, en razón de la necesidad de las compañías del ramo de obtener moneda nacional para sus pagos internos. El llamado Convenio Tinoco, en 1934,

que reguló de hecho el cambio hasta 1937, puso de manifiesto la importancia de las divisas petroleras, y el régimen cambiario desde entonces hasta el presente se organiza en torno de ellas.

La sociedad venezolana se reorganiza virtualmente desde la cuarta década del siglo sobre la base de la participación, absorción y distribución del excedente petrolero. Este sustituye al excedente agrario como la sustancia económica del hecho social venezolano. La maximización de la parte de aquel excedente que ingresa al Estado y la lucha interclasista e intraclasista por la distribución —privatización, mejor dicho— del excedente estatizado, constituyen la esencia del proceso económico del país durante los últimos cincuenta años.

La condición jurídico/administrativa de que el Estado —en representación de hecho y de derecho de la nación— ejerce las facultades inherentes a la propiedad de la riqueza en hidrocarburos del subsuelo y, por tanto, percibe y dispone el ingreso petrolero nacional, determina una estructura de poder en la cual aquél desempeña funciones decisorias en la formación del aparato productivo interno y en la entera dinámica de las relaciones económicas y sociales. Por supuesto, el Estado —bien sea en su forma liberal democrática o bien en la de dictadura represiva— se ha propuesto históricamente el desarrollo capitalista de la sociedad venezolana, lo que implica un orden social clasista, cuya estabilidad descansa en el mecanismo del poder, en su triple vertiente: económico, político y social. En este orden, sujeto a modificaciones más o menos significativas en las coyunturas en que se hace necesaria la reformulación del proyecto nacional, la clase dominante adquiere características ajustadas a las modificaciones de la base económica y su correspondiente régimen jurídico/político. Las clases dominadas padecen correlativamente aquellas circunstancias en su composición y relación con el modo de creación y distribución de la riqueza.

A grandes rasgos, hasta fines de la década de los cincuenta, la burguesía importadora/financiera, asociada en condición de dependencia a la burguesía monopolista internacional —uno de cuyos brazos poderosos era la actividad petrolera—, ejercía la función principal en el sistema de dominación, dentro de un complejo institucional/operativo en que el Estado aseguraba el funcionamiento de la sociedad con el apoyo de los recursos financieros obtenidos del petróleo y —en determinados períodos en que se fracturaban los vínculos cohesionadores del sistema de poder— los medios de represión policial/militar.

La jerarquía del poder económico sufre alteraciones en correspondencia con la diversificación de la base económica. Emergen nuevos estratos de la burguesía: el manufacturero, el de la construcción, el agrario empresarial y el financiero, que tienen intereses parcialmente contradictorios entre ellos, pero una estrategia común de dominación. Cada vez más, la burguesía combina funciones e intereses en complejos oligopólicos que tienden a cubrir todas las instancias o etapas del desenvolvimiento capitalista, centrado en la extracción de ganancias y la creciente acumulación, y que incorpora tanto la producción material como la de servicios, entre éstos los de importancia estratégica para la dominación: los medios financieros y los de comunicación social.

En el curso de la historia económica contemporánea, la jerarquía del poder económico ha sufrido varias mudanzas: la burguesía importadora/financiera, de actividad propiamente comercial, tuvo el dominio desde la tercera década de este siglo hasta fines de los cincuenta; como burguesía asociada inmediatamente a aquélla hay que mencionar a la de la construcción, cuyo mayor auge lo disfrutó en la década de los cincuenta; la burguesía importadora comercial es desplazada de la posición principal de poder por la burguesía manufacturera, a la cual se asocia estrechamente la burguesía agraria, aunque mantienen entre ellas notables contradicciones de intereses; y el triángulo del poder dominante se completa con la burguesía financiera, que por sus especiales funciones asume cada vez más, en las décadas de los setenta y la actual, la jerarquía más alta. Como partícipes del sistema de poder, pero en posición secundaria, permanecen la burguesía comercial, la de construcción, la de servicios y los terratenientes tradicionales, propiamente latifundistas.

La burguesía manufacturera se forma en parte como derivación de la burguesía importadora, en el proceso de industrialización que se realiza para sustituir importaciones de bienes de consumo y algunos intermedios, de tal manera que esta transformación afecta la forma de las relaciones con los centros capitalistas desarrollados, pero no la esencia de ellas: los proveedores de mercancías terminadas para los importadores de nuestro país se convierten en proveedores de insumos, bienes en proceso de elaboración o fabricación, equipos para producir y tecnología, y los importadores se hacen industriales, en algunos casos sin dejar de ser comerciantes importadores; el mercado interno antes provisto de mercancías de consumo importadas, sigue siendo provisto de mercancías para cuya terminación se establecen fábricas en el país. En gran parte,

la industrialización está condicionada por la capacidad para importar de que disponga la economía, y opera con sujeción a las imposiciones tecnológicas y comerciales de los proveedores extranjeros. De este modo, el mercado interno representa una extensión del mercado bajo el dominio de las corporaciones internacionales o transnacionales que conservan la propiedad exclusiva de la tecnología bajo la forma de patente, y del prestigio de las marcas y denominaciones. Además, este mercado es explotado por las empresas formal o realmente filiales o subsidiarias y en todo caso dependientes en situación de cautividad, en razón de que la protección que se les brinda por parte del Estado, incondicional, no selectiva, carente de estrategia de venezolanización efectiva de la industrialización, permite el establecimiento de espacios económicos monopolísticos u oligopolísticos, aunque la Constitución prohíbe los monopolios. Me refiero a los casos de mayor importancia y no a la totalidad de la industrialización privada. Lo relevante de este proceso, que se extiende durante las décadas de los sesenta y setenta, es que mantiene la condición importadora de la economía y se sustenta en la adquisición de divisas por la actividad exportadora básica, que es la petrolera. En este mismo orden de ideas hay que observar que esa misma circunstancia, es decir, la fortaleza de la economía petroexportadora, permite al Estado no sólo incurrir en el sacrificio fiscal consistente en las exenciones, exoneraciones y demás privilegios de la industria sustitutiva de importaciones, sino también la concesión de créditos generosos a tasas de interés preferenciales para el desarrollo de esas empresas.

Paralelamente a la industrialización sustitutiva de importaciones, y de cierto modo en relación con ella, tienen lugar otros procesos de crecimiento económico durante el período 1960-80, y que prosiguen en la presente década. Son ellos: la modernización capitalista de la agricultura para servir al mercado interno y el establecimiento de industrias básicas oficiales con proyección al mercado internacional. La modernización agrícola toma principalmente la forma de conquista empresarial del campo y accesoriamente la de ejecución de la reforma agraria cuya ley se promulgó en 1960; estos procesos coincidentes significan una profundización de la sustitución de importaciones en un grado mucho mayor que el registrado en la industria manufacturera, pero no dejan de ser dependientes de la capacidad para importar y, por tanto, del potencial petroexportador, ya que exigen suministros externos de equipos, medios de transporte, insumos y alguna tecnología. Buena parte de

la producción agrícola moderna se destina a la industria como materia prima. El Estado rentista petrolero también apoya a la agricultura con créditos generosos, subsidios, privilegios fiscales, precios mínimos garantizados y otros beneficios. La acumulación interna privada se nutre así de las vertientes fiscales y de la cautividad del mercado interno, pero con la característica de extroversión internacional, por la doble salida de las importaciones de suministro y la transferencia de regalías, utilidades y capitales al exterior.

Las industrias básicas oficiales se proyectaron y su construcción comenzó durante la dictadura de Pérez Jiménez, pero las etapas más importantes se realizan durante los gobiernos de la democracia representativa, hasta el presente. La magnitud de las inversiones requeridas, la tardía maduración de ellas, la modesta tasa media de rentabilidad, si se hace mención sólo de razones de economía privada; pero también la índole estratégica, desde el punto de vista del desarrollo, de esas industrias, su posición de productoras de insumos básicos para la transformación industrial y, en el caso particular de la electrificación, para el bienestar de la población, permiten sostener la tesis —que es disposición constitucional— de su reserva al dominio del Estado. Las industrias básicas están situadas, por decirlo así, en uno de los extremos del proceso productivo, y en el otro extremo se sitúan las industrias de consumo; por tanto, al emprender su establecimiento, el Estado venezolano ha tenido como objetivo la integración del aparato industrial, aunque en verdad no se ha hecho lo necesario para desarrollar las etapas intermedias, que consisten en la producción de bienes de capital y bienes durables de consumo con elevado valor agregado nacional.

La gestación de la crisis

Es una paradoja que los factores de la extraordinaria expansión fiscal, cambiaria, financiera y comercial de la década de los setenta, particularmente desde 1974, propiciaran el advenimiento de la crisis que padecemos en la década actual. A grandes rasgos puede señalarse los fenómenos más importantes de esa época de la manifiesta abundancia: la multiplicación del ingreso de divisas, del ingreso fiscal, del gasto público, de la circulación monetaria, de la demanda agregada efectiva, de la importación de bienes y servicios, de la inversión privada y pública; sobre todo en bienes no transables (infraestructura, construcción,

servicios del mercado interno), y de las transacciones comerciales y financieras; la ampliación del desequilibrio entre la economía real (productiva) y el aparato circulatorio de la actividad económica (monetario, cambiario, fiscal, financiero, comercial), de tal manera que la creación de riqueza material, si bien aumenta con respecto a la década de los sesenta, se rezaga en términos relativos en relación con el aumento de la masa de recursos de pago externo e interno de que se dispuso en el país; este desequilibrio, a su vez, generó desajustes que introdujeron comportamientos deformados y deformantes de los actores y agentes económicos públicos y privados, entre otros los siguientes: el consumismo, el despilfarro, el dispendio estéril, la sobreestimación de expectativas de abundancia, la inclinación a la ganancia fácil y rápida, la extroversión del gasto favorecida por la sobrevaluación del bolívar, la expatriación del ahorro, la expansión burocrática del aparato administrativo público, el debilitamiento del control económico. El empeño del gobierno en el quinquenio 1974/79 de acelerar el crecimiento económico más allá del límite real de recursos y posibilidades, para lo cual no vaciló en contraer deuda externa en magnitud sin precedentes, provocó la emergencia de presiones inflacionarias que fueron suavizadas mediante el aumento extraordinario de la importación y la aplicación de subsidios. La concepción desarrollista/populista de la política económica (mezcla de keynesianismo y cepalismo) se fundó en expectativas y pronósticos que en buena parte resultaron fallidos, tales como: la sostenida alza del petróleo, la elasticidad de la capacidad de absorción de la economía, la oportuna maduración de las inversiones públicas, entre otros.

No obstante las observaciones anteriores, hay que señalar que algunas tendencias fundamentales contribuyeron al advenimiento de la crisis. La industrialización sustitutiva de importaciones, sujeta a las restricciones y contradicciones inherentes a este proceso, sin una estrategia coherente y sin reformas profundas de índole fiscal, redistributiva, de reorientación de los estilos de consumo e inversión, sin desarrollo tecnológico, y sin proyecciones al mercado de exportación, bien pronto agotó su impulso inicial y sufrió un relajamiento en virtud del aumento de la capacidad para importar. De la misma manera la agricultura sin una reforma agraria integral, sin una infraestructura física y técnica, sin una vinculación orgánica con otras actividades productivas, sufrió la inestabilidad de sus rendimientos, la discontinuidad de su crecimiento y, coyunturalmente también, el efecto negativo de la mayor capacidad

para importar. La construcción privada, en lugar de orientarse a la ampliación sostenida de la oferta de viviendas para los estratos socio-económicos mayoritarios del país, se concentró en edificaciones residenciales, comerciales y de oficinas de elevados precios para aprovechar una demanda selectiva, necesariamente limitada y decreciente, por lo que bien pronto, hacia fines de la década anterior, enfrentó la saturación relativa del mercado.

El crecimiento de la economía del Estado

Con la incorporación de la actividad petrolera al dominio directo empresarial del Estado se ensancha y fortalece el sector público de la economía, proceso que tiene sus inicios lejanos en 1928, con la creación de los bancos Obrero y Agrícola y Pecuario, se afirma en 1936 con el reintegro al patrimonio nacional de parte de los bienes de Gómez y continúa desenvolviéndose bajo diferentes regímenes de gobierno hasta el presente. Con la reserva legal al Estado de la industria y el comercio de los hidrocarburos, así como también la de minería de hierro, entre 1974 y 1975, el sector público llega a poseer y administrar los medios de producción más importantes del país, ya que, además de los afectos a la industria de los hidrocarburos, hay que contar los de la siderurgia, el aluminio, la petroquímica, la hidroelectrificación, la minería, el transporte marítimo comercial, empresas de aviación comercial y otros, así como también instituciones financieras, fondos de inversión, centrales azucareros, hoteles, astilleros, empresas de telecomunicaciones y otros servicios. La inversión pública representa, en promedio, un 40% de la inversión total en el país; el sector público emplea a un 20% de la fuerza de trabajo activa y controla directamente alrededor de un 60% del ingreso nacional, por lo que es un poderoso factor de la dinámica económica y social y administrador principal de los medios y mecanismos de acumulación y distribución de la riqueza. Pero no hay que derivar de estos hechos la conclusión de que el Estado es todopoderoso y sujeta a sus decisiones la economía privada y la orientación del desarrollo. En realidad, la gestión pública, si bien diferenciada en objetivos formales de crecimiento y bienestar con respecto a la gestión privada, se integra orgánicamente en el sistema de poder para asegurar su estabilidad y desenvolvimiento, identificando su acción con el interés nacional y social. Esa diferenciación es un fenómeno histórico de gran relieve, que contribuye a singularizar el crecimiento capitalista vene-

zolano como un proceso dependiente y concentrado, con escasa difusión de sus beneficios económicos y sociales entre los grandes sectores del pueblo. A esa integración del Estado con la economía privada se le denomina *economía mixta*, aunque en esencia es capitalista, y la correlación de fuerzas en la sociedad, con predominio de las que son manejadas por el poder económico, se refleja en la gestión del Estado. Este es el mecanismo rector y regulador del equilibrio sociopolítico, regulador del patrón de acumulación y crecimiento de las fuerzas productivas, para lo cual asigna recursos y administra medios institucionales destinados, por una parte, a impulsar ese patrón de acumulación y, por la otra, a sostener la estabilidad institucional mediante el alivio de las necesidades de la mayoría popular en los campos de la salud, la educación, la seguridad social, el empleo, la alimentación y la recreación, entre otros. Las tendencias a largo plazo de la distribución del ingreso nacional real son claramente indicativas de la persistencia, aun en épocas de abundancia como la década del setenta, de un patrón económico/social que favorece al capital y la propiedad en detrimento del trabajo asalariado y del campesinado pobre. En épocas de crisis, como la actual, esa tendencia se acentúa al observar cómo el salario real se deprime mucho más que la tasa real de ganancia, y los servicios sociales se deterioran en virtud de la contracción del gasto público y privado social en términos relativos, al mismo tiempo que aumenta la tasa de desempleo y se extiende el subempleo bajo la figura de *economía informal*.

Expansión, clímax y decadencia del modelo petroexportador

Los últimos quince años de la historia económica y social venezolana han sido de extraordinarios sucesos, cuyo desenvolvimiento ulterior vivimos, padecemos y esperamos. Con el pronunciado aumento de los precios del petróleo, la nacionalización de la industria petrolera y la gran expansión del ingreso fiscal y cambiario, culmina un largo ciclo del llamado *modelo primario petroexportador*. Este fenómeno se inscribe en la terminación del prolongado auge de postguerra de la economía mundial y el advenimiento de una fase recesiva de las economías capitalistas desarrolladas, que se inicia con la década de los setenta y, a través de fluctuaciones y contradicciones más o menos acentuados, aún persiste. Los precios del petróleo acusaron dos períodos de alza: el de 1974/75 y el de 1979/81. Entre 1976

y 1978 los precios petroleros sufrieron reajustes, aunque en ningún momento descendieron a los niveles deprimidos de la década de los sesenta. Entre 1979 y 1981 se empina la curva de ascenso de los precios del petróleo hasta alcanzar niveles máximos a la fecha. Con posterioridad a 1981 tiene lugar un nuevo reajuste de esos precios, hasta la brusca caída de 1986, en que el precio medio nominal del petróleo venezolano se situó un poco más de US\$ 13, en comparación con US\$ 24 en 1986. En 1987 se inicia un período de recuperación lenta, de tal manera que se abriga la expectativa razonable de que a fines de la década el precio medio del petróleo venezolano alcance a US\$ 20 el barril, notablemente inferior al precio registrado en 1985.

Los países exportadores de petróleo, Venezuela entre éstos, percibieron fuertes ingresos a través de esos períodos, y sus capas privilegiadas y gobiernos probaron mieles más ricas que en el pasado. Sin embargo, la estrategia de la dominación capitalista mundial pronto diseñó y puso en operación mecanismos y tácticas de rescate de su juego de poder frente a la OPEP, y ya en 1977/78 se registra la primera caída del petróleo seguida por un restablecimiento que duró hasta 1981. En el mercado petrolero actúan dos estrategias que tienden a converger en sus resultados: una cierta estabilidad de los precios en torno a un supuesto punto de equilibrio cuantificado en US\$ 20 en barril y una cierta holgura de oferta de petróleo para evitar nuevas alzas explosivas de precios. En todo caso la evolución petrolera mundial no permite sustentar proyecciones muy optimistas a los países exportadores, y sus economías deben ajustarse a un ingreso petrolero estable con moderado incremento interanual; pero nunca se repetirá, en el futuro previsible, un auge pronunciado como en los años que dejamos atrás.

Frente a esa perspectiva de moderación del ingreso petrolero se sitúa otra de aumento de las exigencias tanto fiscales como de cambio extranjero. La renovación de la ruta del crecimiento económico y el restablecimiento progresivo del nivel y la calidad de vida de la población, si bien pueden ser facilitados por la afluencia de un ingreso petrolero estable, requieren el desarrollo de nuevas fuentes de ingresos a la par que una estrategia de transformación para economizar, administrar y optimizar esos recursos en función de un nuevo tipo de desarrollo. Por ello el patrón de crecimiento y funcionamiento de la economía y la sociedad, centrado en la absorción de la renta

del petróleo, ha entrado en decadencia, y se impone un nuevo orden económico/social que descansa en una estructura más equilibrada de fuerzas productivas y un patrón de distribución del ingreso nacional menos regresivo. Hasta ahora, por lo general, se ha interpretado ese reordenamiento de la base económica con criterios funcionalistas de economía productivista lucrativa: hacer más eficiente la economía teniendo como referencia el principio de las ventajas comparativas, es decir, la capacidad de competencia tanto interna como internacional. Sin dejar de apreciar la necesidad de eficiencia económica, hay que ponderarla con razones fundamentales de seguridad, independencia y bienestar. Esto supone la selectividad de la asignación de recursos, ahora más escasos que en el pasado, en vista de la jerarquización de las necesidades de producción, acumulación y consumo. Las opciones son claras: la seguridad alimentaria del país tiene la mayor prioridad y al perseguirla es posible lograr ventajas comparativas que permitan conquistar mercados exteriores para los productos agrícolas y agroindustriales. El aprovechamiento racional de nuestros recursos naturales, incluidos los propios recursos de hidrocarburos, los hidroeléctricos y energéticos en general, en los cuales Venezuela tiene o puede tener ventajas comparativas crecientes, ofrece un campo muy amplio de posibilidades de producción y exportación. Al efecto hay que precisar que cuando se afirma que la economía petroexportadora primaria ha entrado en decadencia, no se debe interpretar que toda posibilidad de desarrollo de la riqueza petrolera se ha sumergido; lejos de eso, la estrategia de transformación que se requiere tiene que incorporar las ventajas de la industrialización de los hidrocarburos en el país en una gama extensa y profunda de nuevos productos, tanto para sustituir importaciones como para diversificar las exportaciones con mayor valor agregado nacional. Quizá estemos en el umbral de una nueva era en el aprovechamiento de los hidrocarburos, no ya como combustibles primarios sino como insumos para un conjunto de procesos productivos que marchen a la par de los que en el mundo desarrollado tratan de internarse en el futuro, no sólo de una tecnología superior sino también de aportación al bienestar de una humanidad en paz. Lo que se quiere significar es que la era del petróleo como simple energético primario y, en el caso venezolano, como única fuente de ingreso recurrente externo, está en sus postrimerías, y que tenemos aún la oportunidad crítica de transformar esta base de nuestra vida económica dentro del propio campo de los hidrocarburos y en los múltiples

campos de posibilidades de producción que se ofrecen en nuestros recursos naturales y humanos.

Deuda externa, fuga de capital y déficit fiscal

Venezuela participó de la euforia del Tercer Mundo al endeudarse en magnitudes muy considerables y bajo condiciones inconvenientes. Entre 1976 y 1982 la deuda pública externa del país aumentó en US\$ 22.000 millones en forma neta, contraída en su mayor parte con bancos privados a plazos breves y tasas de interés variables. Alguna porción de esa deuda fue invertida en industrias básicas, infraestructura física y equipos para empresas de servicios. Otra porción, más cuantiosa, fue absorbida por déficits corrientes de la administración pública. No hay que dejar de advertir que la corrupción y la malversación mordieron parte de esos recursos. Por último hay que mencionar que el alza pronunciada de los intereses internacionales y de la inflación en los países proveedores, contribuyó a la acumulación acelerada de la deuda en los años 1980/81. El país ha quedado con la carga de la deuda, sin haber capitalizado ni disfrutado sus beneficios. Desde luego, hablo del país popular, del hombre y la mujer del común. Esta carga pesará por muchos años, más allá del fin del siglo.

Corren paralelos el aumento sustancial de los ingresos cambiarios por virtud del alza del petróleo y del crédito externo y la fuga de capital al extranjero. Las propias magnitudes son coincidentes: según diferentes fuentes financieras internacionales los haberes financieros de venezolanos en el exterior han alcanzado a US\$ 30.000 ó 40.000 millones; el saldo global de la deuda externa del país, pública y privada, para 1983 era de US\$ 34.000 millones. No pretendo establecer, como otros han hecho, una relación de causa a efecto entre deuda y fuga de capital; pero es probable que la afluencia impresionante de recursos cambiarios y financieros en los primeros años de esta década haya sido caldo propicio para la expatriación de capital, en un clima de contradicciones agudas de la política económica, caída de la inversión privada y ausencia de una verdadera política monetaria.

La caída del ingreso petrolero y la obturación de los canales de financiamiento externo para el sector público dejaron en descubierto la realidad estructural de las finanzas públicas: el desequilibrio entre

ingresos ordinarios y gasto ordinario. Esta realidad no puede ser corregida con medidas de emergencia, ni con ajustes marginales: se impone una reestructuración a fondo del sistema financiero del Estado.

Crisis y oportunidad

Padecemos una crisis sin precedentes, afirmación que es ya lugar común. No se trata sólo de la caída del PTB por habitante, que es grave, sino de algo más profundo: incapacidad de crecer realmente sin la reorganización de las relaciones sociales, de las fuerzas económicas y la superestructura político/institucional que encarna el Estado. Puede observarse una acumulación de calamidades, como dijo el Presidente Lusinchi: el nivel y la calidad de la vida se han reducido sensiblemente, el desempleo agobia a una de cada ocho familias, hay carencias vitales en el consumo de la familia media, más del 40% de la población se hacina en ranchos insalubres e inseguros, más de un tercio de los estudiantes que aspiran a cursar estudios postsecundarios no obtienen cupo, más de la mitad de los que egresan con un título profesional no encuentran trabajo, la salud física y mental del venezolano se deteriora, la niñez abandonada aumenta, se extienden la delincuencia juvenil, la inseguridad personal, la prostitución y el desamparo social. El fenómeno de la corrupción es un modo de funcionamiento del sistema y la honestidad parece la excepción. La riqueza mal habida se ostenta como signo de éxito ante las miradas complacientes de una sociedad que ha perdido los frenos morales. Se abusa del poder para el enriquecimiento, el privilegio, la conquista de posiciones, la figuración social y política. El señuelo electoral, hábilmente manejado por los partidos, pretende hipnotizar la voluntad y el descontento del pueblo, al que se le aleja de los debates y las decisiones en que se manipula la suerte del común. Huelga advertir que de no superarse esta situación en el sentido de un nuevo orden social y nacional la crisis derivará en descomposición social profunda, inestabilidad político/institucional y conmociones que pueden escapar al control del poder.

La crisis es no sólo padecimiento sino también oportunidad de avanzar. Es otro lugar común. Algo desaparece y algo se incorpora como nuevo o renovado en la crisis. Por supuesto, hay pérdidas, sacrificios, malestar, desconcierto; pero se modifican las actitudes, las conductas, las expectativas, la estimación de los hechos, las vías y formas

del quehacer económico y social. La necesidad de cambio se deja sentir con fuerza. El cambio implica rectificación, crítica de lo que ha existido, búsqueda de alternativas. Sin embargo, algunos elementos constitutivos permanecen, se fortalecen, se enriquecen en la crisis: me refiero, por ejemplo, a los principios constitucionales de la república, a los fundamentos de la democracia, a la conciencia de igualdad que abriga el pueblo venezolano. Estos principios hay que desarrollarlos, hacerlos realidad, porque nuestra Constitución es en buena parte un programa no cumplido. La libertad económica no sólo significa que cada ciudadano puede dedicarse a la actividad lucrativa de su preferencia, dentro del orden constitucional y legal existente, sino también que cada ciudadano debe tener mediante su trabajo una base estable y progresiva para sustentar su vida y la de los suyos en condiciones satisfactorias. La propiedad debe ser democratizada, la riqueza debe ser justamente distribuida, el bienestar material, cultural y social debe estar al alcance de todos. El Estado venezolano tiene los medios para asegurar la educación, la salud, la sana recreación, la protección social a toda la población. Venezuela es un país de grandes recursos de toda índole, de grandes posibilidades y oportunidades, sólo que ha sido maltratado, esquilmado, exaccionado, robado, y está en pie por noble y generoso. Y su mejor activo, su inagotable recurso es su gente, la poderosa corriente humana que viene de las raíces de la historia y se proyecta al futuro sin que nadie ni nada pueda detenerla.

[Conferencia dictada en la Academia Nacional de la Historia, Cátedra José Gil Fortoul, el 28-10-87].

LA ECONOMIA VENEZOLANA EN LA DÉCADA DE LOS OCHENTA

I. - UNA REFLEXIÓN METODOLÓGICA

1. El período que denominamos década de los 80 no ha concluido: es en parte pasado, en parte futuro. Algún momento del análisis que intento realizar puede ser tomado como presente, aunque fugaz, casi convencional. En relación con el pasado, esta década es la continuación —lógica y cronológica— de anteriores décadas. En relación con el futuro, el período considerado se proyecta a la década final del siglo. Es, por tanto, una década singular que sirve de escenario temporal a sucesos trascendentes, en el mundo, en América Latina, en Venezuela. El examen de esos sucesos merece una refinación metodológica, que propongo como síntesis de tres conceptos del tiempo: el *histórico*, el *económico* y el *especulativo*.

2. El tiempo es una variable abstracta. Lo interpretamos como una necesidad del pensamiento y la acción del ser humano en su afán de dejar huella, de identificar hechos, de tener referencia de su vida. No tiene existencia propia, sino relativa: se deduce del movimiento, del vencimiento del espacio, de la transformación sufrida por sujetos y objetos. Es una variable continua, aunque el empeño en la limitación del movimiento de otras variables, en la fijación de los recursos y testimonios, en la determinación de la memoria, lo reduce a confines discretos, propiamente *temporales*, de fechas y períodos. El tiempo es irreversible: volvemos al pasado mediante la rememoración, por virtud de la reconstrucción mental o convencional de lo que fue y ya no es. El espacio es una variable reversible y discreta de cierto modo: puede recorrerse numerosas veces, puede recorrerse por partes, puede limitarse según las necesidades. El espacio puede expresarse en términos de

tiempo y éste en términos de espacio. La velocidad es una conjunción de espacio y tiempo.

3. La significación del tiempo está vinculada al cambio. En el supuesto teórico de que nada cambie —estancamiento absoluto— el simple transcurrir del tiempo es irrelevante. La velocidad del cambio hace que la apreciación del tiempo aumente: éste se convierte en una variable escasa y hasta puede interpretarse, o tenerse la noción subjetiva de que el tiempo se acelera. La hipótesis de estancamiento absoluto es insostenible: algo cambia siempre y no todo queda igual. La necesidad de cambio a ritmo acelerado y en procesos múltiples es característica de épocas de crisis y transformación.

4. El tiempo *histórico* se presenta como pasado, pero también como determinante del presente. El análisis permite limitar, en retrospectiva, el tiempo histórico para identificar, en lo posible, el nacimiento de los fenómenos o procesos, el origen de las tendencias que generaron la situación presente. Pero también hay que considerar la prospectiva de aquellos procesos y tendencias, su lógica conclusión, su maduración o colapso. El presente, en este sentido, no es la terminación del pasado, sino una instancia, una transición, un plano de observación singular y versátil, que puede orientarse al pasado como experiencia, como parte del proceso ya realizado, o puede orientarse al futuro, como expectativa, como proyección, como anticipación *especulativa*. Siempre algo del pasado se traslada al futuro y de este modo se asegura la continuidad de la existencia humana y, en general, de toda existencia.

5. El tiempo *económico* es una combinación de tiempo histórico y de tiempo especulativo, y puede calificarse propiamente como tiempo lógico o tiempo necesario para el cumplimiento de los hechos y procesos de la economía. El tiempo económico cabalga, por decirlo así, sobre el tiempo histórico y continúa en el tiempo especulativo en la lógica de los sucesos. La dinámica económica requiere esta forma de interpretar el tiempo o de utilizarlo: de aquí la definición del economista Baumol: "Dinámica Económica es el estudio de los fenómenos económicos, en relación a los sucesos antecedentes y subsiguientes".¹ Quiere decir que los sucesos económicos se *concatenan*, se encadenan, desde

1. W. J. BAUMOL: *Introducción a la dinámica económica*, 1ª ed. esp., Marcombo (Barcelona, España), p. 25.

el pasado al futuro, y la conciencia del suceso se toma en el presente, en el límite entre lo que antecede y lo que prosigue, sin solución de continuidad. Esta concatenación o encadenamiento en el movimiento económico puede configurarse como la *metodología de los planos temporales concatenados* y su utilidad la intento demostrar en este ensayo.

6. La concatenación existe entre el *corto*, el *mediano* y el *largo plazo*, en visión retrospectiva o prospectiva. Situándonos en el momento presente, —sin definición de la duración de este momento—, puede decirse que el corto plazo refleja procesos y tendencias de períodos anteriores —cortos, medianos y largos, según el alcance de los observación histórica— que conforman un escenario en el cual ciertas variables económicas y sociales significativas permanecen relativamente constantes —valga la aparente contradicción— y algunos parámetros históricos continúan vigentes: entre las primeras, por ejemplo, el capital fijo instalado, los recursos naturales disponibles, el nivel básico de las reservas internacionales del país, los comportamientos y actitudes de los sujetos económicos y de los entes sociales; entre los últimos, la proporción de fuerza de trabajo activa en el total de la población, la distribución del ingreso, la relación media capital/producto. Otros indicadores sufren fluctuaciones en sus valores numéricos: el producto territorial bruto (PTB), el ingreso nacional, la inversión, el consumo, el comercio exterior, los ingresos y gastos públicos, las tasas de cambio, de interés y salarios, los niveles de precios, de empleo, de liquidez; el índice de utilización del capital fijo, el número de la población, entre otros. También el corto plazo refleja tensiones y desajustes que se gestaron en el pasado reciente o mediano, decisiones que obedecen a la experiencia anterior cercana o lejana y persistencia de conductas relativamente inertes en períodos breves. Pero también el corto plazo refleja anticipadamente conductas y hechos por ocurrir, según la intensidad e influencia de las expectativas cercanas.

7. Las coyunturas de corto plazo se proyectan en el mediano plazo, en el cual algunas variables significativas sufren modificaciones: por ejemplo, el capital fijo, la disponibilidad de recursos naturales, el nivel básico de las reservas monetarias, entre otros; y ciertos ajustes tienen lugar: los llamados equilibrios macroeconómicos convencionales: presupuesto público, sector externo, oferta y demanda de dinero, nivel de precios, entre otros. Procesos y tendencias del pasado mediano —y quizá algunos de origen más lejano— se asimilan modificados en el

acontecer económico/social y otros se gestan para proyectarse en el largo plazo. Es más tenue la influencia del pasado *mediato* y mayor la de decisiones y expectativas que se proyectan al futuro más lejano: por ejemplo, inversiones netas fijas, nuevas exportaciones, nueva sustitución de importaciones, modificación sensible de las conductas socio-económicas, cambios de estrategia económica y reformas institucionales.

8. El largo plazo refleja los ajustes, las modificaciones estructurales, los movimientos lentos de transformación que se gestan en plazos cortos y medios que forman parte de este encadenamiento. En verdad, el largo plazo no tiene *autonomía histórica* u *operativa*, con respecto al acontecer de períodos breves y medianos, sino una autonomía *lógica, conceptual y prospectiva*, como proyección o *normativa estratégica*.

9. Pasado, presente y futuro, por tanto, no tienen solución de continuidad, aunque algunos hechos, sucesos o decisiones de gran importancia pueden ser tomados como *ruptura* o *discontinuidad*. El tiempo es una dimensión *única*, un fluir constante, que sólo para fines analíticos puede ser fragmentado. La comparación *intertemporal* de situaciones o procesos ocurridos en diferentes planos del tiempo histórico o lógico (especulativo) permite la ficción metodológica de la reversibilidad figurada de tales acontecimientos, algo así como la técnica novelística de actualización de épocas más o menos remotas, como si estuvieran ocurriendo en nuestro tiempo; o la proyección al pasado de acontecimientos actuales (una especie de "máquina del tiempo"). En este tipo de análisis puede tomarse como punto de partida el presente —que en parte es pasado inmediato y en parte futuro inmediato— para analizar el pasado, en cuanto éste permita desentrañar las raíces de la situación actual. También puede tomarse el pasado como punto de partida para encontrar la gestación del presente. Aún es posible situarse imaginativamente en algún futuro —por ejemplo, 1995 ó 2000— y encontrar proyectados (con las modificaciones significativas que se consideren convenientes) los procesos y tendencias observables en el presente. Estos son planos intertemporales necesariamente concatenados, lo cual significa que no es válida la consideración de situaciones aisladas en el tiempo, y todo proceso tiene que ser analizado en instancias lógico/temporales de: *inspección, retrospección y prospección*.

II. - ALCANCES TEMPORALES DEL ANÁLISIS

El objeto de este ensayo es examinar el desenvolvimiento de la economía venezolana en el período comprendido entre 1970 y 1986 e intentar un pronóstico del período 1987-1990. En este examen están comprendidas dos décadas: la de los 70 y la de los 80; considero la de los 70 como antecedente y centro la atención en la de los 80.

1. El período comprendido entre 1970 y 1986 puede ser dividido en varios subperíodos según el movimiento dominante en cada uno de ellos: i) 1970-73, de recuperación y expansión moderada; ii) 1974-78, de expansión pronunciada y cambio de dimensiones nominales de la economía; iii) 1979-82, de recesión de la economía real en contraste con la mayor expansión de la economía nominal; iv) 1983-86, de recesión y reajuste. En conjunto el tiempo comprendido entre 1979 y 1986 fue de profunda caída de la actividad económica, de grave deterioro del bienestar social, de descenso de la calidad de vida del venezolano medio, de ampliación de la brecha entre riqueza y pobreza, de emergencia de presiones inflacionarias fuertes, de considerables desajustes del sector externo y de notables contradicciones de las políticas públicas, entre otros hechos.

2. El subperíodo 1970-73, con el cual se inicia la década de los 70, fue de transición entre una época de moderada recuperación —luego de la recesión de comienzos de los 60, que se prolongó hasta bien avanzada la década— y otra de expansión a ritmo creciente. En este lapso se dan pasos importantes hacia el rescate nacional de la actividad petrolera, se fortalece la capacidad de decisión e intervención del mercado petrolero mundial por parte de la OPEP, se revalúa ligeramente el bolívar, se expande considerablemente el presupuesto público, se denuncia el Tratado Comercial con Estados Unidos, crece sostenidamente el producto territorial bruto (PTB), se mantiene baja la tasa de inflación, aumenta el ingreso petrolero, mejora la balanza de pagos y aumenta sensiblemente el endeudamiento público. En lo esencial, continúan las tendencias principales de la economía nacional y las dimensiones de las variables macroeconómicas fluctúa dentro de márgenes históricamente establecidos.

3. Durante el subperíodo 1974-78 ocurrieron hechos de gran significación en la vida nacional, en lo económico, lo político y lo social: una gran expectativa popular rodea al gobierno de Carlos Andrés

Pérez en el sentido de la profundización de la democracia; los precios del petróleo se cuadruplican en virtud de la decisión de la OPEP, el presupuesto público nacional se eleva sustancialmente lo mismo que el ingreso de divisas, se reservan al Estado la explotación del mineral de hierro y la industria y el comercio de hidrocarburos, se crean fondos de inversión con parte del excedente petrolero fiscal (el Fondo de Inversiones de Venezuela, el de Crédito Industrial, el de Crédito Agropecuario, el Inmobiliario), se amplía el espacio económico del Estado y aumenta el grado de intervención oficial en la actividad privada; las variables monetarias, financieras y comerciales registran valores que significan una modificación casi explosiva de las tendencias históricas, asciende fuertemente el nivel de endeudamiento público externo, se aceleran las presiones inflacionarias, el bolívar adquiere un valor externo bastante superior a su valor interno por lo que aumentan extraordinariamente las importaciones de bienes y servicios, las transferencias monetarias al exterior y el grado general de apertura externa de la economía; por otra parte, el gobierno toma algunas medidas sociales de incidencia económica, tales como: el alza de los salarios monetarios, la consolidación de las prestaciones sociales como derechos adquiridos e irrenunciables, la creación obligatoria de empleos en el sector de servicios, el establecimiento de subsidios al consumo; se promulga la Ley contra Despidos Injustificados, que protege la estabilidad en el trabajo, y se amplían los servicios públicos o sociales. La euforia expansionista de este subperíodo duró poco, pues ya en 1977 se notaron signos de debilitamiento de los factores aceleradores y el gobierno tomó algunas medidas orientadas a moderar el gasto público y el consumo privado, a suavizar la dinámica monetaria y financiera y los impulsos alcistas a los precios. Puede observarse que el sobredimensionamiento de las actividades financieras, comerciales y de servicios que tuvo lugar en esa época no correspondió a un crecimiento real de la economía más acentuado ya que, en promedio del subperíodo, las tasas de aumento del PTB no petrolero apenas fueron algo más elevadas que las del subperíodo anterior: la ampliación de la demanda agregada interna se satisfizo en una proporción significativa con importaciones facilitadas por el aumento extraordinario de la capacidad para importar y la sobrevaluación del bolívar.

4. La recesión económica, que se había gestado durante los últimos años del subperíodo anterior, se hizo presente en el subperíodo 1979-82, virtualmente facilitada por las políticas públicas adoptadas por

el gobierno. Sin duda, se requería un reajuste para aproximar los planos de desenvolvimiento de la economía nominal a los de la economía real, lo que podría interpretarse como un redimensionamiento de las variables macrofinancieras y circulatorias, sin dejar de fortalecer los factores de la economía real que permitieran una reestructuración de las fuerzas productivas, en concordancia con las exigencias de cambio de orientación de los patrones de inversión, de producción y de consumo que se hacían manifiestas. No se hizo así. La política oficial intentó promover una liberalización del mercado, un desmantelamiento de controles, regulaciones y restricciones administrativas de la actividad económica, una apertura al régimen de libre competencia con menor intervención del Estado. En una economía de elevado grado de imperfección y de comportamiento oligopólico, como la venezolana, con elementos espúreos de manipulación privada de canales de circulación mercantil, aquellos propósitos no podían menos que fracasar. La parcial liberación de precios, en vez de favorecer una mayor oferta de producción nacional, propició una fuerte alza de precios y de la importación, y abrió camino a una exigencia de compensación salarial, ya que se puso en evidencia una pérdida de poder adquisitivo en una proporción muy considerable, del orden de 15% a nivel del consumidor en 1979 y de 20% en 1980; en este último año se puso en vigencia una ley de ajustes de remuneraciones monetarias laborales con un promedio de 18%, algo por debajo del índice de inflación de ese mismo año. Bien pronto el gobierno tuvo necesidad de modificar la política de liberalización, estableciendo dispositivos de control y regulación de precios y de importaciones. Aunque el gobierno anunció el propósito de reajustar el gasto público y de reordenarlo para su mejor aprovechamiento económico/social, la realidad fue que el gasto consolidado del sector público se amplió en magnitudes impresionantes, al pasar de 124.510 millones de bolívares en 1978 a Bs. 157.103 millones en 1979 y continuó en empujado ascenso hasta alcanzar a Bs. 186.268 millones en 1981; del total de gastos, se clasifican como corrientes: Bs. 71.123 millones en 1979 y Bs. 115.408 millones en 1981, con un incremento de más de 40% entre ambos años; y como gastos de inversión Bs. 80.395 millones en 1979 y Bs. 65.631 millones en 1981, lo que indica una contracción de estos últimos en un orden de 17,5% entre esos años. En 1981 el gasto de inversión del sector público consolidado fue apenas superior al registrado en 1978, mientras que el gasto

corriente prácticamente se había duplicado en 1981 con respecto a 1978. No hubo, por tanto, ni reajuste ni reordenación del gasto.

4.1. No puede atribuirse a estrechez de recursos financieros por parte del sector público la caída del nivel de actividad económica global durante el subperíodo 1979-82. Los ingresos ordinarios de ese sector se elevaron de Bs. 104.691 millones en 1979 a Bs. 180.000 millones en 1982, un incremento de casi 80%; con referencia a 1978 tales ingresos se duplicaron con creces. También dispuso el sector público de considerables recursos extraordinarios en ese tiempo: Bs. 124.000 millones. El total de recursos financieros manejados por el sector público ascendió de Bs. 152.000 millones en 1979 a Bs. 220.000 millones en 1982, es decir que aumentó en 50%. Asimismo, el ingreso de divisas pasó de US\$ 23.967 millones en 1978 a US\$ 29.315 millones en 1982; si se excluye a la banca comercial de este movimiento —por considerar que sus operaciones cambiarias tienen una fuerte influencia especulativa, que todavía persiste— puede apreciarse una ingente entrada de recursos cambiarios al sector oficial (Banco Central y Fondo de Inversiones de Venezuela), que varía de US\$ 15.000 millones en 1978 a US\$ 25.000 millones en 1982.

4.2. La variable dinámica más indicativa del descenso de la actividad económica durante el subperíodo de referencia es la inversión bruta fija, que refleja el curso del proceso de acumulación en términos aproximados. El valor nominal de esta inversión —como flujo durante cada año a los precios de mercado— sufrió un descenso desde Bs. 32.000 millones en 1978 a Bs. 22.100 millones en 1982. El PTB no petrolero a precios de 1968 registró un ligero aumento, de Bs. 70.183 millones en 1978 a Bs. 70.899 millones en 1982, lo que en un lapso de cuatro años puede considerarse como estancamiento económico. Más aún: si se tiene en cuenta que en ese lapso la población creció en alrededor de un 13% y que, por tanto, el producto bruto interno por habitante se redujo en una proporción prácticamente semejante, podrá entenderse la profundidad del fenómeno recesivo.

4.3. En 1982 estalla, para Venezuela, la llamada *crisis de la deuda externa*. El saldo global de la deuda pública externa se duplicó entre fines de 1978 y 1982, situándose para esta última fecha en US\$ 28.000 millones, de cuya suma alrededor de las tres cuartas partes estaban constituidas por obligaciones a vencerse en un plazo

breve y a tasas de interés variable. Parece excepcionalmente contradictorio que en un período (1975-82) en que afluyeron al país los recursos cambiarios más cuantiosos de su historia y en que los ingresos fiscales ordinarios alcanzaron montos sin precedentes, el endeudamiento público externo también registrara niveles máximos. La necesidad de una reestructuración de los vencimientos de esa deuda, de sus términos de amortización e intereses, absorberá los mayores esfuerzos de los ministros de Hacienda y centrará la preocupación más acendrada de los gobiernos hasta el presente; de la misma manera, desde 1983 hasta el presente se extiende la crítica alternativa de atender la exigencia del servicio de la deuda a plenitud —comprometiendo para ello alrededor de un 35% de los ingresos de exportación y un 30% de los ingresos fiscales ordinarios— o dar prioridad al requerimiento de recursos para la reactivación económica y el sostenimiento de un nivel mínimo aceptable de vida de la población. De uno u otro modo el problema de la deuda pesa sustancialmente en la gestión pública y en la expectativa privada y limita drásticamente la viabilidad de la recuperación.

5. En el subperíodo 1983-86 el fenómeno recesivo de la economía prosigue y se complica. No obstante la contracción de la actividad económica —manifestada en un descenso de la demanda agregada interna en términos reales y un elevado índice de subutilización de la capacidad productiva existente— las presiones inflacionarias se acentúan. La triple incidencia en la balanza de pagos de una ominosa y sustancial salida de capital, un excepcionalmente elevado nivel de importación y un descenso sensible del ingreso petrolero, obliga al gobierno a establecer un régimen de restricciones cambiarias en febrero de 1983, que se irá modificando en el transcurso del tiempo mediante la introducción de tipos de cambio múltiples y dispositivos para el reajuste de la importación y el reconocimiento oficial (a efectos de asignación de divisas) de la deuda privada externa bajo el supuesto de su legitimidad formal y económica. También es cuestionable una parte considerable de la deuda pública externa, contraída en violación de normas legales y administrativas y sin control del gobierno central. Este escenario restrictivo —que interrumpe una larga época de libre movimiento cambiario— induce modificaciones significativas en el comportamiento económico público y privado que aún están en proceso; la reorientación de la demanda al mercado interno, la reactivación de la sustitución

de importaciones, la apertura de la producción a la conquista de mercados internacionales, la presión de los ahorros en los canales financieros internos, el diferimiento de la reposición física de activos fijos, entre otros aspectos. El fenómeno de la *sobrevaluación del bolívar*, caracterizado en los subperíodos anteriores, cede lugar al fenómeno de la probable subvaluación del signo monetario. La cuenta corriente de la balanza de pagos registra entre 1983 y 1985 saldos activos apreciables, mientras la de capital presenta saldos pasivos cuantiosos, en razón del descenso casi vertical de la entrada de fondos por crédito público o privado y por inversión, mientras que se efectúan fuertes erogaciones por concepto de servicio de la deuda externa; sin embargo, entre 1983 y 1985 el movimiento neto de las reservas monetarias internacionales del país es de signo positivo, de tal modo que el saldo global de las mismas se eleva de US\$ 11.149 millones al cierre de 1983 a US\$ 13.750 millones al cierre de 1985.² Este movimiento refleja un notable reajuste del sector externo, que en parte corresponde al deterioro del negocio petrolero, pero también a la casi abrupta caída de la importación y de la salida de capital especulativo.

5.1. La progresiva *devaluación del bolívar* manifestada en el ascenso de los tipos de cambio medios ponderados (de Bs. 5,60 en 1983 a Bs. 7,80 en noviembre de 1986), las restricciones cambiarias y la reorientación del aparato productivo, entre otros factores, determinan un aumento de las presiones inflacionarias, parcialmente contenido mediante subsidios al consumo, regulación oficial de precios y contracción de la demanda agregada interna efectiva. La pérdida del poder adquisitivo acumulada en el subperíodo se cifra en un 38%, aun teniendo en cuenta las compensaciones salariales limitadas que tuvieron lugar en virtud de la contratación colectiva y los ajustes de salarios mínimos y otros decretados por el gobierno. El desempleo abierto se sitúa en un promedio del 12% durante el subperíodo, mientras que el subempleo creció considerablemente bajo la forma de la ampliación del llamado sector informal de la economía, que ha llegado a significar alrededor de un 40% de la actividad económica del trabajo. La conjunción de esos hechos explica y revela el grave deterioro del nivel

2. Las llamadas reservas operativas —disponibles de inmediato o en un plazo muy breve— ascendieron a US\$ 7.000 millones aproximadamente a fines de 1985; el fuerte déficit de balanza de pagos en 1986 determinó la reducción de dichas reservas a US\$ 4.000 millones.

y la calidad de vida de la mayoría de la población, que se evidencia agudamente en el desmejoramiento de la situación alimentaria, habitacional, de salud y recreacional. Ha aumentado el índice de pobreza crítica, que se estima en un 35%, y el de pobreza en general que se sitúa en un 75%. El anverso de esta medalla es la mayor concentración de la riqueza y el ingreso, el aumento del bienestar de la minoría de la población que no pasa de un 20%, dentro de la cual las capas absolutamente privilegiadas no llegan a significar ni el 5% de la población.

5.2. La política monetaria y fiscal en el subperíodo considerado se caracteriza por la moderación en el ritmo de la liquidez del público, que promedia un 8,7% anual, la relativa estabilidad de las tasas nominales de interés mientras que se reducen las tasas reales y, hasta 1985 inclusive, la orientación de la gestión fiscal al superávit, que llegó a significar un 7% del producto bruto interno. La política cambiaria se caracterizó por las modificaciones en las tasas de cambio y el desplazamiento de artículos de importación de la lista preferencial prioritaria a la preferencial de orden menor. Al mismo tiempo, se intentaba moderar las fluctuaciones del cambio en el mercado "libre" utilizando para ello diferentes medios e instrumentos, inclusive la venta de divisas por el Banco Central.

6. El año 1986 fue atípico en el comportamiento de la economía: la contracción del ingreso petrolero en una proporción de 40% y el pago del servicio de la deuda externa por un monto aproximado de US\$ 5.000 millones determinaron un déficit de balanza de pagos excepcionalmente fuerte; sin embargo, el gasto público aumentó en una proporción similar a la del año 1985 y la liquidez monetaria se amplió a un ritmo considerable. El producto bruto de las actividades internas registró un aumento de poco más de 3%, en contraste con el estancamiento o la contracción de años anteriores. Incluso la construcción privada, que venía acusando una profunda recesión, mostró algunos signos de recuperación. El comportamiento de la agricultura en términos de producto fue bastante favorable y también la industria manufacturera y las industrias básicas del Estado lograron progresos significativos en su actividad productiva. Aparentemente se había tocado fondo en el descenso de la economía y la lógica económica permitía esperar que 1987 fuese un año de recuperación, en virtud de las expectativas bien fundadas de un moderado restablecimiento de los

precios del petróleo, de resultados positivos de la renegociación de los términos del servicio de la deuda pública externa y la realización de programas de inversión pública que habían comenzado a ejecutarse en 1986.

7. Las expectativas no se han cumplido para 1987, salvo la referente al mejoramiento de los precios del petróleo. La devaluación decretada en diciembre de 1986, en una proporción de 93%, ha provocado múltiples efectos en la economía a los cuales ésta tiene que ajustarse en condiciones desfavorables, sobre todo por la ausencia de una estrategia para asimilar esos efectos y derivar de la devaluación algunos beneficios, tales como: la profundización del proceso de sustitución de importaciones, el impulso organizado a las exportaciones no tradicionales, la reorientación del patrón de consumo y el estímulo a la inversión transformadora del aparato productivo nacional, entre otros. El ajuste a la devaluación ha sido difícil, contradictorio y hasta deformante. La tasa de aumento del nivel general de precios para este año se estima en no menos del 40%, no obstante la regulación oficial de numerosos artículos y servicios de consumo general y la medida de congelación por 120 días de un grupo restringido de precios de artículos de primera necesidad. El desabastecimiento del mercado en algunos de esos artículos ha sido una respuesta perversa a la congelación de precios. El más acentuado deterioro del salario real a consecuencia de la devaluación y la subsiguiente alza de precios obligó al gobierno a decretar un bono compensatorio, con un promedio de 25%, cuyas imperfecciones, contradicciones y omisiones están conformando una situación en la cual los asalariados pueden quedar en condiciones reales globales inferiores a las que tenían antes de la devaluación. Y lo más probable es que el bono compensatorio se tome como pretexto para una mayor elevación de los precios.

El acuerdo de reestructuración de la deuda pública externa (refinanciable, según los términos convencionales) celebrado en febrero de este año permite un diferimiento parcial de pagos por concepto de amortización; pero si se toma en conjunto la carga del servicio de la deuda externa (refinanciada y no refinanciada, pública y privada) se llega a la conclusión de que el país no puede ni podrá en el mediano plazo cumplir esos compromisos sin afectar decisivamente toda posibilidad de recuperación económica y hacer más penosa la situación de la mayoría popular en los elementos vitales. Se evidencia una conste-

lación de factores y procesos críticos que pueden conducir al país a un deterioro más grave en el orden económico y social de lo que hasta ahora ha padecido, de no rectificarse la política económica.

III. - RUPTURA DE LAS TENDENCIAS HISTÓRICAS

Entre mediados de la década de los 70 y los primeros años de la década de los 80 ocurre una ruptura de las principales tendencias económicas que habían caracterizado a la economía venezolana, con algunas modificaciones más o menos importantes, durante el cuarto de siglo anterior. Esa ruptura es un hecho de la crisis y su análisis ayuda a entender los sucesos de los últimos años que revelan un comportamiento diferente de esta economía.

1. Lógicamente hay que comenzar por el petróleo. A la década depresiva de los años sesenta, en la cual se mantuvieron muy bajos los precios de realización del petróleo exportado y elevados los volúmenes de exportación (los primeros no alcanzaron, en promedio, los \$ 2 por barril; los últimos se mantuvieron por encima de los tres millones de barriles diarios) sucede un período —comprendido entre 1974 y 1981— de elevados precios de realización del petróleo en el mercado internacional y de volúmenes decrecientes de exportación: los primeros se multiplicaron por quince entre los años extremos del período; los últimos descendieron a menos de dos millones de barriles diarios, por lo que el país recibió doble beneficio: economía real de recursos naturales y considerable ingreso monetario por barril exportado. La dependencia económica con respecto a la actividad petrolera se acentuó en la medida que los recursos cambiarios y fiscales originados en aquella se multiplicaban. La relativa modestia de los recursos obtenidos del petróleo hasta 1972 condicionaba a una economía de dimensiones igualmente modestas y de comportamiento pausado. La extraordinaria afluencia de tales recursos en los años posteriores determinó alteraciones significativas en las dimensiones aparentes o nominales de la economía y en su comportamiento general.

2. Salvo los años difíciles de 1959 a 1963 —de graves desequilibrios de la balanza de pagos, que obligó al establecimiento de un control de cambios y la devaluación del bolívar— puede afirmarse que la estabilidad cambiaria y la libertad de transacciones externas

prevalecieron durante la década de los 60 y la de los 70, situación que se prolongó hasta 1982 inclusive. Luego de la devaluación formalizada en 1964 se recuperó progresivamente la fortaleza del bolívar en su relación de cambio externa, hasta el punto de que se hizo manifiesta en cierta medida una sobrevaluación, que favoreció la inclinación a gastar en el exterior y a la exportación de capital; paradójicamente durante este período se recurrió masivamente al endeudamiento público internacional.

3. Al considerar los movimientos generales de precios en el largo plazo histórico, anterior a 1974 puede observarse dos características: i) el moderado ritmo de alza, que no superó en promedio anual al 3% (salvo una vez más, el ajuste a la devaluación ya mencionada); ii) la concordancia aproximada entre esos movimientos de precios internos y los internacionales, particularmente los de Estados Unidos principal mercado del petróleo y de origen de nuestras importaciones. Posteriormente el ritmo de los precios sufre amplias fluctuaciones y la concordancia con los ritmos internacionales de precios se altera hasta desaparecer, no obstante el fuerte peso de la importación en la composición de los costos de producción en el país.

4. *El gasto público siempre ha sido un factor principal de la actividad económica interna;* en el tiempo anterior a 1974 el crecimiento del gasto público guardó cierta relación orgánica con el crecimiento económico (PTB), por lo que no era exagerada la afirmación de que dicho gasto tenía alguna eficacia en el desenvolvimiento de la economía. En los últimos trece años la expansión del gasto público pierde la relación de organicidad con el crecimiento económico, hasta el punto de que puede hablarse sin temor a errar de que la eficacia del gasto es aleatoria con respecto a la evolución del producto bruto interno: mientras los niveles del gasto se elevan casi continuamente en proporciones muy considerables las tasas de variación del PTB se hacen negativas. No puede derivarse de esta circunstancia la conclusión de que el gasto público ha dejado de ser un factor determinante de la actividad interna; sólo que hay un desajuste —supuestamente transitorio— entre ambas variables.

5. *La relación media en el largo plazo entre importaciones y PTB* fue siempre elevada en nuestra economía; pero registró un moderado descenso durante la década de los 60 y comienzos de la de los

70, en virtud de la sustitución realizada en numerosos renglones de importación de bienes de consumo e intermedios por la producción interna de tales bienes; es verdad que el carácter de tal sustitución —que se concentraba preferentemente en los procesos fáciles de producción ubicados en las etapas finales de transformación de los productos y se orientaba casi incondicionalmente por la composición de la demanda formada al influjo de la misma importación— no propiciaba un cambio profundo y sostenido de la relación entre la importación y el PTB (coeficiente de importación); pero la composición cualitativa de la importación se modificaba en favor de los bienes intermedios y de capital, lo que, después de todo, era un progreso. Posteriormente, en la época de bonanza petrolera y financiera, la relación entre importación y producto interno tendió a subir y el proceso de sustitución de importaciones perdió fuerza y consistencia.

6. *La relación entre la deuda pública y el PTB* se mantuvo baja hasta mediados de la década de los 70; particularmente era baja la relación entre deuda pública externa y PTB, y muy por debajo del 8% la relación entre el servicio de la deuda externa y el valor de la exportación de bienes y servicios. En los últimos doce años suben pronunciadamente tanto la relación deuda pública/PTB, como la relación servicio de la deuda externa/exportación de bienes y servicios, hasta llegar a significar actualmente un 110% la primera y un 40% la última. Es conveniente señalar que el servicio de la deuda es un elemento pasivo de la balanza de pagos y una variable restrictiva de la dinámica económica del país. Me refiero a la deuda externa, cuyo monto reduce el patrimonio nacional.

8. La construcción, conjuntamente con la sustitución de importaciones y el gasto público neto, significaba una fuerza motriz relevante de la economía hasta 1957; luego esa actividad sufre un decaimiento prolongado, que llega hasta principios de los 70; en la década de los 70 la construcción recobra su impulso y lo mantiene durante la mayor parte del período; pero a fines de éste entra en una fase recesiva que aún persiste. El ciclo de la construcción —con una duración aproximada de dieciocho años— imprime su ritmo en amplios sectores de la economía, contribuyendo a la intensidad del auge y a la profundidad de la recesión.

IV. - PROCESOS PRINCIPALES DE LA DÉCADA DE LOS SETENTA

Muy brevemente mencionaré los principales sucesos y procesos que se realizaron en la década anterior y cuyos efectos y consecuencias se proyectan en la década actual.

1. Hay que mencionar en primer término, como es obvio, el cambio de dimensiones de la economía petrolera de índole *cuasi-rentística*. Ese cambio no se manifiesta en las magnitudes económicas reales de carácter estructural, sino en las variables de la circulación: balanza de pagos, finanzas públicas, liquidez monetaria, flujos financieros y comerciales, servicios no relacionados con la producción material, niveles de precios e ingresos monetarios. Las variables del gasto —consumo, inversión privada— se alteran sensiblemente: aumentan sus valores corrientes de mercado más que sus valores constantes o reales y luego sufren contracción, más en términos reales que nominales. Gran parte del ingreso petrolero extraordinario revierte al exterior en concepto de importaciones, gastos de consumo y salida de capital, y poco se desarrolla la capacidad productiva. La superestructura financiera de la economía se hipertrofia y la actividad especulativa tiende a predominar sobre la productiva.

2. El dominio económico del Estado se amplía y profundiza, con la incorporación de la industria y el comercio de los hidrocarburos y el mineral de hierro —hasta 1975 en poder de consorcios transnacionales— y el desarrollo de empresas básicas en los ramos de metalurgia y electrificación principalmente. Se amplía también la propiedad y el control del Estado en el campo financiero y de servicios. La participación del sector público en la propiedad de los medios de producción, en la generación del PTB, la inversión, la generación de empleo y la demanda agregada interna se eleva sustancialmente, de tal manera que la economía puede caracterizarse como “mixta”, es decir compuesta de los sectores público y privado con influencia recíproca, aunque en verdad las decisiones públicas determinan la orientación y el desenvolvimiento de la economía global.

3. Ya he mencionado que el proceso de sustitución de importaciones, de tendencia *horizontal* (sustitución prácticamente limitada al nivel de los bienes de consumo), agotó en tiempo relativamente breve las oportunidades de aprovechamiento del mercado interno y encontró

dos fronteras de difícil acceso: la de las exportaciones y la de la producción de bienes intermedios y de capital. La restringida acumulación realizada en las empresas básicas del Estado —con un endeudamiento considerable que aún afecta su equilibrio financiero— permitió en años recientes, y permitirá probablemente en el futuro, una profundización de aquel proceso, aún limitada a bienes de escasa elaboración, tanto para el suministro de insumos a la producción interna como para la exportación. Bajo la protección y estímulo que significan las restricciones cambiarias y la devaluación —además de algún reforzamiento en la barrera arancelaria— a partir de febrero de 1983 la sustitución de importaciones entra en una nueva etapa y se reactiva, proyectándose a las exportaciones calificadas como “no tradicionales”.

4. La utilización en magnitudes considerables y con mucha frecuencia del crédito público, principalmente externo, se pone de manifiesto en la década que se examina y en los primeros años de la década de los 80. El endeudamiento sin precedentes del Estado venezolano en estos tiempos más que un hecho coyuntural debe considerársele como de índole estructural, pues afecta y afectará decisivamente el comportamiento de la economía —y aun de las relaciones políticas y sociales— por muchos años. La deuda fue contraída en una primera etapa (1974-78) como recurso complementario para acelerar el crecimiento económico del país; pero se convirtió rápidamente en un medio para encubrir déficit corriente, ineficiencia administrativa y prácticas de corrupción. A partir de 1982 el problema del refinanciamiento de la deuda externa contraída a corto plazo y tasas variables de interés condiciona la política económica, fiscal, monetaria y social y sensibiliza la opinión nacional. Aún no se ha concebido una estrategia de recuperación, transformación y desarrollo que subordine el asunto del pago de la deuda externa a los objetivos y metas de mediano y largo plazo de la gestión pública.

5. El desajuste entre el poder adquisitivo interno y el externo del bolívar, que se hizo evidente en la década de los 70, en el sentido de que la tasa de inflación interna tiende a superar a la internacional, estimuló la *extroversión* de la economía, haciéndola más importadora de bienes y servicios y menos exportadora con la excepción del petróleo y los frutos agrícolas tradicionales. También la hizo exportadora de capitales, incluso en tiempos en que se recurría al endeudamiento externo, por lo que pudiera sustentarse la hipótesis de que ese endeudamiento

operó como un mecanismo facilitador de la salida de capitales.³ Con posterioridad a febrero de 1983, y en las nuevas circunstancias del régimen cambiario, se ha indicado la probabilidad de que el bolívar esté subvaluado, lo que estimula, en principio, el gasto en el mercado interno y las exportaciones. Sin embargo, si se estima que en 1987 se inicia una nueva etapa del proceso inflacionario, en un nivel mucho más elevado que en el pasado, y que las tasas internacionales de inflación permanecen bajas (en los países desarrollados), podrá interpretarse que el margen de subvaluación del bolívar, si es que existe, será absorbido.

6. Otra de las fuerzas motrices que perdió dinamismo hacia fines de la década fue la construcción privada; su recuperación es lenta y difícil, nueve años después de su inflexión recesiva.

7. Hay que mencionar, por último, la extroversión de los ahorros y de los mecanismos de intermediación financiera (la dolarización especulativo) que aún persiste, restringida por las regulaciones cambiarias.

V. - ASPECTOS RELEVANTES DE LA CRISIS

1. En primer lugar puede apreciarse una *crisis de acumulación del excedente petrolero*. Los ingentes recursos financieros que afluyeron durante el período 1974-81, con fluctuaciones más o menos amplias, se consumieron en gran parte en gastos corrientes públicos y privados; otra parte se incorporó en obras suntuarias, en la formidable expansión del parque automotor improductivo y en proyectos de inversión sobre-dimensionados que terminaron por frustrarse; parte se fugó al exterior (reciclaje perverso); una parte, lamentablemente la más pequeña, se capitalizó realmente en medios de producción públicos y privados, que ahora sirven de valiosos auxiliares para enfrentar la crisis.

2. La crisis del endeudamiento externo (1982, año del estallido) es un componente muy importante de la crisis de balanza de pagos; esta última se ha agravado a partir del 1986 en virtud de la caída vertical de los precios del petróleo, que determinó una contracción de los ingresos externos del orden de un 40% en dicho año. La interrupción del

3. Cfr. el ensayo del economista venezolano MIGUEL RODRÍGUEZ titulado "El verdadero origen de la deuda", elaborado dentro de un programa de investigación del IESA (Venezuela) y publicado en la revista SIC, de Caracas.

financiamiento internacional para Venezuela —por razones viculadas a la propia deuda— ha ocasionado en parte un reajuste de la importación de bienes y servicios y en parte un descenso de las reservas monetarias del país. Entre esa importación y el servicio de la deuda externa absorben alrededor de US\$ 13.000 millones anuales, mientras que los ingresos externos apenas alcanzan a US\$ 12.000 millones lo que implica un déficit de la balanza de pagos del orden de US\$ 1.000 millones anuales en la estimación más favorable.

3. Puede hablarse en propiedad de una *crisis de política económica*, en particular de una ausencia de objetivos a largo plazo, de una influencia obsesiva del corto plazo, de ajustes a las circunstancias del momento y de renuncia a la necesidad de reformas significativas en el orden fiscal, monetario, financiero, económico y administrativo. La ausencia de un encuadramiento conceptual y estratégico de las políticas públicas ha hecho incurrir al gobierno en la toma de medidas contradictorias, desarticuladas y casuísticas, algunas de las cuales fueron anuladas o rectificadas sin ponerse en ejecución o apenas comenzada su ejecución. Entre estas medidas resaltan, por su improvisación e imprevisión: las relativas al pago del servicio de la deuda privada externa reconocida, a la devaluación y al financiamiento del déficit de presupuesto.

VI. - REDIMENSIONAMIENTO DE LA ECONOMÍA

El supuesto cambio de dimensiones de las variables macroeconómicas en virtud de la expansión petrolera y financiera ha generado la necesidad de un reajuste para acoplar los planos monetario/financiero y real de la economía. Pasada la euforia de ingresos, expectativas y gastos —la Venezuela saudita, como se le llamó— queda al descubierto la dimensión efectiva de la economía, su verdadera potencialidad, que no es despreciable. A grandes líneas señalaré algunos aspectos de este redimensionamiento.

1. El ingreso petrolero real —es decir, el valor nominal de la exportación de hidrocarburos ajustado por la tasa de depreciación del dólar y la de inflación internacional— ha descrito un ciclo durante el período 1974-87, cuyas fases son aproximadamente las siguientes: i) *expansión explosiva*, 1974-77; ii) *moderación del auge*, 1978-79; iii) *reactivación*, 1980-81; iv) *recesión relativa*, 1982-83; v) *recu-*

peración acentuada, 1984-85; vi) *recesión*, 1986-87. El ingreso petrolero real de 1986 (US\$ 7.000 millones) fue inferior al registrado en 1975.

2. La expansión de las finanzas públicas, impulsada por el ingreso petrolero creciente y el crédito público, se sustenta en una base real estrecha, en razón de que los niveles de gasto, cada vez más elevados, se hacen irreversibles y deben ser financiados mediante recursos de emergencia; la potencialidad fiscal, sin una reorganización a fondo del sistema financiero del Estado, es decreciente en términos reales, si se tiene en cuenta, además, el crecimiento de la población y el movimiento de la inflación.

3. El valor del bolívar, antes sobreestimado, ahora probablemente subestimado, tiene que ser determinado en relación con la potencialidad real de la economía, las relaciones de intercambio y la inflación relativa (razón de la tasa de inflación interna y la externa).

4. El mercado interno tiene que ser reestructurado a la luz de las nuevas circunstancias. A la tendencia extrovertida importadora debe sucederle la tendencia introvertida exportadora; a la demanda con fuertes componentes suntuarios debe sucederle la demanda con preferencia a lo esencial de las necesidades de consumo e inversión; el proceso de reactivación transformadora de la economía debe fundamentarse en el mercado interno, aunque sin dejar de ponderar justamente las oportunidades de expansión al mercado internacional.

5. Lo anterior permite señalar la necesidad de una *reestructuración del comercio exterior*. Sin duda, la exportación de petróleo seguirá siendo el eje del comercio por muchos años; pero el esquema de exportaciones tiene que diversificarse, en el propio rango de los hidrocarburos y en otras líneas productivas de bienes y servicios en que el país puede desarrollar ventajas comparativas dinámicas. El máximo de importaciones puede aumentar en relación con el crecimiento económico, pero particularmente en concordancia con el mínimo de exportaciones; sobre todo hay que considerar el cambio de composición de las importaciones en beneficio de las esenciales, tanto de producción como de consumo, en un orden estratégico ajustado a los objetivos nacionales.

6. La capacidad de pago al exterior ha disminuido sustancialmente y se impone un orden estricto de prioridades para la administración de las divisas.

VII. - LAS ÓPTICAS DE LOS AJUSTES

En América Latina en general, y en Venezuela en particular, los desequilibrios que conforman la crisis han sido enfrentados con una política de ajustes coyunturales y convencionales, como si los fenómenos que se trata de corregir y superar fuesen desajustes de funcionamiento u operación de la economía, mientras que permanecen inalterados los elementos que conforman la estructura. Cuando más, se plantea la necesidad de un nuevo orden en las relaciones entre el Estado y la economía privada (y más ampliamente entre el Estado y la sociedad civil). Los ajustes coyunturales —que, en todo caso, implican una modificación sensible de políticas y comportamientos económico/sociales— se refieren al sector externo, la gestión fiscal, la dinámica monetaria, la formación de los precios y la relación entre salarios y ganancias reales.

1. El desequilibrio externo afecta tanto a la cuenta corriente como a la de capital no monetario. Ante el primero, se trata de comprimir las importaciones y estimular las exportaciones para lograr un superávit comercial que permita absorber el saldo pasivo de los servicios (incluidos los intereses de la deuda) y amortizar la deuda. Los controles cambiarios y la devaluación son utilizados con ese objeto. El “fiel cumplimiento” de las obligaciones contraídas con los acreedores es condición para lograr nuevo financiamiento externo (importación de capital) que ayude a equilibrar la balanza.

2. La gestión fiscal se ajusta a una situación de bajo déficit, o aun mejor, de superávit, mediante aumento de impuestos y tasas y contracción del gasto, especialmente el corriente y social. Considérase que el déficit de presupuesto, financiado mediante emisión inorgánica de dinero, es factor de inflación y desequilibrio externo y debe ser corregido. El propio servicio de la deuda, sin embargo, restringe la posibilidad de reducir los egresos sin afectar las necesidades básicas de la administración pública.

3. La liquidez monetaria es acompañada al desenvolvimiento de la actividad económica; la tasa de aumento de la liquidez tiende a mantenerse por debajo de la tasa de inflación (considerándose que la tasa de variación de la economía real es en algunos casos negativa y en otros sólo ligeramente positiva), de manera que la propagación inflacionaria se contenga.

4. *La lucha contra la inflación se eleva a la categoría de objetivo más importante de la política de ajustes.* La tasa de inflación es un indicador del éxito o el fracaso de la política, conjuntamente con el superávit comercial externo y la relación déficit (o superávit fiscal)/PTB. La formación de los precios debe ser liberada a las fuerzas del mercado, y el equilibrio externo induce una reordenación de los precios relativos en favor de los bienes transables y particularmente de aquellos que sustituyen directamente importaciones o son exportados. Sin embargo, en Venezuela, como en la mayoría de los países latinoamericanos, la liberación de los precios (ensayada en 1979) no es practicable: en su lugar se establecen diferentes mecanismos de control, regulación, administración y hasta congelación de los precios.

5. En estrecha relación con el movimiento inflacionario se desenvuelve la lucha por una *determinada relación entre salarios y ganancias reales*: los trabajadores por elevar la relación salarios/ganancias; los empresarios por reducirla. En Venezuela esa lucha ha sido librada sin mucha fuerza por parte de los asalariados y la relación ha tendido a favorecer a los empresarios. La reactivación del proceso de acumulación en las nuevas circunstancias se lleva a cabo, entre otros aspectos, a expensas de los asalariados, mediante la desvalorización sostenida de la fuerza de trabajo.

6. *Los ajustes*, cuando menos en los propósitos y en algunos de los efectos de la política, inciden tangencialmente en el plano estructural; los patrones de comportamiento económico/social se orientan a la modificación de la composición del gasto nacional en favor del consumo esencial y de la inversión básica; no obstante, persiste una deformación especulativa en el campo financiero; se intenta una reforma del Estado, delimitando su espacio económico y estimulando la iniciativa privada; se trata de fortalecer las bases internas de la economía real (agricultura, industrias básicas, producción de bienes intermedios, infraestructura) y de lograr una nueva integración en la economía internacional más equilibrada comercialmente.⁴

4. Cfr. el artículo titulado "Cómo administrar contradicciones (ajustes económicos en Venezuela)", de D. F. MAZA ZAVALA, publicado en la revista *Nueva Sociedad*, número 88, marzo/abril de 1987.

VIII. - BALANCE SOCIAL DE LA CRISIS

Evidentemente los costos y cargas de la crisis se han repartido muy desigualmente, en perjuicio de la mayoría social; asalariados, desempleados, pequeña burguesía, campesinado pobre, marginales. El patrón de desigualdad socioeconómica se ha hecho más regresivo en estos años. Se ha elevado sensiblemente el índice de pobreza crítica (se estima en un tercio de la población) y el de la pobreza en general (un 75%). El nivel de vida promedio se ha deteriorado, pero en mayor proporción el correspondiente a los estratos de ingresos bajos (hasta Bs. 5.000,00 mensuales). La concentración de la riqueza y del poder económico se ha acentuado. El desempleo y el subempleo se han refugiado en el llamado sector informal. Los valores éticos fundamentales de la sociedad sufren un profundo quebrantamiento.

IX. - PROSPECTIVA DE CORTO Y MEDIANO PLAZO

Para los años finales de la década las estimaciones y expectativas oscilan entre el pesimismo y un cauteloso optimismo. Las tasas de crecimiento económico —más propiamente de recuperación— se calculan entre menos de uno por ciento y dos por ciento anual. Ello implica un mayor deterioro del producto por habitante, ya que la tasa de aumento de la población es de 2,7% anual. La balanza comercial, será siempre positiva, en un margen variable alrededor de US\$ 2.5 miles de millones, insuficiente para cubrir el servicio de la deuda externa (con un promedio anual de US\$ 4.500 millones) y el balance negativo de los servicios no financieros. El equilibrio global de la balanza de pagos estará sujeto a la obtención de financiamiento externo (líneas de crédito comercial, préstamos a largo plazo) e inversiones extranjeras. El equilibrio de las finanzas públicas dependerá del mejoramiento del ingreso petrolero, del reajuste del servicio de la deuda y la reactivación económica interna. Las nuevas exportaciones crecerán moderadamente, como también las importaciones. La tasa de inflación no bajará de 20% anual y la de desempleo oscilará entre 10 y 12%. La lucha por la distribución del ingreso real se intensificará.

X. - ALTERNATIVAS BÁSICAS PARA LA TRANSFORMACIÓN

Las diferentes concepciones y visiones de un nuevo orden económico y social del país, según los intereses y posiciones de clase e ideología, pueden resumirse en lo siguiente: i) crecimiento de la economía interior (profundización de la sustitución de importaciones, desarrollo del mercado interno, menor dependencia externa) o expansión hacia la economía internacional (exportaciones no tradicionales, vinculación financiera, emulación tecnológica, inversión extranjera, transnacionalización); ii) mayor espacio económico estatal o expansión de la economía privada (que incluye la participación laboral bajo las formas de cogestión y autogestión); iii) preferencia al crecimiento cuantitativo de la economía o mejoramiento de la calidad de la vida con equidad social; iv) diversificación del aparato productivo o concentración relativa según líneas de especialización.

XI. - ELEMENTOS PARA UNA ESTRATEGIA DE DESARROLLO

Se requiere un proyecto nacional de desarrollo con objetivos viables, consistentes y compartidos por los diferentes sectores de la sociedad. Sin duda hay que emerger del estancamiento en que nos encontramos. Las prioridades básicas parecen ser: la seguridad alimentaria, el aprovechamiento racional de los recursos naturales, la valorización del potencial humano, la opción tecnológica adecuada a un país de dimensión intermedia, la sustentación real de la calidad de la vida, la equidad de la distribución del ingreso, la autonomía relativa del desarrollo en un mundo cambiante. Como orientación estratégica de la acción: la maximización del excedente *social*, en lugar del *estatal* o *privado*.

[Ponencia presentada a la XI Asamblea Anual de la Federación de Colegios de Economistas de Venezuela, celebrada en Puerto La Cruz, del 14 al 18 de octubre de 1987].

ANEXO ESTADISTICO

1. ECONOMIA VENEZOLANA: INDICADORES COYUNTURALES

<i>Concepto</i>	<i>1979-83*</i>	<i>1984</i>	<i>1985</i>	<i>1986</i>
<i>Producto territorial</i>				
<i>bruto real (% variación interanual)</i>				
Total	-1,6	-1,4	0,3	3,1
Petrolero	-3,0	0,3	-3,3	0,3
No petrolero	-0,8	-1,2	0,6	3,2
<i>Demanda Agregada Inter-</i>				
<i>na (% variación interanual)</i>				
Consumo privado	1,5	-1,1	0,2	(—)
Inversión privada	-24,2	-4,2	-3,1	(—)
Gasto público				
Consolidado	12,8	9,6	19,5	(—)
Central		30,6	9,3	9,6
<i>Sector Externo</i>				
Exportaciones (fob)	-4,4	8,2	-11,2	-38,0
Importaciones (fob)	-10,3	-0,4	0,2	0,2
Saldo Comercial (miles de millones de \$)	6,4	8,7	6,8	2,3
Balanza de Pagos en Cta. Cte. (miles de millones de \$)	2,2	5,5	3,1	-2,2
Capital No Monetario (miles de millones de \$)	-1,8	-3,7	-1,3	-1,5
Variación neta de reservas monetarias (miles de millones de \$)	0,4	1,8	1,8	-3,7
Tasa de Cambio (Bs./\$)	4,30	6,90	8,72	9,45
<i>Empleo y Salario</i>				
Tasa de desempleo (%)	9,8	13,4	13,5	11,4
Salario real (% variación)	-4,5	-7,2	-5,8	-5,2

* Promedio anual del período.

2. ECONOMÍA VENEZOLANA: INDICADORES COYUNTURALES

<i>Concepto</i>	<i>1979-83*</i>	<i>1984</i>	<i>1985</i>	<i>1986</i>
<i>Indicadores Monetarios</i>				
Base monetaria (variación %)	12,2	6,2	23,7	19,0
Liquidez (M_2 , variación %)	17,5	8,8	8,7	21,4
Tasas de Interés (%)				
Activas	17,2	14,7	13,8	12,8
Pasivas	14,3	12,2	10,9	9,5
<i>Valores Bursátiles</i>				
Transacción (variación) (%)	8,6	33,7	25,7	(—)
Cotizaciones acciones (variación %)	—8,4	14,8	7,8	(—)
<i>Índice de Precios</i>				
(variación %)				
Productor	12,8	18,2	14,2	14,5
Mayoristas	12,9	17,5	18,2	14,6
Consumidor	13,5	12,5	12,6	11,5

* Promedio anual del período.

Nota: El signo porcentual se refiere a tasas interanuales de variación, excepto en tasas de interés y desempleo.

Fuente: BANCO CENTRAL DE VENEZUELA: *Anuario de Estadísticas e Informe Económico*, varios años.

Año 1986: cifras provisionales.

3. ECONOMIA VENEZOLANA: OTROS INDICADORES

Concepto	1979-83*	1984	1985	1986
<i>Composición del PTB</i> (% del total)				
Primario	14,9	15,1	15,3	15,3
Exportador	8,1	8,3	8,0	7,5
Interno	6,8	6,8	7,3	7,8
Secundario	25,2	25,3	25,6	26,3
Terciario	58,9	59,6	59,1	58,4
<i>Distribución del Ingreso Nacional (%)</i>				
Trabajo	53	45	48	(—)
Capital y Propiedad	47	55	52	(—)
<i>Composición del Ingreso Fiscal Ordinario (%)</i>				
Petróleo	59,7	61,0	57,5	42,1
Otros	40,3	39,0	42,5	57,9
<i>Deuda Pública Externa</i>				
Saldo (millones de \$) (servicio)	27.000	26.500	26.000	25.400
% Gasto Público Central	12	12	14	22
% Exportaciones	16	26	27	22

* Promedio anual del período.

El saldo de la deuda pública es al fin del período.

Fuente: BANCO CENTRAL DE VENEZUELA: *Informe Económico*, varios años.

4. VENEZUELA: PROYECCIONES Y METAS ECONÓMICAS

<i>Concepto</i>	<i>1987</i>	<i>1988</i>	<i>1989</i>	<i>1990</i>
<i>Petróleo</i>				
Exportación (miles de barriles diarios)	1.589	1.610	1.613	1.698
Precio (\$/barril)	16	18	19	20
<i>Balanza de Pagos en Cuenta Corriente</i>				
(miles de millones de \$)	-1,5	0,5	0,4	0,5
<i>Reservas del BCV</i>				
(miles de millones de \$)	8,2	8,7	9,1	9,6
<i>Deuda Pública Externa</i>				
(miles de millones de \$)	26	25	24	22
Servicio de la Deuda como % de Exportación	47	35	35	32
<i>PTB real</i>				
(miles de millones de Bs.)	75,5	77,8	80,6	83,5
% crecimiento anual	0,8	3,0	3,6	3,6
Petróleo (miles de millones de Bs.)	5,9	6,2	6,5	6,8
No Petrolero (miles de millones de Bs.)	69,6	71,6	74,1	76,7
% crecimiento PTB no petrolero	0,6	2,9	3,5	3,5
<i>Importaciones (fob)</i>				
(miles de millones de \$)	7,4	8,0	9,2	10,6
<i>Reservas Operativas del BCV (meses de importaciones)</i>				
	5	6	5	5
<i>Tasa de Inflación (%)</i>				
Consumidor	30,0	(—)	(—)	(—)

Fuente: MINISTERIO DE HACIENDA: *Informe Económico Periódico* 31-2-87.

LOS ECONOMISTAS

LOS ECONOMISTAS Y LA CIENCIA ECONOMICA

En épocas de dificultades económicas las miradas se vuelven hacia los economistas. Esto es lógico. Cuando se goza de buena salud poco se visita al médico. La ciencia en general es útil en la solución de problemas y se piensa que es menos necesaria en situaciones de normalidad. Sin embargo, aunque sea paradójico, gran parte del esfuerzo científico en la economía se ha aplicado al estudio de las condiciones, los factores y las características del equilibrio económico, bien sea en el ámbito de la empresa, bien en el de la totalidad del sistema. Los grandes economistas han tomado como referencia básica, en lo conceptual y metodológico, la normalidad de la vida económica, la determinación del óptimo en la producción, en el consumo, en la rentabilidad de la inversión, en el empleo de los factores. Incluso Marx, el gran disidente de la escuela clásica, estudió en primer lugar las condiciones de la reproducción del capital y el ingreso en equilibrio, como instancia indispensable para investigar los factores y procesos del desequilibrio y la crisis. Y otro gran disidente de la escuela neoclásica, Lord Keynes, tuvo por objetivo de su análisis macroeconómico la determinación de las condiciones de equilibrio en situación de subempleo de factores productivos. Si nos atenemos a estos ejemplos de la historia del pensamiento económico, estaríamos tentados de definir la Ciencia Económica como el conocimiento del equilibrio.

No obstante, se ha acusado a los economistas de ser profetas de la catástrofe, de ser mensajeros trágicos del advenimiento de dificultades y crisis. David Ricardo formuló un modelo de desarrollo capitalista en la era postnapoleónica (1817), según el cual, en el largo plazo el sistema debería estancarse porque todo el excedente económico sería consumido por la renta del suelo y el salario de subsistencia, sin margen para la ganancia. Malthus, por la misma época,

vaticinaba que el crecimiento de la población superaría al de la producción para sustentarla si no se le imponían frenos y controles. Keynes, en medio de la gran depresión económica capitalista de los años 30, demostraba que la economía sujeta a sus propias leyes y tendencias cae en una especie de trampa de equilibrio en que son compatibles el desempleo, la parcial utilización del equipo productivo y la maximización del beneficio privado en condiciones estructurales dadas. Por supuesto, Marx fue el profeta revolucionario del colapso del capitalismo según las leyes históricas que él postuló. Pero también hay que citar a otros grandes pensadores que levantaron con sus ideas monumentos al optimismo como principio de la acción económica: Adam Smith (1776), considerado el padre de la Ciencia Económica, elaboró el marco conceptual de la búsqueda de la riqueza de las naciones bajo el imperio del liberalismo en ascenso, en una época en que caían los bastiones del régimen feudal/aristocrático y se levantaban las banderas de la democracia burguesa; John Stuart Mill (1848) presentó como síntesis de la teoría clásica liberal la tendencia del sistema a la madurez, pero no como estancamiento depresivo, sino como abundancia de capital hasta el punto de que la tasa de ganancia llegaría a cero, aunque la productividad seguiría aumentando y el bienestar fortaleciéndose merced al adelanto tecnológico, situación que también le parecía descabida a Keynes ya que la inestabilidad de la inversión movida por el lucro cesaría al anularse la tasa de ganancia. Y en la cumbre neoclásica Alfredo Marshall (1890) concebía un sistema de expansión equilibrada mediante el funcionamiento eficaz de los mecanismos del mercado, suavemente corregidos en sus posibles desviaciones por dispositivos de ajuste manejados por la política económica.

El advenimiento de las catástrofes económicas, o de los más asimilables períodos de recesión, no podía ser atribuido a los economistas, pues éstos razonaron —y razonan— que las leyes descubiertas o formuladas por ellos permitían el funcionamiento del sistema en condiciones aproximadamente normales, y sólo su violación o entorpecimiento por la interferencia de conductas o políticas superpuestas a aquéllas, o que procuran sustituirlas, causaba los desequilibrios más graves. Por supuesto, una vez más, hay que exceptuar a Marx y a Keynes, como representativos de dos grandes líneas teóricas y pragmáticas de la vida económica, quienes sustentaron la tesis —cada uno en su óptica estructural e ideológica— de que precisamente el funciona-

miento de esas leyes en el capitalismo propician las situaciones no concordantes con la imagen clásica del equilibrio del sistema. Por otra parte, los economistas, como tales, no pueden responder por las acciones de los empresarios o de los gobernantes, ya que su función propia no es la de conducir empresas ni gobiernos, y ni aún en el caso de que actúen como asesores sus advertencias, recomendaciones, observaciones o consejos no son vinculantes y con frecuencia son obviados o interpretados subjetivamente. Pero no deja de acusarse a los economistas de los malos hechos o las inconvenientes orientaciones de la gestión económica privada u oficial; no por ello hay que eludir la responsabilidad profesional y científica de indicar errores u omisiones, de diagnosticar problemas y de señalar alternativas de solución, aunque haya que asumir el riesgo de no ser atendidos y, sin embargo, señalados como agentes de la inconformidad.

Los economistas tratan de ayudar con sus conocimientos en los asuntos de la vida económica diaria, bien sea en el nivel de lo pequeño —que son las células del tejido social— o en el de lo grande que se expresa en la política económica y la estrategia de desarrollo. En épocas de abundancia relativa, de facilidades materiales, de crecimiento de las dimensiones de la riqueza, la función de los economistas parece buena, o pasa desapercibida, pues la euforia de la disponibilidad generosa de recursos permite tender un manto de expectativas optimistas sobre lo que ocurre en las fuentes de las decisiones. Pocos reparan en esos momentos en que la mala administración de la abundancia propicia la gestación o la acentuación de los factores que conducirán a la crisis. A esos pocos iluminados que se atreven a señalar las consecuencias desastrosas de los excesos, deformaciones y errores, se les toma como desatinados o como aves agoreras que cruzan un cielo espléndido. La razón que se pone de manifiesto cuando los acontecimientos previstos ya están en curso no ayuda mucho a rectificar los rumbos y cubrir las omisiones, porque la terquedad humana, o el predominio de intereses políticos o económicos parciales, hace perder el sentido de las proporciones o la simple indicación de la lógica. Pero aún así, los economistas siempre están en sus puestos de trabajo como investigadores, docentes, funcionarios, asesores u orientadores en materias de su competencia, procurando que prevalezca el criterio científico en la toma de decisiones, concientes, sin embargo, de que los preceptos o resultados del análisis económico no son aplicados generalmente en el clima de condiciones y restricciones que la teoría supone sino

en el contexto de una realidad conflictiva, multidimensional, en que las fronteras de lo económico se tornan imprecisas y otros factores de la vida social imponen el curso de su acción.

La Ciencia Económica, para cumplir las exigencias que se le hacen, ya que no se desenvuelve en el plano de lo puramente especulativo, tiene que adelantarse a los acontecimientos y no limitarse a la instancia del diagnóstico. Es importante la identificación objetiva de los fenómenos, su conocimiento oportuno, pero no tendría objeto la ciencia si no estuviera en capacidad de formular un pronóstico, una prefiguración de lo probable, una imagen verosímil del futuro en el corto, el mediano y el largo plazo. La prueba del desarrollo de una ciencia —sea física, natural o social— consiste en su posibilidad de previsión, en revelar el curso que pudieran tomar las variables significativas de un sistema bajo las restricciones de supuestos que en parte obedecen a la experiencia histórica, en parte a la propia racionalidad del comportamiento de las variables y en parte a la intuición y a la imaginación que ejercite el científico en uso de sus facultades. En economía, como en las ciencias sociales en general, el pronóstico es difícil, complejo, eminentemente probabilístico, y con alguna frecuencia tiene la debilidad de toda aventura en un terreno movedizo y cambiante. En épocas caracterizadas por tendencias manifiestas —como la que se extendió después de la II Guerra Mundial hasta la década de los sesenta— el pronóstico se facilita, pues la probabilidad de que los movimientos ya observados continúen realizándose, aunque con variaciones posibles de determinar, es bastante elevada. Son las épocas de crecimiento sostenido, de persistencia relativa de las condiciones favorables a la actividad productiva, de horizontes despejados y rumbos previsibles. En estas épocas de expansión y progreso alcanzan su clímax de credibilidad y autoridad los sistemas teóricos y de política económica que de uno u otro modo contribuyeron a la formación de las conductos públicas y privadas que favorecieron los resultados obtenidos. Tales épocas marcan jalones fundamentales de la historia económica, social y política, pero también los del pensamiento central que alumbró los caminos del quehacer humano. A grandes rasgos puedo mencionar esas correlaciones positivas entre el desarrollo de la economía y el de la ciencia económica: la que existió desde la segunda mitad del siglo XVIII y hasta bien entrado el XIX, entre el poderoso surgimiento de la industrialización europea, principalmente inglesa y francesa, asistido por la revolución científico/tecnológica, y las doctrinas clásicas liberales que culminaron

con la obra de John Stuart Mill; fue, desde luego, la época de la hegemonía británica, de la consolidación de la burguesía como nueva clase dominante, de la lucha capitalista por la estructuración de un mercado mundial; sobrevino luego la época de la recurrencia de las crisis económicas agudas, de las luchas sociales de la clase obrera, de las contradicciones irritantes entre el enriquecimiento de los empresarios y la pobreza de los asalariados, que conformaron el escenario ensombrecido en que nació la concepción teórica de Marx; y más tarde, en la segunda mitad del siglo pasado, bajo el reinado victoriano, cuando llegó a su plenitud el capitalismo de libre concurrencia, la división ricardiana del trabajo entre las naciones, la maduración de la empresa como unidad de producción y de acumulación, el pensamiento neoclásico contenido entre las líneas maestras de la oferta y la demanda forjadas de múltiples comportamientos individuales, pero gobernadas por la mano invisible del mercado, encuentra su exponente preclaro en Alfredo Marshall, por no citar otros autores de comparables méritos. Si, como dijo Keynes, las ideas de Ricardo conquistaron tan cabalmente a Inglaterra y gran parte del mundo postnapoleónico como en su tiempo la Santa Inquisición a España, también habría que decir que las ideas de Marshall constituyeron la doctrina consagrada de la empresa libre, el consumidor soberano, el equilibrio estable y el Estado neutral hasta la espectacular caída de la bolsa de Nueva York en 1929 y la subsecuente depresión.

La sombría época que siguió al colapso bursátil de Nueva York y se extendió con variaciones hasta el estallido de la II Guerra Mundial, con desempleo masivo, inversión postrada, comercio internacional en espiral descendente, trastornos monetarios y financieros graves y turbulencias de expectativa, entre otras manifestaciones dramáticas, propició el nacimiento de otra gran doctrina económica, la de John Maynard Keynes, respaldada en los hechos por la política heterodoxa de Franklin D. Roosevelt en Estados Unidos, fundamentada en el diagnóstico de la insuficiencia de la demanda efectiva global, tanto de consumo como de inversión, que puso de relieve las imperfecciones del mercado y las deformaciones impuestas por las leyes del monopolio, y de cuya doctrina se derivó el reconocimiento de la necesidad de las funciones macroeconómicas del Estado, para el sostenimiento de un elevado nivel de actividad mediante el ejercicio de una política fiscal y monetaria compensatoria, concediéndose a la gestión pública una categoría nueva, no sólo de interventora o reguladora, sino

de actora en la dinámica del empleo, del gasto y el ingreso, lo que se dio en llamar la Nueva Economía, y también la economía mixta. Huelga mencionar la profunda huella que las enseñanzas keynesianas han impreso en la vida económica mundial y que tuvo su mayor vigencia en el tercer cuarto del siglo actual. Si es verdad que la fuerza de las ideas se agota en una temporada histórica, también lo es que las mismas persisten, modificadas, en la estructura básica de la ciencia y en las orientaciones sutiles de la política, porque las grandes vertientes del conocimiento no se secan sino que se insumen en la corriente del saber humano, fecundando nuevos pensamientos y nuevas formas de la conducta, lo que es otro modo de entender que el hilo de la historia no tiene soluciones de continuidad.

Interesa mucho más hacer referencia a otra correlación positiva entre los procesos económicos fundamentales y la creación científica en este campo: la que se dio en nuestra América Latina también en la postguerra, simultáneamente con el ascenso del keynesianismo en los países industrializados, y en otro sentido de disidencia con los principios neoclásicos: el intento de ruptura con la teoría convencional del comercio exterior, la división ricardiana del trabajo entre los países y la igualdad supuesto de oportunidades en la economía mundial, que está vinculado a la obra y a la lucha del gran latinoamericano que fue —y lo es en la dimensión histórica— Raúl Prebisch, y con él Celso Furtado, Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel, Aldo Ferer, Juan Noyola, José Antonio Mayobre, Felipe Pazos y otros no menos ilustres que representan la escuela de la Cepal. Sus ideas —que han tenido la virtud en las propias revisiones de sus autores de estar en proceso casi permanente de transformación en base de la crítica y la autocrítica— han cobrado fuerza de acción en las políticas practicadas en la mayoría de los países latinoamericanos los últimos 35 años, plasmados en reformas institucionales y estrategias económicas que abrieron camino o impulsaron la industrialización sustitutiva de importaciones, la integración regional o subregional, la promoción de exportaciones no tradicionales, la defensa de los términos de intercambio y la ponderación de las ventajas comparativas mediante el tratamiento preferencial a las exportaciones de los países llamados “en vías de desarrollo” por parte de los industrializados. Sin dejar de considerar los errores, las imperfecciones, las omisiones y las evidentes limitaciones de esa doctrina denominada latinoamericana, hay que reconocer que contribuyó al impulso de crecimiento regional hasta la década de los setenta, cuando los

profundos trastornos de la economía capitalista mundial, que aún persisten, determinaron un cambio de condiciones para la evolución económica de estos países, conjuntamente con la acumulación de obstáculos y desequilibrios que el propio modo de crecimiento preconizado por la Cepal ha propiciado.

Es necesario señalar con referencia al mismo escenario latinoamericano de las últimas décadas, la aportación de otras ideas económicas disidentes con respecto a las concepciones clásicas y neoclásicas, orientadas en alguna medida por el marxismo, y que se inscriben en el análisis estructural histórico del subdesarrollo y la dependencia. Sirvan los nombres de André Gunder Frank, Pedro Vuscovic, Alonso Aguilar, José Consuegra, Rodney Arismendi, Armando Córdova, Francisco Mieres, Héctor Malavé Mata, Ramón Losada Aldana, para representar estas corrientes de pensamiento que enriquecen los conocimientos económicos desde la óptica latinoamericana, no subordinada a las concepciones teóricas elaboradas en los centros académicos de los países desarrollados.

El rápido, y por supuesto incompleto, recuento que he hecho anteriormente para poner de manifiesto la correlación positiva entre las grandes etapas del acontecer económico mundial y la renovación creativa del pensamiento económico con rango científico, me permite situar en el momento presente lo que se ha dado en llamar la crisis de la Ciencia Económica, al parecer inmersa en la propia crisis de la economía. Es paradójico, por decir lo menos, que el progreso alcanzado en la calidad de los conocimientos económicos y en la de los instrumentos y medios técnicos de que puede valerse esta disciplina para la investigación, no sea suficiente para interpretar sin demasiado lugar para la duda y la inconformidad los fenómenos que aquejan a la totalidad de los países, cada uno en su dimensión, particularidad, modalidad estructural y régimen político. Y más inquietante aún, pero por razón derivada de aquellas crisis de progreso y pensamiento, la reiterada falla de los pronósticos, la inestabilidad de las expectativas, el quebranto de la probabilidad, que configuran lo que Galbraith ha identificado como la era de la incertidumbre. ¿Habrà que decir, pregunto, que la Ciencia Económica se ha rezagado con respecto a los acontecimientos de este tiempo, o que los acontecimientos han roto la barrera de las tendencias manifiestas, del desenvolvimiento confiable, de las políticas consabidas, y que vivimos una época de profundos cambios, de transición hacia

un nuevo modo de operar, de crecer, de ajustarse la economía y la sociedad a las nuevas condiciones generadas por el desarrollo científico/tecnológico y la insuficiencia de las instituciones para aprovechar sus frutos en beneficio de la humanidad? Respondo que ha subido la jerarquía de las exigencias que se hacen a la Ciencia Económica, que el arsenal teórico hasta ahora acumulado es insuficiente y que, como en las grandes coyunturas del pasado, debe abrirse camino una renovación creadora de las ideas, de las concepciones, de los sistemas de pensamiento que permita no sólo entender justamente los fenómenos que actualmente nos preocupan sino también presentar alternativas viables y convincentes para superarlos al menor costo social posible. Esta exigencia es mayor en el caso de nuestros países, pues sus dificultades son especialmente graves, aunque inscritas en la complicada estructura de las relaciones económicas y políticas del mundo contemporáneo. Lejos de mi opinión está la recurrencia simple y cómoda a la dependencia externa, al contexto internacional, para explicar y justificar nuestra situación. No es posible negar, ni subestimar, la influencia de los acontecimientos que tienen lugar más allá de las fronteras y sobre los cuales muy escaso poder, si es que alguno, tenemos. Pero no es correcto ni nos ayuda mucho liberarnos de culpa, declararnos inocentes, hacer el papel de víctimas y esperar que el regreso de los buenos tiempos en el reino de los poderosos de la tierra nos salve de la postración y abra para nosotros los cauces del bienestar. Tenemos que entendernos aquí, interpretarnos en nuestra propia realidad, ser capaces de analizarlos y comprendernos, ser hábiles para el diagnóstico y en consecuencia aptos para trazar las rutas de la acción, las coordenadas del viaje que debemos emprender para alcanzar, ahora en la necesidad y la escasez crítica de recursos, el objetivo de ser un país bien administrado, seguro de su esfuerzo, empeñado en su trabajo, consciente de sus dimensiones y posibilidades, curado de sueños extravagantes, pero firmemente establecido en la sociedad de las naciones. Y en esta ineludible pero apasionante tarea deben emplearse a fondo los economistas, sin pretender que somos los únicos que podemos encontrar la clave de las dificultades y de las salidas; economistas y otros científicos sociales, y profesionales de las distintas disciplinas del saber, y dirigentes de las actividades que integran el quehacer nacional, y la fuerza organizada del pueblo, que representa la voluntad de construir con los materiales de sus luchas y angustias una nueva realidad en que tenga cabida la justicia, tenemos que afrontar el gran desafío.

Los instrumentos y medios de que se valen los economistas para la investigación de los fenómenos y problemas que competen a su disciplina han sido perfeccionados extraordinariamente durante los últimos 40 años. El desarrollo científico/tecnológico beneficia, quizá, más a algunas parcelas del conocimiento que a otras; pero siempre hay un acceso común a todas las disciplinas del saber en cuanto a facilidades tecnológicas para la investigación y aun para el desempeño de las tareas del ejercicio ordinario. Puede observarse que el adelanto de la tecnología al alcance de los economistas, y las que en el propio campo se han conquistado, ha sido relativamente mayor que el de la teoría. Este desfase entre medios técnicos y base conceptual puede significar un riesgo para la justa orientación del análisis económico; existe la tentación de sustituir la insuficiencia conceptual, la insatisfacción de la teoría existente, por el manejo operativo que facilita el ambiente técnico en que trabaja el economista. El sesgo tecnológico puede afectar, si no es enmendado por el rigor intelectual del criterio que debe guiar al investigador, la justeza de las conclusiones y propiciar los errores de las decisiones y la inconsistencia de la política. No se debe convertir a la Ciencia Económica en una mecánica económica, en una manipulación de variables y relaciones, de cantidades y parámetros, de modelos y diagramas, dejando de lado los comportamientos sociales, el juego de los intereses materiales e ideológicos de los grupos, las fuerzas que impulsan las acciones de los seres humanos que son, después de todo, los constructores de la realidad. La economía no es una maquinaria impersonal, automáticamente sometida a mecanismos y leyes inexorables de funcionamiento; es un tejido de decisiones, de actuaciones, de propósitos, que se van anudando y vibra con las tensiones y presiones, tan fuertes que algunas veces ocurren rupturas y desgarramientos y hay que proceder a repararlos cuando ello es posible, o reconstruir el tejido cuando los remiendos no son suficientes. Ahora estamos, precisamente, en una situación en que los remiendos no bastan.

El fenómeno evidente es la escasez de recursos. Venezuela ha estado montada sobre un lago de petróleo que en los años que vienen de 1974 a 1985 se desbordó en dones y alimentó las expectativas de una bonanza ilimitada y permanente. Esos dones, sin embargo, fueron escasos para los apetitos de enriquecimiento de una minoría, para cubrir la ineficiencia de administradores y empresarios, para financiar proyectos diseñados para un país con oferta generosa de recursos que no tenía supuestamente el problema de las restricciones de demanda,

costos y productividad, para ensanchar los cauces de las gratuidades sociales y colocar en el exterior inmensas fortunas sustraídas al potencial fiscal y financiero. Aparentemente habíamos descubierto la piedra filosofal de la abundancia sin costo, de la riqueza sin esfuerzo, del disfrute sin sacrificio. Una economía con tal descubrimiento está más allá de la competencia de la Ciencia Económica, pues ésta no es alquimia milagrosa para extraer bienes de la nada. Nuestra ciencia tiene sentido porque la humanidad, bajo cualquier sistema, en cualquier época, confronta el problema de la escasez, es decir, de la limitación con frecuencia drástica de los medios para obtener la riqueza indispensable para satisfacer necesidades múltiples y crecientes, desde las más elementales hasta las más complejas. El éxito de un sistema económico/social consiste, principalmente, en acrecentar la riqueza en una medida mayor que la de las necesidades, para poder acumular y preparar las condiciones que permitan una mayor creación de riqueza. Desde luego, este afán de enriquecimiento no tendría justificación social si al mismo tiempo el bienestar de la población, la calidad de la vida, la seguridad material, el ascenso a la cumbre de la prosperidad de todos y no únicamente de pocos elegidos y privilegiados, estuviese lográndose en la mejor forma. Pero no existe ninguna magia que libere al hombre del propio esfuerzo, de la creación de bienes valiosos mediante el trabajo; nuestro error —no el personal, no el de cada individuo, hablo de error nacional, más de la responsabilidad colectiva en la etapa democrática que en la autocrática y dictatorial— consiste en la ilusión de que el petróleo es la magia que nos emancipa de la escasez. Pero a veces los genios surgidos de los mitos hacen travesuras y trastadas para advertir a los mortales de sus limitaciones; y este genio nuestro, el oscuro gigante del subsuelo, nos advierte que el sueño ha terminado y que han llegado los días en que cada árbol plantado, cada piedra tallada, cada red tejida, cada fuego encendido en la forja, cada camino abierto van a ser los que aseguren el pan y el vino, el abrigo y la lumbre, el azúcar y la sal.

Volvamos al severo lenguaje de los hechos económicos. La escasez es la condición normal de la acción económica. Aun en el supuesto de una justa distribución del ingreso, la escasez limita la satisfacción de las necesidades y acicatea la actividad productiva. La escasez tiene una mayor valoración cuando la economía se sustenta en la reproducción, porque ésta no es un don natural sino un proceso del trabajo. Cuando la economía se sustenta en la explotación de un recurso no

renovable, como el petróleo, y cuando ese recurso es precisamente petróleo —es decir la sustancia energética del siglo xx— la valoración de la escasez es distinta y, por tanto, diferente el orden de limitación de las necesidades. El Estado, gran perceptor de la riqueza, no tiene ante sí el límite que opone la capacidad y la resistencia del contribuyente, y el gasto público se derrama generosamente por vertientes que no dejan la huella de su paso. El Estado es, entonces, el gran dispensador de liberalidades y estipendios, la fuente de los subsidios y los créditos que no se reembolsan, el empleador de personal que no se requiere, el financiador de la ineficiencia y el derroche, el padre que reparte sus favores con la más variada inclinación a los hijos. Al Estado debe corresponderle, en esta situación excepcional pero que en Venezuela se ha considerado normal, establecer la jerarquía de las necesidades y valorar la escasez; pero el Estado es también víctima de la ilusión de abundancia gratuita y trastoca el orden económico, sin llegar a crear un equilibrio social. El Estado ha crecido tratando de desempeñar lo mejor posible la función de administrador y distribuidor del ingreso petrolero. Pero ha carecido de un auténtico control público, se ha aislado no de los intereses dominantes ni de las presiones de los privilegiados, sino de las fuentes mismas de la soberanía y de la propiedad común, que es el pueblo. La profundización de la democracia es en esencia, en sentido económico, el reconocimiento de que la riqueza petrolera es de propiedad común y que sólo puede ser invertida en obras materiales y sociales de aprovechamiento común, lo que equivale a decir que el Estado tiene que sostenerse con el aporte de los contribuyentes y que éstos deben ejercer el control de sus contribuciones en la perspectiva del desarrollo de los intereses comunes.

Ahora estamos ante el requerimiento extraordinario de reorganizar una sociedad en la cual la valoración de la escasez —que es lo mismo que la valoración del trabajo y la necesidad— deje de fundamentarse en una riqueza pública en gran parte gratuita y de naturaleza no reproducible. Al regreso de la ilusión de abundancia tenemos que entender que lo verdaderamente escaso es la potencialidad humana, no como simple recurso productivo sino como fuerza esencial que mueve, orienta, transforma y organiza todo el proceso de la producción y reproducción de la base económica y del orden social del país. Y llegaremos al convencimiento de que la mayor irracionalidad de una organización social consiste en el desperdicio del hombre, porque éste es el activo trascendente, singular, irremplazable fuera de sí mismo, que está subes-

timado, subutilizado, sometido a desgaste improductivo y en grave riesgo de no renovarse conforme a las crecientes exigencias de una era de cambios radicales como la actual. La escasez, por tanto, no se limita a la caída del petróleo, a la restricción de las divisas, al encojimiento de los ingresos fiscales ordinarios, sino de manera primordial a la capacidad y la voluntad de trabajo, a la oportunidad del ser humano adulto y apto para crear riqueza, tanto la tangible que se acumula en bienes físicos como la valorativa superior que se expresa en el florecimiento de la cultura y la afirmación de la conciencia nacional.

No siempre es verdad que los extremos se tocan. Las décadas del siglo que se extienden desde los años 30 a los 80, que es como decir para los hombres y mujeres de edad mayor que vivimos el escenario de lo contemporáneo, han sido el tiempo de la gestión, el ascenso y la crisis de lo que pudiera llamarse la *teología del Estado*, establecida entre crisis y crisis, entre la cancelación histórica de una época que se aferró a la razón del liberalismo y la de otra época que levantó la función pública a la categoría de factor estratégico de la vida económica. El Estado en los países industrializados capitalistas se transformó en el garante de la suficiencia de la demanda efectiva, en el corrector de los mecanismos deformantes del mercado, en el compensador de las injusticias derivadas de la concentración del poder económico, en el benefactor de los discriminados de la fortuna, pero también en el generoso soporte de los consorcios que dejan fuera de juego a la competencia. El Estado en los países llamados "en vías de desarrollo" tomó para sí la responsabilidad de promover, ordenar, impulsar y controlar el desarrollo económico y de difundir los beneficios sociales para preservar el equilibrio político e institucional que permitiera la gestión privada del crecimiento y la acumulación. El Estado, por tanto, se hizo protector, reformista, populista, benefactor, donante, planificador, regulador, interventor, empresario, financista, omnipresente, es decir, la figura central de una teología que no es precisamente la de la liberación. Asistimos en el presente a una insurgencia ante el poder del Estado, a una negación de su teología, a un intento de derrumbar los ídolos del estatismo. En Venezuela, curiosamente, observamos que esta rebelión comienza a manifestarse en momentos en que el Estado sufre la contracción del provento petrolero y tiene que restringir su generosidad mal repartida, en momentos en que las vertientes de la abundancia se debilitan y la economía pública restística tiene que ceder lugar a la economía pública

contributiva. Es como cuando se abandona una tierra esquilmada cuya menguante fertilidad no permite la expectativa de cuantiosas cosechas.

Se intenta sustituir la teología del Estado por una nueva ideología: la del mercado. La formación, el crecimiento, la universalización del mercado ha sido el fenómeno nuclear del capitalismo. La conversión de todo valor en mercancía, de todo ser humano en comprador o vendedor, de toda necesidad en objeto de transacción, ha sido la ley orgánica del capitalismo. La eficiencia de toda producción, el éxito de toda gestión, la prueba de toda inversión, es la concurrencia al mercado. Hay mucho que decir, en la teoría y en la política económica, sobre la transformación del mercado, la modificación de las leyes de la competencia, el cambio histórico de los supuestos en que fundamentaron los clásicos y los neoclásicos sus principios de competencia en mercados perfectos y libres. Se impone la necesidad de una nueva teoría del mercado, que intentó Galbraith con su principio del contrabalanceo o estrategia de compensación como sustituto de la competencia. Pero los nuevos teólogos del mercado, sin demostrar con rigor científico la eficiencia del mercado contemporáneo para asignar óptimamente los recursos, normalizar los precios, los costos y las tasas de ganancia, asegurar el alto empleo y distribuir justamente el ingreso, lo presentan como la única salida a las dificultades que nos agobian, como la apertura a un nuevo orden económico de libertad y productividad, buena administración de la escasez, trabajo para todos y crecimiento de las fuerzas productivas, entre otras bendiciones. Vuelven, por tanto, los viejos dioses, remozados, actualizados, pero conocidos.

Soy partidario de una síntesis no teológica entre la función del Estado y la del mercado. La economía debe funcionar conforme a leyes objetivas de productividad, costos, precios, uso de recursos, derecho de elegir entre alternativas u opciones, cálculo de costeabilidad, margen de beneficio y capacidad de acumulación. Pero esta economía tiene que estar libre de distorsiones monopolíticas, de manipulaciones de oferta o demanda, de engaños al consumidor, de daños al medio ambiente, de depredación de los recursos naturales, de abusos de propiedad. Para alcanzarla, si ella es posible, hay que trazar una estrategia que debe tener como primera instancia la supervivencia económica, emerger de las dificultades más graves, pisar terreno firme; y sobre la marcha rectificar la mala asignación de recursos, reordenarlos en función de necesidades esenciales y prioritarias del país, crear las condiciones para

que las ventajas comparativas de nuestra producción se pongan de relieve, multiplicar la actividad empresarial mediante la incorporación de pequeños y medianos empresarios, modificar la mentalidad de los empresarios en el sentido de que tienen que desempeñarse con recursos escasos, sin pretender cubrir la ineficiencia con aumentos de precios o financiamiento gratuito. Y hay que ir abriendo el mercado a la competencia externa, pero no desmantelando abruptamente la protección aduanera o el incentivo fiscal, sino mediante ajustes de transición. Cuatro o cinco grandes vías deben ser rediseñadas, precisadas y mantenidas: la del crecimiento agrícola, la de la sustitución de importaciones con carácter selectivo, la de nuevas exportaciones que tengan perspectiva cierta en los mercados internacionales, la del desarrollo científico/tecnológico condicionado a nuestras características, necesidades y posibilidades y la de la inversión básica del ingreso petrolero. La reforma del Estado en estudio debe definir los ámbitos económicos en que se desenvuelve la gestión pública y la privada. Y no puede despojarse de ningún modo al Estado de la función, por demás obligatoria, de fijar las políticas y diseñar los mecanismos para corregir los desequilibrios de la distribución del ingreso tan profundamente acentuados los últimos años.

Distinguidos amigos:

Dentro de dos años se cumplirán cincuenta de la creación de los estudios económicos universitarios en Venezuela. Hace 33 fue fundado el Colegio de Economistas de Venezuela. Los profesionales de la Economía prestan servicio en las diferentes dependencias del sector público, en el sector privado, en las universidades y en el libre ejercicio. Hace cuatro años fue creada por ley del Congreso la Academia Nacional de Ciencias Económicas, que me honro en presidir. Los problemas económicos han dejado de ser los misteriosos signos que manejan unos seres extraños y algo magos que se llaman economistas, para entrar en el campo de las diarias preocupaciones del común de los ciudadanos. Gobernante, políticos, empresarios, trabajadores, periodistas, usan con desenfado los términos antes crípticos de la Ciencia Económica. Sin embargo, los economistas no han logrado el reconocimiento público a que son acreedores. En funciones propias del economista, tanto del Estado como del sector privado, se ocupan profesionales de otras disci-

plinas, lo que es más notable en el caso de la alta dirección y gerencia de los asuntos económicos y financieros de la República. Se ha dicho que la inclinación a la independencia partidista por parte de los economistas representa una limitación para ser escogidos en los cargos de elevada confianza del Estado. Pero la independencia, que no la indiferencia política, debe ser, sin restar ningún mérito ni razón a los colegas que militan en partidos, una condición favorable a la objetividad y a la serenidad del juicio económico. En todo caso, en más de 40 años de historia venezolana, los economistas han contribuido a la transformación del país y hoy, en la adversidad económica, están presentes, como soldados del optimismo para asesorar a los pilotos en la mejor escogencia del rumbo con la mano firme en el timón de la esperanza.

[Concejo Municipal del D. F. 20-11-86. Discurso de orden en la Semana de los Economistas].

LOS ECONOMISTAS Y LA CRISIS ACTUAL

En estos días de celebración de los economistas, cuando se cumplen 49 años de la fundación de los estudios económicos universitarios en Venezuela, conviene reflexionar sobre el compromiso científico, profesional y humano que tenemos quienes hemos escogido esta disciplina del conocimiento como eje de nuestro quehacer, pero también de nuestro padecer. En casi medio siglo de estudios superiores de economía el progreso de nuestra ciencia ha sido casi espectacular en el plano teórico y en la aplicación a la política económica; pero no hemos alcanzado, en el país, el grado de excelencia y de autonomía intelectual que nos permita la justa interpretación de nuestros problemas y la indicación certera de sus soluciones. Bien es verdad que en el mundo industrializado la Ciencia Económica —después de la excepcional contribución de Keynes en 1936— no se ha caracterizado por obras geniales, sino por el desarrollo de las dos vertientes consagradas: la neoclásica y la keynesiana, y también por la construcción de un instrumental moderno, técnicamente avanzado, para el análisis económico, el diagnóstico de la coyuntura y la implementación y evaluación de las políticas públicas, lo que ha hecho más útil a esta disciplina, más cercana a los hechos, más inteligible para amplios grupos sociales. Sin embargo, la relatividad de ese progreso científico de la economía política puede apreciarse al mencionar dos fenómenos de gran importancia en nuestro tiempo: la crisis capitalista mundial que se desenvuelve desde hace aproximadamente quince años y el subdesarrollo de las dos terceras partes del globo. La primera no puede ser interpretada con el auxilio único de la teoría tradicional de la crisis y reclama para su mejor estudio un nuevo adelanto del conocimiento económico. El subdesarrollo, a cuyo análisis se han dedicado muchos esfuerzos y obras en los últimos 40 años, permanece aún como un enigma, que exige una explicación

integral, convincente, en lugar de versiones parciales, monocausalistas, pseudohistoricistas, como se han ofrecido hasta ahora, algunas de ellas muy valiosas, pero insuficientes para la determinación de la verdad.

La realidad es cada vez más compleja

El campo del conocimiento económico se ha hecho más difícil en razón de la creciente complejidad de los fenómenos económicos. Hace 50 años el sistema capitalista mundial estaba convaleciente, sin estar completamente curado, de una profunda y prolongada crisis, cuya solución final pareció ser la segunda guerra mayor de este siglo. Actualmente, el mismo sistema sufre una crisis profunda y prolongada, con rasgos distintos de la de los años 30 y que, afortunadamente, no parece que vaya a desembocar en la tercera guerra mundial. Pero entre una y otra crisis ha transcurrido lo más importante del siglo xx: dos revoluciones científico/tecnológicas, la última de éstas aún en curso; la liquidación esencial del colonialismo directo; el más vigoroso crecimiento económico del mundo en toda su historia, aunque muy desigualmente repartido entre las naciones; el establecimiento de un modelo de equilibrio del poder entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, ejes del capitalismo y del socialismo "real", que mantiene una paz precaria; la emergencia de la OPEP como un factor de poder en el mundo energético, financiero y político; la transnacionalización de los negocios que ha convertido al mercado mundial en un complejo de redes de intereses y decisiones que escapan a los poderes nacionales, entre otros fenómenos.

Para enfrentar la crisis de los años 30 no se disponía de un cuerpo teórico capaz de poner al descubierto los factores causales de aquel derrumbe económico/financiero; en consecuencia, la política de reactivación económica estaba ayuna de orientaciones e instrumentos, hasta el ascenso al gobierno de F. D. Roosevelt que inauguró una era de pragmatismo en la conducción de los asuntos públicos, con intervención y participación del Estado en la economía, antecedente inmediato y realista de la teoría de Keyes. Hasta la década de los 70 ese pragmatismo rooseveltiano, conceptualizado por Keynes, inspiró la acción de los gobiernos tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados; en los últimos 15 años tal doctrina ha estado sometida a severas críticas y frente a ella ha insurgido, como si se tratara de una reno-

vación creativa, el llamado neoliberalismo, o neomonetarismo, que se ha mostrado incapaz de generar políticas para superar la crisis. Los gobiernos y aun las fuerzas de la economía privada han persistido en las prácticas heterodoxas que combinan la acción del Estado con los mecanismos del mercado, con énfasis mayor en estos últimos.

No obstante, el adelanto de la Ciencia Económica y el auxilio que la tecnología de la informática y la computación le prestan, hay algún rezago del conocimiento con respecto a la realidad económica. Este rezago puede atribuirse principalmente a la complicación de los hechos, a la incorporación de factores aleatorios o accidentales al desenvolvimiento económico, a la aceleración de los movimientos financieros, monetarios y tecnológicos y al fortalecimiento de la influencia de actores y agentes superorganizados a través de la economía mundial, entre los cuales destacan las grandes corporaciones multiinversionistas. Lo cierto es que la perspectiva de largo plazo se ha oscurecido y el grado de incertidumbre de la vida económica ha aumentado, lo que hace más inseguros los pronósticos. La gestión de los gobiernos y las autoridades monetarias es obstaculizada por la interferencia de fenómenos que antes ocurrían en forma diferenciada y en coyunturas distintas: me refiero, por ejemplo, a la simultaneidad de la inflación y la recesión, que se ha dado en llamar estanflación o receflación, y que antes no existía. Del mismo modo puede observarse la persistencia de un elevado desempleo al mismo tiempo que la reactivación económica; o, específicamente en el caso venezolano, la coexistencia de altas tasas de interés con una elevada inflación. Las políticas públicas anticoyunturales han sido diseñadas para combatir uno a uno los fenómenos mencionados: la lucha contra la inflación, por ejemplo, según la política de estabilización, en el pasado no era entorpecida por la presencia de la recesión, como ahora, ni por el temor de reforzar las presiones inflacionarias al combinar la estabilización con el crecimiento económico. Según ahora se entiende, hay que hacer una escogencia entre parejas de tasas de desempleo e inflación: o bien alto desempleo y baja inflación, como es común en los países industrializados; o bien bajo desempleo y alta inflación, lo que es poco frecuente en la época actual. También el viejo y falso dilema entre inflación y crecimiento ha sido modificado en la experiencia de los países altamente industrializados: baja tasa de inflación pero también moderado índice de crecimiento. Se está, por tanto, en el reino de las medianías: nada puede acelerarse, ni perseguirse a

fondo por la emergencia de los riesgos y las contradicciones que convierte a la economía en un campo minado.

La relación entre desarrollo y subdesarrollo

Nos habituamos a considerar la estructura de la economía internacional capitalista como una dicotomía: desarrollo y subdesarrollo, centro y periferia, en la que las fuerzas motrices se generaban en los países de mayor desarrollo (principalmente Estados Unidos) y los subdesarrollados o “en vías de desarrollo” tenían que ajustarse a esos movimientos. Los fenómenos observados en los últimos 15 años revelan un comportamiento distinto: en la década de los 70 la mayoría de los países desarrollados sufrieron recesiones económicas agudas, interrumpidas por breves lapsos de recuperación, en tanto que la mayoría de los países “en desarrollo” acusaron tasas de crecimiento sostenido y acentuado, sustentado en términos de intercambio favorables, expansión del comercio exterior y rápida acumulación de capital. Por el contrario, en la década actual, por lo general, los países industrializados registran tasas de crecimiento moderadas pero persistentes, luego del estancamiento de principios del período, mientras que los países “en desarrollo” sufren prolongada recesión, con alguna breve recuperación seguida por una caída. Existe, al parecer, una discordancia de comportamiento entre ambas partes del sistema capitalista mundial. Sin embargo, se sigue considerando que el llamado efecto locomotora de los centros desarrollados permita la definitiva recuperación de nuestros países, en virtud de que el auge de aquéllos estimula la demanda de las exportaciones de éstos y además, vuelca sobre ellos los créditos y las inversiones indispensables para impulsar las economías deprimidas o estancadas. Al respecto hay que observar que esa vinculación dinámica se está debilitando en razón de hechos y tendencias que venían manifestándose desde hace mucho tiempo, pero que ahora se aceleran, entre otros los siguientes: el comercio internacional es cada vez más triangular o trilateral, entre Estados Unidos, Japón y la Comunidad Económica Europea, lo que margina a los países menos desarrollados, entre éstos los latinoamericanos, de los mercados más importantes; paradójicamente, el progreso tecnológico y la evolución de las ventajas comparativas internacionales han hecho perder capacidad de competencia a sectores amplios de la economía industrial desarrollada, principalmente Estados Unidos, lo que obliga a los países respectivos a prote-

gerse ante las exportaciones de los otros y de los países "en desarrollo"; el adelanto de la ciencia y la tecnología propicia la sustitución creciente de materiales primarios (minerales, forestales, petroleros) por materiales obtenidos en el laboratorio y luego en la planta industrial, más eficiente, más manejables, y probablemente más económicos en razón de su rendimiento; además, los materiales primarios son cada vez mejor y más intensivamente aprovechados, por lo que tiene lugar una economía de cantidad y, por tanto, una contracción relativa de su demanda en detrimento de las exportaciones de nuestros países; también hay que tener en cuenta que las ventajas tradicionales de trabajo barato en los países subdesarrollados son cada vez menores en virtud de la sustitución progresiva de trabajo directo por servomecanismos; todo esto conduce a pensar que la era del redespliegue industrial (es decir, del desplazamiento de industrias convencionales desde los países desarrollados a los nuestros) está pasando y que una nueva división internacional del trabajo tendrá que establecerse sobre bases dinámicas diferentes.

Abstracción hecha de la marcha de la crisis en nuestros países, los cambios que tienen lugar en el ámbito económico internacional nos fuerzan a redefinir nuestra estrategia de desarrollo, entre cuyos elementos fundamentales se encuentra la reorganización de las relaciones con el exterior, tanto con los países desarrollados capitalistas, como con los países en desarrollo y los socialistas. No podemos continuar actuando como si el orden económico mundial fuera el mismo que favoreció el sostenido crecimiento de postguerra hasta la década de los 70. Ese patrón de crecimiento permitió la modernización relativa de las economías periféricas, apoyada en la industrialización sustitutiva de importaciones y la agricultura, orientada al mercado interno en una primera etapa y más tarde a la exportación no tradicional. Este proceso impulsó nuestra economía en el período comprendido entre 1950 y 1975; pero el auge extraordinario del petróleo, que elevó la capacidad para importar en proporciones sin precedentes, afectó negativamente el esfuerzo industrialista interno y más aún la promoción de exportaciones no petroleras; en el caso de la agricultura, no obstante el énfasis que han puesto los gobiernos en el sector, el país se hizo más dependiente de la importación de alimentos y materias primas con grave riesgo de la seguridad económica. Sólo después del "viernes negro" de febrero de 1983, cuando se establecieron restricciones cambiarias que incidieron fuertemente en la importación de bienes y en la salida

de capital, y luego con las sucesivas devaluaciones que ha sufrido el bolívar, ha tenido lugar algún cambio en la conducta económica favorable a la producción interna y a la exportación no tradicional. Pero hay necesidad de reordenar las fuerzas económicas para que estos reajustes se conviertan en una transformación progresiva de la estructura de producción, de inversión y consumo, de tal modo que la dependencia económica se reduzca sustancialmente y los recursos sean utilizados en función de las aptitudes naturales y dinámicas que podamos tener y de las necesidades esenciales de nuestra población.

Las consideraciones anteriores conducen a la conclusión, en este aspecto del problema fundamental que tenemos de la mejor alternativa para superar la crisis actual y abrirse camino al futuro, de que el subdesarrollo no es la antítesis del desarrollo como lo exponen las teorías latinoamericanas más conocidas, si dejamos de estimar como desarrollo la situación alcanzada por los países capitalistas industrializados y forjamos un nuevo paradigma para nuestra vida económica, social, política y cultural. En prosecución de esta idea que puede orientar una nueva estrategia los economistas, y en general los científicos sociales del país y de América Latina, tenemos una singular oportunidad para definir nuestro propio perfil como agentes del desarrollo y dar fuerza a la creatividad de nuestra disciplina, porque en vez de asimilar pasivamente conocimientos y experiencias originados en otras latitudes, en otros escenarios, bajo el imperativo de diferentes realidades problemáticas, y sin subestimarlos ni desecharlos, podemos aprender de nuestras necesidades, investigar en profundidad nuestros nudos críticos, la razón de ser de nuestras insuficiencias y deficiencias y encontrar los medios, las políticas, las líneas de acción para levantarnos al nivel de exigencia de las necesidades y de la excelencia del esfuerzo creativo. Ello significa que el desarrollo no es lo que quieran imponernos los poderosos y ricos del mundo, sino lo que nosotros nos propongamos que sea, en la escala de los recursos de que podamos disponer y de las satisfacciones sociales y humanas que podamos obtener. Porque el desarrollo no consiste en acumulación de artefactos sofisticados siempre en vías de desecho, mientras amplios grupos de población padecen penurias vitales, sino, de modo distinto, en la capacidad creciente de alimentar, alojar, vestir, proteger la salud, educar y facilitar recreación sana, en un régimen de libertad y seguridad, a toda la población. Esta concepción orgánica de desarrollo sostenido y equitativo no requiere una falaz emulación con los éxitos de los países que hoy tenemos por desa-

rollados, sino una evaluación autónoma de las propias metas que nos fijemos en relación con los objetivos de productividad y bienestar que orienten la gestión económica y social.

Esta debe ser la hora de los economistas

En época de depresión económica, de detención del crecimiento y deterioro del nivel de vida de la mayoría nacional, como la presente, la función del economista cobra mayor significación y alcance. Es natural que en situaciones de relativa normalidad, de bonanza material, el economista sea poco solicitado y sus consejos, si bien útiles, no tienen la relevancia que les suele dar la emergencia de las dificultades. La cuestión económica tiene en estos momentos la primera prioridad entre las preocupaciones y las expectativas de los venezolanos, y también es así en todo el ámbito internacional. El lenguaje económico ha dejado de ser en buena parte el refugio de la sabiduría académica y profesional, para incorporarse al léxico común, utilizado por comunicadores sociales, políticos, gobernantes, amas de casa, dirigentes y activistas de la comunidad, entre otros exponentes de la vida social. La gente desea saber lo que hay detrás de los conceptos, los términos, las siglas, los indicadores, los diversos elementos del quehacer de los economistas. Más que en las otras disciplinas del conocimiento científico, en la economía ha ocurrido una especie de socialización del saber y el afán de interpretar los hechos económicos día a día toma por entero a la colectividad. Términos antes misteriosos, crípticos, propios de los libros especializados, los informes institucionales, los mensajes de los gobernantes, las páginas de finanzas de los periódicos, las tareas de los estudiantes, las memorias de banqueros y corredores de bolsa, circulan ahora en los corrillos de mercados, de vecinos, en reuniones de clubes y partidos, en los chistes de televisión, en las conversaciones familiares, en talleres y campos de cultivo. Así se habla de inflación, costo de vida, producto territorial bruto, tasas de desempleo, oferta, demanda, balanza de pagos, déficit fiscal, dólar libre, tasas de interés, salario real, indexación salarial, tipo de cambio, especulación, acaparamiento, contrabando de extracción, caída de Wall Street, crisis, recesión, reactivación y otros términos que identifican resultados, valores, situaciones, desequilibrios, expectativas, tendencias, todo el complejo mundo de los negocios, que ahora no es tan lejano ni tan abstracto, porque penetra

en la vida del común de la gente, la condiciona, la inquieta, la quebranta, la ilusiona, la defrauda, pero también la rodea de esperanza.

Para que los economistas puedan responder a ese reto que ahora se les hace tienen que despojarse de verdades consabidas y consagradas, de fidelidades mal entendidas a doctrinas y textos, autores y escuelas, y sumergirse en la realidad concreta, en la maraña de los hechos, con el ánimo de entenderla, de captarla en su esencia, de explicarla y de transformarla. Lo que afirmo no debe tomarse como abandono del conocimiento adquirido, como renuncia a la acumulación del saber económico a través de los tiempos, pues tal herencia cultural nos dota de la capacidad de análisis, de la metodología, del instrumental, del poder de selección, organización y sistematización de los hechos; pero en lo conceptual, en lo doctrinario, hay que adoptar una actitud crítica, independiente, para distinguir entre lo ideológico y lo científico. No dejarse obnubilar por supuestas innovaciones del pensamiento económico que vienen de los centros dominantes y tratan de subyugarnos mediante el efecto demostración, como otro patrón de consumo alienante que manifiesta la relación de dependencia con respecto a lo que tenemos convencionalmente por desarrollo. Así, pues, economistas tenemos que ser para superar el subdesarrollo, para abrir caminos a una nueva economía, a una nueva sociedad, liberadas de la incertidumbre, de la insuficiencia, de la injusticia en la distribución de los bienes materiales y culturales, de la concentración del poder, de la marginalidad, de la pobreza, de la inseguridad que es la antítesis de la libertad.

Las lecciones del pasado

Quizá la mejor contribución de la crisis actual al cambio de conciencia nacional en el sentido de la confianza en el propio esfuerzo es la convicción de que no reproduciremos el pasado, de que no regresaremos por el mismo camino que nos condujo a esta situación, que no nos salvará una nueva falsa abundancia sustentada en el milagro petrolero u otro milagro que nos permita sustituir el imperio de la necesidad por el de la facilidad para la satisfacción gratuita. No tendremos, afortunadamente, una nueva temporada de altos ingresos petroleros; tampoco retornará la época del gran endeudamiento que poca huella dejó en el potencial productivo o en el bienestar social, pero

sí mucho, penosa, profunda, en la carga que nos agobia por tener que pagar con creces lo que no sirvió para nuestro desarrollo sino para nuestra servidumbre. El petróleo, sin embargo, asegura relativamente un ingreso considerable, fuerte punto de apoyo para emprender con éxito la reorganización de la vida nacional, pues de esto se trata. No es la simple peripecia de la reactivación, de sólo poner en movimiento lo que ya existe, sin rectificación, sin reorientación, sin selección, sin renovación. Lejos de eso, hay que variar el rumbo, encontrar rutas inéditas, construir el equilibrio del crecimiento que responda a la proporcionalidad múltiple de una nación en marcha: entre el crecimiento hacia adentro y la conquista de mercados internacionales, entre los sectores de la producción material y los servicios, entre tecnología y empleo, entre acumulación y consumo, entre Estado y sociedad civil, entre libertad y necesidad. Profundizar el proceso industrial, pero con prescindencia de lo accesorio, de aquellas actividades que no tienen base auténtica y sólo sirven para absorber divisas y hacer más vulnerable a la economía. Profundizar el crecimiento agrícola, pero con claros criterios de productividad, autosuficiencia, seguridad alimentaria, y también con el objetivo de desarrollar una sociedad agraria, de pequeños y medianos agricultores, asentados en tierra propia. Construir un potencial de exportación que incluya productos industrializados de hidrocarburos, minería, pesca, agricultura, bosques, manufacturas, tecnología, servicios; pero no caer en la euforia de querer exportarlo todo sin atención a las reales aptitudes para exportar, sin organización, y en detrimento de la oferta para el mercado interno, como ocurre en numerosos casos actuales; como no debimos incurrir en la euforia de la sustitución fácil de importaciones, sin márgenes selectivos, sin planificación, lo que dio por resultado que al término de algunos años —aproximadamente a principios de la década de los 70— ese modelo calcado en el modelo latinoamericano de la Cepal entró en una fase de agotamiento. En estos años de crisis se intenta renovar el proceso industrialista de sustitución de importaciones, pero no se ha diseñado una política para no repetir los errores del pasado, una política integral que se proyecte al fomento de la exportación y sitúe con claridad posible el papel que debe jugar el sector externo en nuestra economía.

En el mismo orden de ideas que se expresa en lo anterior hay que encuadrar el nuevo endeudamiento público. La experiencia histórica del crédito público externo, incluso en el período 1975-82, ha sido negativa, hasta traumática. La deuda externa ha ocasionado graves

contratiempos al país, ha lesionado su soberanía, ha comprometido su crecimiento por largos años, y no se ha incorporado en un aumento de la capacidad productiva ni en un mejoramiento del nivel de vida popular. Durante los últimos cuatro años hemos pagado en concepto de servicio de la deuda externa —pública y privada— más de US\$ 20.000 millones, con un promedio anual de US\$ 5.000 millones. La proyección para los próximos cinco años, en promedio, de un desembolso anual por ese concepto de US\$ 4.500 millones. El siglo XXI llegará para el país con un portafolio de deuda pendiente bajo el brazo. El gobierno nacional ha adoptado una política de nuevo endeudamiento externo, combinada con atracción a la inversión extranjera. Esa política debe ser cuidadosamente analizada y su ejecución tiene que sujetarse a un seguimiento riguroso por parte de los órganos contralores de la Nación: Congreso de la República, Contraloría General, partidos políticos, organismos sindicales y empresariales, universidades y academias, colegios profesionales y otras instituciones de análisis y opinión. No hay que dejarse anodadar por el síndrome de la deuda: el recurso del endeudamiento no es bueno ni malo en sí mismo, depende de las condiciones de la contratación y de la aplicación de los fondos que por ese medio sean obtenidos. En la estrategia financiera oficial se persiguen dos objetivos simultáneamente: i) compensar el desembolso de divisas (e ingresos públicos) causado por el servicio de la deuda refinanciada; ii) financiar con recursos extrapresupuestarios los programas de inversión de las industrias básicas del Estado y obras de infraestructura, con excepción de la industria petrolera básica. Estos objetivos no son criticables en sí mismos: el supuesto es que las industrias básicas generarán en su oportunidad los fondos suficientes —en divisas extranjeras— para atender al pago de intereses y amortización de la nueva deuda, y al mismo tiempo se amplía y consolida un potencial exportador y de suministro interno de materias primas para la producción nacional. Conviene, sin embargo, que el país esté bien informado de estos programas de crédito e inversión y que las disposiciones legales que los respaldan incluyan procedimientos estrictos de evaluación y control de todo el curso de la operación hasta su cancelación final.

No podemos ni debemos retornar al pasado en lo concerniente al mercado inmobiliario y la construcción. Se observa actualmente un desbordamiento de los valores inmobiliarios, los cuales, de refugio contra la inflación, se han convertido en medios de propagación inflacionaria. Este desenfreno, de indudable carácter especulativo, además

de distorsionar la estructura de los precios en perjuicio de los llamados bienes transables, es decir los que sustituyen importaciones o son exportables, hace cada vez más difícil que las familias de pequeños ingresos puedan obtener una vivienda en propiedad, aun modesta. Si esta desproporcionalidad se mantiene habrá que esperar —lo que es indeseable— que importantes recursos se desplacen hacia el negocio inmobiliario y la construcción, provocando un nuevo auge que acentuará el desequilibrio económico y conducirá a una caída como ha sido la experiencia de los últimos 40 años. Lejos de eso, hay que racionalizar el mercado inmobiliario y la actividad constructora para facilitar la dotación de vivienda al millón de familias que no tienen techo seguro y a las nuevas que se formen, para la estabilización del núcleo familiar de la sociedad. Los valores inmobiliarios, a diferencia de los bursátiles, son bastante rígidos en el corto plazo, los inversionistas prefieren sufrir la situación de estancamiento de las ventas antes que bajar los precios y así la inflación inmobiliaria se estratifica y consolida, convirtiéndose en sostén de una falsa capitalización que poco tiene de real.

La brecha entre lo nominal y lo real

Una de las expresiones más significativas de la crisis económica es la disparidad exageradamente amplia entre los valores nominales y los valores reales de la economía. Los primeros: magnitudes financieras, fiscales, monetarias, comerciales, precios inmobiliarios, entre otros; los últimos: producto territorial bruto real, ingreso nacional efectivo, inversión física, consumo real, capacidad productiva existente, ingreso real por habitante, entre otros. El fenómeno que se ha dado en llamar cambio de dimensiones de la economía ha consistido en la acelerada expansión de los valores nominales y el estancamiento relativo de la economía de producción, inversión y consumo. Las magnitudes nominales se multiplicaron por 6, 8 ó 10, según los casos, entre 1974 y 1986, mientras que las reales o bien apenas han crecido con referencia a 1978 o bien han sufrido contracción acentuada, como el ingreso por habitante. Restablecer la solvencia de la economía sobre nuevas bases consiste en cerrar esa brecha, más por el crecimiento de las variables de economía real que por la contracción de las nominales. Esto implica la sinceración de la economía.

La crisis no es únicamente económica

Como economistas tenemos que hacer énfasis en el acontecer económico, que consideramos la base de la vida social. Sin embargo, estamos conscientes de que los fenómenos sociales son más complejos y cualquier intento de caracterizarlos desde un solo punto de vista, aun cuando sea tan importante como el económico, incurre en parcialización. La crisis actual toma por entero al cuerpo social y se manifiesta en el orden económico, el político, el cultural, el sociológico, el psicológico y otras dimensiones de la existencia humana, interrelacionadas indisolublemente. La inestabilidad de los medios y modos de vida, la incertidumbre ante el futuro, la reducción del presupuesto doméstico en términos de poder adquisitivo, la carestía de los servicios públicos, las dificultades para defender la salud, para educar a los hijos, para mantener solvente la vivienda, este drama de lo cotidiano, conmueve las fibras psíquicas, provoca angustia, neurosis, tensiones nerviosas que se reflejan en las relaciones familiares, laborales, amistosas, vecinales y todo ello es una crisis. Las conductas se modifican, los comportamientos se hacen erráticos, los valores éticos se relajan, los paradigmas de la acción individual y colectiva se trastocan, las convicciones ideológicas se quebrantan, la propia concepción del deber y del derecho se hace pragmática, casuística, carente de mística y grandeza. Lo más grave de estos desequilibrios vitales es que no se agotan en el corto plazo, sino que tienen consecuencias en las generaciones venideras, en la niñez que se forma en un ambiente traumático, en la juventud que sufre la frustración de sus expectativas, en el país que nace cada día signado por los conflictos, las penurias, los agobios del quehacer, los tonos grises del futuro. Porque el mañana no es independiente del presente, sino que se gesta en cada momento, en la gran corriente de la vida, en los hechos que se suceden ante nuestra impotencia o con el signo de nuestra lucha.

El Estado y la sociedad civil: una nueva relación

Con la incorporación de la actividad petrolera al dominio empresarial directo del Estado en 1976 se ensancha y fortalece el sector público de la economía, hasta llegar a poseer y administrar los medios de producción más importantes del país, ya que, además de la industria de hidrocarburos, hay que contar la siderurgia, la producción de alumi-

nio, la petroquímica, la hidroelectrificación, la minería, el transporte marítimo y aéreo comercial, así como también instituciones financieras, fondos de inversión, centrales azucareros, astilleros, hoteles, empresas de telecomunicaciones y otros servicios. La inversión pública representa, en promedio, un 40% de la inversión total en el país; el sector público emplea a un 20% de la fuerza de trabajo activa y controla directamente alrededor de un 60% del ingreso nacional, por lo que es un poderoso factor de la dinámica económica y social y el administrador principal de los medios y mecanismos de acumulación y distribución de riqueza. Pero no hay que derivar de estos hechos la conclusión de que el Estado es todopoderoso y sujeta a sus decisiones la economía privada y la orientación del desarrollo. La gestión pública en realidad se integra en el sistema de poder para asegurar su estabilidad y desenvolvimiento. Pero el Estado tiene una elevada responsabilidad política, económica y social y en los años de la crisis —que arrancan con la presente década— adquiere una nueva y mayor responsabilidad, que es la de administrarla para minimizar sus costos sociales y superarla mediante una estrategia diferente, que pueda ser respaldada nacionalmente.

En esa estrategia que reclama la nueva situación del país el Estado tiene que autorreformarse, no precisamente encogiéndose sino profundizando su gestión planificadora, promotora, transformadora, correctiva de los mecanismos del mercado en cuanto a sus desviaciones y deformaciones. Entre las exigencias de esa reforma del Estado hay que ponderar en alto grado la definición de la relación con la sociedad civil. La era del Estado omnipotente, omnipresente, paternalista, especie de providencia universal, supremo dispensador de bienes y de males, toca a su fin. La sociedad civil, es decir, el conjunto de las instituciones, organizaciones, representaciones, centros de actividad y pensamiento, mecanismos de acción colectiva, expresiones de la opinión, de la voluntad y de los intereses del común, ha adquirido la suficiente fuerza como para asumir directamente múltiples responsabilidades y gestiones, que ahora están en el ámbito oficial, pero que pueden y deben ser transferidas a los particulares organizados, en formas variadas de cooperación, asociación, cogestión, autogestión, participación y administración. Ello implica una conciencia social del deber y el ejercicio pleno de la soberanía popular, hasta ahora reducida a una formalidad electoral. El Estado tiene que desarrollar sus funciones rectoras, garantizar las condiciones de la vida económica y social, generar políticas económicas, fiscales, monetarias, comerciales, financieras, que propicien y encaucen

las actividades creadoras de riqueza. Poderosas palancas puede manejar el Estado para lograr sus objetivos: el presupuesto consolidado del sector público, las industrias y servicios básicos y la función planificadora del desarrollo. Quienes piensan que el Estado debe sufrir una reversión histórica para hacerse puramente liberal, ajeno al drama económico, servidor elemental de la economía de mercado, no tienen el sentido de la realidad: hay situaciones irreversibles y la función económica del Estado es una de las más notables. Esto es particularmente cierto en el caso venezolano, que constituye una modalidad estructural de economía mixta. Lo que corresponde hacer es desarrollar esta modalidad, fortalecer los fundamentos de su equilibrio y funcionalidad, dar vigor a la sociedad civil, definir claramente los espacios económicos del Estado y de los particulares.

La oportunidad de la crisis

La crisis no es sólo padecimiento sino también oportunidad de avanzar. Esto se ha dicho muchas veces y es ya un lugar común. Algo desaparece y algo se incorpora como nuevo o renovado en la crisis. Hay pérdidas, sacrificios, malestar, desconcierto; pero se modifican las actitudes, las conductas, los patrones de comportamiento, decisión y gestión, las expectativas, la estimación de los hechos, las vías y formas del quehacer económico y social. Hay necesidad de cambio, lo que es otro lugar común, no por ello menos significativo y vigoroso. El cambio es rectificación, crítica de lo que ha existido o existe, búsqueda de alternativas, exploración de posibilidades, ensayo de nuevas rutas. Algunos elementos constructivos permanecen, se fortalecen, se enriquecen en la crisis: por ejemplo, los principios constitucionales de la república, los fundamentos de la democracia, la conciencia de igualdad y de libertad del pueblo venezolano. Hay que revalorizar el concepto de libertad económica, que no sólo significa que cada ciudadano puede dedicarse a la actividad lucrativa de su preferencia, sino también que cada ciudadano debe tener mediante su trabajo una base estable y progresiva para sustentar su vida y la de los suyos en condiciones satisfactorias. La propiedad debe ser democratizada, la riqueza justamente distribuida, el bienestar material, cultural y social equitativamente compartido.

Venezuela tiene recursos valiosos, múltiples, para salir adelante. Nuestro problema principal no es la escasez de recursos: es la conducción nacional, pública y privada, la eficiencia de la gestión, la honestidad de la administración, la voluntad de desarrollo, la confianza en las instituciones, la continuidad del esfuerzo creativo, la mística del trabajo, la responsabilidad de la dirección, el sentido de grandeza que una vez guió a una generación de jóvenes a construir patrias americanas. Se nos reclama ser dignos de esta gran oportunidad para proseguir la historia.

[Discurso de orden pronunciado en Sesión Especial del Concejo Municipal de Maturín, el 20-11-87, con motivo de la Semana del Economista].

INDICE GENERAL

PRÓLOGO por Ramón J. Velásquez	11
--------------------------------------	----

LA CRISIS LATINOAMERICANA

1. - PROBLEMAS, PROYECCIONES Y ALTERNATIVAS DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE EN LA CRISIS ACTUAL	27
I. - <i>Objetivo y alcance de este trabajo</i>	27
II. - <i>Identificación de problemas vinculados a la estrategia</i> ..	30
III. - <i>Proyecciones y alternativas</i>	40
2. - AMÉRICA LATINA HACIA EL SIGLO XX. NUEVAS ESTRATEGIAS PARA EL DESARROLLO	49
<i>Modelos de desarrollo y de pensamiento económico</i>	50
<i>Desfases históricos del crecimiento latinoamericano</i>	55
<i>La extroversión de la economía venezolana</i>	58
<i>Las ventajas comparativas transnacionales</i>	59
<i>La crisis singular de América Latina</i>	60
<i>La crisis global del capitalismo</i>	61
<i>Centro/periferia o zonas de reserva del capitalismo</i>	63
<i>La decadencia del crecimiento latinoamericano</i>	64
<i>Estrategias convencionales en la Región</i>	67
<i>Nuevas estrategias de acción</i>	68
<i>Hacia una nueva estrategia social</i>	70

LA CRISIS VENEZOLANA

1. - LA CRISIS: ANTECEDENTES, FACTORES, RESPONSABILIDADES Y SALIDAS	77
<i>Introducción</i>	77
I. - <i>El problema</i>	83
II. - <i>Objetivo del trabajo</i>	84
III. - <i>Limitaciones teóricas y pragmáticas</i>	84
IV. - <i>Metodología</i>	86
V. - <i>El marco teórico</i>	88
VI. - <i>Desarrollo</i>	97
<i>Resumen y conclusiones</i>	108
<i>Salidas a la crisis</i>	112
<i>Ajustes y reformas</i>	113

ANEXO ESTADISTICO (Cuadros)

Nº 1. - <i>Producto territorial bruto y producto bruto de las actividades internas</i>	121
Nº 2. - <i>Movimiento de las finanzas públicas</i>	122
Nº 3. - <i>Inversión bruta fija total y privada</i>	123
Nº 4. - <i>Producto territorial bruto material interno por sectores económicos</i>	124
Nº 5. - <i>Importación de bienes destinados a la inversión bruta fija</i>	125
Nº 6. - <i>Banco Central de Venezuela: ingreso de divisas y variación de reservas internacionales</i>	126
Nº 7. - <i>Variación de índice del costo de vida en el área metropolitana de Caracas</i>	127
2. - VENEZUELA EN LOS AÑOS TREINTA	129
I. - <i>Antecedentes</i>	129
II. - <i>La economía venezolana en 1930</i>	147

III. - Rasgos de la depresión económica en 1929-34	152
IV. - La conducta gubernamental en la depresión	159
V. - La dinámica política entre 1929 y 1935	161
VI. - La economía y la sociedad venezolana en 1936	164
VII. - La dinámica política en el quinquenio 1936-40	170
VIII. - La dinámica económica en el quinquenio 1936-40 ...	176
IX. - La dinámica social en el quinquenio 1936-40	177
X. - Evolución de la estructura del poder	178
XI. - Confrontación entre la década de los 30 y la actual ...	179

PASADO, PRESENTE Y FUTURO DE LA ECONOMÍA VENEZOLANA

1. - ANOTACIONES PARA UN BALANCE HISTÓRICO DEL SIGLO XX EN VENEZUELA	185
<i>Dos cuestiones fundamentales</i>	187
<i>Estructuración y reestructuración del poder</i>	190
<i>Proyecto social/nacional y proyectos</i>	195
<i>Mudanzas económicas mayores en el siglo XX</i>	198
<i>Exaltación y crisis del modelo petrolero primario</i>	200
<i>El dilema dictadura/democracia y la violencia del poder</i>	202
<i>¿Cómo definir la cuestión actual?</i>	203
2. - VEINTICINCO AÑOS DE ECONOMÍA VENEZOLANA (1936-88)	207
3. - LOS PROCESOS ECONÓMICOS VENEZOLANOS Y SU PERSPECTIVA	221
<i>La obsesión del corto plazo</i>	222
<i>Dos desgarramientos económico/sociales</i>	223
<i>La organización de la sociedad venezolana a partir de un hecho fundamental: la generación del excedente petrolero</i>	226
<i>La gestación de la crisis</i>	230
<i>El crecimiento de la economía del Estado</i>	232

<i>Expansión, climax y decadencia del modelo petroexportador ..</i>	233
<i>Deuda externa, fuga de capital y déficit fiscal</i>	236
<i>Crisis y oportunidad</i>	237
4. - LA ECONOMÍA VENEZOLANA EN LA DÉCADA DE LOS OCHENTA	239
I. - <i>Una reflexión metodológica</i>	239
II. - <i>Alcances temporales del análisis</i>	243
III. - <i>Ruptura de las tendencias históricas</i>	251
IV. - <i>Procesos principales de la década de los setenta</i>	254
V. - <i>Aspectos relevantes de la crisis</i>	256
VI. - <i>Redimensionamiento de la economía</i>	257
VII. - <i>Las ópticas de los ajustes</i>	259
VIII. - <i>Balance social de la crisis</i>	261
IX. - <i>Prospectiva de corto y mediano plazo</i>	261
X. - <i>Alternativas básicas para la transformación</i>	262
XI. - <i>Elementos para una estrategia de desarrollo</i>	262
ANEXO ESTADÍSTICO	263

LOS ECONOMISTAS

1. - LOS ECONOMISTAS Y LA CIENCIA ECONÓMICA	269
2. - LOS ECONOMISTAS Y LA CRISIS ACTUAL	285
<i>La realidad es cada vez más compleja</i>	286
<i>La relación entre desarrollo y subdesarrollo</i>	288
<i>Esta debe ser la hora de los economistas</i>	291
<i>Las lecciones del pasado</i>	292
<i>La brecha entre lo nominal y lo real</i>	295
<i>El Estado y la sociedad civil: una nueva relación</i>	296
<i>La oportunidad de la crisis</i>	298

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Serie ESTUDIOS, MONOGRAFÍAS Y ENSAYOS

Distribución: Avda. Libertador. Edif. Las Vegas.
Esquina Avda. Las Acacias,
Primer piso - Oficina 1-F.
Tel.: 781.43.43 - 782.69.56

- Vol. 1: *El Coloniaje, la formación societaria de nuestro continente*. Por Edgar Galdón Márquez.
- Vol. 2: *Páginas biográficas y críticas*. Por Carlos Felice Cardot.
- Vol. 3: *Tratado de Confirmaciones Reales*. Por Antonio Rodríguez de León Pinelo. Estudio preliminar de Eduardo Arcila Farías.
- Vol. 4: *Datos para la historia de la educación en el Oriente de Venezuela*. Por Manuel Peñalver Gómez.
- Vol. 5: *La Tradición Saladoide del Oriente de Venezuela. La Fase Cuartel*. Por Iraida Vargas Arenas.
- Vol. 6: *Las Culturas Formativas del Oriente de Venezuela. La Tradición Barrancas del Bajo Orinoco*. Por Mario Sanoja Obediente.
- Vol. 7: *Organizaciones Políticas de 1936. Su importancia en la socialización política del venezolano*. Por Silvia Mijares.
- Vol. 8: *Estudios en Antropología, Sociología, Historia y Folclor*. Por Miguel Acosta Saignes.
- Vol. 9: *Angel S. Domínguez, escritor de nítida arcilla criolla*. Por Luis Arturo Domínguez.
- Vol. 10: *Estudios sobre las instituciones locales Hispanoamericanas*. Por Francisco Domínguez Compañy.
- Vol. 11: *Los Héroes y la Historia*. Por Ramón J. Velásquez.
- Vol. 12: *Ensayos sobre Historia Política de Venezuela*. Por Amalio Belmonte Guzmán, Dimitri Briceño Reyes y Henry Urbano Taylor.
- Vol. 13: *Rusia e Inglaterra en Asia Central*. Por M. F. Martens. Traducción y estudio preliminar de Héctor Gros Espiell.
- Vol. 14: *5 Procesos Históricos*. Por Raúl Díaz Legórburu.
- Vol. 15: *Individuos de Número*. Por Ramón J. Velásquez.
- Vol. 16: *Los Presidentes de Venezuela y su actuación militar (Esbozo)*. Por Tomás Pérez Tenreiro.
- Vol. 17: *Semblanzas, Testimonios y Apólogos*. Por J. A. de Armas Chitty.
- Vol. 18: *Impresiones de la América Española (1904-1906)*. Por M. de Oliveira Lima.
- Vol. 19: *Obras Públicas, Fiestas y Mensajes (Un Puntal del Régimen Gomecista)*. Por Ciro Caraballo Perichi.
- Vol. 20: *Investigaciones Arqueológicas en Parmana. Los sitios de La Gruta y Ronquín. Estado Guárico, Venezuela*. Por Iraida Vargas Arenas.
- Vol. 21: *La consolidación del régimen de Juan Vicente Gómez*. Por Yolanda Segnini.

- Vol. 22: *El proyecto universitario de Andrés Bello (1843)*. Por Rafael Fernández Heren.
- Vol. 23: *Guía para el estudio de la Historia de Venezuela*. Por R. J. Lovato D-Sola.
- Vol. 24: *Miranda y sus circunstancias*. Por Josefina Rodríguez de Alonco.
- Vol. 25: *Michelena y José Amando Pérez. El sembrador y su sueño*. Por Lucas Guillermo Castillo Lara.
- Vol. 26: *Cbejendé. Historia y canto*. Por Emigdio Cañizales Guédez.
- Vol. 27: *Los conflictos de soberanía sobre Isla de Aves*. Por Juan Raúl Gil S.
- Vol. 28: *Historia de las Cárceles en Venezuela (1600-1890)*. Por Ermila Troconis de Veracoechea.
- Vol. 29: *Esbozo de las Academias*. Por Héctor Parra Márquez.
- Vol. 30: *La poesía y el Derecho*. Por Mario Briceño Perozo.
- Vol. 31: *Biografía del Almirante Luis Brión*. Por Johan Hartog.
- Vol. 32: *Don Pedro Gual - El Estadista Grancolombiano*. Por Abel Cruz Santos.
- Vol. 33: *Caracas 1883 (Centenario del natalicio del Libertador)*. Tomo I. Por Rafael Ramón Castellanos.
- Vol. 34: *Caracas 1883 (Centenario del natalicio del Libertador)*. Tomo II. Por Rafael Ramón Castellanos.
- Vol. 35: *Hilachas de Historia Patria*. Por Manuel Rafael Rivero.
- Vol. 36: *Estudio y antología de la Revista Bolívar*. Por Velia Bosch. Indices por Fernando Villarraga.
- Vol. 37: *Ideas del Libertador como gobernante a través de sus escritos (1813-1821)*. Por Aurelio Ferrero Tamayo.
- Vol. 38: *Zaraza. Biografía de un pueblo*. Por J. A. de Armas Chitty.
- Vol. 39: *Cartel de citación (Ensayos)*. Por Juandemaro Querales.
- Vol. 40: *La toponimia venezolana en las Fuentes Cartográficas del Archivo General de Indias*. Por Adolfo Salazar-Quijada.
- Vol. 41: *Primeros monumentos en Venezuela a Simón Bolívar*. Por Juan Carlos Palenzuela.
- Vol. 42: *El pensamiento filosófico y político de Francisco de Miranda*. Por Antonio Egea López.
- Vol. 43: *Bolívar en la historia del pensamiento económico y fiscal*. Por Tomás Enrique Carrillo Batalla.
- Vol. 44: *Chacao: un pueblo en la época de Bolívar (1768-1880)*. Por Antonio González Antías.
- Vol. 45: *Médicos, Cirujanos y Practicantes Próceres de la Nacionalidad*. Por Francisco Alejandro Vargas.
- Vol. 46: *Simón Bolívar. Su pensamiento político*. Por Enrique de Gandía.
- Vol. 47: *Vivencia de un Rito Ayamán en las Turas*. Por Luis Arturo Domínguez.
- Vol. 48: *La razón filosófico-jurídica de la Independencia*. Por Pompeyo Ramis.
- Vol. 49: *Tiempo y presencia de Bolívar en Lara*. Por Carlos Felice Cardot.

- Vol. 50: *Los papeles de Francisco de Miranda*. Por Gloria Henríquez Uzcátegui.
- Vol. 51: *La Guayana Esequiba. Los testimonios cartográficos de los geógrafos*. Por Marco A. Osorio Jiménez.
- Vol. 52: *El Gran Majadero*. Por R. J. Lovera De-Sola.
- Vol. 53: *Aproximación al sentido de la Historia de Oviedo y Baños como un hecho de lenguaje*. Por Susana Romero de Febres.
- Vol. 54: *El Diario "El Pregonero". Su importancia en el periodismo venezolano*. Por María Antonieta Delgado Ramírez.
- Vol. 55: *Historia del Estado Trujillo*. Por Mario Briceño Perozo.
- Vol. 56: *Las eras imaginarias de Lezama Lima*. Por Cesia Ziona Hirshbein.
- Vol. 57: *La educación primaria en Caracas en la época de Bolívar*. Por Aureo Yépez Castillo.
- Vol. 58: *Contribución al estudio del ensayo en Hispanoamérica*. Por Clara Rey de Guido.
- Vol. 59: *Contribución al estudio de la Historiografía literaria Hispanoamericana*. Por Beatriz González Stephan.
- Vol. 60: *Situación médico-sanitaria de Venezuela durante la época del Libertador*. Por Alberto Siles Álvarez.
- Vol. 61: *La formación de la vanguardia literaria en Venezuela (Antecedentes y documentos)*. Por Nelson Osorio T.
- Vol. 62: *Muro de dudas*. Tomo I. Por Ignacio Burk.
- Vol. 63: *Muro de dudas*. Tomo II. Por Ignacio Burk.
- Vol. 64: *Rómulo Gallegos: la realidad, la ficción, el símbolo (Un estudio del momento primero de la escritura galleguiana)*. Por Rafael Fauquie Bescós.
- Vol. 65: *Flor y Canto. 25 años de poesía venezolana (1958-1983)*. Por Elena Vera.
- Vol. 66: *Las diabluras del Arcediano (Vida del Padre Antonio José de Sucre)*. Por Mario Germán Romero.
- Vol. 67: *La Historia como elemento creador de la cultura*. Por Mario Briceño Iragorri.
- Vol. 68: *El cuento folklórico en Venezuela. Antología, clasificación y estudio*. Por Yolanda Salas de Lecuna.
- Vol. 69: *La ganadería en los llanos centro-occidentales venezolanos, 1910-1935*. Por Tarcila Briceño.
- Vol. 70: *La República de las Floridas, 1817-1818*. Por Tulio Arends.
- Vol. 71: *Una discusión historiográfica en torno de "Hacia la democracia"*. Por Antonio Mieres.
- Vol. 72: *Rafael Villavicencio: Del positivismo al espiritualismo*. Por Luisa M. Poleo Pérez.
- Vol. 73: *Aportes a la historia documental y crítica*. Por Manuel Pérez Vila.
- Vol. 74: *Procerato Caroreño*. Por José María Zubillaga Perera.
- Vol. 75: *Los días de Cipriano Castro (Historia Venezolana del 900)*. Por Mariano Picón Salas.

- Vol. 76: *Nueva Historia de América. Las épocas de libertad y antilibertad desde la Independencia*. Por Enrique de Gandía.
- Vol. 77: *El enfoque geohistórico*. Por Ramón A. Tovar L.
- Vol. 78: *Los suburbios caraqueños del siglo XIX*. Por Margarita López Maya.
- Vol. 79: *Del antiguo al nuevo régimen en España*. Por Alberto Gil Novales.
- Vol. 80: *Anotaciones sobre el amor y el deseo*. Por Alejandro Varderi.
- Vol. 81: *Andrés Bello, filósofo*. Por Arturo Ardao.
- Vol. 82: *Los paisajes geohistóricos cañeros en Venezuela*. Por José Angel Rodríguez.
- Vol. 83: *Ser y ver*. Por Carlos Silva.
- Vol. 84: *La relación hombre-vegetación en la ciudad de Caracas (Aporte al estudio de la arquitectura paisajista de Caracas)*. Por Giovanna Mérola Rosciano.
- Vol. 85: *El Libertador en la historia italiana: Ilustración, "Risorgimento", Fascismo*. Por Alberto Filippi.
- Vol. 86: *La medicina popular en Venezuela*. Por Angelina Pollak-Eltz.
- Vol. 87: *Protágoras: Naturaleza y cultura*. Por Angel J. Cappelletti.
- Vol. 88: *Filosofía de la ociosidad*. Por Ludovico Silva.
- Vol. 89: *La espada de Cervantes*. Por Mario Briceño Perozo.
- Vol. 90: *Una tribuna para los godos. El periodismo contrarrevolucionario de Miguel José Sanz y José Domingo Díaz*. Por Julio Barroeta Lara.
- Vol. 91: *La Presidencia de Sucre en Bolivia*. Por William Lee Lofstrom.
- Vol. 92: *El discurso literario destinado a niños*. Por Griselda Navas.
- Vol. 93: *Etnicidad, clase y nación en la cultura política del Caribe de habla inglesa*. Por Andrés Serbin.
- Vol. 94: *Huellas en el agua (Artículos periodísticos: 1933-1961)*. Por Enrique Bernardo Núñez.
- Vol. 95: *La Instrucción Pública en el proyecto político de Guzmán Blanco: Ideas y hechos*. Por Rafael Fernández Heres.
- Vol. 96: *De revoluciones y contra-revoluciones*. Por Carlos Pérez Jurado.
- Vol. 97: *Chamanismo, mito y religión en cuatro naciones étnicas de América aborigen*. Por Ronny Velásquez.
- Vol. 98: *El pedestal con grietas*. Por Iván Petrovsky.
- Vol. 99: *Escritos de Plá y Beltrán*. Selección y prólogo de Juan Manuel Castañón.
- Vol. 100: *La ideología federal en la Convención de Valencia (1858). Tiempo y debate*. Por Eleonora Gabaldón.
- Vol. 101: *Vida de Don Quijote de la Libertad (España en el legado del Libertador)*. Por Alberto Baeza Flores.
- Vol. 102: *Varia Académica Bolivariana*. Por José Rodríguez Iturbe.
- Vol. 103: *De la muerte a la vida —Testimonio de Henrique Soublette—*. Por Carmen Elena Alemán.
- Vol. 104: *Referencias para el estudio de las ideas educativas en Venezuela*. Por Rafael Fernández Heres.

- Vol. 105: *Aspectos económicos de la época de Bolívar. I - La Colonia (1776-1810)*. Por Miguel A. Martínez G.
- Vol. 106: *Aspectos económicos de la época de Bolívar. II - La República (1811-1830)*. Por Miguel A. Martínez G.
- Vol. 107: *Doble verdad y la nariz de Cleopatra*. Por Juan Nuño.
- Vol. 108: *Metamorfosis de la utopía (Problemas del Cambio Democrático)*. Por Carlos Raúl Hernández.
- Vol. 109: *José Gil Fortoul (1861-1943). Los nuevos caminos de la razón: La Historia como Ciencia*. Por Elena Plaza.
- Vol. 110: *Tejer y destejer*. Por Luis Beltrán Prieto Figueroa.
- Vol. 111: *Conversaciones sobre un joven que fue sabio (Semblanza del Dr. Caracciolo Parra León)*. Por Tomás Polanco Alcántara.
- Vol. 112: *La Educación Básica en Venezuela. Proyectos, realidad y perspectivas*. Por Nacarid Rodríguez T.
- Vol. 113: *Crónicas médicas de la Independencia Venezolana*. Por José Rafael Fortique.
- Vol. 114: *Los generales en Jefe de la Independencia (Apuntes Biográficos)*. Por Tomás Pérez Tenreiro.
- Vol. 115: *Los gobiernos de facto en América Latina. 1930-1980*. Por Krystian Complak.
- Vol. 116: *Arte, Educación y Museología. Estudios y polémicas, 1948-1988*. Por Miguel G. Arroyo C.
- Vol. 117: *La vida perdurable (Ensayos dispersos)*. Tomo I. Por Efraín Subero.
- Vol. 118: *La vida perdurable (Ensayos dispersos)*. Tomo II. Por Efraín Subero.
- Vol. 119: *Notas Históricas*. Por Marcos Falcón Briceño.
- Vol. 120: *Seis ensayos sobre estética prehispánica en Venezuela*. Por Lelia Delgado R.
- Vol. 121: *Reynaldo Hahn, caraqueño. Contribución a la biografía caraqueña de Reynaldo Hahn Echenagucia*. Por Mario Milanca Guzmán.
- Vol. 122: *De las dos orillas*. Por Alfonso Armas Ayala.
- Vol. 123: *Rafael Villavicencio más allá del positivismo*. Por Rafael Fernández Heres.
- Vol. 124: *Del tiempo heroico*. Por Rafael María Rosales.
- Vol. 125: *Para la memoria venezolana*. Por Marianela Ponce.
- Vol. 126: *Educación popular y formación docente de la Independencia al 23 de enero de 1958*. Por Duilia Govea de Carpio.
- Vol. 127: *Folklore y cultura en la Península de Paria (Sucre) Venezuela*. Por Angelina Pollak-Eltz y Cecilia Istúriz.
- Vol. 128: *La Historia, memoria y esperanza*. Por Armando Rojas.
- Vol. 129: *La Guayana Esequiba. Dos etapas en la aplicación del Acuerdo de Ginebra*. Por Rafael Sureda Delgado.
- Vol. 130: *De hoy hacia ayer...* Por Ricardo Azpúrua Ayala.
- Vol. 131: *21 Prólogos y un mismo autor*. Por Juan Liscano.
- Vol. 132: *Cultura y Política*. Por Carlos Canache Mata.
- Vol. 133: *Los actos administrativos de las personas privadas y otros temas de derecho administrativo*. Por Carlos Felice Castillo.
- Vol. 134: *Los procesos económicos y su perspectiva*. Por D. F. Maza Zavala.

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,
EN LOS TALLERES DE ITALGRAFICA, S.R.L.
EN LA CIUDAD DE CARACAS, EN EL MES
DE AGOSTO DE 1990

Domingo Maza Zavala es una figura eminente de la economía venezolana. Su obra, vasta y esclarecedora, ha sido reconocida en todo el mundo. Licenciado en Ciencias Políticas y Sociales y Doctor en Economía en la Universidad Central de Venezuela, ha ocupado cargos relevantes en la Universidad y la política. Decano de la Facultad de Ciencias Económicas, Miembro del Consejo de Economía Nacional, Diputado, miembro de las comisiones presidenciales para la Reforma Fiscal y la Reforma del Estado y de otras fundaciones e instituciones, Maza Zavala ha ejercido el periodismo y la docencia en las principales Universidades nacionales. Premio Nacional de Periodismo y Doctor Honoris Causa de las primeras casas de estudio del país. Es autor de numerosos libros entre los que resaltan **Aspectos del desarrollo económico de Venezuela** (1962), **La internacionalización del bolívar y la liquidez internacional** (1968), **La economía internacional y los problemas del desarrollo** (1984), **Ensayos sobre la ciencia y la política económica** (1986) y otros.

Los temas principales tratados en este libro se abordan desde la crisis económica que vive Venezuela hace más de diez años, y desde las nuevas estrategias para el desarrollo del país a partir de este fenómeno. Como los procesos económicos venezolanos son simultáneos con los que tienen lugar en la América Latina y El Caribe —no obstante las peculiaridades de cada país y las del nuestro en la región— el análisis debe extenderse al resto de las naciones latinoamericanas y caribeñas, y se proyecta a largo plazo en un esfuerzo por explorar lo que nos podría deparar el futuro entre fines del siglo XX y comienzos del XXI, sujetos como estamos a la variabilidad de las actitudes entre la incertidumbre y la esperanza. El autor establece una referencia histórica de la crisis actual que sufrió el país —como toda la economía internacional— en la década de los treinta, y hace anotaciones para un balance histórico del siglo XX venezolano. Todos estos temas son tratados con rigor científico y con una conciencia positiva.